

jimmy breslin

**la banda
que disparaba
torcido**



Lectulandia

La violencia forma parte de todos los estamentos de la sociedad norteamericana, donde es respetada, y en consecuencia temida: gracias a este condicionamiento favorable, a medida que la nación crecía y se enriquecía, la Mafia, por otro nombre la Cosa Nostra, se ha infiltrado y extendido hasta extremos inconcebibles. Pero, si se la considerase sin prejuicios, si se la mirase con objetividad, si los americanos pudieran desprenderse ante ella de sus miedos atávicos, ¿sería la Mafia tan de temer? ¿Serían los mafiosos los personajes casi legendarios que siempre nos ha presentado la crónica periodística y que recientemente ha idealizado la famosa novela El padrino, de Mario Puzo?

Sin prejuicios ni miedos atávicos, y con sarcástica objetividad, Jimmy Breslin ha ido hoy al encuentro de aquellos personajes y nos los presenta en esta novela asombrosa tal como él los ve. No es una broma, no es una burla. Los mafiosos de Breslin y su mundo sugerirán al lector inteligente infinidad de consideraciones muy serias sobre la difícil estructura social de los actuales Estados Unidos.

Lectulandia

Jimmy Breslin

La banda que disparaba torcido

ePub r1.0

Ablewhite 21.09.15

Título original: *The gang that couldn't shoot straight*

Jimmy Breslin, 1969

Traducción: Jaime Piñeiro González

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

La idea de celebrar los Seis Días Ciclistas fue consecuencia de una reunión celebrada en el mes de noviembre, en Brooklyn, y en el despacho de Anthony Pastrumo, padre.

Se trata de un individuo de sesenta y ocho años de edad a quien llaman Papa cuando está en casa, mientras que recibe el de Baccala por sus amigos y asociados en los negocios. Todos estos últimos comparten hacia Baccala un sentimiento común. Le temen mortalmente.

Baccala es uno de los cinco grandes «patrones» de los gánsteres de la Mafia, en Nueva York. Asimismo es un gran amante de los perros. El año pasado adquirió un mastín ruso como regalo para una sobrina suya que cuenta cuatro años de edad y con el objeto de que la pequeña comenzara a criarse en un ambiente agresivo.

Más tarde el perro fue robado. Baccala hizo que alguien escribiese una carta de la que se hicieron muchas copias que fueron enviadas a todos los veterinarios y hospitales de animales existentes en la zona de Nueva York. Por otra parte, ofreció una recompensa de 250 dólares a quien pudiera informar sobre el paradero del mastín ruso.

—Conseguí el chivatazo por parte de un veterinario —explicó Baccala—. Me comunicó quién tenía el perro. Pagué los 250 dólares prometidos. Más tarde fui a ver al tipo que me había robado el perro. Le hablé con toda simpatía. Y a continuación le arranqué el corazón y se lo di a comer al perro. Todo muy simple.

La carrera ciclista fue idea de Baccala. Nombró a un tal Joseph DeLauria, agente de fincas, para que fuese el promotor nominal de la carrera. DeLauria es un tipo que ha hecho mucho dinero dando la cara en muchos tratos comerciales de Baccala. DeLauria también ha recibido numerosos puñetazos en el rostro cuando, durante estos tratos, irritaba a Baccala.

El despacho de Baccala en Brooklyn está situado en un edificio al que se denomina compañía de camiones Lancer. Por supuesto, tal compañía no existe. Si Baccala deseara poseer una compañía semejante, sería capaz de robársela a un judío. Baccala celebró la reunión con el objeto de tratar con un grupo disidente de su *gang*: italianos reformistas.

El *gang* estaba dirigido por Salvatore Palumbo, conocido entre el hampa y polizontes de Brooklyn como Kid Sally Palumbo. En la jerga de los muelles de Brooklyn el nombre quedó reducido simplemente a Sally Kid. Tiene veintinueve años y dispone de una banda integrada por cinco primos y otros sesenta hombres más que viven en South Brooklyn, en los muelles, y que trabajaban, bajo la dirección de Kid Sally, para el *gang* de Baccala.

Durante algún tiempo Kid Sally Palumbo y su grupo ansiaron poner sus manos sobre alguna empresa de categoría que les produjera buenos dividendos. La violencia es todavía menos remuneradora que cualquier otro «trabajo» entre la delincuencia. Baccala opinaba muy sensatamente que Kid Sally Palumbo sería incapaz de dirigir

una gasolinera y obtener beneficios económicos aun cuando se dedicara a robar los coches de los clientes. Pero el comportamiento ya muy molesto de Kid Sally Palumbo y de su gente estaba adquiriendo tonos peligrosos. Incluso podía verse esto con toda claridad en la gran reunión convocada para discutir el asunto.

—Tú siéntate aquí..., ¿de acuerdo?... y tú aquí..., ¿te parece bien, muchacho?... y tú aquí... —dijo Baccala adoptando su papel de jefe supremo.

Una de las grandes compensaciones que ofrece el ser un pez gordo de la Mafia está en la posibilidad de señalar asientos a los concurrentes en restaurantes o en reuniones. Ordena a cada uno dónde ha de tomar asiento y se reserva para sí el mejor de los sillones.

Todo el mundo que acudió a la reunión tomó asiento excepto Kid Sally Palumbo.

—Tú siéntate allí... —ordenó Baccala señalando a una silla situada en un rincón.

—No tengo muchas ganas de sentarme.

—He dicho que te sientes.

—Sospecho que me quedaré en pie.

Los dos hombres se miraron fijamente, con ojos brillantes, pero al cabo de unos segundos Baccala se encogió de hombros y tomó asiento. A Baccala también se le conoce como al «Dean Rusk siciliano». Actitud suave y aparenta ceder. Cuando la conferencia termina amistosamente, llama a unos cuantos B-52.

—Entonces..., ¿qué es lo que quieres? —interrogó Baccala.

—Hacer las cosas bien —replicó Kid Sally.

—¿Y qué entiendes por hacer las cosas bien?

—Tenemos que largarnos por ahí con la artillería bien cargada..., ¿y qué conseguimos por ello?... todo es para ti..., nada para nosotros.

—Cierra el pico —murmuró lacónicamente Baccala.

—Nosotros llenamos bien el bote y tú dejas el dinero para tus muchachos..., ¿qué significa esto?... mandas a tus chicos a West Point. También nosotros vamos a West Point, desde luego... A Sing-Sing West Point.

—Te estás comportando con ordinareiz y falta de respeto —dijo Baccala con tono suave.

—Sabes muy bien que soy una buena persona —replicó Kid Sally.

—Pues no te comportas como tal.

—¡Te aseguro que soy una buena persona!

La abuela de Kid Sally, la Gran Mama Ferrara, le había advertido siempre muy cuidadosamente: «Solamente has de asegurar que eres una buena persona y nunca recibirás una bala en las tripas».

La reunión terminó con aquella última nota. Baccala contempló cómo Kid Sally y sus primos abandonaban el despacho, dándose perfecta cuenta de que aquel grupo de tipos constituían una buena presión política. Y como Baccala es hombre muy sensible ante esta clase de cosas, decidió hacer algo para remediarlo.

Lo que Baccala quiso hacer en principio no era nada bueno. Una noche murmuró

la palabra *ciciri*. Las tres personas que en aquel momento cenaban con él se pusieron muy nerviosas. La palabra *ciciri* significa guisante, pero para Baccala el significado es mucho más profundo. La única historia que Baccala conoce es la rebelión de los sicilianos, en Palermo, en el año 1282 contra los franceses. Un soldado francés trató de violar a una mujer delante de su marido, en Palermo. El marido mató al soldado y toda Palermo se lanzó a las calles. Rodearon a los soldados franceses y les obligaron a que pronunciasen la palabra *ciciri*.

Parece ser que este es un conjunto de sílabas muy difícil de pronunciar para una lengua francesa. Y así, lanzando grandes gritos, el pueblo de Palermo cortó las gargantas de los soldados.

A Baccala, que conoce la historia de memoria, le agrada enormemente relatar otra parte de la misma en la que el héroe del alzamiento, Nicola Pancia, atacó a un buque francés, atracado en el puerto, e hizo que sus hombres arrojasen por la borda a setenta sargentos franceses en compañía de sus esposas e hijos. Nicola Pancia y sus hombres se asomaron luego a la borda y lanzaron aullidos de victoria cada vez que un bebé se ahogaba.

Cuando relata la historia Baccala añade, medio muerto de risa:

—Los bebés hacen burbujas en el agua al ahogarse.

En época más reciente, cada vez que Baccala pronuncia esta curiosa palabra, alguien en Brooklyn recibe la invitación para formar parte de una excursión de pesca que ha de partir desde Sheepshead Bay. Por supuesto, ya en pleno océano, se coloca una soga alrededor del cuello del invitado de turno. El otro extremo de la soga se ata firmemente a una vieja máquina tragaperras. A continuación se lanza esta por la borda. Y cosa curiosa, el hombre siempre sigue, invariablemente, a la vieja máquina.

Sin embargo, en esta ocasión particular Baccala se pasó una semana mostrando unos ojos que brillaban airados y mascullando palabras ininteligibles. Luego llamó de nuevo a Kid Sally Palumbo y le dijo que le ofrecía una buena oportunidad de ganar dinero. Una carrera ciclista.

Las carreras ciclistas se pusieron de moda allá por los años treinta. Solían llamarse «la carrera hacia Ninguna Parte». La única cosa que conoce Baccala sobre carreras ciclistas es que los italianos montan en bicicleta. Pero era un detalle muy sintomático de la avanzada edad de Baccala, el que, al ser presionado, se le ocurría pensar en una idea de los años treinta en lugar de, por ejemplo, recurrir a algo que fuese más moderno, como vender cocaína a los escolares menores de edad.

Durante la depresión, cuando incluso los mejores gánsteres quedaron arruinados, Baccala asistió a una carrera ciclista que se celebraba en el Madison Square Garden y rápidamente se dio cuenta de que, cuando todo el mundo se ponía en pie para vitorear a los vencedores, quedaban los abrigos y gabardinas doblados sobre los asientos.

En la segunda carrera de la noche, Baccala se apoderó de un gran abrigo de pelo de camello en la fila B, sección 205. Poco después cogió un sombrero Chesterfield de color negro que se hallaba en un asiento de la última fila. Salió hacia un lado de la

pista cargado también con un magnífico impermeable. Miró a su alrededor y vio a tantos «camaradas» apoderándose de abrigos por todas partes que por un momento creyó hallarse en la gloria.

Poco más tarde, en aquella misma noche, y por el altavoz general del estadio, el locutor anunció:

—En estos momentos la puntuación es la siguiente...

—¡Cuarenta y nueve abrigos! —gritó alguien desde la parte alta de las gradas.

A pesar de vivir ya en una época diferente, Baccala estaba seguro de que su nueva carrera ciclista proporcionaría grandes cantidades de dinero. Trataba de obtener grandes beneficios con tal empresa. El acontecimiento tendría lugar en un parque de artillería del distrito 91 de Brooklyn. Posiblemente la única cosa que no se vende en el distrito 91 es el trofeo de bolos de su capitán.

Tal y como Baccala veía las cosas, la carrera ciclista sería una especie de ruleta que funcionaría durante seis días con sus correspondientes noches. Permitiría a Kid Sally Palumbo manejar todo el asunto y quedarse con el dinero. Aquello por lo menos mantendría tranquilo a aquel granuja.

Esta carrera ciclista es otro ejemplo de cómo los peces gordos de la Mafia se abren camino entre la sociedad. La Mafia de Nueva York está dividida en cinco grupos conocidos como «familias». La familia Baccala dirige todo el crimen organizado en Brooklyn. El *gang* lleva más tiempo en Brooklyn que la Noria Ferris, de Coney Island. Se formó en el año 1890 bajo la dirección de Raymond *el Lobo*, Era hombre que se comía crudos a los niños. Raymond *el Lobo* falleció en cierta noche, cuando dormía, debido a causas naturales. Su corazón dejó de latir cuando los tres hombres que se deslizaron en su habitación hundieron sendos cuchillos en su cuerpo. Joe *el Fanfarrón*, que había enviado a los tres hombres, se hizo cargo del grupo, pero no logró nada que fuera importante durante su mandato. Un año más tarde se desplomaba muerto por estrangulación. Por aquellos días Baccala se enteró de que tres personas, a las que conocía y estimaba desde hacía veinte años, estaban discutiendo las formas y medios de apoderarse del grupo. Por supuesto, aquella discusión sentó muy mal a Baccala que era hombre de profundos sentimientos, y en el acto las tres personas amigas se convirtieron en traidores enemigos.

Una noche, Baccala entró en el salón principal del restaurante Roma Gardens para visitar a las tres personas en cuestión. Baccala llegó allí acompañado de una maravillosa ametralladora. Los tres viejos amigos estaban cenando. Baccala les «cazó» cuando masticaban un buen trozo de ternera. Uno de los camareros se hallaba tan cerca de la «máquina» de Baccala que su chaquetilla de servicio, impecablemente blanca, sufrió varias quemaduras de pólvora.

Cuando llegó la policía, los agentes encontraron al camarero retorciendo nerviosamente una servilleta entre las manos. Un inspector observó las quemaduras de la chaquetilla blanca e hizo una pregunta.

—¿De qué disparos me habla? —preguntó a su vez Luis el camarero.

Tras este acontecimiento, cada vez que algún héroe entraba en el comedor de los Roma Gardens para pedir una cena o una comida, una mano surgía por debajo de la mesa y colocaba sobre ella un plato de ternera Parmigiana.

Cuando el amistoso ametrallamiento desapareció de las primeras páginas de los periódicos, Baccala se hizo cargo del grupo. Se ha mantenido en el puesto, como «cabeza de familia» desde el año 1944, lo cual significa un auténtico récord para los gánsteres de Brooklyn, en el terreno individual.

Kid Sally Palumbo llegó hasta la cima de la familia Baccala mediante servicios personales, ambición y una enorme dosis de buena suerte. Sus objetivos eran poder llegar a decir: «Tú siéntate aquí...», y el dinero. Ambas cosas iban juntas. La estructura financiera de la Mafia es igual a la de la industria cinematográfica. Diez estrellas se pavonean de acá para allá ganando millones de dólares, mientras que miles de extras desconocidos luchan por conseguir pequeños papeles, de vez en cuando, sin ganar apenas para comer decentemente. Siempre esperan el papel clave que les eleve a la fama.

Un día, en presencia de Kid Sally Palumbo, Baccala anunció que estaba muy molesto con un tal Georgie Paradise.

—Georgie Paradise no hace las cosas bien —murmuró—. Georgie Paradise es una rata asquerosa.

Inmediatamente, Kid Sally se sintió terriblemente indignado con Georgie Paradise.

—¡Sí... esa rata bastarda de Georgie Paradise! —exclamó Kid Sally Palumbo apretando los dientes.

Por supuesto, Kid Sally no tenía la menor idea de quién era Georgie Paradise.

Kid Sally telefoneó inmediatamente a un local donde según le dijeron, Georgie Paradise se dejaba caer de vez en cuando.

—¡Eh...! ¿Está por ahí Georgie Paradise? —preguntó. Hubo un silencio al otro extremo del hilo y al cabo de unos momentos una voz anunció:

—Habla Georgie Paradise personalmente.

—Espérame en la esquina dentro de diez minutos —dijo Kid Sally—: Tienes que hacerte cargo de un importante mensaje de Baccala.

Georgie Paradise, pasados los diez minutos, se hallaba esperando en la esquina de la calle, frente al local de donde acababa de salir. Kid Sally y tres de sus hombres, Big Lollipop y su primo Little Lollipop, y Mike, que era el conductor del coche, llegaron al cabo de unos momentos para recoger a Georgie Paradise.

—¡Eh...! —gritó Kid Sally Palumbo desde el coche.

—¡Eh...! —respondió Georgie Paradise al mismo tiempo que se acercaba al vehículo.

Big Lollipop saltó sobre la cabeza de Georgie Paradise cuando este último subió al coche. Al mismo tiempo Little Lollipop rodeaba con ambas manos la garganta de Georgie Paradise. Al sentir algo que se apartaba de lo normal, Georgie Paradise se

agitó y comenzó a retorcerse. Kid Sally Palumbo sacó un revólver. Intentó apoyar el arma sobre la cabeza de Georgie Paradise. Georgie giró hacia un lado y el revólver se deslizó sobre la cabeza de la víctima. Kid Sally hizo, sin desearlo, tres disparos por la ventanilla. Georgie Paradise apoyó una mano sobre la anilla de la portezuela y la abrió a la vez que se lanzaba de cabeza hacia la calle. Luego echó a correr. Mike, el conductor, que se hallaba todavía sentado al volante, tuvo miedo de que Georgie Paradise comenzase a chillar y llegaran los polizontes. En consecuencia, Mike pisó a fondo el acelerador para apartar el coche de la acera. El vehículo saltó como un tigre, hacia delante, justamente cuando Georgie Paradise intentaba rodearlo. El coche hizo un buen trabajo aplastando el cuerpo de Paradise.

Al día siguiente, los periódicos notificaron que Georgie Paradise había sido víctima de un conductor novato. Baccala se sentía en la gloria.

—Ya sabéis que ese Kid Sally es un buen muchacho —dijo a todo el mundo—. Hace las cosas con estilo. Ni siquiera han podido identificar a Georgie Paradise.

Esta eliminación de Georgie Paradise hizo que Kid Sally ascendiese un peldaño más en la escala que conducía a la cúspide de la familia Baccala.

Esta Mafia de Baccala y de Kid Sally Palumbo se metió en la vida americana de la misma manera que los griegos se metieron en Buckingham Palace^[1]. Llegaron por vía marítima y pronto se abrieron camino. La Mafia se conoce bajo la denominación de «Cosa Nostra» tanto en toda clase de publicaciones como ante los tribunales de justicia. En América, hoy día, es una auténtica federación de gánsteres. El noventa y siete por ciento de sus miembros son italianos o de origen italiano. El otro tres por ciento está compuesto por irlandeses, que controlan los muelles, judíos que manejan el dinero y griegos, que son los ladrones más mezquinos del mundo entero. Los miembros de la federación trabajan unidos y tienen tanta confianza unos en otros como si fuesen miembros del Congreso. En el acompañamiento funerario de un líder de la Mafia que haya recibido seis balazos en la cabeza siempre figura una gran corona de flores con una ancha cinta de seda en la que se puede leer: «Lo siento, esto tenía que ocurrir».

Los cimientos de la Mafia son de sangre siciliana. También —tienen un gran significado las sangres calabresa y napolitana—, pero la siciliana destaca por encima de las demás. Los antiguos fundadores de la Mafia americana se refieren a su grupo como la *onorata società*, o sociedad honorable. Se formó hace siglos en Sicilia para impedir que las personas fuesen robadas y torturadas por los extranjeros que constantemente invadían y controlaban la isla. Al igual que cualquier otra organización de esta clase, incluida la policía americana, era la responsable de las necesidades de los terratenientes sicilianos. Protegían sobre todo las propiedades de estos últimos. Se robaba a los pobres. Y muy pronto también se robó a los ricos.

La base de la Mafia era la total ignorancia de las leyes locales, ya que eran decretos en su mayor parte promulgados por extranjeros. La Mafia gobernaba siguiendo su propio código. A la Mafia le gustó tanto este género de vida que no lo

abandonó durante siglos. Un verdadero siciliano, hoy día, todavía fuma en el Metro. El propio Baccala se desvía de su camino durante tres bloques de edificios solo por disfrutar del privilegio de avanzar por trecho prohibido en una calle de dirección única. Al mismo tiempo, la Mafia es muy rígida en la observación de sus propias leyes. En cierta ocasión un miembro del *gang* de Baccala engañó a este, un poco, sobre los beneficios obtenidos en una operación de apuestas. Aquella misma noche Baccala se llevó al hombre al consultorio de un dentista y acto seguido le taladró, también un poco, la lengua con la barrena del odontólogo.

En Sicilia, en mil años de existencia, la Mafia nunca pudo extenderse más allá de Palermo y Agrigento, en la parte sudoeste de la isla. No hay Mafia en Siracusa ni en ninguna otra parte de la costa oriental. Y hoy día, cuando se detiene en Italia a un miembro de la Mafia, el hombre es tratado con extraordinario desprecio por las autoridades. En Palermo, el traslado del mercado central de fruta a un nuevo emplazamiento produjo una ola de asesinatos. Las autoridades detuvieron y procesaron a 118 hampones. El juicio se celebró en el gimnasio de una escuela superior. Se dispusieron las gradas para los procesados a lo largo de un muro y unos obreros construyeron ante los improvisados estrados una gran reja de hierro. Cada vez que uno de los acusados se asía a una de las barras de hierro para protestar, los policías se aproximaban rápidamente y con las porras golpeaban sobre sus manos. A última hora de la tarde uno de los acusados, sobre el cual recaía el cargo de haber decapitado a un hombre entre las pilas de cajas de tomates, tuvo que ir a los lavabos. Los guardias le esposaron manos y tobillos, le ciñeron una cadena a la cintura y le condujeron como si se tratara de un perro.

Uno de los magistrados, una distinguida dama de blancos cabellos, natural de Verona, contempló al acusado que se retorció impotente, encadenado.

Con tono preciso y empleando frases cultivadas la dama preguntó por qué la policía no había colocado otra cadena más alrededor del cuello del hombre para que así resultara más cómodo el arrastrarle.

Pero en América, donde se respeta y ama la violencia en todos los sectores, la Mafia prosperó, extendiéndose por ciudades y barriadas a medida que crecía la nación. Cuando la Mafia, con sus ideas proteccionistas, llegó a América consideró absurdo que los terratenientes dispusieran de tantos guardaespaldas. La Guardia Nacional disparó sobre mujeres y niños durante una huelga en una mina Rockefeller de Ludlow, Colorado.

Los más fieros promotores de la huelga alzaron las manos mostrándose derrotados y llenos de admiración.

—No podemos hacerle frente —dijo Giuseppe Magaddino, del grupo de Kansas City.

La Mafia solamente quedó para proteger a los pobres. Aunque es mucho lo que se puede obtener de los pobres empleando el terror, no por ello dejan de ser aceptables ciertos métodos más sutiles.

Al pobre se le podían vender narcóticos o mujeres, o proporcionarle la oportunidad de jugar o beber. En consecuencia la Mafia llegó a ser un éxito nacional durante la prohibición, ya que es lógico que el diablo prospere por todos los rincones en época de represión.

Sin embargo no debemos olvidar que los americanos confían en un solterón empedernido y apasionado defensor de la ley, llamado J. Edgar Hoover, jefe del FBI.

La labor original del FBI consistía en perseguir los delitos federales cuyos ejecutantes eran y son, en su mayoría, miembros de la Mafia. Pero en los años de Hoover la Mafia había adquirido una gran solidez, y la detención, por parte del FBI, de uno de los mafiosos no solía producirse más que en los programas de radio y más adelante ya solo en los cortometrajes de la televisión. El propio Hoover declaraba entonces no creer en la existencia de algo como la Mafia. En vista de esta situación solo se podía llegar a dos conclusiones: O bien Hoover era también miembro de la Mafia o quizá consideraba la literatura de la 14th Street mucho más peligrosa que los narcóticos de la 108th Street. Eran tantos los agentes del FBI infiltrados en el partido comunista, que las salas de reunión habían recibido ya el sobrenombre de «salas de la patrulla». Los agentes procedentes de Universidades católicas o los partidarios del Sur, de cuyo odio al comunismo no cabía duda, gentes que «ven» al comunismo por todas partes, siempre se mostraron impotentes en contra de la Mafia.

—¿Acaso no contamos con nadie capaz de infiltrarse en la organización de esa gente? —preguntó el fiscal general de Estados Unidos en su primera reunión con el FBI.

—Lo hemos intentado, pero sin éxito —replicó el director adjunto, tendiéndole un documento.

—¿Por qué? —interrogó nuevamente el fiscal.

—Pues... disponemos de varios agentes que podrían «pasar» por italianos, pero cada vez que uno de ellos se les aproxima, inmediatamente le preguntan cuáles son los nombres de todos sus primos —contestó el director adjunto.

Hoover sabe mejor que nadie que son los confidentes y no los dispositivos electrónicos de escucha los que forman la fuerza y el auténtico apoyo de la ley. El propio Hoover no sería más que un simple polizone retirado, como tantos otros, si en cierta ocasión no hubiese recibido el «chivatazo» de una muchacha que le comunicó el nombre del cine donde en aquellos momentos se hallaba John Dillinger.

Durante varias décadas Hoover vivió sin establecer ninguna clase de contactos externos o internos con la Mafia, y esta fue desarrollándose en un sector de la vida americana. Por supuesto que, aun abarcando un amplio campo, los italianos de la Mafia nunca han llegado a superar la magnitud de los delitos cometidos en este país por los protestantes ingleses. Sin embargo sus hazañas han sido formidables si se tiene en cuenta el nivel cultural e inteligencia de los mafiosos.

Y ahora, aquí en Brooklyn, la Mafia estaba comenzando a extenderse y alargar sus poderosos tentáculos, como mencionan los periódicos, hacia otro sector de la vida

americana. Los Seis Días Ciclistas. Y Joseph DeLauria aparecía ante toda la ciudad como el promotor de la carrera. Alquiló un parque de artillería, imprimió su nombre en papel de cartas, se puso en contacto con un agente de apuestas de Roma, y esperó a emprender otras tareas relacionadas con su nombramiento.

Pero el verdadero trabajo de montar el espectáculo, construir la pista y organizar el juego, quedó en manos de Kid Sally Palumbo y de su gente.

II

El viento frío procedente de las montañas azotaba las empedradas calles carentes de árboles. Cuando Mario Trantino salió de casa en las primeras horas de la mañana, el fuerte viento despejó por completo el sueño que todavía colgaba de sus párpados.

La calle era una especie de callejón o pasadizo abierto sobre una empinada colina que se iniciaba en el centro de la ciudad y terminaba en las rocas y barro donde la colina ya era la falda de la montaña.

El callejón se extendía entre casas de piedra de dos plantas, remozadas con pintura color crema, casas pequeñas y sucias en su interior que disponían de agua corriente solamente durante el día.

Las estrechas aceras estaban ocupadas en su mitad por coches aparcados. Un «Fiat» nuevo, de color gris, se hallaba situado frente a la puerta de Mario. La agencia de autos de alquiler donde él trabajaba le había entregado su mejor coche cobrándole tarifa de empleado para que realizara el viaje. Se trataba de un magnífico vehículo, pero lo único que importaba a Mario era que el motor estuviera en condiciones de funcionar. Mario despreciaba los coches. Trabajaba como mozo y aprendiz de mecánico en la agencia de alquiler, pero él se consideraba, ante todo, como un joven artista.

Mario siempre andaba por la ciudad con los cordones de los zapatos desatados. No le preocupaba tropezar constantemente con las lazadas de los cordones. Por supuesto, sentía agudo dolor en las corvas ya que se veía obligado a caminar de un modo especial, modo que siempre le llevaría adonde se dirigía y a la vez impedía que los cordones sueltos cayeran de los zapatos. Mario decía a todo el mundo que no le agradaban los cordones de los zapatos porque esta era la primera de las formas en que la sociedad ataba a la personalidad humana. Cuando las gentes de la ciudad decían que estaba loco, Mario iniciaba inmediatamente una inclinación muy respetuosa. No necesitaba gafas, pero se ponía unas de su tío, de gruesos cristales con montura de plata, y caminaba por las calles luciéndolas sobre el puente de su nariz. Cuando llegaba a una esquina y deseaba ver mejor, Mario miraba entonces por encima de la montura. De no ocurrir esto, siempre caminaba con los ojos clavados en tierra. Los gruesos cristales le perjudicaban los ojos y por esto no hacía el menor caso de su existencia y, como si se tratara de un ciego, Mario se concentraba entonces en sus propios pensamientos. Solía decir que de esta manera evitaba que el mundo le distrajera. Al mismo tiempo lograba que la gente moviese la cabeza dubitativamente, al verle, y se esbozasen sonrisas extrañas. En su opinión, Mario consideraba que esta era la única forma en que el mundo podía mirarle como artista.

En su pueblo de Catanzia, en Calabria, sur de Italia, no había forma humana de que un artista subsistiese o fuesen reconocidos sus méritos, así como eran muy limitadas las ocasiones de desarrollar su talento. Y así Mario Trantino tenía que caminar por la ciudad con terrible dolor de corvas, arrastrando los zapatos y cerrando

los ojos, tropezando muy a menudo con los cordones de sus zapatos. Pero sus verdaderos sufrimientos comenzaron cuando tuvo que trabajar en su empleo. Cada restregón de paño y cada vuelta que realizaba con la llave inglesa en la mano se volvían en contra de su personalidad. Al cabo del día Mario sentía un agudo dolor en la mano derecha, probablemente causado por equivocarse el lugar donde debía clavar un clavo o atornillar un tornillo. Generalmente lo hacía sobre una de sus manos.

Una mujer surgió por detrás de la cortina que colgaba sobre el umbral de la casa inmediata y la mujer murmuró los buenos días, sonriendo, y dirigiéndose a Mario. Una cabra pequeña, de hirsuta pelambreira llena de polvo, siguió a la mujer, que colocó sobre la acera un brasero. Este se hallaba lleno de pequeñas astillas de madera. A continuación la mujer colocó entre las astillas unos papeles a los que aplicó una cerilla. La cabra olisqueó el brasero y retrocedió alejándose de las llamas para penetrar de nuevo en la casa. La mujer encendía el fuego de la mañana para calentar la casa. Cuando el papel arde y prende el fuego en las astillas, las llamas son demasiado altas para meter el brasero en la casa. La mujer esperó a que las llamas redujesen su tamaño. Empleando el borde de su falda para no quemarse las manos, la mujer, cargada de nuevo con el brasero, ascendió los cuatro escalones que conducían a la casa prestando así un poco de calor a la humedad de la mañana. Las cabras y gallinas vivían en la parte baja de la casa. La que pertenecía a Mario mostraba una cortina rayada, muy parecida a un toallón de baño, sobre el umbral de la puerta. Detrás de la cortina se hallaba una vaca recostada sobre paja empapada de orines. La mujer se incorporó y contempló las llamas durante un momento. De nuevo sonrió mirando a Mario. Luego se acercó hasta el «Fiat» gris y comenzó a pulir el parachoques con el borde de su falda de lana. En el sur de Italia sucede lo mismo que en otras muchas partes del mundo.

La gente acaricia y pule los coches mientras que las cabras orinan en sus casas.

Al cabo de unos minutos Mario estaría usando este coche con el objeto de abandonar Catania para siempre. Se trasladaría a Reggio Calabria y tomaría el avión de las 9,35 con destino a Roma. Una vez en Roma, iría hasta la Terminal Internacional y allí tomaría un aparato de Alitalia, a la 1,45 con destino a América. Y luego... al aeropuerto Kennedy de Nueva York, a Manhattan y a Brooklyn, y a todas las cosas grandes que, según todo el mundo le aseguraba, él, Mario Trantino, finalista sorpresa en un tercer puesto de la carrera ciclista para *amateurs* Milán-San Remo, sin duda recibiría al alcanzar un buen puesto o ganar el campeonato mundial de los Seis Días Ciclistas de Nueva York.

Si fracasaba y se veía obligado a regresar al terruño, Mario se tumbaría de espaldas sobre los rieles de ferrocarril de Reggio Calabria, comería un bocadillo, y esperaría pacientemente a que llegara el tren de Nápoles para que, pasando sobre él, le liquidara convenientemente.

Seis semanas antes, al llegar la carta invitando a Mario a tomar parte en la carrera ciclista, el muchacho había sentido una alegría imposible de describir. La carta la

enviaba un agente de Roma, llamado Rinaldi, que se titulaba representante de una organización Ítalo-americana, ansiosa de volver a situar las carreras ciclistas entre los primeros deportes americanos.

En Europa solo hay unos pocos atletas que tienen más importancia que un campeón ciclista. Como para América, desde hacía veinticinco años, tal deporte era cosa desconocida, Rinaldi tuvo que buscar candidatos a un precio que pudiesen aceptar los promotores americanos. En lugar de recurrir a profesionales que aspiran a elevadas sumas en los circuitos europeos, Rinaldi decidió contratar a aficionados razonablemente buenos y les advirtió por adelantado que la paga no estaría a nivel americano. Sin embargo podían contar con un viaje gratuito a América. Cualquier sueño de Mario relacionado con llegar a ser un acaudalado campeón ciclista era una bagatela en comparación con sus deseos de trasladarse a América. Rinaldi deseaba emparejar a Mario con otro buen aficionado, Carlo Rafetto, de Milán. En su carta, el agente aseguraba a Mario que tenía muchas posibilidades de ganar.

Como los patrocinadores americanos hacían notar que no estaban dispuestos a entregar grandes cantidades de dólares a ningún aceitoso turco, Rinaldi, en tierras no italianas, contrató a simples aprendices de corredor ciclista o a tuberculosos en grado avanzado. Rinaldi era un verdadero experto en tales cuestiones. Para enfrentarlo a Rossi, el popular, pero relativamente débil peso ligero, Rinaldi había contratado, en cierta ocasión, a un alemán con una mano fracturada. Rinaldi tranquilizó al alemán, asegurándole que si con aquella mano rota golpeaba con rapidez, ni siquiera notaría el dolor.

Para el viaje a América se ofreció a Mario gastos pagados más 1000 dólares. Si su equipo ganaba la carrera, decía la carta, las ganancias podrían ascender a 2500 dólares. Incluso existía la posibilidad de que la carrera se convirtiera más tarde en una gira por toda América. Cuando Mario se acercó hasta el Banco con la carta en su bolsillo, para consultar los cambios de moneda extranjera, el cajero le estuvo observando por encima del hombro y más tarde comenzó a sacudir pensativamente la cabeza cuando se fijó en las cifras que consultaba Mario. El cajero le bendijo y se besó los dedos. Luego se inclinó fuera de la ventanilla y besó también a Mario.

Mario aspiró una profunda bocanada del frío aire matutino y comenzó a descender por la colina. Avanzaba a grandes zancadas. A los veintitrés años de edad, Mario era probablemente el muchacho más atractivo de Catania. Si se hubiese criado en un ambiente más rico y más liberal, sin duda alguna habría sido el elegido por los dioses en la lista de invitados a todos los cócteles y demás fiestas. Mario mostraba un continente altivo, con algo más de un metro ochenta de estatura y un peso de setenta y cinco kilos. Tenía el cabello negro y ondulado. Sus patillas descendían unos dos centímetros más que las que lucía Garibaldi en el cuadro que colgaba en su casa. Su tez era clara y el muchacho poseía una vitalidad y un magnífico tono muscular debido al constante sudar durante sus entrenamientos atléticos. Sus ojos, castaño oscuro, brillaban en los momentos de emoción. La nariz,

bastante prominente como para tener problemas cuando una puerta se cerraba con rapidez, daba a su rostro cierta pincelada de historia romana. Vestía su único traje, de color pimienta, muy ceñido al cuerpo y con abertura en la parte posterior de la chaqueta. En su trabajo de la agencia de alquiler de coches Mario solo mostraba interés a la hora de la comida, cuando Savona, el grueso gerente de la empresa, tomaba asiento ante su mesa de despacho, sorbía chocolate y jugaba a las cartas con Mario. Savona usaba unas gafas con unos cristales tan gruesos como un parabrisas de coche. Los cristales de las gafas relucían bajo el calor del mediodía. Catanzia era un lugar muy frío durante las noches y muy caliente de día. Aproximadamente hacia el mediodía, Savona se quitaba las gafas y limpiaba sus cristales delicadamente. Sin las gafas Savona era un hombre prácticamente ciego. Resulta extremadamente útil y remunerador jugar a las cartas con dinero por medio, con alguien que no ve muy bien.

El otro pequeño placer de Mario, en su trabajo, consistía en tumbarse bajo el coche que estaba reparando y simular que era una especie de ginecólogo examinando a Sofía Loren. Cuando terminaba su operación quedaba profundamente dormido. Su cabeza descansaba entonces sobre el cemento cubierto de grasa y aceite, pero esto le importaba muy poco.

Mario, desde los ocho años de edad, había adquirido la costumbre de trazar dibujos sobre papel. En el verano de aquel año ya lejano, recorría en bicicleta tres kilómetros sobre una serpenteante carretera para llegar al pequeño hotel de verano situado sobre los acantilados. El hotel permitía a los chicos sacar las sillas a la terraza y realizar recados para recibir pequeñas propinas. El hotel estaba un tanto alejado de la carretera principal y los únicos turistas extranjeros que allí acudían era una pareja sin hijos de Manchester, Inglaterra. El hombre era maestro de escuela, muy aficionado a la pintura. Pasaba sus vacaciones en la costa calabresa porque nadie acudía allí a molestarle e incitarle a que tomara una copa, ya que todo cuanto él deseaba era pintar.

Al principio, todos los niños de Catanzia formaban círculo tras el hombre y contemplaban, sumidos en religioso silencio, cómo pintaba. Al cabo de un rato perdían todo interés y se alejaban. Todos menos Mario. Cuando el maestro de escuela acudió allí en su segundo verano regaló a Mario una caja de pinturas. El muchacho se pasaba algunas de sus tardes sentado en los acantilados y embadurnando papel con colores mientras el maestro de escuela pintaba. De vez en cuando miraba el trabajo de Mario y le hacía alguna sugerencia.

El maestro de escuela hablaba suficiente italiano como para hacerse entender. Aproximadamente, hacia mediados del tercer verano, Mario había aprendido también suficiente inglés como para poder sostener una conversación a medias. En el verano en que Mario cumplió los doce años, el maestro y su esposa no se presentaron a pasar allí las vacaciones y en el hotel jamás se volvió a saber más de ellos. Pero aquel maestro de escuela ya había dejado su huella en Mario. Al muchacho le agradaba mucho pintar y dibujar. En la escuela, Mario era el primero en inglés y como le

resultaba sencillo estudiaba con mayor interés el idioma. Cuando alguno de sus parientes de América hacía una visita a Italia Mario proporcionaba a todo el mundo un auténtico espectáculo hablando un inglés mucho mejor que el de sus familiares.

También hacía alarde de su arte. Trazó un boceto a lápiz de un Cristo en la cruz que aún hoy día cuelga en la rectoría del pueblo. Otro de los bocetos de Mario alcanzó una mayor popularidad en Catania. Fue un dibujo que hizo a los dieciséis años con enorme calma y cuidado, dedicando varias sesiones de discreta observación de su tía y tío en las tardes de los domingos, para finalmente lograr un esbozo muy detallado de ambos durante un vivido acto sexual. La primera vez que Mario mostró aquel trabajo en la calle le rodearon tantos chicos y fue tal el alboroto que se produjo, que la cosa degeneró en una verdadera batalla campal.

Un renqueante anciano llamado Doto abandonó su silla de paja situada delante de su casa y, blandiendo un bastón, dispersó a los jóvenes. Al contemplar el boceto de Mario, Doto fingió encolerizarse. Se lo quitó al chico y acto seguido le aconsejó que fuera a confesarse. Doto se quedó con el apunte y, con paso vacilante, se encaminó a la *pasticceria* para enseñar el dibujo a todos los ancianos que allí tomaban café. Los viejos se atragantaron, se doblaron en dos tratando de contener las carcajadas y el café resbaló libremente por sus flácidas barbillas. Doto se llevó a casa el dibujo y lo guardó en un cajón de la cómoda. Desde entonces lo contempla todos los domingos por la tarde con la inútil esperanza de recibir algún estímulo vital.

No existía en casa aliciente suficiente para que Mario hiciera otra cosa que no fuera trabajar. Su madre murió cuando él tenía seis años. Su padre era solamente un nombre en el certificado de nacimiento, inscrito allí por puro formulismo. Mario fue criado, en unión de cuatro primos, por sus tíos. Las siete personas convivían en las tres habitaciones de una diminuta casa, amueblada con una cama de matrimonio y tres catres. Cada vez que Mario dibujaba algo en casa y lo mostraba a la familia, el tío comentaba:

—Todo esto está muy bien, pero vente conmigo a hacer algo de provecho. Hoy toca recoger almendras.

Entonces, Mario se veía obligado a salir cargado con saco y escobón para recoger las almendras del suelo y meterlas en el saco, mientras que su tío buscaba ardillas listadas empleando un rifle del 22. La familia se comía las ardillas y vendía las almendras.

Había en la ciudad una muchacha llamada Carmela. Trabajaba en la mercería. Mario le pidió una noche que le acompañara al cine. Como «carabina» les acompañó la tía de Carmela, Zía Nicolina. Desde la garganta a la cintura aquella mujer tenía todo el aspecto de una vaca. En cuanto a su vientre, podía compararse fácilmente a una caldera de vapor envuelta en negra tela. Zía Nicolina estaba soltera. Durante la guerra, cuando en la ciudad había habido italianos, alemanes y después americanos,

Zía Nicolina había sido capaz de cuidarse de regimientos enteros. Los alemanes solían ir a buscarla con un coche oficial. Como «carabina». Zía Nicolina era un auténtico perro de presa. En el cine tomaba asiento directamente detrás de Carmela, apoyando sus gruesas manos en el respaldo del asiento entre Mario y la muchacha. Cada vez que Mario se movía para cambiar de posición, las pesadas manos de Zía Nicolina se hundían en sus hombros. «No te muevas, muchacho» gruñía la dama. Luego, el regreso a casa resultaba terriblemente penoso, ya que Zía Nicolina se situaba entre ambos siendo fuertemente un brazo de Mario, y comenzaba a quejarse de su artritis hasta que llegaban a la casa. Allí ordenaba a Carmela que entrara dentro y ordenaba también a Mario que se largara de allí cuanto antes mejor.

Mario lo soportaba todo porque Carmela era la única muchacha de la ciudad que parecía divertirse con aquellos cordones sueltos de los zapatos y con aquella costumbre de usar gafas con gruesos cristales. Una noche, en que tenía una cita para llevar a Carmela a ver una película titulada *Historia de gangsters*, Mario comprobó inmediatamente que en la puerta, en lugar de Carmela, era la tía quien le estaba esperando.

—Carmela está enferma —explicó Zía Nicolina.

—¡Oh...! —murmuró Mario desorientado.

—No puedes verla porque está durmiendo —añadió Zía Nicolina.

—Bien, dígame que estuve aquí y que deseo mejore pronto —replicó Mario.

Cuando ya Mario daba media vuelta para alejarse, Zía Nicolina exclamó:

—¡Eh!

—Dígame...

—En lugar de Carmela..., ¿quieres llevar al cine a Zía Nicolina?

Una especie de llave inglesa se ciñó alrededor de la garganta de Mario, pero asintió con un movimiento de cabeza. Zía Nicolina le cogió por un brazo y juntos se encaminaron hacia el cine.

La mujer estuvo muy ceñida a él durante toda la sesión, frotando sus gruesas piernas contra las del muchacho y apretándole fuertemente su brazo cuando algo emocionante tenía lugar en la pantalla. El rostro de Zía Nicolina, que en verdad precisaba un buen afeitado, estaba cubierto por el sudor.

Carmela y su familia vivían en una casa situada en la cima de la colina, en el mismo borde de la ciudad. De regreso a casa, Zía Nicolina hizo que ambos se alejaran del camino porque deseaba buscar un pendiente que al parecer había perdido en el campo que trabajaba la familia. Zía Nicolina penetró en el campo y Mario la siguió sosteniéndola por un codo. Zía Nicolina dio unos cuantos pasos y a continuación retrocedió sobre Mario como un camión. Mario ya había perdido el equilibrio cuando Zía Nicolina se revolvió rápidamente, a pesar de su volumen, para colocar ambas manos en la nuca del muchacho. La mujer cayó hacia atrás y Mario cayó encima de ella.

Mario recordaba con desagrado aquella noche con Zía Nicolina. Mario sentía un gran amor por la tierra, por los colores, por las sombras que la luz del sol forjaba sobre la tierra y sabía apreciar toda la simetría de una muchacha, no solo su cuerpo sino sus cabellos, sus ojos, su boca, y la profundidad que podía mostrar el fresco rostro de una chica. Amaba intensamente las mañanas que pasaba en la montaña entre los ruidos de su propio trabajo, y le encantaba el suave siseo del agua que se deslizaba entre los pinceles cuando él los lavaba. Amaba asimismo el crujido suave de los lápices al herir un buen papel de dibujo, y todas las mañanas subía por el camino que serpenteaba por la montaña forzando sus piernas hasta que sentía fuego en ellas y más tarde se le entumecían.

Cuando ya no le era posible seguir avanzando, Mario se detenía y dibujaba. Al llegar la hora de marcharse, descendía, veloz, por la montaña, y atravesaba la ciudad, para lo que, invariablemente, tenía que tomar una carretera que le alejaba de las zonas habitadas. Y cuando cruzaba la ciudad, Mario siempre se imaginaba que la estaba abandonando para siempre. En el último recodo daba la vuelta y, lentamente, pedaleando de mala gana, se dirigía a su empleo.

Aquella costumbre de recorrer constantemente la montaña, llegó a convertirle, a la edad de dieciséis años, en el mejor escalador ciclista de Catanzia. Participó en varias carreras y ganó algunas patrocinadas por sociedades parroquiales. Intervino más tarde en una carrera comarcal y también la ganó. Savona, el gerente de la agencia de alquiler de coches, era un entusiasta de las carreras ciclistas. Un día antes de que Mario dejara la escuela de segunda enseñanza, Savona ofreció al muchacho un trabajo. Mario aceptó el empleo y continuó pedaleando los fines de semana. A continuación comenzó a tomar parte en carreras de aficionados que se celebraban en toda Italia. Se le abonaban los gastos y casi siempre quedaba situado entre los veinte primeros puestos, logrando así algunas bonificaciones sustanciosas. Finalmente, ganó un equivalente de 200 dólares por su primera gran victoria en una carrera de veinticinco kilómetros.

La mayor parte del dinero ganado lo empleó en costoso papel de dibujo. Los dibujos hechos por Mario tuvieron diversos destinos por toda Catanzia. Con motivo de celebrarse un carnaval con fines caritativos, Mario hizo unos bocetos de varios rostros que proporcionaron buenos beneficios a una de las iglesias. En otra ocasión, Mario dibujó un cartel para una carrera ciclista de la localidad, y a uno de los organizadores, procedente de Nápoles, le gustó tanto el dibujo que se lo llevó consigo para publicarlo en un periódico deportivo napolitano. El dibujo se imprimió en varios diarios, y Mario, al recibir por correo el recorte, tanto lo contempló y manoseó orgullosamente, que muy pronto la impresión y el papel comenzaron a desintegrarse.

Mario se trasladó a Roma para tomar parte en una carrera de campeonato, y allí hizo una visita a los estudios cinematográficos de Cinecittá. En uno de los edificios había una sala provista de aire acondicionado donde vio a docenas de personas sentadas trabajando ante tableros de dibujo. Se trataba de la confección de cortometrajes de dibujos animados que se proyectaban en la televisión. Uno de los artistas, que quizá contaría unos veinticinco años de edad, tenía los cabellos muy largos, vestía camisa floreada, pantalones blancos muy ceñidos y botas de vaquero. El joven silbaba mientras recortaba tiras de celofán en gris y luego las adhería cuidadosamente a la cinta cómica. El guía de aquel recorrido por los estudios habló del trabajo duro y meticuloso que se realizaba en aquella sala. Mario casi dio un salto de alegría al escuchar la palabra «trabajo». De nuevo en Catania y mientras pulía coches, aún le parecía estar escuchando decir al guía que los artistas trabajaban.

Cuando estuvo en Roma, Mario dio un paseo por la Vía Veneto y se detuvo a curiosear en un puesto de periódicos situado en la acera frente al hotel Excelsior. A Mario casi se le saltaron las lágrimas de asombro al contemplar una fila de revistas ilustradas: *Il Giornale di Artista*, *The Artist*, y *Studio International of Modern Art*. Pero a Mario le gustaban más las revistas americanas. En una de ellas el primer artículo se titulaba *A Basic Approach to Composition*. Estaba escrito por Grant Monroe. En medio del artículo se veía una fotografía de Grant Monroe con los cabellos revueltos y luciendo una camisa de cuello abierto. Más abajo, al pie de la foto, se leía: «Grant Monroe en su estudio de la 10th Street de East Village, Nueva York». Mario leyó el artículo con cierta dificultad ya que trataba de algo denominado «Sección Dorada» consistente en un sistema triangular para la distribución de escenas con objeto de que el público vea su profundidad en lugar de contemplar las normales perspectivas «planas».

Mario estuvo leyendo aquellas revistas durante meses, contemplando en todo momento a Grant Monroe y sus alborotados cabellos, y soñando con llegar a conocerle algún día. Entonces fue cuando llegó la carta de Rinaldi y Mario empezó a pasearse continuamente con aquella revista bajo el brazo. Iría a América. Visitaría a Grant Monroe, se convertiría en un artista y jamás abandonaría América ni volvería a poner sus ojos en Catania.

Bajo el aire frío de aquella su última mañana en Catania, Mario avanzó camino abajo tan apresuradamente como pudo, alcanzó una esquina y luego apretó el paso hasta llegar a la iglesia que se alzaba en una pequeña plaza.

El padre Marsalano iba y venía, paseando con las gallinas por la empedrada *piazza*, ante la iglesia. Llevaba un libro de oraciones y una cámara Polaroid. Al ver a Mario, el padre Marsalano se acercó hasta la esquina, se llevó una mano a la boca y

emitió un agudo grito. Las gallinas revolotearon y algunas trataron de encaramarse por las piernas del padre Marsalano. Si alguna vez se hubiese conseguido que tales aves se elevasen algo más y comenzaran a volar en derredor de él, sin duda alguna, el padre Marsalano habría podido arrogarse el título de un nuevo San Francisco de Asís.

Once cabezas se asomaron a varios umbrales. El padre Marsalano hizo señas a un pequeño de unos siete años de edad que iba descalzo. Vestía pantalones cortos y una camisa blanca rota por los codos. Los negros cabellos caían semirrevueltos sobre su rostro infantil. El pequeño atravesó la plaza corriendo y siguió al sacerdote y a Mario hasta la parte posterior de la iglesia, lugar que formaba una especie de patio enlodado y cubierto por pedruscos y latas vacías, y que ascendía, formando declive hacia la colina.

El padre Marsalano entregó su cámara a Mario y avanzó hacia el centro del patio seguido por el pequeño. Luego asió con fuerza la camisa de Giovanni y la desgarró repentinamente. Giovanni hizo una mueca. El padre Marsalano hundió a continuación una mano en el lodo y acto seguido la restregó en la rasgada pechera del muchachito para luego ensuciar el rostro de este último con más lodo. La boca del enlodado Giovanni se abrió intentando decir algo sin conseguirlo.

—Está bien —dijo el padre Marsalano dirigiéndose a Mario—. Toma esta foto, muchacho.

El clérigo se puso al lado de Giovanni sosteniendo en una mano el libro de oraciones y apoyando la otra sobre la cabeza del chico. Luego el padre Marsalano adoptó en su rostro una expresión sombría. Giovanni sacó la lengua burlándose de la cámara. La mano del padre que se apoyaba en la cabeza de Giovanni ascendió con rapidez y volvió a caer sobre la pequeña cabeza con la suficiente fuerza para que el pequeño hiciese otra mueca. Mario finalmente tomó la foto.

Después mientras Mario operaba en la cámara tirando de acá y de allá para sacar de su interior la foto ya revelada, el padre Marsalano se pegó a él como si fuese su mismo pellejo. Luego el cura comenzó a gritar, al ver la foto:

—¡Buena... buena... muy buena!

Era casi tan buena como el cartel de propaganda del doctor Tom Dooley^[2]. El rostro del padre Marsalano aparecía allí reflejando una expresión de inmensa súplica. El niño parecía un auténtico moribundo.

El padre Marsalano tomó a Mario por un brazo y le condujo hasta la puerta posterior de la iglesia. Giovanni permaneció inmóvil en el frío lodo, sin saber qué hacer, hasta que al cabo de unos instantes alzó el puño derecho y acto seguido, flexionando el codo hizo un movimiento obsceno hacia el cura. Esta es la expresión clásica del verdadero desprecio italiano hacia el clero, expresión que al parecer empezó a usarse cuando Inocencio IV era Papa.

Ya en la sacristía, el padre Marsalano garrapateó unas líneas sobre el dorso de la fotografía:

Queridos amigos que partisteis de Catanzia para ir a América y haceros ricos: la Madre de Dios siempre os está contemplando. Y también el Santo Ángel, patrón de Catanzia y de todos los que habitan en nuestra ciudad. Esta fotografía os muestra el lugar exacto donde vuestra amada iglesia va a construir un nuevo orfelinato. Este pobre chico, que aquí aparece a mi lado, no tiene un hogar donde comer o dormir. Pasa hambre y frío. Algún día, cuando tengamos construido el nuevo orfelinato, este niño u otros como él tendrán comida y calor.

Para mí será cosa agradable tener noticias vuestras. Enviadme alguna buena nueva por correo. Y así tendré yo también buenas nuevas para los niños sin hogar de Catanzia.

Vuestro en el Señor,

Padre Giuseppe Marsalano.

El sacerdote introdujo la foto en el interior de un sobre color marrón. El sobre ya estaba casi lleno con direcciones de gente que había partido hacia América directamente desde Catanzia o que eran miembros de familias formadas por otros emigrantes del pueblo que ya habían fallecido hacía tiempo.

—Bien... ¿te vas ahora? —interrogó el sacerdote clavando sus agudos ojos en Mario.

—Sí, padre.

—¿Sabes lo que has de hacer en Nueva York? —preguntó el sacerdote.

—Acompañar a Correos a todas estas personas para estar seguro de que le envían el dinero.

—Muy bien —dijo el sacerdote aclarando la garganta—. Ahora te diré una cosa. Que seas un buen muchacho.

—Sí, padre.

—No robes.

—No, padre.

—Respetar siempre la virginidad. Cada mujer que conozcas, algún día será la madre de alguien. Respetar eso. Recuerda que la Virgen María te contempla siempre que estés cerca de una mujer que llegará a ser madre.

En el aeropuerto, Mario facturó su equipaje para Nueva York. Tomó asiento en una pequeña sala de espera, con el billete en la mano, y miró hacia el exterior, por una ventana. Las aguas del estrecho de Mesina, muy azules y adornándose con blancos penachos de espuma, discurrían inmediatas al aeropuerto. Al otro lado del agua se alzaban, muy verticales, las montañas de Sicilia. El monte Etna, negro en su base y cubierta de nieve su cima, despedía una fina humareda grisácea por su cráter.

Mario miró hacia Sicilia. Allí había estado para tomar parte en la carrera ciclista de Palermo. La noche anterior a la competición había entrado en una *pasticcería*, situada en un callejón próximo al hotel, para sentarse ante una mesa donde estuvo

jugando a las cartas con un sacerdote. Este último hacía trampas, pero cuando Mario se quejó de ello, un hombre declaró que le cortarían las orejas si le oía protestar otra vez. Mario se puso pálido, pero continuó jugando hasta que se produjo un corte en la corriente eléctrica. Palermo sufre tres o cuatro cortes de energía eléctrica cada noche. Mientras el propietario del establecimiento encendía unas grandes linternas, las manos de Mario barrieron la superficie de la mesa. Una vez recogido todo el dinero, Mario abandonó velozmente el establecimiento. Al día siguiente, cuando se inició la carrera por las calles de Palermo, Mario hizo todo lo posible por mantener la cabeza baja, con el objeto de que no le reconociese el hombre que le había amenazado, por si se encontraba entre la multitud. Y no alzó la cabeza hasta que estuvo en las afueras de la ciudad. En verdad que los sicilianos eran gente muy extraña.

Mientras contemplaba el agua, Mario oyó el zumbido de un avión. En el cielo apareció un bimotor «Convair». Era el aparato que efectuaba el vuelo Messina, Reggio de Calabria, Roma. Era el día 23 de enero. Por toda Europa, en los aeropuertos de Belgrado, Turín, Varsovia y Copenhague, había ciclistas esperando aviones con destino a América, y esperando también los miles de dólares que la carrera ciclista de los Seis Días iba a proporcionarles.

III

Baccala, el «productor ejecutivo» de los Seis Días Ciclistas, se hallaba durmiendo en su casa construida con ladrillo en Beachhaven, Long Island, casa cuyo valor ascendía a 175 000 dólares. Baccala es hombre que tiene una estatura un poco inferior al 1,60. Se hallaba tendido boca arriba en el lecho, con ambos brazos extendidos y la boca abierta. Parecía un rollizo puerco relleno. Su esposa, la señora Baccala, se hallaba dormida a su lado. Baccala tenía los pies metidos entre las pantorrillas de su mujer para dormir toda la noche caliente. El señor y la señora Baccala eran las únicas personas que habitaban aquella casa de diecinueve habitaciones.

El matrimonio había criado tres hijos: Anthony, el mayor de todos, que estudió primero en Georgetown y después se hizo abogado en Maryland; Vera, que estudió en el colegio de Monte Carmelo de New Hampshire y en aquellos momentos era profesora en San Leandro, California; y Joseph, llamado también Zu Zu, que había abandonado la segunda enseñanza por culpa de un juez que le había sentenciado a seis meses de reformatorio.

Zu Zu, de veintiséis años de edad, es un joven usurero muy prometedor, con residencia en Miami.

De sus tres hijos, Zu Zu es el favorito de Baccala. «Es un magnífico muchacho», comenta siempre su progenitor. Todos los miembros de la Mafia se afanan con apremiante urgencia por hacer de sus hijos personas respetables. Pero jamás se sienten cómodos con la situación. Cuando los jefes toman asiento para tomar café y charlar sobre sus hijos, abundan los gestos despectivos a la vez que las palmas de las manos se alzan.

—¿Cómo puedo saber lo que hace? —respondió un día Baccala a Louis *el Chino* cuando este le preguntó por el más decente de sus hijos—. Siempre está leyendo. ¿Qué sé yo de eso? Sé que va a la escuela.

Pero cuando Zu Zu tenía quince años y cometió su primer delito, atacando con una rueda de hierro sin neumático a su profesor, Baccala entró en el restaurante y convidó a beber a todo el mundo.

—¿Imagináis lo que ha hecho mi hijo hoy? —interrogó—. ¿Sabéis lo que ha hecho esa pequeña rata asquerosa? ¡Acaba de abrirle la cabeza a su maestro!

—¡A su salud! —brindó alguien.

—¡A su salud! —repitió Baccala tragándose acto seguido una buena dosis de *whisky*.

Una vez que se marcharon los hijos, la casa de Baccala, con sus pistas de bolos situadas en la planta baja, su estudio y bar con tocadiscos estereofónico, y sus suelos contruidos con mármoles italianos, quedó silenciosa y vacía. En el exterior, los potentes focos de luz iluminaban el terreno bien vallado. Dos perros pastores alemanes vagaban de acá para allá dispuestos a clavar sus colmillos a quien se atreviese a saltar el vallado. Pero Baccala no confiaba en que los perros le despertaran si

alguien viola su aislamiento. Cada centímetro cuadrado de sus puertas y ventanas está protegido por fuertes alambradas. El sistema central de alarma se encuentra sobre el suelo, bajo la cama de Baccala. Su principal componente es un sistema exactamente igual al de alarma para ataques aéreos. Cerca de este sistema hay siempre, día y noche, dos rifles bien cargados.

A las ocho de la mañana Baccala ya había abandonado el lecho dispuesto a iniciar la jornada. Se encontraba junto a la puerta de la cocina mientras que la señora Baccala salía hasta la calzada de coches ataviada con su bata casera. La señora Baccala tomó asiento ante el volante de un negro «Cadillac», Baccala cubrió los ojos con ambas manos, esperando. La señora Baccala puso en marcha el coche. Cuando el coche no voló por los aires Baccala salió al exterior, acarició brevemente la cabeza de su esposa cuando esta se apeaba del vehículo, subió a él y arrancó velozmente para comenzar otro día de labor.

Baccala presentaba un maravilloso aspecto en su gran coche negro. Cubierto su cuerpo por un traje confeccionado con negra seda italiana, se le podía considerar más bien grueso que rollizo. Su cabeza estaba cubierta por un pequeño sombrero también de seda negra. La talla inmediatamente inferior a la de Baccala sentado en su coche era posiblemente la de un cadete de infantería. Pero lo cierto era que asentaba sus posaderas sobre dos cojines bien rellenos. Sin la ayuda de estos últimos, Baccala se hubiese visto obligado a mirar hacia delante por entre el volante del vehículo. Además de los dos gruesos cojines, Baccala disponía asimismo de un gran taco de madera sujeto al pedal del acelerador.

Baccala apoyaba sobre este pedal un pie cubierto por un zapato de piel de cocodrilo. Zapatos de 125 dólares. Los zapatos eran para Baccala, tras el cuidado de su víscera cardíaca, lo más importante de su fachada. Los zapatos nuevos siempre son como una especie de insignia de la Mafia. Los gánsteres generalmente proceden de familias que caminaban descalzas por el Sur de Italia y de Sicilia. Los niños se educaban en América calzando raídos zapatos de lona durante el invierno y el verano.

Inevitablemente, el primer dólar que roban, al crecer, va a parar a una zapatería. Incluso los viejos mafiosos, los que han hecho grandes fortunas con los narcóticos o como prestamistas, se sienten incapaces de pasar por delante de una zapatería sin entrar a comprar un par de zapatos nuevos.

Es muy considerable el peligro que esto encierra, ya que muchos agentes encargados de hacer que se cumplan las leyes, los agentes honrados, por supuesto, entienden que la mejor manera de atacar a la Mafia es herir a sus miembros en lo que más les duele... en sus zapatos. Tal idea brotó cuando, durante una de sus aventuras en sociedad... la banda de Baccala y otra de Filadelfia se encontraron en un grave apuro. Los miembros de ambos grupos dispararon contra cuatro personas. Más tarde se nombró a tres hombres de cada grupo para que se encargaran del entierro. Este tendría lugar en un campo situado en Rockland County. Los seis sepultureros que acompañaban a los cadáveres lucían trajes Bronzini de 110 dólares. Caminaron de

puntillas sobre el barro. Cuando comenzaron a cavar trataron de ayudarse apoyando los pies en las palas. Luego se detuvieron para limpiarse los zapatos con los bajos de los pantalones.

—Hay que cavar más profundo —murmuró uno de ellos.

—Acabo de estar en el limpiabotas —razonó otro.

—El barro se me mete por entre las rejillas de mis zapatos —se quejó un tercero.

Lo cierto fue que los cadáveres no pudieron descansar a mucha profundidad. Una fuerte tormenta de lluvia que cayó una semana más tarde dejó los cuerpos al descubierto y el FBI llevó hasta allí dos laboratorios móviles.

Cuando Baccala se dirigía al trabajo, las esperanzas de tres familias personales y la de toda su familia de la Mafia descansaban sobre sus hombros. Porque Baccala tiene tres familias personales, ya que cuenta con otras dos esposas además de la señora Baccala. Una de estas otras dos esposas es una camarera de veintinueve años de edad que habita una casa de planta sencilla que le compró Baccala en Teaneck, New Jersey. La otra es una pelirroja de veinticuatro años que luce abrigos de piel y vive en un apartamento situado en la East 56th Street. Baccala tiene además una amiga de dieciséis años que estudia en la escuela superior. Las esposas son absolutamente legales en lo que concierne al Gobierno. Baccala paga los correspondientes impuestos por las tres familias. Las autoridades locales pueden exigir que haya un divorcio en cualquier momento, pero nadie protestó jamás.

Baccala llegó a casarse tres veces para resolver un gran problema que tuvo su inicio en una noche del año 1955. La camarera con la que llegaría a desposarse tenía entonces dieciséis años. Baccala la había conocido en el bar de un restaurante chino. Los dos se hallaban sentados en altos taburetes y se miraron. La muchacha rozó suavemente sus jóvenes piernas con las de Baccala. El cuerpo de Baccala comenzó a encenderse. Luego tomó su vodka de un solo trago. Esto le produjo un leve cosquilleo en la ingle. Esperó hasta que el chino que se hallaba detrás de la barra estuvo muy ocupado y entonces salió de aquel lugar en compañía de la muchacha. Caminaron por la Séptima Avenida hasta llegar al Park West Hotel. Allí Baccala penetró en el estanco de la esquina y se metió en el bolsillo un puñado de cigarros puros de veinticinco centavos. Luego tomó un estuche con un cigarro puro de quince centavos y lo tendió hacia el empleado para que lo cobrase, a la vez que le entregaba un dólar. Mientras el dependiente del estanco contaba el cambio, Baccala se acercó hasta el puesto de chucherías y comestibles y regresó con seis bocadillos. Tomó el cambio del dólar y al salir cogió un ejemplar del *Daily News*.

Acto seguido llevó a la muchacha hasta el vestíbulo del hotel. El conserje de servicio le presentó el libro de registro. Baccala tomó la pluma. Se arregló los puños de la camisa y cambió la posición de la pluma entre sus dedos. Luego trató de colocar los pies de manera que el peso de su cuerpo quedase bien distribuido sobre ambas piernas. Finalmente se inclinó sobre el libro de registro y apoyó la pluma sobre el papel.

«Traza dos palitos, colocas una “v” entre ambos y ya tendrás una “M” mayúscula».

Baccala comenzó a dibujar una «M» mayúscula, primera letra necesaria para anotar «Míster y Mistress John Smith».

Los nudillos de Baccala se tornaron blancos como la nieve al batallar con la pluma. Tras haber logrado la «S» de Smith se detuvo una décima de segundo. «Haces un par de montañas».

Dibujó un par de diminutas montañas para lograr la «m» de Smith. No le pareció muy potable. Volvió hacia atrás para trazar otra montaña pero como su mano estaba ya cansada y sudorosa por el esfuerzo realizado lo único que logró fue dejar caer un borrón en el registro. Baccala se daba perfecta cuenta del recelo del recepcionista que no le quitaba los ojos de encima, como si quisiera taladrarle. Baccala dejó caer la pluma sobre el mostrador y sacudió la mano. Se sentía terriblemente colérico y excesivamente abrumado como para mirar al otro hombre. Introdujo una mano en el bolsillo y extrajo un cilindro de billetes de tres centímetros de espesor. Las capas exteriores del cilindro mostraban billetes de cien. Pero Baccala tomó uno de cinco dólares.

—Padezco de artritis —aclaró—; escriba usted por mí.

El recepcionista le miró frunciendo el ceño. Baccala se sentía aplastado. Su orgullo le inyectaba deseos de morderle a aquel tipo la nariz. Cuando subió a la habitación con la muchacha ni siquiera tenía ya ganas de desnudarse.

Después de aquel episodio, Baccala consideró necesario contar con un alojamiento permanente para aquellos amores. Y en consecuencia contrajo matrimonio con sus dos amantes. Baccala dedica a la señora tres noches. Las otras cuatro de la semana las divide entre sus otras dos mujeres y la estudiante de dieciséis años.

Baccala es hombre que lleva perfectamente las riendas de sus negocios. Jamás toca cosa alguna que sea ilegal. Todos los años, el día de Navidad, llega Moe Fein, su jefe de prestamistas, con un sobre que contiene 50 000 dólares en efectivo. Estos 50 000 dólares constituyen el interés anual de Baccala sobre los 250 000 que él entregó a los usureros hacía un año para que trabajasen con ellos. Los usureros prestan este dinero al interés mayor que puedan lograr, pero los primeros 50 000 dólares deben volver a Baccala. Y los 250 000 pueden ser reclamados en cualquier momento.

Baccala también trafica con narcóticos, pero jamás se halla en la misma estancia donde se hallen los narcóticos en cuestión. Cuesta grandes cantidades de dinero, en pequeños recibos, pagar un cargamento de heroína o de cocaína; cargamento que, sin duda alguna, puede producir cientos de miles de dólares de beneficio. Si Baccala considera que un cargamento vale la pena, envía a Moe Fein en avión a Lucerna, Suiza, para retirar el dinero de la cuenta de Baccala. Su cuenta total asciende a unos

once millones de dólares. En Suiza, Fein se reúne con alguien que es corso, perteneciente a la organización de fabricación de drogas. Fein y el corso responden con sus pellejos de la buena marcha de las cosas. Fein regresa en avión a su tierra y el corso se esfuma. Más tarde la carga de estupefacientes llega a Nueva York, desde Montreal, oculta en un coche. Poco tiempo después los narcóticos llegan a la calle donde los venden los negros, entre los que hay algunos que los toman.

—No hacemos mal a nadie. Solo vendemos a los negros —explica Baccala.

El dinero llega hasta Baccala formando montañas. Pero él guarda silencio sobre tal cuestión. Y como nadie ve nada de malo en el juego, Baccala admite abiertamente que es él quien controla todo el corretaje de apuestas y a muchos polizontes de Brooklyn. Baccala es uno de los muchos jefes de la Mafia sobre los que se murmura que controlan negocios que han ido ampliándose poco a poco. Efectivamente, Baccala estuvo mezclado en una serie de empresas completamente legales. En otra época llegó a ser el principal fabricante de vestidos de la ciudad. Empleaba las amenazas, el ácido, y la ayuda de personal no sindicado. La gente perteneciente a la industria de la moda mencionaban un vestido de Baccala bajo la frase de «tela de compra o muere». El ayudante jefe de la fábrica de tejidos, Seymour tenía un cuñado llamado Dave que también pertenecía al negocio de la vestimenta. Dave vendía a Seymour material. Se precisaban cuatro libros de caja para hacerlo, pero Seymour Lipman y su cuñado contaban con casas abiertas en Miami. Baccala estaba perdiendo ochenta centavos cada vez que vendía un vestido. En la fiesta celebrada con motivo del primer aniversario de aquel negocio de confección, Baccala se presentó repentinamente en la fábrica con un bidón de gasolina en cada mano.

En otra aventura comercial, Baccala y el jefe del hampa de Harlem, un tal Gigi, de la 116th Street, iniciaron lo que estaban seguros que sería una espléndida estafa. Pero luego les aseguraron que estaban negociando con unos perfectos incompetentes.

—Protestantes de la alta sociedad, ¿qué es lo que pueden entender de negocios? —dijo Gigi.

Repentinamente, los protestantes de la alta sociedad se fueron a Nassau durante una semana. Baccala y Gigi perdieron rápidamente 14 000 dólares cada uno en el mercado y fueron procesados por comercio ilegal con futuras cosechas de patatas. Tras haber sido procesado, Baccala gruñó:

—Voy a matar a alguien, pero primero tengo que saber a quién y por qué.

Se vio obligado a pagar otros 35 000 dólares en honorarios a abogados antes de lograr que se retirase la acusación.

Pero como al parecer el dinero transforma en genios a todos los hombres, Baccala es conocido en Brooklyn como un propietario muy afortunado de bienes inmuebles. Lo primero que un siciliano busca en América es hacerse con un terreno de su propiedad. Es la reacción propia del que tiene en el haber de su familia varios siglos de mísera vida rural. El primer dinero de Baccala se empleó para comprar una pequeña casa con patio trasero en Canarsie. Plantó higueras en el patio, y al llegar el

frío las cubrió con papel embreado y colocó en la copa de cada una de ellas botes con pintura. Todo esto, en unión de las estatuas religiosas y los flamencos en los céspedes de entrada constituyen un espectáculo muy familiar en las vecindades italianas. Baccala compró todas sus propiedades a través de Joseph DeLauria. En el estado de Nueva York cuesta unos 100 dólares formar una corporación. Los accionistas de la corporación no necesitan revelar su nombre. Pueden nombrar a otra persona que les represente en una corporación de bienes raíces. Al comprar un inmueble, DeLauria forma una nueva corporación, específicamente para adquirir una parcela. Luego nombra a su secretaria para que el nombre de esta sea el registrado en la nueva corporación. Cualquiera que intente hacer indagaciones sobre los trámites de bienes raíces tropieza siempre con una secretaria. La tal secretaria procede siempre de otra corporación. El nombre de Baccala no figura en ninguna parte, y sin embargo, posee millones de dólares en tierras. Mucha gente de negocios sabe y entiende lo que ocurre, pero no les importa mientras se obtengan beneficios. El dinero es el dinero.

Con el paso de los años muchos de los abogados que se encargan de estos trámites se metieron en política. Joseph DeLauria siempre se preocupaba de contribuir con bastante dinero a alguna campaña política. Generalmente se aceptaba su ayuda con sumo agradecimiento. Los políticos italianos tienen menos razones que nadie para negarse a aceptar dinero de la Mafia. En su fuero interno, muchos italianos consideran a los miembros de la Mafia como una especie de Caballeros de Colón que se han vuelto locos. Además, y de no ser por la Mafia, el mejor puesto que podría llegar a ocupar un italiano en este país no sería superior al de desempeñar alguna tarea de supervisión en el Departamento de Sanidad. Esta discriminación en contra de cualquiera que lleve un nombre italiano se inicia en la escuela superior y ya no acaba nunca. Para luchar contra esto algunos jefes de la Mafia procuran olvidar su sed de dinero. Cuando Frank Costello se hizo cargo del establecimiento político de la Mafia en el Este realizó gran parte de su labor a través de viajantes de comercio judíos y de jueces irlandeses. El impulso que proporcionaba Costello a los italianos para hacerles subir hacia algún estrado jurídico era producto de un orgullo de raza. Si uno de sus jueces italianos podía intervenir en un caso, tanto mejor. Pero lo más importante de todo era que su nacionalidad fuese italiana, que tuviese la carrera de leyes, y que sus hijos fueran hijos de jueces italianos.

Baccala, sin embargo, en el caso de tener que elegir entre un prometedor, consciente y honrado italiano, y un voluble y astuto ladrón irlandés, en todo momento se decidiría por el irlandés. Las teorías políticas de Baccala eran bien simples. Contaba con Joseph DeLauria quien trataba de sobornar a todos los funcionarios del servicio público de Brooklyn, pero no esperaba que fuese un número exorbitante de individuos el que estuviera a su lado mediante el soborno. Con el paso de los años había aprendido que, cuando conviene, un político recurre a los trucos del actor delante de la Mafia, del mismo modo que lo hace delante del público en general. Existe la creencia bien extendida de que cada jefe importante de la Mafia cuenta con

uno o dos jueces del Tribunal de Apelación, unos cuantos miembros del Congreso, un puñado de fiscales, y, para los casos de gran trascendencia, con un juez del Tribunal Supremo. Sin embargo, siempre se realizan maniobras envueltas en un gran velo de falsedad. Un procurador del estado de Nueva York deliberadamente cometió errores durante un juicio con el objeto de que el abogado defensor de un mafioso ganara un caso de apelación difícil de ganar en un juicio normal. Pero, en general, las numerosas leyendas que sobre la Mafia llegan hasta todos los rincones del mundo, son, como en otros muchos casos, el resultado de simples rumores, fantasías, y quizá falsas promesas.

Baccala era un político realista. Ciertamente le habría gustado mucho tener un juez bajo sus zapatos, o probablemente a alguien con un cargo aún más alto. Pero se conformaba con ejercer su influencia sobre un asambleísta de la cámara baja del estado de Nueva York. En el momento en que este individuo ocupó un puesto idóneo, Baccala obtuvo un documento que le iba a permitir a Joseph DeLauria adquirir muchos terrenos situados bajo el río Hudson.

Al vetar personalmente aquel documento, el gobernador comentó, con la gente de su despacho:

—La última persona que intentó hacer una cosa así fue mi abuelo.

Aquella mañana, el trayecto a recorrer hasta su oficina hizo perder a Baccala cuarenta y cinco minutos. Tomó un bulevard para llegar a Brooklyn. Luego se introdujo por calles estrechas y embarradas casi todas formadas por almacenes. Al llegar a una calle solitaria, detuvo el coche en un aparcamiento vacío frente al sórdido edificio de dos plantas de la compañía de camiones Lancer. Cuando Baccala entró en el edificio se oyó el arrastrar de unas sillas sobre el pavimento de la planta baja. Cuatro hombres se pusieron en pie al instante.

—¡Hola! —saludó Baccala lacónicamente. Los rostros de los cuatro hombres parecieron reflejar unos profundos pensamientos. Luego uno de ellos respondió:

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió Baccala nuevamente.

—¡Hola! —dijo otro.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¡Hola!

—¡Hola!

Los cuatro individuos, vestidos de negro, adoptaron una posición marcial mientras Baccala empezó a subir un tramo de estrechas escaleras de madera. Baccala hacía sonar con fuerza sus tacones cubanos sobre cada peldaño que pisaba. Este sonido se extendía por todo el hueco de la escalera. Una especie de búfalo de agua vestido con un traje azul claro, y adornado con tiras de plata, se presentó en la parte

alta de las escaleras.

—¡Hola! —le dijo Baccala.

—¡Hola! —respondió Búfalo de Agua.

Baccala se sumió inmediatamente en el silencio matutino de su despacho, que era un auténtico mar de plantas trepadoras, con lámparas de anticuadas pantallas de seda fruncida, y una enorme mesa de despacho. Por todas partes se veían imágenes religiosas. Cuando Baccala encendió la luz, la estancia pareció cobrar nueva vida bajo las bombillas multicolores colocadas alrededor de las imágenes. Una fila de velas artificiales brillaba ante la imagen de San Antonio. Con rostro color crema, hábito marrón, y una palma sujeta al grueso cordón que rodeaba su cintura, San Antonio se alzaba directamente tras la mesa de despacho de Baccala.

Baccala se descubrió con rápido movimiento de su brazo ante la imagen del santo varón.

—*Buon giorno* —dijo.

Sostuvo el sombrero contra su pecho. Luego inclinó la cabeza y comenzó a orar en alta voz.

—San Antonio, haz que pueda vivir hoy un buen día. Y... San Antonio, permíteme que te diga otra cosa. Sé que hay muchas personas, muchas, que te dirán que Baccala no es bueno. Te dicen que soy malo. Bien... ¿quieres escucharme, por favor? Recuerda una cosa. Que Baccala está de tu parte. Lo que necesites, Baccala lo buscará para ti. No te preocupes por Baccala. Él siempre estará con San Antonio. De manera que tú, San Antonio, estarás al lado de Baccala. No prestes atención a lo que te digan esos asquerosos gusanos. ¿Lo comprendes? Entonces de acuerdo. Amén.

IV

Aquella misma noche, a las doce, y a veinte millas de distancia de la gran casa de Baccala, en Marshall Street, el humo del primer cigarrillo del día tocó la película de dentífrico que cubría los dientes de Kid Sally Palumbo. Acababa de levantarse. Se ajustó el cuello. El cuello de la camisa ascendió hasta la nuca, rozó suavemente las orejas y se dobló sobre una costosa corbata de seda. Sally se alisó luego el cabello negro, y muy untado con brillantina. Se lo había cortado en Madison Avenue. El día en que Sally vio a Artie *el Chino*, uno de los individuos más importantes del *gang* del Este de Harlem, paseando con una melena bien arreglada, Sally se dirigió inmediatamente a Manhattan para cortarse el pelo en la misma peluquería que frecuenta Frank Sinatra. La melena parece quedar algo descentrada al enmarcar el rostro de Kid Sally que luce una cicatriz a lo largo de su mejilla derecha. Los pómulos altos hacen que su mirada sea dura. El cuadrado mentón da un aspecto agresivo a los rasgos de su boca. Sally dio otra chupada al cigarrillo. Era un «Oval» inglés. Frank Costello fumaba tales cigarrillos ingleses.

Sally expulsó una bocanada de humo hacia su propio rostro reflejado en el espejo. Su labio superior se alzó en una mueca despectiva, muy bien conseguida. Sally rio entre dientes. ¡Qué maravillosa imitación de Tommy Udo! Udo es un gánster de una vieja película titulada *El beso de la muerte*. El papel de Udo lo desempeñaba fantásticamente bien Richard Widmark. La mejor escena de la película se produce cuando Tommy Udo, haciendo una mueca de desprecio y riendo cínicamente, liquida a una anciana empujando su coche de inválida hacia el vacío, por el hueco de una escalera.

Kid Sally Palumbo adoraba aquella película desde el primer día que la vio. Tanto le gustaba que volvió al cine aquella misma noche para verla otra vez. Al día siguiente era el primero de la cola para sacar entrada, mucho antes de que el cine abriese sus puertas. Kid Sally tenía entonces quince años. Durante los catorce años siguientes, excepto veintidós meses pasados en varias prisiones, Kid Sally Palumbo vio varios reestrenos de la misma película, siempre que esta se proyectaba aquí o allá, de forma que pudo llegar a imitar perfectamente a Tommy Udo. Y en verdad que lo logró bien. Al mirarse nuevamente en el espejo del cuarto de baño, Kid Sally Palumbo creyó ver ante él a Tommy Udo, tan formidable era la imitación que estaba realizando.

Uno de los hombres principales de Kid Sally Palumbo, Tony *el Indio*, se hallaba en el umbral del dormitorio. Tony *el Indio* recibía tal denominación porque se parecía mucho a un indio. Su piel era olivácea y sus negros cabellos, muy lisos, casi colgaban sobre ambos lados de su rostro. Tony *el Indio* también actuaba como un comanche. Cuando salía a cobrar las deudas de juego, llegaba al lugar señalado con un cuchillo entre los dientes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó a Kid Sally.

—¿Qué estoy haciendo? Me estoy vistiendo —replicó Kid Sally a la vez que se ajustaba mejor el nudo de la corbata.

Luego movió la cabeza varias veces para asegurarse de que cuello y corbata ajustaran bien.

—Tienes muy buena pinta —murmuró Tony *el Indio*.

—No puedo andar por ahí pensando o imaginando que soy un asqueroso trapero.

—A eso me refiero —dijo Tony—. Que tienes muy buena pinta. Sabes demostrar que eres alguien.

—Es necesario que la gente te respete. Y no puedes ganarte el respeto de los demás si andas por ahí como un tipo tirado. Hay que tener clase.

—En efecto... puedes preguntar a cualquiera y te dirán que Sally Kid es un caballero.

Kid Sally inclinó la cabeza para contemplarse en el espejo desde otro ángulo.

Él y Tony *el Indio* solían charlar bastante. Sobre todo sostienen misteriosas conversaciones telefónicas cuando sospechan que el teléfono está intervenido. Hace tres semanas los dos charlaron por la línea de Kid Sally Palumbo, línea que está intervenida conjuntamente por la policía de la ciudad de Nueva York, por el Departamento del Tesoro, por el FBI y por los Servicios de Inmigración y Nacionalización.

Sonó el teléfono, y una voz que las autoridades identificaron en el acto como perteneciente a Kid Sally Palumbo respondió:

—Sí...

—¡Hola!..., ¿cómo vamos? —preguntó la otra voz.

Los agentes encargados de la escucha no sabían quién era pero sí lo sabía Kid Sally. Se trataba de Tony *el Indio*.

—Te conozco —dijo Kid Sally Palumbo.

—¿De verdad?

—Sí, te conozco —repitió Kid Sally.

—Está bien —respondió la otra voz.

—¿Cómo van las cosas? —interrogó Kid Sally.

—¿Qué hay de nuevo?

—¿Has visto al otro tipo?

—Sí, le he visto.

—¿Me necesitas para algo? —preguntó Kid Sally.

—Sí.

—Nos encontraremos donde la última vez.

—¿Te refieres al lugar donde aquel tipo...?

—No, ahí no. El otro sitio —dijo Kid Sally.

—¿Qué sitio?

—Adonde nos fuimos después de haber estado donde tú dices.

—¡Oh!, ya sé dónde es... sí, estuve allí contigo.

—¿A qué hora estarás allí? —interrogó Kid Sally.

—A la misma que la otra vez.

—Está bien, entonces de acuerdo.

—De acuerdo.

—Ten cuidado —aconsejó Kid Sally.

—Ten cuidado —repitió la otra voz.

Cuando Kid Sally colgó el teléfono alzó la barbilla orgullosamente. Luego murmuró:

—Y ahora que esas puerkas ratas que imaginan ser tan inteligentes imaginen de lo que se trata.

—¿Quién era? —preguntó uno de sus hombres, un enano llamado Beppo.

—Tony *el Indio*. Ya se entrevistó con ese tipo de Levy, de la 38th Street que debía dos mil quinientos pavos. Tengo que ver a Tony en *Ciro's* a las diez y media de esta noche.

El dispositivo electrónico que la policía de Nueva York había colocado en la mesa de despacho de Kid Sally recogió esta breve conversación. Aquella misma noche dos detectives se hallaban en el bar cuando Kid Sally y Tony *el Indio* entraron en el local. Al día siguiente, David Levy, un modesto fabricante de prendas de confección, tuvo que presentarse a declarar ante el fiscal del distrito. Levy habló lo suficiente como para provocar una nueva investigación sobre operaciones de usura.

Kid Sally siempre se metía en complicaciones de esta clase. Baccala le dejó campo ancho y carta abierta en el negocio de las máquinas tocadiscos situadas en unos cuantos sectores comerciales. Kid Sally inauguró la Ace Vending Machine Company. Uno de sus hombres principales, Joe *el Jeque*, era el encargado de suministrar los discos. Joe *el Jeque* odiaba profundamente la música ruidosa y chillona que le recordaba a los negros.

—¿Es que aún no hay suficientes negros en el mundo para que encima la gente ande por ahí imitándolos? —preguntó un día Joe *el Jeque*.

Los tocadiscos de la Ace Vending solamente disponían de interpretaciones italianas. Mucha gente decía que esto era lo que había conducido al resurgimiento de los pianistas de fines de semana en los bares irlandeses.

La Ace Vending quebró y Baccala se regocijó mucho con el fracaso.

Pero Baccala no rio tanto cuando Kid Sally Palumbo, sin la aprobación oficial de su jefe, intentó empuñar las riendas comerciales utilizando la fuerza de los músculos. Tal estilo se había esfumado con la era de Al Capone. Hoy día la Mafia hace todo lo posible por emular a los banqueros protestantes. Primero se presta dinero. Luego, como intereses, se recolectan almas. Pero Kid Sally Palumbo intentó cobrar dinero empleando las palizas, el ácido y el terror.

Kid Sally Palumbo se sintió atraído sobre todo por unos clubs llamados Controladores de Peso, clubs que estaban brotando como hongos por todo Brooklyn.

Estos clubs obtenían grandes beneficios gracias a las esbeltas empleadas de raza

judía que advertían a las clientes, en su mayor parte gruesas italianas, que «su marido piensa buscarse una amiguita joven para palparle bien las costillas». Los beneficios de tales clubs aumentaban considerablemente cada día mientras que las ventas de pastas para sopa sufrían una enorme baja. Muy pronto Kid Sally Palumbo comenzó a visitar a las damas judías que dirigían tales clubs para dejar caer veladas amenazas como por ejemplo: «Es muy probable que fallezca usted accidentalmente destrozada por alguna bomba».

El miembro más entusiasta del club Controladores de Peso de Saypole Street era Carmela Russo. A los treinta y cinco años de edad medía poco más de 1,55 de estatura y pesaba unos cien kilos.

Cuando Carmela Russo flexionaba la cintura para tocarse los dedos de los pies, sus senos llegaban al suelo mucho antes que los dedos de sus manos. La buena mujer consideraba a los Controladores de Peso como la última oportunidad de su vida en lo que se refería al matrimonio, ya que en su hogar acababa de estallar, hacía unos dos meses, una pequeña bomba que era todo un síntoma de desintegración: su esposo Tony había empezado a comprar libros pornográficos.

Una tarde, Carmela Russo se hallaba en el club Controladores de Peso, realizando duros ejercicios. Hubo un momento en el que alzó los ojos y vio a Kid Sally Palumbo y a dos de sus hombres que penetraban en el local, contoneándose chulescamente, para inmediatamente comenzar a discutir violentamente con la señora Millie Lewin, directora del club.

Carmela Russo recogió del suelo sus abundantes senos y en el acto comenzó a emitir el primero de una larga serie de alaridos. El último llegó a oídos de la oficina del fiscal del distrito.

Sin embargo, como gánster, Kid Sally Palumbo es un gran elemento en algunos detalles básicos. Uno de sus conocimientos más importantes es su erudición sobre la llamada Buena Gente.

Dentro de tales círculos de bondad, se dice de alguien que es «una buena persona» cuando por lo menos tal persona tiene en su haber un asesinato en primer grado. Así resulta que Kid Sally es una especie de apóstol de la Buena Gente. Cuando se aproxima a un tocadiscos automático, siempre pone un disco de Phyllis McCarthy porque esta chica sale con Sam Giardine, gran tipo de Chicago. Sally sabe muy bien que Gigi, del Bronx, sale con una camarera del Silhouette Lounge. Cuando Sally pasa por allí cerca, entra en el Silhouette, deja a la camarera una propina de diez dólares y añade: «Saludos a tu amigo». Está seguro de que la camarera describirá su persona a Gigi, y que Gigi comentará más tarde:

—Simpático muchacho ese Sally. Sí, es verdaderamente simpático.

Y Kid Sally también conoce otras cosas que son importantes, como por ejemplo que Georgie Brown, de Mott Street, vive en Seaview, Long Island; que Jackie Brown, de East Harlem, habita en Pelham Park, Westchester; y que Tommy Brown, Eddie Brown, Tony Brown, y Jimmy Brown van a New Jersey a jugar al golf. Kid Sally

nunca les ha visto, pero está perfectamente enterado de todos los detalles que se relacionan con Rocky, de Detroit, Rocky, de Buffalo, Rocky, de Cleveland, y Rocky, de Topeka.

Mientras se hallaba ante el espejo, contemplándose todavía plácidamente, Sally comenzó a entonar la canción del juego de dados. Hasta que se hizo cargo del «contrato» de Georgie Paradise, Sally había sido un tipo muy conocido en Brooklyn por su facilidad en recordar frases y repetir las día tras día durante las partidas de dados en las que intervenía por cuenta de Baccala. La labor de Kid Sally consistía en estar presente, observando, y con la mano derecha siempre preparada.

En el momento en que un jugador protestaba, Kid Sally formaba la «V» de la victoria con dos dedos de su mano derecha y los hundía alegremente en los ojos del jugador en cuestión.

Mientras, en pie, esperaba en guardia la oportunidad de hurgar en los ojos ajenos, Kid Sally cantaba, dirigiéndose a los jugadores. Cuando Kid Sally comenzó a cantar allí, en el dormitorio, Tony *el Indio* sonrió. Le agradaba que Kid Sally hiciera aquello.

—¡Eh!... el juego no es fuerte y nadie puede abandonar. Sigue tu corazonada y pide un número... ¡eh!, cuanto más apuestes más cobrarás... Verás como la cosa aumenta... ¡eh!... más calma, muchachos... si apuestas de prisa no durarás mucho, pero si lo haces con calma serás jugador ducho... Cada noche estamos aquí a las diez... ven con un amigo también... ¡eh!... el juego no es fuerte y nadie puede abandonar...

—¿Quién se queda con la «tela»? —preguntó Tony *el Indio*.

—Sí, ¿quién se queda con la «tela»? —repitió Kid Sally—. Sé que nosotros no.

Kid Sally se llevó a la boca otro cigarrillo ovalado. Luego lo sujetó entre los dientes. Deseaba ver qué aspecto presentaba con el cigarrillo así sostenido. La cosa no quedaba mal del todo, pero el cigarrillo era demasiado corto. Se puede sostener entre los dientes un cigarrillo con filtro. Pero ¿quién fumaba cigarrillos con filtro? Era necesario fumar ovalados porque Frank Costello también los fumaba. Kid Sally dejó que el cigarrillo colgara de su labio inferior. Observó la cosa a través de una leve cortina de humo. Así estaba mejor. Kid Sally opinó que tenía mejor aspecto. Se sentía realmente grande.

Y a continuación, como siempre le ocurría, experimentó cierta inquietud. En algún rincón de su mente, justamente cuando se hallaba pensando acerca de todas las cosas grandes y acerca de su gran aspecto personal, siempre surgía aquella escena, la confusa escena que constantemente estaba a la expectativa para emerger a la superficie y provocar en él ansiedad e incluso angustia.

Un día lluvioso. La escuela superior de Samuel J. Morse. El asesor de grado para muchachos de primer curso ya estudió los horarios buscando una clase en la que poder encajar a Salvatore Palumbo entre la 1,45 y las 2,40. Salvatore Palumbo ya había sido incluido en todos los cursos de gimnasia y de estudios comerciales del

colegio. Los informes de la segunda enseñanza y la notificación del Tribunal de Menores incluidos en su expediente indicaban en forma clara que Salvatore Palumbo se hallaba más a gusto entre rejas que en aulas educativas. El asesor del colegio se da perfecta cuenta de que a Salvatore solo le faltan dos meses para cumplir los dieciséis años, momento en el que puede ser expulsado del colegio.

—¿Te gusta el idioma español? —pregunta el asesor.

Kid Sally se encoge de hombros.

—Dice que sí le agrada el español —anota el asesor de educación.

Kid Sally entra en la clase de español, con sus zapatos de lona, pantalones de pana oscura y cazadora con el emblema Alas Rojas S. C. impreso en la espalda. Las siglas S. C. representan al Screwing Club. La clase está formada por muchachas judías ataviadas con pulcras blusas y faldas plisadas; muchachas que atisban a través de sus gafas de cristales oblicuos cuando Kid Sally entra en el aula.

Los muchachos son judíos delgados que se sientan muy erguidos, con sus ojos literalmente clavados en el profesor, un hombre alto y calvo, que se llama Goldstein. El profesor hace una mueca al ver a Kid Sally. Luego comienza a pasear lentamente, yendo y viniendo ante sus alumnos, y acto seguido se inicia la lección. Kid Sally Palumbo se desploma en su asiento, y casi oculta la cabeza en las profundidades del cuello de su cazadora. Luego casi parece caer en trance.

—¿No lo diría usted así, señor Palumbo?

En la clase se produce una especie de bramido. Kid Sally Palumbo alza los ojos. Todas las muchachas de negros cabellos le están observando a través de los oblicuos cristales de sus gafas. También le observan los muchachos de protuberantes narices, y todos se ríen de él. Ríen a carcajadas, ríen descaradamente ante él. Delante de sus alumnos el profesor Goldstein sonrío.

—Bien... conteste a la pregunta, señor Palumbo —ordena Goldstein.

Kid Sally Palumbo, muy aturdido y confuso, enrojeciendo hasta las orejas, mientras todo el mundo se ríe de él, reacciona de la única manera que sabe hacerlo:

—¡Váyase usted al diablo! —grita a Goldstein. Cada vez que Kid Sally recuerda aquella escena, siente que en su estómago revolotean mariposas, se le hace difícil pensar, y repite la misma frase arrojada al rostro de Goldstein. Es un grito que sale de su interior con terrible fuerza. Y Kid Sally, ante el espejo, mueve su boca que sostiene el cigarrillo. Luego gruñe en voz alta:

—¡Váyase usted al diablo!

Gran Mama entra en la habitación apoyando ambas manos en las caderas.

—No es nada —murmura Kid Sally.

—Ten cuidado con tu lengua en esta casa —gruñe a su vez Gran Mama.

Gran Mama es una mujer de corta estatura y arrugada piel, cuya nariz se parece más bien al pico de un loro. Recoge sobre la nuca sus cabellos grises formando un gran moño. Sus ojos, de color castaño oscuro, se mueven con rapidez. Viste el negro luto, tradicional en toda Italia. Vestido negro, medias negras, zapatos negros... el

marido de Gran Mama, osado pero poco experto chantajista, murió ya hace veintitrés años.

Kid Sally la llama Gran Mama porque se crio en un apartamento en unión de su madre a quien llamaba solamente mamita y con su abuela que se convirtió más tarde en Gran Mama. Su madre murió de neumonía cuando él tenía nueve años. El padre, Albert Palumbo, cumplió nueve años de prisión por encubrir un asesinato. Albert se había presentado en escena cuando ya era tarde para hacer aquel trabajo por sí mismo, tal y como le habían contratado, pero sí llegó con tiempo suficiente para que le viesan meter el cadáver en una mezcladora de cemento. Albert murió un año después de salir de la prisión. Gran Mama crio a Kid Sally Palumbo, contemplándole siempre con enorme orgullo mientras el chico se iba aproximando al «estréllate» bajo los ánimos que le proporcionaba su abuela.

—Ahora, ¿sabes ya lo que hay que hacer? —preguntó a Kid Sally.

—Sí.

—Procura estar seguro de lo que sabes hacer.

—Seguro.

La abuela murmuró:

—Recuerda que todos los demás son ratas asquerosas. Solo eso... ratas asquerosas.

Se iluminó el rostro de Kid Sally. Gran Mama siempre le hacía sentirse fuerte. Igual que aquel día cuando estaba sentado al fondo de la sala del tribunal, en compañía de Gran Mama, para prestar declaraciones en un caso de lesiones. Fue uno de los primeros contratos que Kid Sally estableció con Baccala; Kid Sally se equivocó de víctima y la persona en cuestión presentó inmediatamente una denuncia. Kid Sally y Gran Mama tomaron asiento en la sala artesonada con madera de oscuro color. Hubo otro caso antes de celebrarse el juicio de Kid Sally. El abogado, ante el tribunal, estaba interrogando a un negro que ocupaba el estrado de los testigos.

—Así que las tensiones raciales de su barrio son el resultado de ser un barrio negro, ¿no es así? —preguntó el abogado.

—No lo sé —murmuró el joven negro.

—Bien, ¿hay muchas familias negras viviendo en su vecindad?

—Creo que sí.

—Hablemos del bloque de viviendas dónde usted vive. ¿Qué clase de gente ocupa ese bloque?

—A ver... hay ocho casas donde todas son familias negras. También hay una familia blanca y otra que es italiana.

—¡Cochino negro! —gritó Gran Mama desde el fondo de la sala—. ¡Puerco asqueroso!

Gran Mama se había puesto en pie y sacudía un dedo amenazador hacia el muchacho de color que testificaba en aquellos momentos.

—¡Tú... asqueroso negro... te mereces una buena tanda de latigazos!

Cuando el juez estaba ordenando a un alguacil que hiciera callar a la dama, el abogado, un hombre bajito con bigote, dio media vuelta rápidamente y gritó:

—¡Por favor!

—¡Puerco picapleitos judío! —gritó Gran Mama nuevamente.

El juez, que era irlandés, no se sintió realmente ofendido por todo esto. Lo único que hizo fue lo que debía. Expulsar de la sala a Gran Mama y a Kid Sally.

Una vez en el vestíbulo, Gran Mama se puso de puntillas para atisbar a través del rectangular cristal de la puerta y echar «mal de ojo» a todas cuantas personas se hallaban allí dentro. Kid Sally no se movió de su lado, sintiéndose realmente grande.

Kid Sally recorrió, con sus bien cuidadas uñas, cuyo barniz resplandecía bajo la luz, la cicatriz de su mejilla derecha. La cicatriz en cuestión era el precio que había pagado por una de las tantas incertidumbres que a veces se apoderan de él.

Cierta vez, al principio de su «carrera», la familia Baccala le encargó la realización de un conveniente incendio. Su tarea consistía en hacer lo que le ordenase Benny *el Chinche*, jefe de la operación. Un total de cinco establecimientos situados en fila y en una vecindad que estaba quedando desierta, perdían cada día más dinero, y los propietarios formaron una especie de sociedad y pagaron a Benny para que convirtiese sus establecimientos en algo que se pareciera a un solar. Benny se pasó unas cuantas horas vaciando bidones de gasolina en los sótanos de los almacenes. Ordenó a Kid Sally que aplastara bien aquellos bidones ya vacíos y que los llevara a la cuenca del Erie y los arrojara al agua.

Si un jefe de bomberos encuentra un bidón de gasolina entre las ruinas carbonizadas, informará a la policía sobre tal detalle, cosa siempre fea, y hará lo mismo con la compañía de seguros, cosa todavía peor. Tras una cuidadosa comprobación de todas las medidas tomadas, Benny *el Chinche* abandonó la escena y se acercó hasta una estación del ferrocarril aéreo desde donde se distinguían perfectamente los establecimientos. Le acompañaba uno de los propietarios, el que poseía un almacén de frutos secos, almacén situado en el último lugar de la fila de tiendas. El hombre estaba muy preocupado a causa de una pared, a prueba de incendios, que había en su establecimiento.

—Trata usted con profesionales —dijo simplemente Benny *el Chinche* dirigiéndose al comerciante.

Pronto comenzaron a salir las llamas por las ventanas de los cuatro primeros establecimientos. Pero nada nuevo se advertía en la tienda de frutos secos.

—Ya se lo advertí yo —se lamentó angustiosamente el propietario.

Benny extrajo de un bolsillo un cigarro de dólar, lo acarició suavemente con la lengua y después se lo puso entre los dientes. Todas las tiendas estaban ya invadidas por el humo menos la de los frutos secos.

—¡Ohhh! —exclamó el tendero.

De repente, la fachada del establecimiento de frutos secos saltó por los aires hasta la mitad de la calzada. El techo se convirtió en un auténtico geiser de maderos,

ladrillos, y tela embreada. Uno de los muros laterales reventó, desintegrándose. Las llamas lamieron la pared a prueba de incendios como si se tratara de un caramelo.

Benny *el Chinche* se quitó el cigarro de la boca e hizo una mueca despectiva al tendero que no se había movido de su lado. Luego dijo orgullosamente y con terrible laconismo:

—Puramente nuclear...

Después de aquel día, Kid Sally Palumbo, consideró que ya lo sabía todo con respecto a aquellas operaciones. Y acto seguido comenzó a asediar a Baccala para que le encargara alguna tarea de pirotecnia, algo que pudiese manejar por sí solo. Baccala pronto le encargó la labor especialísima de liquidar un club nocturno de Greenwood Lake, propiedad de un primo de Baccala, que allí estaba perdiendo dinero. Esto convirtió al club nocturno en un candidato más a los usuales «incendios de restaurantes». Un buen fuego en la cocina, complementado con cinco galones de gasolina de primera clase. Kid Sally roció con gasolina todo el establecimiento durante la noche. Tuvo buen cuidado de ir recordando todo lo que Benny *el Chinche* había hecho. Luego hizo una pequeña hoguera en un rincón de la cocina y salió al exterior sintiéndose muy satisfecho de su labor. Al salir de allí caminó con el mismo aire de un Mussolini.

—Hecho... —dijo a Tony *el Indio*, que le estaba esperando en el coche.

De repente el pie de Kid Sally tropezó con algo. Miró hacia el suelo y vio un bidón pequeño de gasolina. Había olvidado en el interior del club los bidones de gasolina. Corrió desesperadamente hacia el establecimiento en el mismo instante que en el local se producía una explosión. Un pedazo de cristal hirió una mejilla de Kid Sally. Al día siguiente, los inspectores de incendios encontraron cuatro bidones de gasolina entre los escombros.

—Aunque el propietario de esto fuera el propio Eisenhower, no pagaríamos —declaró un perito de la compañía de seguros.

Kid estudió atentamente la cicatriz de su mejilla, retrocedió unos pasos y guardó los cigarrillos ovalados ingleses en el bolsillo interior de la americana. Frank Sinatra también los guardaba así.

—Ten cuidado —dijo Kid Sally a Gran Mama. Desde el dormitorio salió a un pasillo. La escalera que conducía a la calle se hallaba situada en el centro del pasillo. Tony *el Indio* bajó primero. Cuando Kid pisaba los primeros peldaños, se abrió una puerta al final del pasillo y apareció una muchacha envuelta en una bata enguatada, bajo la luz que iluminaba el cuarto. Tenía cabellos largos y piel olivácea. Las cejas, de trazo oriental, ascendían oblicuas sobre unos grandes ojos almendrados.

—¿Sales tan tarde? —preguntó la chica.

—Tiene que trabajar —replicó Gran Mama con sonoro tono—. Tú a lo tuyo, que es estudiar e ir al colegio... El tiene mucho que hacer.

—Cuídate —dijo Kid Sally.

—Cuídate tú —respondió la muchacha.

La joven cerró la puerta de golpe. Kid Sally bajó las escaleras. Gran Mama se asomó a la barandilla.

—Olvidabas esto —le susurró a la vez que le mostraba una negra pistola.

—No la necesito —murmuró Kid Sally.

—Está bien..., pero cuídate.

V

Kid Sally bajó las escaleras a saltos, cruzó un destartalado vestíbulo, y salió a la calle. El edificio donde vive Kid Sally consta de dos plantas edificadas en viejo ladrillo. Los bajos están ocupados por un almacén y las oficinas. En una desvencijada ventana hay unas letras doradas que anuncian: ACE VENDING MACHINE. Este es el negocio que Kid había dirigido. Sus empleados robaban nueces de pistachos en el mercado Washington, llenaban con ellas las máquinas tragaperras y después las instalaban en los bares. Era entonces un buen negocio, pero el mercado se trasladó más tarde al Bronx, aumentaron las medidas de seguridad en el nuevo emplazamiento y ya nadie pudo robar pistachos. Por lo tanto la Ace Vending perdió sus posibilidades de hacer negocio.

Beppo *el Enano*, con los cabellos caídos sobre el rostro, se hallaba sentado en la oficina. La oficina era un buen lugar para tomar asiento porque allí no hacía tanto frío como en la calle. El Enano usaba una camisa de *sport* de tejido escocés y manga corta. Se hallaba ante un deslucido escritorio. Tras él, había un muro cubierto por un cartelón donde se veía a una muchacha desnuda descansando sobre una carnosa cadera. Cuando el Enano vio a Kid Sally en la entrada de la oficina, se volvió sobre su silla. Primero se colocó de rodillas sobre ella, luego de pie y por último, alzándose sobre las puntas de los pies, se aproximó al muro y besó a la muchacha del cartelón en un lugar situado en la parte alta de los muslos.

—Este Beppo está como una cabra —comentó Kid Sally.

—Desde luego que sí —convino Tony *el Indio*.

En el interior de la oficina, Beppo seguía en pie sobre la silla y palmoteaba alegremente. Acababa de tocar uno de los puntos flacos de los gánsteres, y confiaba en su pequeñez para salir adelante con su osadía, sin problemas.

Desde el mismo momento en que un hombre forma parte de la Mafia se considera como un dios, o al menos como el Arcángel San Miguel. Esta idea, combinada con la normal carencia de imaginación y el constante estado de preocupación que acompañan a su coeficiente de inteligencia, hacen del maleante vulgar el peor compañero sexual que se pueda imaginar.

—Prefiero tratar con un alemán frígido antes que hacerlo con un tipo listo y ardiente —declaró cierta noche Sandra *la Garfio*.

Para superar esto, los tipos listos hacen cualquier cosa para lograr que una muchacha se emocione y pierda el control de sí misma; cualquier cosa, incluyendo sobre todo la escena que Beppo acababa de fingir con el cartelón del muro. Si hay algo que un miembro de la Mafia tema, aparte de una condena por tráfico de narcóticos, es que su amiga cuente a alguien lo que él hace en la cama.

—Si llegas a contarlo alguna vez —advirtió Tony *el Indio* a su amante una noche — te retorceré el pescuezo hasta que se te caigan los ojos al suelo.

El edificio donde vive Kid Sally se halla situado en la mitad de la manzana de casas. La manzana está formada por garajes de una sola planta, pintados con tonos oscuros, y dedicados al lavado de camiones, situados entre casas de vecinos, de cinco plantas, con escalerillas de incendios reptando por la misma fachada. El bloque de edificios se extiende hasta los lúgubres embarcaderos que forman parte de los muelles del sur de Brooklyn. Un solitario buque cisterna, con un par de luces en el puente, se mecía en las aceitosas aguas.

Para la mayor parte de las personas que habitan en Marshall Street, solo se pueden tomar dos caminos en la vida. Uno consiste en levantarse muy temprano, por la mañana, y caminar hasta el final de la calle hasta los muelles y tinglados centrales de descarga y centro de selección de temporeros, lugares que constituyen la vida de los estibadores. El otro camino es levantarse por la noche y salir a robar. Por supuesto, Marshall Street está mucho más frecuentada en las últimas horas de la tarde, cuando la gente sale para comparar los cortes recibidos en la mano, en la última noche, al romper los cristales de la claraboya de algún almacén.

Esta situación es la que en cierta ocasión impulsó a decir a Nathan Glaser, director de la Oficina Regional de la Seguridad Social de Brooklyn: «Estas gentes jamás solicitan tarjetas de la Seguridad Social en toda su vida. Si dispusiéramos de algunos sectores más como Marshall Street, poco más podríamos hacer por los jubilados, a no ser enviarles una pandereta».

Kid Sally Palumbo y Tony *el Indio* avanzaron por la desnivelada acera, hacia la esquina. Kid Sally, al caminar, balanceaba los hombros y mantenía muy juntas las piernas. Iniciaba los pasos con las puntas de los dedos, golpeándose los tobillos con los zapatos negros, zapatos siempre nuevos y muy ajustados. Kid Sally se había pasado largo tiempo aprendiendo a caminar de aquella manera. Un paso alerta y rápido no es normal en los barrios pobres. La gente acostumbra a reaccionar al medio ambiente desde los pies. En los sectores míseros la gente se mueve con pasos separados y sin rumbo fijo. En Marshall Street, cuando una mujer sale a comprar tripas para la cena, durante su trayecto suele chocar con tres o cuatro personas. En Madison Avenue, una mujer que va a sus quehaceres, ágilmente hace surgir sus piernas de un taxi y avanza a paso rápido por la acera, ante una larga fila de comercios, sin tropezar con nadie. En Marshall Street, solamente Kid Palumbo, que trata de llegar a general de la Mafia, proporciona un concreto rumbo a sus pasos.

Tony *el Indio* se acercó a uno de los garajes, con puertas de color oscuro, situado cerca de la esquina. Abrió las puertas y entró, saliendo después dando marcha atrás en un «Cadillac» negro. Kid Sally cerró las puertas del garaje y subió al coche. Diez minutos más tarde Tony *el Indio* reducía la marcha del vehículo al aproximarse a una calle oscura, avanzando luego muy lentamente hasta dejar atrás un edificio de ladrillo rojo, un supermercado. Kid Sally contempló la acera bañada por las luces de neón de Flatbush Avenue. Estaba desierta. Tony *el Indio* pisó el acelerador y el coche dobló la

esquina para detenerse con suave siseo de neumáticos bajo la luz resplandeciente de unos tubos de neón de un gran cartel que decía:

LA HORA ENCANTADA

En el rótulo de un escaparate se podía leer:

EN EL INTERIOR, ALMEJAS AL HORNO, LOS DOMINGOS POR LA TARDE. POLLO A LA CAZADORA, LINGUINE Y MUCHACHAS GO GO.

El sonido de los neumáticos hizo que los que se hallaban cerca de los ventanales de La Hora Encantada mirasen hacia el exterior. Vieron cómo Kid Sally se apeaba en la acera y avanzaba hacia la puerta del establecimiento como si fuera Mussolini. Tony *el Indio*, apeándose por la otra portezuela del coche, le siguió inmediatamente. Kid Sally esperó ante la puerta a que Tony la abriese. A continuación Kid Sally adoptó la famosa mueca de Tommy Udo. Penetró en La Hora Encantada y advirtió que todos los presentes le miraban.

—¡Hola! —saludó alguien a Kid Sally.

Kid hizo una leve inclinación de cabeza y siguió adelante.

—¡Hola! —saludó otro hombre, y Kid repitió su movimiento de cabeza.

Kid Sally se dirigió a la barra y se detuvo junto a un taburete tapizado con cuero negro. «No hay que sentarse. En cuanto lo hagas parecerás un tipo que se encoge». Kid Sally permaneció, muy erguido ante el mostrador, con el cigarrillo ovalado inglés pendiente del labio inferior, el mentón saliente, pecho abombado, y dejando ver con elegancia los puños de la camisa que caían sobre sus muñecas. El espejo que había tras el mostrador parecía reflejarlo todo en azul debido a la oscuridad reinante. Kid Sally alzó un poco más la barbilla y expulsó humo a la vez por boca y nariz. Una columna de humo azul hacia abajo y otra hacia arriba. En el espejo de enfrente Kid Sally vio a un tipo que, decididamente, sabía lo que estaba haciendo.

«Buena gente» se dijo a sí mismo Kid Sally.

Colocó sobre el mostrador un billete de cien dólares.

Acto seguido alzó una mano y movió un dedo.

—¡Eh! —exclamó—. Aquí... servicio rápido, muchacho.

El *barman* corrió desesperadamente hacia él.

—¿Escocés? —interrogó lacónicamente.

—Para mí y para mi amigo. Y una ronda para toda la concurrencia.

El *barman* asintió en silencio con un movimiento de cabeza. Depositó dos whiskys y dos vasos de agua ante Kid y Tony *el Indio*, y luego sirvió, uno por uno, a los clientes que se hallaban en el bar. Kid Sally habría sido muy capaz de prestar

dinero con intereses de usura con tal de no dejar menos de un billete de cien dólares sobre el mostrador de La Hora Encantada.

Un individuo de baja estatura, vestido de negro, se acercó desde el final de la barra y se detuvo a su lado.

—¿Tienes algo para mí, muchacho? —preguntó Kid Sally.

—El tipo da largas al asunto —respondió el hombre.

—¿Cómo se entiende eso? —interrogó Kid Sally.

—Creo que no tiene ni cinco —replicó el hombre—. Pero no sé si tiene pasta o no. Quiero decir, no lo sé con seguridad.

Kid Sally se apoyaba sobre el mostrador. En aquel preciso momento abandonó su apoyo y se irguió cuadrando los hombros.

—¿Quién se imagina que es ese tipo? —preguntó—. Voy a partirle las patas y a obligarle a llevar un brazo en cabestrillo como primera medida. ¿Quién es ese tipejo que no paga? ¿Sabe bien con quién está negociando?

—Le advertí que estaba tratando con «buena gente».

—Haré con él lo que tengo que hacer.

—Ya se lo dije yo —respondió el hombre del traje negro.

Kid Sally miró al hombre y murmuró:

—Está bien.

El hombre se retiró. Kid Sally dio media vuelta y se contempló en el espejo. ¡Bien! Todo el mundo le estaba observando y mentalmente se dijo que todo el mundo respetaba a Kid Sally Palumbo. Inmediatamente comenzó a hacer cálculos sobre el día en que pudiese entrar en los grandes lugares de Manhattan, como en Copa y Jilly's, y ganarse asimismo el respeto de los famosos de aquellos lugares.

Junto a su codo izquierdo había una especie de barandilla pequeña que separaba el mostrador normal del de servicio. El mostrador de servicio tenía un emparrillado para escurrir los vasos. Las luces azules y rojas de un tocadiscos automático se reflejaban sobre la superficie húmeda del aluminio del emparrillado. La camarera, una muchacha con largos cabellos negros que parecían flotar sobre su espalda, pasó de largo rozando suavemente a Kid Sally y se detuvo junto al mostrador de servicio, exactamente al otro lado de la pequeña barandilla. Sobre el aluminio dejó una bandeja.

—Un *whisky* con agua, un *vodka* con ginebra, y dos *Dewar on the rocks* —pidió la muchacha.

Kid Sally tomó un vaso de *whisky* y bebió el contenido de un solo trago.

La camarera permanecía junto al mostrador de servicio, con los labios fruncidos. Parecía tararear algo que estaba sonando en el tocadiscos.

El *barman* estaba a punto de coger una botella que se hallaba detrás del mostrador para empezar a servir el pedido de la muchacha. Kid Sally dejó el vaso sobre el mostrador, esperó a que el *barman* estuviese ya a medio camino de la botella que buscaba y entonces movió un dedo.

—Esperamos servicio rápido mi amigo y yo —dijo Kid Sally.

El *barman* se detuvo instantáneamente. Hizo una mueca que parecía ser una sonrisa. Luego miró hacia Kid Sally y logró sonreír ampliamente.

—Naturalmente, Kid Sally —dijo.

La camarera miró a Kid Sally.

—¿De verdad...? —interrogó.

Kid Sally imitó rápidamente a Tommy Udo.

—¡Tú...! —exclamó a continuación la muchacha.

Kid Sally se sentía muy orgulloso de ser tan famoso. Le entusiasmaba ser la clase de tipo que era.

Tony *el Indio* le aplicó un suave codazo.

—Aquel individuo del reservado te está esperando —dijo.

Kid Sally apuró nuevamente su licor y encendió otro cigarrillo. Cuadró los hombros. Aquella entrevista era muy importante para él. Dirigió sus pasos hacia el reservado situado en el fondo del local. Luego tomó asiento en una silla. El hombre que se hallaba frente a él vestía un traje fresco, escocés, con pespuntos hechos a mano. Corto el cabello pajizo. Lucía lentes con montura de concha. Se llamaba Izzy Cohén. Y era el judío más importante de Baccala. La Mafia se apoya firmemente en los judíos. Entre los gánsteres, los jefes no suelen ser capaces de hacer números más que cuando se descalzan y recurren a los dedos de los pies para ayudarse en sus cálculos. Cada uno de los grandes *gangs* dispone de un judío capaz de contar dinero, las ganancias del juego, y las operaciones de usura. La policía, aunque no comprende con exactitud lo que hacen los judíos, sospecha siempre lo peor, y los amenaza periódicamente. Baccala dice siempre a Izzy Cohén:

—Atrévete a robar algo y colocaré tu lengua en la vía del ferrocarril.

Izzy Cohén siempre alza los brazos, con horror. Al día siguiente, empuña su revólver judío... un bolígrafo... Comienza a trabajar y aumenta un poco más sus robos. Izzy procede de una familia de vendedores ambulantes del East Side de Manhattan. El extremo norte de su mente tiene tendencias universitarias, muy claras y casi impresionantes. El extremo sur está atestado de gusanos que entran en actividad únicamente cuando para ellos aparece programada la palabra «latrocinio». Esta situación hace que Izzy Cohén sea un ladrón culto. Como figura importante del *gang* de Brooklyn, se le considera también tan brillante como el difunto Abba Dabba Bersntein. Abba Dabba trabajó para Dutch Schultz y se hizo famoso por su habilidad en «organizar» la totalidad de la Cincinnati Clearing House, empleada para pagar las nóminas de los polizontes.

—¿Qué hacemos? —interrogó Kid Sally Palumbo. Le interesaba hacer entender a Izzy que era él quien llevaba la voz cantante. Era Kid Sally quien la llevaba. Kid Sally ocupaba un buen puesto en la Mafia. Izzy era tan solo un judío. Por lo tanto no estaban a la misma altura.

—Mi trabajo acabó antes de ser iniciado —replicó Izzy.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Conozco bien mi oficio. Permíteme preguntar algo..., ¿qué haces tú?

—Hacer..., ¿qué?

—Hacer... en general.

Kid Sally se llevó una mano al interior de su chaqueta, buscando un cigarrillo. Cuidadosamente extrajo uno del paquete. Tomó el encendedor y lo encendió calmadamente. Deseaba demostrar a aquel judío quién era él.

—Quieres montar una especie de Montecarlo alrededor de una carrera ciclista, ¿verdad? —interrogó Izzy.

—Exacto —respondió Kid Sally.

—Así lo tenía entendido —dijo Izzy—. Y ahora, permíteme otra pregunta... Suponiendo que se rompa una cadena, ¿qué harás entonces?

—¿Una cadena?..., ¿qué cadena?

—Las cadenas de las bicicletas se parten. ¿Qué harás en tal caso? No puedes conseguir un premio de corredor si se rompe su cadena. ¿Qué has previsto para tal caso?

Kid Sally se sintió abrumado por la incertidumbre. Colgó el cigarrillo de su labio inferior y adoptó la mueca de Tommy Udo. Luego respondió:

—Tengo al gordo para que se cuide de todos los detalles. ¿Qué es lo que crees... que soy un chaval que anda por ahí arreglando bicicletas rotas?

—¿Qué quieres decir con eso de «todos los detalles»? —preguntó Izzy Cohén.

—Exactamente lo que acabo de decir. El gordo hace todo el trabajo por mí. Es un hombre formidable para cuidarse de cosas como estas.

El gordo era Big Jelly Catalano, que aguanta sus ciento cincuenta kilos de peso sobre una osamenta que mide más de un metro noventa de altura, rematada en su cima por un ancho rostro de buho con abundante melena negra. Contempla al mundo a través de unas gafas de gruesos cristales. Cree que el mundo debería haberle convertido a sus treinta y dos años, en un ser legendario del sur de Brooklyn. En la escuela de segunda enseñanza y ya con ciento treinta y tantos kilos sobresaliendo por ambos lados de su asiento y bloqueando los pasillos, se pasó los años cubriéndose la boca con ambas manos mientras cuchicheaba a sus compañeros de clase:

—¡Sodomía!

—¡Período!

—¡Ven!

Desde entonces, fueron tantas las cosas malas que hizo, que el juez Bernard Bubín, del Tribunal Criminal de Brooklyn, declaró en cierta ocasión:

—Si este elemento hubiese podido montar a caballo habría sido una ayuda tremenda para Jesse James.

Mientras Kid Sally garantizaba, en aquella noche, que Big Jelly tomaría las riendas de todos los detalles, mientras ya solo era cuestión de horas la llegada de los corredores ciclistas al país, y mientras solo faltaba una semana para la celebración de

los Seis Días Ciclistas, Big Jelly estaba haciendo lo que siempre hacía por la noche.

—Te digo que todo irá bien, muchacho —estaba diciendo Big Jelly al *maître d’hotel*.

El *maître* en cuestión manoseaba nerviosamente tres tarjetones de menú, mientras que, cuadrándose firmemente en el vestíbulo, intentaba bloquear la entrada de Big Jelly en el Messina, un restaurante del East 55th Street, en Manhattan.

—Señor Jelly, se lo suplico. Este es un lugar respetable. Usted recuerda a un circo.

—Carlo, ¿quieres dejar eso ya? —dijo Big Jelly—. Esta es mi esposa. Saluda a Carlo, cariño.

Una miniatura que parecía esculpida en madera de ébano, con grandes senos que pugnaban por atravesar la blanca blusa que los cubría, tendió una mano a Carlo.

—¿Cómo estamos, buen hombre? —preguntó.

—Y esta es mi madre política —añadió Big Jelly.

Una mujer con la piel de color cacao, medidas propias de un boxeador de peso medio, y ataviada con una peluca rubia y una minifalda amarilla, rio entre dientes.

—Si Jelly es mi hijo político —comentó irónicamente— entonces es que Jelly es un violador de madres políticas.

Carlo volvió rápidamente la cabeza para comprobar si alguien del interior la había escuchado. Las dos mujeres estallaron en carcajadas y Big Jelly extendió una mano para despeinar alegremente la cabeza de Carlo. Luego dio a este un suave empujón y acto seguido él y las mujeres penetraron en el comedor. Carlo se vio obligado a precederles a buen paso. El *maître* fruncía el ceño cuando condujo a Big Jelly y a sus dos muchachas hasta una mesa situada en un rincón, en el fondo de la sala.

Big Jelly tomó asiento y se quitó la corbata gris perla. Luego se quitó la chaqueta de mohair negro, talla 64. Se desabrochó la camisa blanca que acto seguido se quitó, colocándola calmosamente sobre el respaldo de una cercana silla. En aquel momento, Big Jelly estaba sentado en camiseta, la cual aparecía moteada por grandes manchas rosáceas dejadas allí por anteriores salsas de *linguine*, manchas que al parecer se habían negado a desaparecer con el lavado. Big Jelly siempre se desnuda cuando va a comer, porque su pecho y estómago sobresalen de tal manera que el tenedor o la cuchara tocan continuamente tales prominencias y los alimentos se deslizan entonces por su pecho. En consecuencia, Big Jelly se desnuda y permite que la *linguine* caiga por donde mejor le parezca.

Todos los presentes, en el alfombrado comedor, miraron a Jelly con perplejidad que luego se transformó en afectadas sonrisas, acompañadas de unas cuantas risas contenidas. La madre política de Big Jelly se inclinó sobre la mesa y comenzó a frotar las dos ubres de vaca que Jelly tenía como tórax.

—Podrías pasar por una mujer..., para algunos —comentó la madre política.

Big Jelly lanzó una sonora carcajada. Sujetándose con ambas manos las dos ubres, se balanceó repetidas veces sobre su asiento.

—Es verdad... es verdad... —insistió la suegra.

La esposa palmoreo alegremente y comenzó a canturrear una canción «verde».

Carlo avanzó veloz por entre las mesas, mesándose los cabellos una y otra vez, hasta que se situó ante el terceto.

—¡Por favor! ¡Por favor! —exclamó.

—¿Por favor..., por qué? —quiso saber Big Jelly.

—¡Esto no es una pocilga!

—¡Una pocilga! —gritó a su vez Big Jelly—. ¿Acaso me estás llamando cerdo? ... ¿Quién es un cerdo aquí?

Y al pronunciar estas últimas palabras, Big Jelly cogió de la mesa un plato de mantequilla y lo arrojó a la cabeza de Carlo. Carlo, por su parte, se apoderó de un vaso de agua y lo lanzó al rostro de Big Jelly. El enorme zapato de Big Jelly apareció por debajo de la mesa y golpeó uno de los tobillos de Carlo. Carlo lanzó un alarido y se llevó ambas manos al tobillo. Big Jelly envió otro plato a la cabeza de Carlo. Un camarero con chaquetilla roja acudió para sujetar a Big Jelly. La mujer del opulento seno hundió sus uñas en la cara del camarero. Este lanzó un terrible alarido. Otro camarero se hizo cargo de la mujer. Big Jelly falló un rechazazo, pero pudo hacerse con un tenedor que clavó con fuerza sobre la mano del camarero. Las dos mujeres se levantaron de la mesa. Big Jelly cogió su camisa y chaqueta y continuó propinando zarpazos a derecha e izquierda con una sola mano, mientras las mujeres y él se dirigían hacia la puerta. Big Jelly se encontró bajo el frío viento del exterior en camiseta y con los cabellos casi cubriéndole el rostro.

—¡Quemaré este garito hasta los cimientos! —chilló.

Las dos mujeres hicieron señas a un taxi. Los tres subieron al vehículo y Big Jelly declaró que necesitaba beber un trago. Se acercaron hasta Clarke's en la Tercera Avenida, donde estuvieron bebiendo copas de vodka. El taxi esperó en el exterior. Luego, Big Jelly llevó a sus dos amigas a un lugar de Madison Avenue donde estuvo bebiendo *whisky* con un almacenista de vinos. Luego le dijeron al conductor del taxi que les llevara a Jilly's, en la 52 Street, pero se detuvieron en el camino para entrar en el Wagón Wheel, para entonces ya Big Jelly no cesaba de palmorear y girar las pupilas vertiginosamente mientras exclamaba:

—¡Sodomía!

Ambas mujeres, riendo a carcajadas, se palmorearon los muslos, y la esposa hurgó en el interior de su bolso. Big Jelly aulló:

—¡Saca algo de ahí para fumar!

El taxista, al comprobar que la muchacha extraía del bolso tres cigarrillos de marihuana y los repartía con sus compañeros, detuvo el coche, se apeó y luego se apoyó sobre la carrocería a la vez que declaraba:

—Si tengo que pasar unas vacaciones a la sombra, ha de ser por mis propios vicios, pero no por los de ustedes.

—No pasará nada —dijo Big Jelly—. Estoy con mi madre y ella me lo permite.

A las 6,30 de la mañana, las dos muchachas se hallaban en la habitación 625 del hotel West Virginia. Se abrió la puerta del cuarto de baño y se presentó Big Jelly con una boina negra inclinada sobre su ojo derecho.

—¡Ooooo... la, la! —exclamó.

VI

A las 7,05 de la tarde, el vuelo 101 de Alitalia se hallaba próximo a su fin en el aeropuerto Kennedy.

El avión cruzó el último trecho del Atlántico, con las luces de aterrizaje reflejándose sobre las negras aguas, pasando luego sobre las grises arenas de Rockaway Reach. En el compartimiento turístico del aparato, Mario Trantino y otros siete ciclistas se lanzaron hacia las ventanillas, ansiosos de contemplar América por vez primera. El avión tomó tierra suavemente en la húmeda pista y poco después Mario Trantino descendía por la escalerilla con las cejas enarcadas, la boca abierta, y un brillo intenso en sus ojos.

Joseph DeLauria, en su papel de presidente de la asociación de carreras ciclistas, estaba esperando en el vestíbulo. Le acompañaba un grupo de hombres. Cuando el funcionario de pasaje apareció con Mario y los demás corredores, DeLauria se abrió paso entre la gente y abrazó a Mario. DeLauria se apartó hacia un lado, y entonces un anciano delgado, luciendo la faja roja, verde y blanca de la Sociedad de San Genaro, besó a Mario en ambas mejillas. Dos gruesos doctores que lucían en sus solapas las rosetas del comité de recepción, esperaban formando fila. Un hombre más, luciendo una banda, se hallaba detrás de ellos.

Joseph DeLauria se hallaba al lado de Mario, recitando nombres a velocidad vertiginosa:

—Señor Riccobona..., señor Scola..., señor Grillo..., doctor Palermo..., señor DiLorenzo...

Mario dio un salto.

—¡Señor DiLorenzo! —exclamó.

El ampuloso individuo que en aquel momento abrazaba a Mario asintió con un movimiento de cabeza.

Mario buscó en un bolsillo de su chaqueta la lista de nombres que le entregó el sacerdote.

—DiLorenzo... DiLorenzo...

Su dedo temblaba mientras iba recorriendo la lista hasta tropezar con el nombre.

—¿Su familia es de Catanzia? —preguntó Mario.

El gordo respondió afirmativamente con otro movimiento de cabeza. Tenía los ojos muy abiertos. Nuevamente abrazó a Mario esta vez con más fuerza. Mario se guardó la lista y rodeó al doctor con sus brazos.

—¿Conoce usted al padre Marsalano? El reverendo incluyó su nombre en esta lista.

El gordo pareció rechazar un tanto los brazos de Mario.

—El padre Marsalano dijo que usted le ayudaría.

El hombre se apartó violentamente de Mario y retrocedió entre la multitud.

—¡Ehhh! —exclamó Mario.

—¡Toca madera! —gritó el hombre antes de perderse entre la multitud.

Mario trató de seguirle, pero en aquel preciso instante sus ojos se posaron, por casualidad, sobre dos azafatas de la Air France. El comité de recepción condujo a Mario hasta la salida del aeropuerto, mientras él se contorsionaba para ver a las azafatas en cuestión. Cuando llegaron a Manhattan, las luces del sector de los espectáculos, y la gente paseando por él, hicieron que Mario se sintiera un poco mareado.

Cuando Mario llegó a su habitación había perdido la noción de todo cuanto le rodeaba. A la mañana siguiente despertó con la cabeza bajo la almohada. Colocándose boca arriba, comenzó a frotar ambas piernas, muy suavemente, contra las sábanas. Su cuerpo se estremeció al contacto de su primer lujo. Abandonó el lecho y se acercó hasta la ventana. Allí estaba Manhattan en el silencio de la mañana. Todos sus edificios parecían hallarse como encajados unos en otros. Más allá de las casas estaba el río. Sus aguas presentaban fríos tonos grises, y el viento de enero, soplando en ángulo sobre su superficie, la convertía en borroso y gigantesco parabrisas.

Mario penetró en el cuarto de baño y desenvolvió el paquete de jabón. Era la pastilla más grande que había tenido en toda su vida. La acercó a su nariz. Notó un olor a limpio, a suave agua de colonia. No era el olor a detergente líquido que despedía el jabón italiano. Tocó el resplandeciente grifo plateado de la ducha. El agua tibia, que por momentos se iba calentando, cayó sobre él. Mario abrió más el grifo. Estaba gastando más agua en ducharse que la que gastaba toda una familia en Catania durante un día. Mario comenzó a reflexionar al mismo tiempo que el agua tibia se deslizaba por su cuello. Y pensó en las mismas cosas que pensaba cualquier recién llegado a América. Mario ya estaba jugueteando con la idea de quedarse en América para siempre.

Al salir de la ducha tomó asiento en el borde de la cama y comenzó a hojear la lista telefónica. Le sorprendió encontrar allí a Grant Monroe. Llamó a la centralita del hotel y dio el número que acababa de hallar en la guía.

—Puede marcarlo usted mismo —respondió la telefonista.

—Estoy ciego —replicó Mario.

—Lo siento. Yo se lo marcaré.

Cubriendo el auricular con la mano izquierda, Mario murmuró entre dientes: «Trabaja, muchacha, que yo no pienso hacerlo por ti».

El teléfono de Grant Monroe sonó varias veces. Por fin, una voz pastosa respondió. Mario se puso en pie, emocionado.

—¿El señor Grant Monroe? —preguntó.

—Naturalmente. Siempre está levantado a estas horas para contestar a las llamadas telefónicas.

—Comprendo —replicó Mario—. ¿Podría hablar con él?

—¡Ah!, también yo lo comprendo, pero no me tomará usted el pelo; ¡es usted un imbécil!

Y acto seguido colgaron en el otro extremo de la línea.

Mario se vistió y bajó a la planta baja del hotel donde esperó a DeLauria. Como Mario hablaba inglés, DeLauria pensaba llevarle a algunos lugares de la ciudad para celebrar algunas entrevistas de tipo publicitario.

Cuando llegó DeLauria, el hombre estaba un tanto enfadado, porque no le agradaba nada convertirse en chico de recados, y, además, porque temía mortalmente que la carrera fuera un fracaso y más tarde se le culpara de ello.

—Mis muchachos ni siquiera saben lo que es una carrera de bicicletas —dijo a DeLauria Bobby Scola, del Sindicato de Peones de Albañil, número 43.

DeLauria entregó al recepcionista del hotel unos cuantos sobres, cada uno de ellos con el nombre de cada corredor ciclista. Luego entregó otro a Mario. Mario se guardó el billete en un bolsillo de la chaqueta. Acto seguido se acercó hasta el próximo quiosco y pidió dos barras Hershey para desayunar. Luego se apartó a un lado para que DeLauria pagase. DeLauria permaneció impasible e inmóvil. Mario adoptó la patética expresión de un mendigo agonizante. DeLauria masculló algo ininteligible, pero al cabo de unos segundos buscó cambio en un bolsillo.

DeLauria condujo a Mario a las oficinas de una redacción donde se imprimía una pésima revista que de vez en cuando suministraba noticias deportivas, a dos insignificantes emisoras de radio, y luego a la gran cadena de periódicos de la tarde. DeLauria ya tenía la costumbre de emplear aquel método de publicidad. Todo era muy sencillo. Bastaba entrar en el despacho del redactor deportivo y pagar con dinero contante. El redactor deportivo llamaba entonces a otro joven que se hallaba sentado a una mesa escribiendo un artículo deportivo sobre baloncesto. El título decía: «El equipo de San Juan hace astillas al de la Santa Cruz». El joven dejó a un lado su trabajo y entrevistó a Mario.

De regreso al hotel, Mario llamó nuevamente a Grant Monroe. No hubo respuesta. Durante toda la tarde estuvo viendo la televisión. Por la noche, tres tipos gordos del comité de recepción invitaron a los ciclistas a cenar en un restaurante situado frente al hotel. Los corredores, aturdidos por el cambio de horario, comenzaron a dormirse en la mesa.

Por la mañana, Mario llamó otra vez a Grant Monroe. Tras sonar el teléfono muchas veces, al otro extremo del hilo, la voz pastosa respondió:

—El velatorio es mañana. Murió ayer. Se cortó el gaznate.

La voz, un tanto más débil, añadió al cabo de un par de segundos:

—Escuche, son las siete y media de la mañana. ¿Está usted loco? ¿Qué hace usted, dormir en la calle?

Y acto seguido se cortó la comunicación.

Las bicicletas habían llegado por vía aérea y se guardaban en un edificio de Central Park. Mario y los demás corredores salieron a las diez del hotel para pedalear un

poco. Muchos de ellos ya estaban preguntando cuándo estaría preparada la pista cubierta para practicar en ella. Joseph DeLauria hizo un esfuerzo por reír con tono alegre y aplicó varias afectuosas palmadas en algunas espaldas para infundir paciencia y ánimos. Después del ligero entrenamiento, DeLauria salió del parque para buscar un taxi. Mario, que vestía traje de entrenamiento de color negro y estaba sudando a chorros, corrió tras DeLauria. Subió al coche con él. Mario mostró a DeLauria la dirección de Grant Monroe en la 10th Street.

DeLauria movió la cabeza y murmuró lacónicamente:

—Barrio portorriqueño.

Mario guardó silencio.

DeLauria extendió ambas manos con ademán de exasperación y masculló.

—Que te pudras...

DeLauria ordenó al chófer que se acercara hasta el East Side y a la 10th Street.

La 10th Street era una calle estrecha. Tanto en la acera como en sus bordillos abundaban las latas vacías y las bolsas de basura. Las aceras estaban totalmente desiertas por el frío que reinaba.

Las casas tenían cinco y seis plantas, con escalones exteriores de entrada pintados en sucio color rojo, marrón oscuro, o canela claro. No había visillos en las ventanas, pero sí polvo y hollín que oficiaban de tales. Los buzones, en los portales, eran una especie de cajas de latón desvencijadas sujetas con cordeles para que no se abriesen. Los nombres de algunos vecinos estaban escritos a mano sobre trozos de cartulina, pero tan mugrienta que Mario se vio obligado a casi pegar la nariz a tres buzones para poder leer los nombres: Ruiz, Torres, Maldonado... Había otros buzones que no ostentaban nombre alguno. Mario no vio el de Monroe por ninguna parte... Salió un momento al exterior para asegurarse que la casa era el número 288 y una vez comprobado tal extremo penetró de nuevo en el sórdido portal. Probó suerte en una puerta que había al fondo. No estaba cerrada con llave, y Mario penetró en un pasillo oscuro donde distinguió unas escaleras ante él y un apartamento a su izquierda con la puerta medio abierta.

Mario llamó a ella. No hubo respuesta. Entró. Se hallaba en una habitación delantera de suelos desnudos. Las paredes estaban cubiertas de arriba abajo por *posters* de arte *pop*. Uno de ellos mostraba a un cavernícola esculpiendo las palabras «Premio Nobel de la Paz» en una gran losa. Junto a una pared había una bañera de bordes curvados en su parte superior y descansando sobre ornadas patas. La bañera estaba pintada con remolinos psicodélicos. En el centro de la estancia había caballetes y mesas con pinceles, pinturas, y paletas. Un alto taburete se alzaba frente a las tres ventanas que daban a la calle.

—¡Hola! —gritó Mario.

Desde el fondo del apartamento llegó hasta sus oídos un sonido ahogado. Se abrió una puerta y un hombre pequeño penetró en la estancia, dando impulso con ambas manos a la silla de ruedas que ocupaba. Era calvo y usaba gafas. Tenía una botella de

whisky sobre sus rodillas y una taza en la mano izquierda. Con la otra mano libre impulsó más la silla. Luego la detuvo ante una larga mesa.

—Así son las cosas —murmuró.

Dejó la taza y la botella sobre la mesa, y abriendo la botella, se sirvió *whisky* en un vaso. Luego se lo bebió de un solo trago. Recogió de nuevo la taza y vertió algo sobre una gran hoja de papel que estaba también sobre la mesa. Luego comenzó a frotar sus dedos sobre el húmedo papel.

—El sabe que yo solamente necesito té, y el hijo de perra no me lo compra y me dice que use café. Bien..., bien..., que use café y verá lo que consigue.

—¿Qué es eso? —preguntó Mario.

—Té, he dicho té, ¿es que no lo oyes? El necesita algo que tenga unos diez años de antigüedad. Aplico té al papel nuevo para que envejezca. El té es bueno para eso. Pero a ese hijo de zorra, ¿qué le importa? Me dice que use café si no tengo té. Es un bastardo más que vago.

—¿Quién? —interrogó Mario.

—¿Quién?... ¿quién supones que pueda ser? Pero ¿y eso qué importa ahora? Estoy tan... tan indignado que... que todo me tiene sin cuidado.

El hombre se sirvió otro trago. Después de beber se pasó ambas manos por el rostro.

—Trabajo toda la noche... y ya son dos veces seguidas las que un imbécil me llama temprano y me despierta. Dos días seguidos. Por eso esta mañana me dije ¡al diablo con todo! Me fui a la cocina y allí me tomé... algo que me espabilara. Aún no lo conseguí del todo. ¡Esos puercos teléfonos...!

La cabeza del hombre caía poco a poco hacia su hombro izquierdo y se veía obligado a realizar un esfuerzo terrible para mirar a Mario.

—¿De dónde vienes... vestido de esa manera? —preguntó.

—Soy Mario Trantino. Vengo desde Catanzia, Italia.

—¿Cómo está el Papa?

—¿Su Santidad?

—Sí. Creo que está preocupado con los problemas del celibato. ¿No hay algo de eso?

El inválido hizo girar su silla de ruedas y se acercó rápidamente hasta la bañera, orinó en el interior, dejó correr el agua, cerró el grifo y regresó de nuevo junto a Mario. Alargó la botella a este y dijo:

—Toma... puedes usarla como si fuese tuya, muchacho.

Mario le miró.

—Vamos... —dijo el hombre.

Mario se acercó más a él, cogió la botella y se la llevó a la boca, como si se tratara de beber cicuta pura. Pero no pensaba hacer algo que enfureciese a aquel hombre y le echara de allí. Teniendo los labios abiertos no había manera de impedir que el licor penetrase en la boca. Cuando Mario inclinó la botella, el *whisky* penetró

libremente hasta su garganta.

—Escucha —dijo el hombre—, cuando yo era joven, alguien me enseñó que el *whisky* era algo que se bebía a tragos y no de esa manera..., me parece que eres un pobre imbécil, muchacho.

El estómago de Mario estaba dando alarmantes sacudidas.

Hizo un esfuerzo por expulsar una bocanada de aire para evitar las náuseas.

—Y ahora dime, ¿qué es lo que quieres? —interrogó el inválido sirviéndose otro trago—. ¿Quieres ver a Grant?

Mario asintió con un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿qué diablos haces aquí? ¿Le conoces?

—Sí, le conozco muy bien —replicó Mario.

—Bien... pues entonces debes saber que nunca está aquí. ¿Qué diablos haría aquí? Aquí hay trabajo. Él no es capaz de hacer nada de esto. Ni siquiera sabe emplear el té. «Usa café si no tienes té», me dice...

El inválido miró a Mario antes de añadir:

—¡Eh!..., pero... ¿qué diablos son esas ropas que llevas puestas?

—Son... bueno... son las que uso para la... bien, es el traje de...

—Eso es cosa tuya y no mía —dijo el hombrecillo—. ¡Bah!..., estoy harto... y tengo que terminar este trabajo para mañana por la mañana. Trabajar muy temprano... a ver..., ¿dónde estará esto, ahora?

El inválido se inclinó y revolvió entre una pila de papeles que había en una mesita, hasta encontrar una escena callejera que sin duda alguna pertenecía a Nueva York.

—Sí... aquí está.

—Es un trabajo muy bueno —comentó Mario.

—¿Buen trabajo?... es un gran trabajo, muchacho. Algún tipo se partió el espinazo haciendo cosas como esta. Pero la gente es un hatajo de cerdos. ¿Sabías que nunca llego a vender esto? Eso es lo único que se puede decir sobre Grant. Tiene gusto para no haber dado golpe en toda su vida. Sabe dónde conseguir alguna cosa oscura para venderla luego por ahí... ¡Diablos!, vamos a sacar a la luz diez trabajos como este. Puedo hacer uno por día. Siempre y cuando nadie nos moleste, claro está...

El inválido se detuvo para echar mano una vez más a la botella.

—Me deja aquí, solo. Claro está..., no quiere que nadie venga a olisquear por aquí. De acuerdo..., pero que alguien se encargue de traerme el té. Olvida que yo estoy en esta silla... ¿Sabes lo que me dijo una vez?... «Espérame en la zona residencial»..., yo..., ¿cómo podría bajar esas pocas escaleras?... y le contesté: «Si pudiera salir de aquí con tanta facilidad estaría ahora mismo jugando al fútbol y hasta persiguiendo por ahí a alguna muchacha». ¿Es que alguna vez salgo de aquí? Queda en venir por aquí, pero casi nunca lo hace. Envía a un taxista para que me saque de esta pocilga. Voy a Harlem. Al Glamour Inn. Allí una muchacha hace rodar mi silla

hasta el fondo de la sala. Todo muy bonito. ¿Y qué hace mientras tanto el taxista? Admite unos viajeros y hace un viaje dejándome allí solo. Luego intento parar un taxi y esos hijos de zorra me sacan el dinero de los bolsillos sin que yo pueda impedirselo. Hijo de zorra..., luego le pido que me contrate un servicio de respuesta a llamadas telefónicas y ni siquiera lo hace. ¡Que el diablo le hunda en los mismos infiernos! ¡Maldito sea!..., me despiertan dos mañanas seguidas... ¡maldito sea!... estoy borracho.

El hombre se detuvo y miró a Mario.

—Si vas a verle al Plaza, no le digas que Sidney está aquí, sentado y bien borracho. Sí... Sidney está bien y magníficamente borracho. Pero tú no se lo digas, ¿eh?

El viejo frunció el ceño y luego miró a Mario de soslayo. Preguntó:

—¿Cómo has conseguido entrar aquí, muchacho? ¿Te dio Grant una llave?

Mario sonrió y decidió no decir al viejo que había encontrado la puerta abierta. Se despidió, y se encaminó hacia la puerta. Allí dio media vuelta y alzó una mano a guisa de segunda despedida.

—¡No le digas que estoy bebiendo! —gritó el viejo.

Mario cerró la puerta.

Recorrió varias calles con su traje negro de entrenamiento, preguntando de vez en cuando aquí y allá con objeto de orientarse hacia su hotel. Cuando llegó a recepción, preguntó qué era y dónde se encontraba el *Plaza*. Un botones le explicó que se trataba de un hotel de categoría. Mario subió a su habitación, se duchó, y se cambió de ropa. A las dos se acercó hasta el Plaza. Vio muchos coches de caballos, «Rolls-Royces», y vendedores de «perros calientes» con sus carritos aparcados alrededor de una fuente. Luego ascendió por los pulidos escalones que bajo la barroca marquesina conducían al vestíbulo principal. En recepción Mario preguntó por Grant Monroe. El nombre no se hallaba en el registro. Mario comenzó a pasear por el vestíbulo.

Grant Monroe estaba sentado ante una mesita situada en un rincón del Patio de las Palmeras. Sus largos dedos manchados de pintura de color anaranjado, rodeaban una taza de café. Vestía un deformado abrigo de lana en el que se advertían salpicaduras de pintura de varios colores. Los cabellos, despeinados descendían hasta su nuca y se rizaban al tocar con el cuello del abrigo. Bajo este llevaba un jersey de cuello alto, y adornaba su pecho una sarta de vistosas cuentas de colores. Bebió el café, dejó la taza sobre la mesa y miró a su alrededor a través de sus gafas. Introdujo una mano en el bolsillo izquierdo del abrigo. Luego la sacó de allí, muy lentamente, mientras miraba de nuevo en derredor para comprobar si alguien le observaba. Del bolsillo acababa de sacar un trozo de bocadillo, de pan moreno con cecina. Le aplicó un buen mordisco y acto seguido sus mandíbulas mascaron con violencia el pan y la cecina, antes de que ambos le ahogasen.

Apenas Mario descubrió a Grant, se dirigió a él, apartando de su paso las largas hojas de una hilera de palmeras de tiesto, y se acercó a su mesa. Mario estaba a punto

de presentarse cuando sonó la música de unos cercanos violines y sus palabras se perdieron inútilmente. Grant se puso en pie rápidamente, y empujando a Mario hacia un lado con una mano y alzando la otra, gritó:

—¡Oh, señora Tyler!... ¡Aquí, señora Tyler! ¡Essie... aquí estoy!

Una mujer alta y esbelta, que lucía un abrigo de lana blanco ribeteado con cuero negro, alzó una mano saludando a Grant e inmediatamente se dirigió hacia su mesa. Grant empujó a Mario hacia un lado, casi distraídamente, y murmuró:

—Estoy muy ocupado en este momento... ¡Oh, señora Tyler! Está usted impresionante, Essie..., venga y tome asiento aquí.

Grant Monroe apoyó una mano sobre el pecho de Mario y le empujó con más fuerza todavía.

La mujer tomó asiento ante la mesa y abrió la parte delantera del abrigo. Grant la ayudó a quitárselo del todo y lo colocó sobre el respaldo de una silla. A continuación Grant se inclinó y tomó una gran carpeta de cuero que descansaba bajo la mesa. Arrastró una silla hacia la mujer, y comenzó a charlar con cierta excitación al mismo tiempo que le mostraba un cuadro. Era el mismo paisaje callejero que Sidney le había enseñado a Mario. Desde el lugar donde se hallaba de pie, Mario escuchó retazos de lo que estaba diciendo Grant.

—... Ya ve usted..., he aceptado trabajar en el extranjero y me siento totalmente incapaz de dejar esto sin colgar en alguna parte. Siempre ha sido mi favorito, y ahora que he logrado lo que deseaba..., creo que debo hacer algo con esto...

Mario atravesó un largo trecho adornado con palmeras y llegó hasta el alfombrado paso que rodeaba al Patio de las Palmeras. Aquella parte estaba desierta. Mario se inclinó y desató los cordones de sus zapatos. Buscó en el bolsillo superior de la chaqueta las gafas de su tío. Aflojó el nudo de la corbata y dejó que esta flotara sobre las solapas de la americana. Casi a ciegas y arrastrando los pies, Mario volvió a abrirse paso por entre las ramas de las palmeras. Abrió los ojos, miró por encima de los cristales de las gafas para distinguir mejor a Grant y preguntó:

—¿Grant Monroe?

—Sí, pero estoy muy ocupado en este momento, así que tendrá que perdonarme —respondió Grant—. Como decía, Essie..., esto es lo ideal para su salita de estar.

—Cierto, es encantador.

Mario dijo:

—He visto a Sidney. Me dijo dónde estaba usted.

Los ojos de Grant Monroe se abrieron desmesuradamente tras sus gafas. Guardó silencio.

—Grant —dijo la mujer—, ahora tiene que hablarme seriamente sobre el precio. Veo que es...

Mario se alejó de la mesa y regresó al vestíbulo principal.

—¡Eh... un momento! —gritó Grant Monroe.

El hombre se apresuró a correr hacia el vestíbulo, detrás de Mario. Respiraba

aguadamente. Cogió a Mario por un brazo y le condujo al lugar donde se hallaban las cabinas telefónicas.

—Dime, muchacho..., ¿dónde has visto a Sidney? —preguntó.

—Esta mañana.

—Bien, esta mañana, pero..., ¿dónde?

—En casa de usted..., donde él trabaja. En la 10th Street.

Temblaba el labio inferior de Grant Monroe. Hubo un momento en el que sus ojos parecieron relampaguear. Se pasó una mano por los revueltos cabellos. Luego corrió hacia una de las cabinas telefónicas. Sus huesudos dedos, sucios de pintura, introdujeron, trabajosamente, una moneda en el aparato. Luego marcó un número.

—Vamos..., vamos..., contesta... ¡Oh...! ¿Eres tú, Sidney? Sidney..., escucha, ¿quién crees que puede ser? Sidney, ¿estás bebiendo?

Grant cubrió el auricular con una mano y miró a Mario.

—¿Estaba bebiendo? —interrogó.

Mario asintió con un movimiento de cabeza. Grant habló de nuevo:

—Sidney, escúchame... ¿Ha ido ahí esta mañana alguien..., una persona de Italia...? ¿Ha ido? Bien, Sidney, ¿cuántas veces tendré que decirte que...? ¡Cómo! ¡No me digas a mí eso, Sidney! ¡No me hables de esa manera! ¡Cómo!..., ¿qué acabas de decir, Sidney? Eso... tu madre, Sidney.

Grant guardó silencio mirando al teléfono, y finalmente colgó.

Luego Grant Monroe se dejó caer al suelo de la cabina telefónica. Sus piernas quedaron fuera. Usaba pantalones chicos muy holgados, recogidos en los tobillos, calcetines blancos y mocasines. Una vez más hundió una mano en el bolsillo del abrigo para extraer otro trozo de bocadillo de cecina al que inmediatamente aplicó los dientes’.

—Lo primero que hay que hacer —dijo Monroe hablando consigo mismo— es traerte tu comida. Si pides aquí un bocadillo, te cobran dos dólares y medio por un poco de queso de Kraff t sobre un poco de pan. Y el café, que es bastante malo, otro dólar...

Grant miró a Mario antes de añadir:

—Ahora tengo que regresar para hablar con esa mujer. ¿Qué era lo que deseabas, muchacho?

—Nada. Solamente quería conocerle —replicó Mario.

El que sorprende a un ladrón en pleno trabajo y desea tomar parte en él debe tener paciencia o el riesgo estropeará toda la operación. Mario no tenía necesidad alguna de que le enseñaran las reglas básicas del hurto. Saludó con un movimiento de cabeza a guisa de despedida, y partió de allí. Al regresar al hotel encontró en su casillero una nota en la que se le informaba que a las 5,30 de la tarde siguiente se celebraría un cocktail al que se esperaba acudiesen todos los corredores. El entrenamiento, como de costumbre, se realizaría a la mañana siguiente en Central Park.

Mario reflexionó unos momentos. La cosa iba bien. Necesitaba un par de días

para redondear una idea y después acudiría a Grant Monroe con ella. Mario se fue a ver una película, se metió temprano en la cama, y por la mañana despertó sintiéndose muy feliz.

VII

El perro lobo había volcado ya el cubo de la basura sobre la acera, tenía la cabeza baja y hundía el morro en los desperdicios, cuando Gran Mama salió al porche de la casa empuñando una escoba para iniciar el trabajo de la mañana. Gran Mama se ajustó el chai negro alrededor de su cuerpo y descendió pesadamente las escaleras, escoba en ristre.

—¡Fuera! —gritó al bajar.

La cabeza del perro se inmovilizó una décima de segundo. Luego miró a Gran Mama de soslayo.

—¡Fuera... puerco! —gritó nuevamente Gran Mama.

El perro mostró unos colmillos largos y amarillentos. Luego dejó escapar un gruñido amenazador. Gran Mama golpeó sobre el pavimento con un pie y el perro gruñó otra vez, con más fuerza, dando un paso hacia Gran Mama. La mujer lanzó un grito de cólera. Alzó el palo de la escoba empleando la mano derecha. Cuando alcanzó el morro del animal, el gruñido de este último se convirtió en un aullido. Gran Mama golpeó nuevamente el hocico del perro. El animal intentaba ya huir, cuando Gran Mama empuñó la escoba con ambas manos y alcanzó de lleno al animal sobre el lomo. El perro lobo lanzó otro lastimero aullido y partió velozmente con el rabo entre las patas.

—¡Fuera... hijo de la gran zorra! —gritó Gran Mama.

Murmurando palabras ininteligibles, Gran Mama barrió la basura de nuevo echándola dentro del cubo. Luego lo levantó, lo tapó, dejó la escoba apoyada contra la pared de la casa y trasladó el cubo hasta el mismo bordillo de la acera. Gran Mama caminó con el cubo trabajosamente, doblándose bajo su gran peso. Otras mujeres habían salido ya a la calle luciendo el negro uniforme tan característico de todas las féminas italianas de alguna edad. Subían a la calle desde los sótanos, descendían luego los escalones de los porches, todas ellas cargadas con cubos de basura, y después caminaban lentamente hacia la esquina para dar la vuelta en Columbia Avenue con objeto de comprar el pan para el desayuno.

La avenida se extiende paralela al río en toda la longitud de los muelles del sur de Brooklyn. Está formada por numerosos establecimientos situados en las plantas bajas de edificios de cinco pisos, construidos con piedra de color oscuro; edificios sin ascensor que tienen tejados horizontales cubiertos de alquitrán. Casi todos ellos muestran sobresalientes cornisas en las que moldearon rostros de reyes, leones, espirales y rombos. Los edificios se alzaron en una época en la que el diseño artístico era tan importante para un obrero como lo es hoy día el momento de lavarse las manos para largarse a casa.

En el verano, en Columbia Avenue, hay carros de mano en los bordes de las aceras y canastas bajo los toldos, a lo largo de las fachadas de las tiendas. La gente camina por los estrechos pasos que quedan en las aceras, por entre carretillas y

canastas. Se avanza entre las atractivas frutas, bien apiladas y formando a cada lado del peatón, que tiene también al alcance de su mano vestidos baratos, quesos y rubicundos cerdos colgados en las entradas de los establecimientos, donde los comerciantes hablan en italiano gritando.

En invierno, las aceras están vacías y los periódicos vuelan impulsados por el viento que generalmente sopla desde el río. Las puertas de los establecimientos están cerradas y los escaparates empañados. Cuando se alcanza la esquina de Marshall Street se da la vuelta a la derecha y al cabo de unos momentos se llega a la panadería situada en el centro de la manzana de edificios. Es la panadería de Cañero. Allí mismo, termina la vecindad.

El local que sigue al de Cafiero estaba vacío y los escaparates, con los cristales rotos, aparecían cubiertos de cartones. En otros tiempos había estado allí la joyería de Bisceglia. El gran reloj que se había colocado en la acera, delante de la tienda, reloj que está a buena altura y puede verse desde cualquier parte, estaba cubierto con pasquines de una campaña política. La siguiente tienda, junto a la de Bisceglia, tenía sobre la acera una gran canasta verde para el reparto de pan, y un rótulo en el escaparate que decía «Bodega». Al otro lado de la avenida, justamente frente a la panadería de Cafiero estaba la zapatería de Pagano, y junto a Pagano había un local con un viejo cartel en el que se leía «Reparación de televisores», y en el escaparate otro cartel anunciaba que Chu Chu Pérez cantaba en *Whom*, una emisora que emitía en lengua extranjera.

En lo que se podría calificar de «reorganización de *ghettos*» de Nueva York, era como si un cuchillo descendiera sobre un bloque de edificios dejando a un lado de la hoja a los últimos de las viejas minorías, y al otro lado a las nuevas minorías. Y ambos lados viven juntos y separados, odiándose entre sí del modo que se odian las gentes que son iguales aunque no quieran admitirlo. A un lado de la hoja del cuchillo, están los italianos, extendiéndose durante manzanas y más manzanas de edificios; italianos en almacenes y en apartamentos con suelos de linóleo; italianos en los pisos de alquiler de los bloques que bordean la avenida. Al otro lado de la hoja, y extendiéndose, asimismo, a lo largo de varias manzanas, están los portorriqueños. Los hay en tiendas y sobre las tiendas, los hay también en los desvencijados apartamentos que disponen de un solo cuarto de baño para toda la comunidad. Portorriqueños en los bloques que bordean la avenida. Portorriqueños con descapotables de segunda mano, coches torcidos y lisiados, aparcados en las aceras, mostrando descaradamente las largas antenas de radio que tanto gustan de colocar sobre los guardabarros. Los portorriqueños dejan la basura en los umbrales de sus puertas, en las aceras y en los canalones de desagüe. Beben cerveza de lata en bolsas de papel marrón, y arrojan las latas vacías al centro de la calle. En San Juan, uno es multado por las autoridades si no se arroja la basura en el medio de la calzada, ya que los camiones recogen los desperdicios con palas y cepillos idóneos para ello. En Brooklyn se considera como auténtico cerdo al que hace tal cosa. Los portorriqueños

no lo comprenden y los empleados de los servicios de limpieza, en su mayor parte italianos, tampoco lo entienden, y recogerán la basura de la Columbia Avenue, más allá de la línea divisoria de la casa de Cafiero, solamente cuando los inspectores se presenten por allí y les obliguen a hacerlo.

Gran Mama compró tres hogazas y unos panecillos en la panadería de Cafiero. Cuando regresó al apartamento, Angela tenía abierta la nevera y estaba mirando su contenido. La muchacha bostezó, enlazó ambas manos y alzó los brazos por encima de su cabeza. La falda de su corto vestido de lana azul ascendió sobre sus muslos y dejó al descubierto las ligas que sujetaban las blancas medias.

—Hola —murmuró soñolienta Angela.

—¿Vas a ir así... tan corta... a la escuela? —preguntó Gran Mama.

—Sí... claro... —respondió la muchacha, bajando los brazos— solo ocurre eso cuando me desperezo, como ahora.

—Pero ¿qué es lo que haces así?, ¿tentar a los muchachos?

—Mama, ya nadie se preocupa de eso. Todo el mundo lleva falda corta.

—Debería darte unos azotes.

Angela se echó a reír y tomó asiento ante una taza de café.

—¿Trajo mi hermano algún periódico? —preguntó.

—No —replicó Gran Mama.

Kid Sally Palumbo siempre se duerme con el *Daily News* sobre su rostro o lo deja a su lado sobre la colcha. El periódico algunas veces dice cosas como: «REDADA EN EL GARITO DE KID SALLY». Y sobre todo en aquellos días, cuando Sally estaba haciendo exactamente lo que Gran Mama quería que hiciese, abrirse paso hacia la verdadera fuente del dinero, la abuela no quería que Angela leyese periódico alguno hasta que ella lo hubiera hojeado. En cuanto a la muchacha, esta jamás se hubiese atrevido a comprar un periódico hasta que no lo hubiesen leído los suyos de cabo a rabo. Era uno de los tácitos acuerdos que formaban parte de su vida familiar.

Angela bebió el café rápidamente. Entró en su habitación y salió con un abrigo azul oscuro y una cartera marrón llena de libros, bajo el brazo.

—Te acompañaré hasta la esquina —dijo Gran Mama.

Al salir a la calle, Angela saludó con la mano a dos chicos que miraban por una ventana de la acera de enfrente, como asimismo a una mujer gruesa que en aquel momento se asomaba. En Marshall Street todavía constituye una aventura disponer de una estudiante universitaria. Toregressa se hallaba de guardia en la acera, en el centro de la manzana. Toregressa se apoyaba en un bastón. Tenía la gorra calada hasta las orejas y una bufanda que le llegaba hasta la barbilla. Hacía tres días que se había levantado de la cama tras un fuerte ataque de gripe. El día anterior había invertido una hora larga explicándoles a los vecinos de aquella manzana cómo había resistido los furibundos ataques de la muerte. En aquel momento, al ver a Angela, quedóse boquiabierto, parpadeó fuertemente, y repentinamente se reflejó en su rostro una expresión de bien fingido dolor. Al avanzar poco a poco sobre la acera lo hizo

arrastrando pies y bastón.

—¡Vaya! —exclamó Angela—. Hoy tiene usted muy buen aspecto. Mañana estará como nuevo.

La muchacha sonreía a la vez que caminaba rápidamente. Angela y Gran Mama pasaron de largo junto a Toregressa en el mismo instante en que el hombre lanzó un quejido de dolor con el exclusivo objeto de que Angela se detuviese y le dirigiese unas cuantas palabras más de consuelo.

En la esquina, con ojos enrojecidos por haber dormido en el catre de la oficina, se hallaba Beppo en mangas de camisa.

—¡Que te aprendas bien las lecciones! —exclamó.

Gran Mama le saludó con la mano, y dijo:

—Cierra la boca o seré yo quien te enseñe a ti una buena lección.

—Y yo te enseñaría a ser un buen muchacho —dijo Angela.

—Entonces, enséñame —replicó Beppo.

—Creo que no conseguiría nada.

Beppo rio entre dientes. Angela se echó a reír. Cuando alcanzó la avenida aún reía, y allí alzó una mano para despedirse de Mama y comenzó a caminar apresuradamente hacia la boca del Metro situada a dos manzanas más de distancia. Gran Mama permaneció inmóvil en la esquina contemplando a su nieta y moviendo la cabeza, perpleja por la gran cantidad de piernas que enseñaba una chica en aquellos días.

—Que San Antonio la proteja —murmuró, santiguándose.

La Universidad de Nueva York se encuentra ubicada en unos antiguos edificios de oficinas, frente al amarillento y sucio césped de Washington Square. Es lugar excesivamente impersonal para asistir a clase. Miles de estudiantes salen del Metro, abarrotan los pasillos de las aulas desde la mañana a la noche y luego regresan de nuevo al Metro. La ilusión que allí priva, por encima de cualquier otra, es el trabajo que cada uno de ellos logrará el día en que se gradúen. Para Angela era muy importante aquella vida impersonal.

Cuando estudiaba cuarto curso de primera enseñanza, a los diez años de edad, cierta tarde un chico estuvo llenando los tinteros con el contenido de una gran botella de tinta maloliente. El olor a éter de aquella tinta invadió el aula. La monja encargada de la clase estaba ya mirando a su alrededor cuando en aquel momento se abrió la puerta de la clase. Gran Mama asomó la cabeza por la puerta. Cuando Angela la vio sintió miedo; ese miedo que invade a todos los niños cuando comprenden que su mundo acaba de desmoronarse, o simplemente perturbarse. La monja se acercó hasta la puerta y Gran Mama musitó unas palabras en su oído. Luego la monja se volvió y dijo a Angela que cogiese su abrigo y se fuera con la abuela. Gran Mama retuvo en casa a Angela hasta el lunes siguiente, cuando desaparecieron de la Prensa las noticias de que Kid Sally Palumbo había sido sentenciado a trece meses de prisión.

Cuando Angela llegó a la escuela a las nueve y veinte del lunes, las chicas

rodearon en grupo a las mayores de octavo grado que estaban confeccionando una cuerda y la miraron como si Angela tuviese polio.

El olor a éter de la tinta acudió de nuevo a Angela, lo mismo que sucedería con el paso de los años cada vez que tuviese miedo.

Angela siempre se dirigía a casa, desde la escuela, sin pronunciar una sola palabra, con la cabeza baja y los libros casi ocultándole el rostro. Cuando atravesaba la avenida y tomaba Marshall Street, los libros descendían automáticamente y la vida volvía a sus ojos y boca. En su casa se hallaba alejada de todo, y ella lo sabía todo.

Por todas las barriadas pobres había cartelones colgantes dando la bienvenida a los muchachos que regresaban de la guerra de Corea. Una noche, en Marshall Street, todo el mundo colgó carteles que decían «BIEN VENIDO A CASA, SALLY», y hubo banderolas en las ventanas y se celebró una gran fiesta en honor de Kid Sally Palumbo que regresaba de la batalla de Sing-Sing.

Los niños con los que jugaba Angela corrieron a beber sorbos de vino del que bebían los adultos apelotonados en las entradas de las casas. Más tarde, todos corrieron hacia la esquina para comunicar a los extraños que pasaban de largo:

—El hermano de Angela ha vuelto hoy a casa.

Los desconocidos respondían:

—¡Vaya... eso es estupendo!

Angela y los chicos gritaban en tono estridente:

—¡Ha estado preso! ¡Ha estado preso!

Y riendo alegremente, corrían de nuevo hacia sus casas. Si Gran Mama hubiese escuchado esto, su cólera habría sido tremenda.

Cuando Sally y los cinco primos que viven en el mismo bloque se hicieron más maduros y constantemente se hallaban metidos en jaleos, Angela fue alzando un muro a su alrededor hasta que su vida quedó reducida a los libros que tenía sobre la mesa de su habitación. En la escuela se convirtió en la muchacha taciturna que siempre aparecía en la lista de honor. Ya en la escuela superior, en la Academia Dominicana para muchachas, Angela continuó agachando la cabeza. Comenzó a advertir que las demás chicas o bien se mostraban excesivamente amistosas con ella, lo cual significaba demostración de superioridad, o bien se apartaban de su camino ignorándola. Los muchachos, comprensivos, siempre la trataban con deferencia.

En el tercer año de escuela superior, era cosa habitual que las treinta y ocho alumnas de la clase tomaran asiento para charlar antes de que sonara la hora de las lecciones. El día 15 de febrero, todas las muchachas comentaron las postales que habían recibido con motivo de la festividad de San Valentín. Una jovencita pelirroja, desde las primeras filas del aula, gritó:

—¿Cómo es que Angela ha recibido postales de San Valentín con la foto de un garaje?

La carcajada fue general. Durante unos instantes Angela se sintió confusa y muy nerviosa. Al cabo de un rato, la depresión moral se esfumó y sus ojos se entornaron,

como si tratara de descansar aislada del resto del mundo. Cuando cesaron las risas, Angela se encontró diciendo una serie de palabras absurdas.

—Eres una rata... ladrón... chivato... hijo... de... perra...

Después de esto, ya nadie se mostró excesivamente amistoso con ella y nadie trató de ignorarla. A partir de aquellos momentos, todo discurrió normalmente y Angela hablaba con las muchachas cuando le parecía bien o tenía ganas de hacerlo.

En su barrio la mayor parte de las muchachas acudían a escuelas de orientación profesional o a escuelas comerciales, y se pasaban las tardes fumando cigarrillos en la pastelería de DiLorenzo en compañía de muchachos que habían salido ya de la escuela superior y esperaban encontrar trabajo o quizá meterse en complicaciones con la ley.

Las muchachas se empleaban en las oficinas de seguros de Manhattan y sobre todo en las fábricas de géneros de punto. Salían en coche con los muchachos y muy pronto se presentaban el panorama del sexo y del matrimonio.

Angela no tardó en darse cuenta que no tenía nada en común con las otras muchachas. Y en lo que se refería a los jóvenes, todos se mostraban muy precavidos y cautos con ella, ya que Kid Sally Palumbo había prometido cortarles los dedos a cualquiera que se atreviese a tocar a su hermana.

Durante unos años, Angela tuvo amistad con Carmine Pollino, un muchacho que vivía en el número 25 de Marshall Street y frecuentaba la escuela de automóviles de Brooklyn.

Una tarde en la que Angela regresaba a casa de la escuela, se detuvo a charlar con Carmine, que estaba sentado en la escalinata de su casa, haciendo sus deberes de clase.

—Una composición... —murmuró el muchacho—. No sé por qué tengo que hacer una composición literaria cuando no la necesito en absoluto para reparar coches.

Angela tomó asiento a su lado, en la escalinata, y estudió la composición.

«Mi amigo Jonny Lombardo no se pone nervioso por nada. El otro día pidió un folleto sobre determinado inyector de combustible. Por la mañana llegó el cartero y lo que recibió Jonny por correo no era un folleto. Se trataba de una lista de precios e inmediatamente vino a casa para que yo la examinara».

La naciente masculinidad de Carmine se desmoronó súbitamente ante los ojos de Angela cuando leyó aquellos deshilvanados garabatos.

—¿Quieres deletrearme la palabra Johnny? —solicitó Angela.

—Sí... Jonny... j-o-n-n-y, ¿no es así?

—Falta una «h».

—¿Una «h»?

—Así es.

Carmine se encogió de hombros, trazó una cruz sobre el nombre incorrectamente escrito en la primera línea, volvió a escribirlo con buena ortografía y, pasando por

alto la corrección del segundo error, reanudó su trabajo de redacción. Tras aquel episodio, Angela entendió que aquel muchacho tenía muy pocas cosas que decirle.

En la Universidad acudía a los partidos de baloncesto que celebraban, los viernes por la noche, los muchachos de la Escuela Superior Masculina Obispo MacCarthy. Después de los partidos bailaba con los muchachos irlandeses que respiraban agudamente aun antes de que comenzara la música. Angela no trataba con muchachos en ninguna otra ocasión. Cuando alguno de ellos le pedía el número de su teléfono, Angela respondía que no tenía teléfono.

Una de las cosas que Angela sabía, y sin que nadie se la hubiese indicado, era que no debía utilizar nunca el teléfono. En casa, Angela se pasaba la vida escuchando interminables sermones de Gran Mama relacionados siempre con los irlandeses. Gran Mama decía constantemente que los irlandeses quitaban el pan de la boca de sus hijos para comprarse *whisky*. Gran Mama decía estas cosas con tono de voz penetrante, a la vez que agitaba nerviosamente las manos. Entre los más serios problemas raciales figura la división entre irlandeses e italianos.

—Debes salir con buenos muchachos italianos —aconsejaba Gran Mama.

Lo lamentable era que el «buen» muchacho italiano que Gran Mama tenía pensado para Angela era hijo de un estrangulador. Para celebrar el gran acontecimiento de los cuatro primeros años de Angela en la escuela superior, Gran Mama acudió a la versión del *Social Register* del sur de Brooklyn. Al igual que cualquier protestante decente iría a parar al hospital si su hija tratara de hacer su *debut* del brazo de alguien con nombre de familia desconocido, también los viejos miembros de la Mafia hacen todo cuanto pueden por unir a sus retoños con otros descendientes de familias de la propia Mafia. La sangre real solo puede conservarse sujetándose a reglas muy estrictas de uniones y ascendencias. Gran Mama insistió en que Angela invitara a su fiesta a un muchacho italiano llamado Henry Gallante. Tenía diecinueve años y era hijo de Sammy Gallante, *el Lobo*, versión, en Brooklyn, de John Dillinger. La noche del baile, Henry Gallante se presentó con tres enormes orquídeas. Se las regaló a Angela de bastante mala gana ya que, en realidad, lo que Henry Gallante deseaba era lucirlas él mismo. Un exceso de estrangulaciones en el patio posterior de su casa había convertido a Henry Gallante en algo muy opuesto a la violencia.

Aparte de intentar dirigir a Angela hacia muchachos italianos de antecedentes familiares realmente estremecedores, Gran Mama se tomaba enorme trabajo por proteger a la muchacha del ambiente que la rodeaba. Delante de su hermana, Kid Sally Palumbo jamás hablaba de lo que hacía para ganarse la vida. Y, obedeciendo a sus propios instintos, Angela nunca penetraba en las oficinas de la Vending Machine. Se habituó asimismo a no pasar muy cerca del local. No deseaba saber ni ver lo que allí ocurría, pero al mismo tiempo lo sabía todo. Había una sociedad llamada Buena

Gente, una antigua organización italiana, de la que sus primos y su hermano formaban parte. Y Gran Mama lo sabía, pero también Angela lo sabía. Sin embargo, aquel Kid Sally Palumbo de los periódicos no podía ser hermano. Su hermano era aquella persona encantadora que siempre era capaz de hacerla reír.

Un día, en la primavera de su último año en la escuela superior, Angela penetró en el vestíbulo inferior para subir a su habitación y hasta sus oídos llegó el sonido de voces procedentes de la Vending Machine que se filtraban por la delgada pared.

—¡Haz las cosas bien! —gritaba su hermano.

—Trato de hacerlas bien —replicó otra voz.

—Entonces, ¿dónde está ese maldito dinero?

Se oyó el arrastrar de una silla y a continuación el ruido ahogado y fofo de carne golpeada violentamente. Después se oyó un verdadero alarido.

—¡Tú... asqueroso judío, hijo de perra! —gritó su hermano—. ¡Maldito puerco...! ¡Oh...!

—¿Estás bien, Sally Kid? —gritó la voz de Big Jelly.

—¡Mi mano... ese puerco bastardo! ¡Aplástale la cabeza, Big!

Hubo entonces un súbito estruendo y Angela, a través de la puerta de la calle medio entreabierta, vio a un hombre ataviado con traje gris de impecable corte que corría por la acera. Big Jelly corrió tras él y le lanzó un violento puntapié que falló. El hombre se metió en un coche que se hallaba aparcado junto a la acera y se alejó velozmente.

Angela subió a su habitación, dejó allí los libros de clase, y luego se sentó durante una hora. Cuando por fin se sobrepuso, salió de la habitación como si nada hubiese sucedido. Por la noche, su hermano llegó a casa con una mano escayolada. Kid Sally Palumbo poseía un diligente rechazazo, pero poco exacto. Durante el altercado del mediodía, había lanzado el puño contra el borde de la mesa de despacho y se había fracturado dos nudillos.

Cuando se graduó en la escuela superior, Angela contaba con todas las buenas y necesarias calificaciones para ingresar en cualquiera de los buenos colegios que había en la ciudad. Pero los Palumbo aún no habían alcanzado el estrato de aquellos gánsteres que envían a sus hijas, envueltas en abrigos de pieles, a colegios particulares. En consecuencia, Angela ingresó en la Universidad de Nueva York. Le agradaba la idea de ser absorbida por las enormes dimensiones de aquel centro docente.

Solamente las personas que se familiarizaron con ella a lo largo de varios meses de tomar asiento en la misma clase sabían que era la hermana del gánster más joven y más duro de Nueva York. Angela parecía exteriorizar indiferencia hacia todo cuanto no tuviese relación con el trabajo de clase. Solamente un muchacho, Robert Dineen, que asistía con ella a las últimas clases de la tarde, le hablaba siempre. Un día, al final de la clase, preguntó a Angela si tenía ganas de tomar una taza de café. Luego la llevó a un bar situado a muy corta distancia de Sheridan Square. Angela bebió una

Coca-Cola. Dineen bebió cerveza, con movimientos tan peculiares, que el borde del vaso tocaba con tanta fuerza el puente de su nariz, que hubo momentos en que Angela temió se hiciese daño. Tras esta salida juntos, Angela se reunió otra vez con él en la biblioteca pública de Brooklyn, una noche de sábado. Luego fueron caminando hasta un lugar situado en la Flatbush Avenue llamado Flynn's. Dineen bebió cerveza y charló sobre deportes con los jóvenes de la vecindad que acudían a aquel local. Gran parte del tiempo volvió la espalda a Angela. La muchacha se dio cuenta de que el bar estaba lleno de chicas jóvenes cuyos compañeros las trataban de la misma manera. Pero cuando Angela se acercó hasta la gramola automática, también se dio cuenta que Dineen la observaba cuidadosamente. Aquella noche regresó sola a casa en un taxi. Se reunió con Dineen un par de veces más. A la muchacha le agradaba la franqueza del muchacho y el ambiente de absoluta libertad que se respiraba en aquel local. Nadie se mostraba retraído ni se charlaba con cuchicheos.

Cierto día, al terminar la clase, y como pensaban salir por la noche, Angela insistió en que tenía que cambiarse de ropa. Dineen quiso acompañarla. Angela aceptó. Se sintió extrañamente vacía mientras viajó con él en el Metro, lo mismo que durante el rato que tardaron en llegar a casa.

Gran Mama llevó a Dineen a la habitación delantera de la casa. Luego tomó asiento frente a él.

—¿Quieres comer una pera? —preguntó.

—No, gracias —replicó el muchacho.

—¿Adónde pensáis ir esta noche?

—Creo que al cine.

—Entonces estaréis de regreso para las once.

—Pues... supongo que así será aproximadamente.

—Te llamas Dineen. ¿Cómo se llama tu madre?

—Collins.

—Ya... ¿Y vas a misa?

—Sí, señora.

—Nuestra familia va a la iglesia —dijo Gran Mama al mismo tiempo que se volvía para mirar hacia un Sagrado Corazón—. ¿Quieres comer un bocadillo?

—No, gracias.

—¿Qué es lo que hace tu padre?

—Mi padre murió.

—¡Oh!... lo siento, eso es mala cosa.

—Gracias.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—Era policía.

Gran Mama preguntó a continuación, muy lentamente:

—¿Tu... padre... era... sabueso?

—Era sargento. Tengo otros dos tíos policías en Long Island.

Gran Mama se santiguó y alzó los ojos al techo. Luego murmuró:

—¡Jesucristo!

Cuando Angela salió de su habitación, ya vestida, y se dirigía con Dineen hacia la puerta, Gran Mama gruñó en alta voz:

—Lo más tarde a las once y media, ¿eh?

Angela la miró, un tanto desconcertada y replicó.

—Está bien.

Ya habían bajado la mitad de las escaleras, cuando Gran Mama se asomó a la balaustrada para gritar por último:

—¡*No fagia mal!*

—¿Cómo dice? —interrogó Dineen.

—No tiene importancia. Ella ya me entiende —replicó Gran Mama.

Más tarde, cuando Dineen llevó a Angela a casa, los dos permanecieron en el vestíbulo durante un rato, charlando calmamente. A través de la pared llegaron las palabras de un primo de Angela, Larry Palumbo (Kid Blast):

—Todavía creo que debemos ir allá y volarle su sucia cabeza. Luego quemarle como si fuese una cucaracha. Eso es lo que yo digo que debemos de hacer.

Dineen buscó como apoyo la manilla de la puerta. Luego murmuró o casi tartamudeó las buenas noches. Cuando Angela comenzó a subir la escalera, se encendió una luz y Gran Mama preguntó desde arriba:

—¿La has besado?

—Me da miedo cerrar los ojos aquí —respondió Dineen.

Dineen continuó yendo a las clases que se daban durante el verano con el objeto de terminar pronto los estudios e iniciar la carrera de leyes. Angela también asistió a las clases de verano. Los viernes por la noche, Dineen la llevaba en coche hasta Sheepshead Bay a tomar almejas y cerveza. Luego se sentaban en el coche, para contemplar las luces que se reflejaban en el agua oscura que lamía los muelles de los pescadores. En la primera noche que estuvieron allí, Dineen se inclinó y besó a Angela. La muchacha respondió calurosamente y entonces fue cuando Dineen, por vez primera, acarició con una mano todo su cuerpo.

En el final de semana del Cuatro de Julio, Dineen la llevó a una reunión playera que se celebraba en Breezy Point. Su primo poseía allí una casa a cuatro pasos de la playa. Había mucha gente que Angela conocía de Flynn's. Dineen comenzó la noche bebiendo cerveza de un barrilete y charlando con los demás muchachos. Hubo un momento en el que se acercó a Angela y se tendió a su lado, sobre una manta, durante un rato. Luego, a las 11,30, dijo que deseaba acercarse a la casa de su primo a buscar cigarrillos. Tomó una mano de Angela y juntos se alejaron del fuego de la hoguera y caminaron sobre la oscura arena hasta la próxima calle. Dineen no dijo nada. Respiraba con demasiada agitación para poder hablar. La casa era un *bungalow* blanco de una sola planta, con un pequeño porche. La única luz que había en ella era

la que lucía en la entrada.

—Esperaré aquí fuera —dijo Angela.

Pero lo dijo de forma totalmente automática. Dineen no soltó su mano, subieron los escalones del porche y luego él sostuvo la puerta abierta para que Angela pasara delante. Penetraron en el oscuro *living-room*. Una vez dentro, Dineen se dirigió a otra puerta.

—¿Adónde vamos? —interrogó Angela mecánicamente. Dineen abrió la puerta sin soltar la mano de la muchacha. Al cabo de dos segundos la estaba besando violentamente. Angela cayó de espaldas sobre el lecho sin que Dineen dejara de besarla. Angela se tendió más cómodamente en la cama. El muchacho se sorprendió de que ella no le detuviese. Las manos de Dineen asían su blusa con tanta fuerza, que hubo un momento en el que alzó a Angela de la cama. Dineen se encontró con un botón en sus manos.

—¡Déjame! —exclamó Angela.

Dineen trataba torpemente de desabrochar otro botón.

—¡Quieto! —gritó de nuevo Angela, agudamente.

El tono de voz de la muchacha hizo recordar a Dineen la voz de Kid Blast. «Me volará la cabeza», pensó.

Dineen se puso en pie junto al lecho y permaneció inmóvil. Luego dijo:

—Por favor... no te enfades.

—No me enfado. Lo único que quiero es tener ropa cuando salga de aquí —dijo Angela al mismo tiempo que desabrochaba su blusa y bajaba la cremallera de sus pantalones Capri.

—No se lo digas a tu hermano —rogó Dineen.

El día en que se suponía que Angela debía tener el período, sonó el teléfono a las ocho de la mañana. Gran Mama miró hacia el aparato con expresión de suspicacia. Kid Sally se hallaba dormido en su cuarto. Las pocas personas que llamaban por teléfono nunca lo hacían antes del mediodía. Gran Mama tomó el auricular. Era Robert Dineen que llamaba a la casa por primera vez.

—Bien, ¿cómo te encuentras? —preguntó a Angela cuando la muchacha se puso al aparato.

—Muy bien —respondió la muchacha.

—¿Todo va bien?

—¡Oh!..., ¿eso?..., no lo sé..., no, todavía no..., no te preocupes por eso.

—Me preocupa.

—Déjalo ya.

—¿Dejarlo? No quiero que me estrangulen.

Durante tres días, Robert Dineen telefoneó por la mañana y vio a Angela por la tarde en la escuela, y cada vez la respuesta era negativa. Comenzó a tener todo el

aspecto de un acusado en el banquillo. Al cuarto día Angela le comunicó que todo marchaba bien. Dineen fue al bar de la Sheridan Square y bebió *whisky*. A las siete de la tarde se estaba mirando en el espejo que había tras el mostrador. Entonces murmuró entre dientes.

—¡Estoy jugando con la muerte!

VIII

Pocos meses después de todo esto, un hombre llamado Theodore Kaplowitz, propietario de cuatro bares en Brooklyn, entraba en la oficina del fiscal de distrito.

Declaró que Kid Sally Palumbo, en unión de otros tres individuos, había entrado en el mejor de sus locales, el Esquire, y que a continuación se había metido detrás del mostrador apropiándose de la mitad del dinero que había en la caja registradora. Luego Kid Sally Palumbo le comunicó que, a partir de aquel momento, era socio en el negocio. Kaplowitz comenzó a discutir y Kid Sally Palumbo, tomando uno de sus brazos, trató de fracturárselo sobre el borde de la barra.

El ayudante del fiscal de distrito tomó nota de la denuncia y destinó tres hombres para que protegieran a Kaplowitz. Por otra parte, se colocó una cinta grabadora en el local, para el caso de que Kid Sally volviese de nuevo. Kid Sally trató de volver para conseguir algún dinero más y aplicar otra paliza a Kaplowitz, pero no llegó a hacerlo. La policía pensó que Kid Sally se había oído la trampa. El ayudante del fiscal de distrito, Frank Rogin, de veintinueve años de edad, decidió citar a Kid Sally para interrogarle. El inspector jefe ayudante Cornelius J. Gallagher, de cincuenta y nueve años, y jefe de los detectives del sur de Brooklyn, ordenó fuesen a buscar a Kid Sally. Este penetró en el despacho de Rogin a las ocho de la tarde. Gallagher y dos detectives se hallaban en la puerta. Kid Sally mascaba chicle. Las bombillas de cien vatios encendidas en el resquebrajado techo hacían brillar los negros cabellos de Kid Sally.

—¿Qué podría yo decirle, señor Rogin? —interrogó Kid Sally—. ¿Qué es lo que yo podría decir?

Extendió ambas manos con ademán de desesperación y siguió sentado guardando silencio mientras Rogin hacía preguntas.

Gallagher encendió un cigarrillo. Sus ojos sobre carnosas bolsas se entornaron cuando el humo tocó su rostro.

—No eres más que un conejo de Indias —dijo a Kid Sally.

—Deje eso —murmuró Rogin.

—¿Por qué? —interrogó Gallagher—. ¿Por qué ser amable con un conejo de Indias como este?

—He dicho que lo olvide —replicó Rogin secamente.

Gallagher miró al ayudante del fiscal con ojos todavía entornados. Le miró fijamente durante largos segundos y a continuación se puso en pie sin pronunciar una sola palabra. Luego se retiró a otro despacho donde tomó asiento con sus detectives. Gallagher hojeó el expediente de Kid Sally Palumbo.

—¿Qué hay de esta hermana suya? —interrogó.

—Todavía va al colegio —respondió uno de los detectives.

—Quizá sea la que lleva la contabilidad de esta gente —comentó pensativamente Gallagher—. Ya sabéis que estos bastardos no saben leer ni escribir.

—Lo único que sé es que va al colegio —repitió el detective.

—Entiendo —dijo Gallagher.

Y acto seguido regresó nuevamente al despacho de Rogin.

Desde la puerta llamó:

—¿Sally...?

Kid Sally Palumbo no volvió la cabeza para responder:

—¿Sí...?

—¿Maneja tu hermana vuestro dinero o solamente os lleva la contabilidad?

Kid Sally Palumbo dio media vuelta en su silla con ojos que brillaban salvajemente.

—¡Tu madre! —exclamó.

Gallagher sonrió y dijo:

—No, tu hermana, Sally.

El puño cerrado de Rogin golpeó sobre la mesa de despacho.

—¡Soy yo quien habla aquí! —exclamó dirigiéndose más bien al viejo policía.

Cuando Kid Sally Palumbo se fue, Rogin dijo a Gallagher:

—Me interesa este muchacho que ha estado aquí. No me interesa nada más. La hermana tampoco me interesa. ¿Me entiende usted? No moleste a la chica. Yo no trabajo de esa manera.

Gallagher miró a Rogin de la forma en que un hombre de cincuenta y nueve años de edad mira a otro de veintinueve que está por encima de él en la vida. Al regresar a la comisaría, Gallagher dijo a los dos detectives:

—Traed a la hermana mañana.

—¿Dónde conseguimos la orden judicial?

—No necesitáis ninguna orden para un conejo de Indias. Recogedla después de la escuela y traedla a Charles Street House. Emplearé la oficina de allí.

A la tarde siguiente Angela Palumbo salió por la puerta trasera del aula 101 de inglés. Cuando vio los dos rostros en el vestíbulo contuvo la respiración.

Dos caras irlandesas examinando con ojos agudos a la multitud de estudiantes, y reflejándose en sus facciones todo el sentido de autoridad que los policías gustan de emplear. Angela se detuvo en el exterior de la puerta. Los demás estudiantes siguieron su camino y al cabo de dos segundos se volvieron para observar la escena. Uno de los detectives, el que vestía abrigo negro con el cuello vuelto hacia arriba extendió la mano derecha con la palma hacia arriba sobre la que brillaba un escudo dorado. Angela estaba temblando. Luego sintió que sobre su hombro se apoyaba una mano. Robert Dineen estaba a su lado.

—¿Podrías venir con nosotros? —preguntó el detective.

—Solo serán unos momentos —añadió el otro.

—¿Tienen ustedes orden judicial? —interrogó Dineen.

—Todo irá bien, no te preocupes —dijo el primer detective ignorando a Dineen, pero sin apartar sus ojos de Angela.

El otro detective apoyó una mano sobre un brazo del muchacho y le dijo:

—Tú puedes irte ya.

—Permítanme ver esa orden judicial —insistió Dineen.

—Entonces, ¿por qué no vienes con ella? —preguntó el hombre del abrigo negro—. Así podrás comprobar que la cosa no tiene nada de importante.

Con todo el vestíbulo lleno de estudiantes que la contemplaban, Angela se alejó en compañía de los detectives y Dineen. Fuera, en la acera, todas las cabezas se volvieron para verla subir a un negro «Plymouth». Angela tomó asiento en la parte posterior del coche, con Dineen. El coche se trasladó rápidamente hasta la comisaría de Charles Street, correspondiente al distrito de la Universidad de Nueva York. El puesto de policía se encuentra al final de un bloque de almacenes. La bandera que colgaba en una ventana de la segunda planta flameaba bajo el viento que soplaba del Hudson, a media manzana de distancia. Angela Palumbo entró en la comisaría con los libros bajo el brazo y la cabeza baja. Los detectives la condujeron hasta la escalera de metal del vestíbulo principal. Uno de los polizontes se volvió y apoyó una mano sobre el pecho de Dineen.

—Tú espera aquí —ordenó.

Cornelius Gallagher se hallaba sentado en un desnudo despacho. Vestía traje oscuro. Un prominente estómago de bebedor parecía tratar de hacer saltar el botón del centro de su chaqueta.

—Siéntate —dijo, a la vez que señalaba una silla próxima a él.

Es preciso sentarse muy cerca de una muchacha cuando se la sujeta a interrogatorio. Proporciona la intimidad que necesitan las mujeres. Si uno se sienta al otro lado de una mesa de despacho, desde un principio las cosas parecen adquirir visos de fría comercialidad. Las mujeres no son capaces de reaccionar en semejante situación.

—Veamos... dame esos libros —dijo Gallagher con tono de suma amabilidad.

Angela movió negativamente la cabeza.

—Está bien. ¿Quieres fumar un cigarrillo? —interrogó Gallagher, extendiendo un paquete hacia la muchacha.

Tembló la mano de Angela cuando torpemente trató de extraer un cigarrillo con filtro del paquete. Gallagher se lo encendió, y luego arrastró hacia ella un cenicero. Después se inclinó y dejó caer en el cenicero la cerilla apagada. Siempre es preciso usar el mismo cenicero con una muchacha.

—Angela, yo deseaba preguntarte unas cuantas cosas —dijo Gallagher—. Puedes contestar si lo deseas y si no quieres hacerlo no tienes por qué responder, pero no tendrás que preocuparte en absoluto por lo que digas. Lo único que vamos a hacer aquí es sostener una simple conversación.

El cigarrillo tembló entre los dedos de Angela e incluso experimentó cierta

dificultad para llevárselo a los labios.

—¿Sabes, Angela? Ya soy perro viejo y he visto muchas cosas en mi vida. No me sorprendería, por lo tanto, nada de lo que tú pudieses decirme. ¡Oh, si supieras las cosas que he visto y oído en mi larga existencia! He oído de todo. Fíjate... ya ves, estás aquí sentada conmigo y si me dijeras que tu hermano mató a Georgie Paradise tampoco me extrañaría nada. ¿Mató Sally a Georgie Paradise? ¿Y qué puede significar eso para mí? Ya he superado todas esas cosas en mi larga carrera.

La voz de Gallagher sonaba a Angela áspera y muy poco real. La muchacha apenas se atrevía a respirar.

—¿Qué es lo que está esperando este? —preguntó el sargento del mostrador de la planta baja a un agente uniformado al mismo tiempo que señalaba a Dineen con un movimiento de cabeza.

—No lo sé —repuso el agente—. ¡Eh, muchacho!..., ¿deseas alguna cosa?

Dineen se hallaba en pie apoyado sobre un oxidado radiador de la calefacción.

—Estoy esperando a una persona —dijo.

—¿Esperando a quién?

—A alguien que está arriba.

—Bien, entonces será mejor que esperes ahí fuera, porque esto no es ninguna sala de espera, muchacho.

La voz del agente llegó con absoluta claridad hasta Dineen. Llevaba en sí la inflexión aguda que un polizone da a sus palabras cuando quiere impresionar a alguien.

Dineen esperó en la acera. Trozos de periódico se alzaban en la calle impulsados por los remolinos de viento y polvo. Los últimos rayos débiles del sol de la tarde iluminaron tristemente un estrecho callejón situado entre dos grandes almacenes. En invierno, los últimos rayos del sol de la tarde deprimen a todo aquel que se moleste en contemplarlos. Al cabo de un rato uno llega a sentirse casi enfermo de nostalgia, de una nostalgia difícil de explicar. Dineen tenía la impresión física de estar viajando en un coche cerrado y lleno de humo de escapes. El temor y el disgusto se mezclaban con aquella depresión moral. Las voces del sargento y del agente seguían sonando en sus oídos y el temor fue haciéndose cada vez más fuerte. ¿Qué diablos estaba él haciendo allí, después de todo? Podía meterse en dificultades en la Facultad de Derecho.

La calle estaba desierta y las sombras comenzaban a alargarse cuando Robert Dineen se alejó con dirección a la boca del Metro situada a cinco manzanas de distancia.

Eran las 5,30 cuando Angela Palumbo bajó las escaleras sola. Ocultaba el rostro tras los libros. No había pronunciado una sola palabra desde que había llegado a la comisaría. Había estado sentada todo el rato, como sumida en trance, mientras aquel rostro carnoso y rubicundo sonreía y le enseñaba informes que ella miraba pero no veía.

Atravesó el vestíbulo inferior y salió a la calle. Necesitaba terriblemente a Robert Dineen, aunque solo fuera para apoyarse en su brazo y que él le hablara; pero cuando salió al exterior, Angela comprobó que se hallaba más sola que nunca.

Angela Palumbo no mencionó el interrogatorio de la comisaría cuando llegó a casa. Se fue directamente a su habitación. Por la mañana no fue a clase. Y ya no asistió a las aulas durante el resto del curso. Cuando Gran Mama y Sally trataron de hablar con ella, la muchacha dijo que no se sentía muy bien. Y cuando le aconsejaron que fuese a ver a un médico, Angela se encogió de hombros.

—Muchachas —murmuró Gran Mama dirigiéndose a Kid Sally una noche—. A veces las muchachas se comportan de una manera extraña. Ya se le pasará.

Un día, a últimos del mes de diciembre, Angela regresaba de hacer unas compras en el almacén y cuando entró en el vestíbulo escuchó gritos que se filtraban por el muro y el sonido de unas claras bofetadas. Luego una de las voces que parecía suplicar. Cuando Angela oyó el ruido de otra violenta bofetada, escupió tres palabras:

—Muy bien hecho.

En el mes de enero, Angela volvió al colegio. Robert Dineen no estaba en ninguna de sus clases y ella tampoco le vio en el vestíbulo general porque Angela jamás alzaba la cabeza cuando se trasladaba de un aula a otra.

Un jueves por la noche, fue a presenciar un espectáculo nocturno en el Copacabana y Angela tomó asiento con Buster Capanegro, agente de apuestas y prestamista del hampa del este de Harlem. El cómico de turno hizo un chiste:

—Los chicos de los matrimonios mixtos son chicos siempre confusos, esto es evidente. Conozco a un muchacho cuya madre era judía y el padre italiano. Cada vez que pasaba delante de unos almacenes no sabía si entrar a comprar o a robar.

—¡Eh!..., ¿qué tiene eso de gracioso? —interrogó en voz alta Buster Capanegro.

El cómico le miró. Buster miró al cómico. Y este último casi se desmayó.

—No me gustó nada ese desgraciado cómico de a dólar —dijo más tarde Angela.

Una noche, cuando Gran Mama le dijo a Angela que habían llegado a la ciudad unos simpáticos muchachos italianos para tomar parte en una carrera de bicicletas que pronto iba a celebrarse, Angela se encogió de hombros. Cuando Gran Mama le dijo que era importante que ella asistiera a un cóctel y que se convirtiera así en los ojos de Gran Mama, Angela ya se sintió mucho más interesada.

—Será bueno que vayas —dijo Gran Mama—. Miras, observas y más tarde ya me dirás lo que hace la gente.

Angela asintió con un movimiento de cabeza. En aquel momento ya sentía deseos de acudir a la reunión.

IX

El cóctel de la Prensa celebrado en honor de los Seis Días Ciclistas tuvo lugar en la parte superior de Keefe's Steak House. Entre el público había muchos reporteros de Prensa y televisión, bastantes muchachos del *Daily News* que pasaban por periodistas deportivos y bebían *whisky* como si fuera cerveza, el presidente de una sociedad griega, y varios socios rechonchos del club Águilas Polacas de Greenpoint.

Varias muchachas circulaban por entre la multitud como anfitrionas. En sus vestidos llevaban tarjetas con sus respectivos nombres.

Cuando Angela Palumbo subió las anchas escaleras que conducían al salón, automáticamente apartó los ojos de la larga mesa provista con tarjetas. Sabía que allí no había ninguna que le correspondiera a ella. Y si por casualidad hubiese habido alguna, Angela aún era lo suficientemente sensata como para no usarla.

Vestía un abrigo corto de color amarillo. Los cabellos negros, caían sobre sus hombros. Joseph DeLauria la vio, abandonó el bar y avanzó hacia ella.

—Soy Joseph DeLauria —dijo—. Un momento... permítame que tome su abrigo.

La muchacha se volvió y comenzó a quitárselo. El vestido hacía juego con el abrigo.

—¡Que Dios la bendiga... es usted muy bonita! —comentó DeLauria.

Angela se dio perfecta cuenta de que los ojos del hombre se posaban en uno de sus hombros para cerciorarse de que no llevaba tarjeta alguna. Luego miró sus manos para estar seguro de que tampoco allí llevaba ninguna.

Angela se acercó hasta el bar y pidió cerveza. No pensaba comenzar a beber delante de aquel DeLauria. Este inició las presentaciones a Angela: un hombre de cabellos grises que era el corresponsal en Nueva York del *Il Giornale* de Milán, uno de los polacos de Greenpoint, y un muchacho regordete, con el pelo cortado al cepillo, y el rostro congestionado por el coñac que bebía como si fuera cerveza. Dijo que se llamaba Tommy y algo más, y que trabajaba para el *Daily News*. Angela miró hacia otra parte. Otro irlandés borracho.

Angela se envaró un tanto cuando DeLauria la tomó por un brazo.

—Quiero que conozca usted a algunos de los grandes corredores italianos —dijo.

Atravesó el salón con ella y luego se detuvo.

—Este es Carlo Rafetto... esta es la señorita Angela.

DeLauria tuvo buen cuidado de dar solamente su nombre.

—... Y este es Mario Ciariello...

Mario saludó cortésmente a Angela. Luego DeLauria dijo:

—¿Dónde se ha metido el otro Mario? Mario Trantino. ¡Oh, allí está en el fondo de la sala!

Mario se hallaba solo ante una mesa en el extremo más alejado del salón. Estaba inclinado y el mantel de la mesa retirado. Trabajaba con un lápiz. Bajo su mano izquierda había una pequeña fotografía, arrancada de un libro ilustrado, en la que

aparecía un cuadro de Modigliani, de 35 000 dólares, perteneciente a la galería de Madison Avenue. Con su mano derecha, Mario realizaba unos trazos a lápiz para comprobar si era capaz de copiar algo del Modigliani. Pensó: «Quién sabe. Sidney dice que todos tienen gustos de cerdo. Puede que haciendo aquí y allá algunos leves cambios, ni siquiera se enteren».

Cuando Mario vio a DeLauria que se acercaba en compañía de una muchacha vestida de amarillo, rápidamente cubrió su trabajo con el mantel de la mesa.

DeLauria efectuó la presentación y acto seguido aplicó sobre la espalda de Angela una suave y afectuosa palmada.

—¿Por qué no se sienta y charla con Mario? El muchacho está muy solo. No podemos consentirlo, ¿verdad?

—¿También he de obligarle a que me invite a champán? —interrogó Angela.

Joseph DeLauria se echó a reír ruidosamente, pero con su mirada dijo a Angela que en realidad era una hija de perra. Luego se alejó.

Cuando Angela comenzó a tomar asiento miró directamente a Mario. Su despreocupación inicial se esfumó, y se deslizó sobre la silla a la vez que con ambas manos se alisaba la falda y clavaba sus ojos graciosamente en Mario. Este tuvo una impresión general de la muchacha cuando comenzó a sentarse, y sus ojos se deslizaron de sus labios a su pecho, y de nuevo contempló su rostro. Inmediatamente recordó un cuadro que había en el hotel.

—Hola —dijo Angela.

—Hola.

Angela reflexionó durante un momento.

—Bien..., ¿*si recreon*? —dijo Angela un tanto rígidamente y con voz poco clara, ya que su italiano era terriblemente malo.

—Magnífico —respondió Mario en inglés.

—¡Vaya!... ¿Hablas inglés?

—Sí. Un hombre me enseñó algo allá en mi tierra y otro poco que aprendí en la escuela.

—Eso está bien. Y allá, en tu tierra... ¿hay muchos jóvenes que hablan inglés?

—Los jóvenes se van de allí.

—¡Oh!, no me extraña que lo hagan. Pero tienen que irse a Alemania o a Australia, ¿verdad? Ya nadie puede entrar en este país.

—Hay que hacer algo especial para poder quedarse aquí.

—Si ganas la carrera puede que supongan que has hecho algo especial.

Mario retiró un poco el mantel y miró su dibujo. Extrajo un lápiz del bolsillo y cogió una pequeña curva del Modigliani. Aquello quizá sería el «algo» especial que le serviría para quedarse en el país.

—¿Qué es eso? —preguntó Angela.

—Nada... nada...

Mario volvió a cubrir el dibujo rápidamente con el mantel de la mesa.

Angela pensó: «Probablemente ha estado aquí durante todo este tiempo dibujando cosas sucias. Apuesto a que me acaba de dibujar a mí». Angela tomó su vaso para apurar su contenido. Siempre es más fácil retirarse cuando el vaso está vacío. «Un cochino» se dijo a sí misma.

—Bien..., pues que te diviertas mucho —dijo Angela poniéndose en pie.

Mario la miró al mismo tiempo que enrojecía.

—No... yo estaba... estaba...

Y acto seguido hizo con la mano un gesto giratorio.

—¿De qué se trata? —interrogó Angela.

—¡Oh!

Y Mario hizo otro gesto con la mano indicando que no era nada.

—¡Oh, dime! ¿De qué se trata?

Angela acababa de decidir violentar al muchacho.

Se puso en pie y dio un rodeo a la mesa para colocar a continuación sus manos sobre el mantel. Angela asió un extremo de la tela y dejó al descubierto lo que ocultaba Mario.

Cuando vio lo que Mario había estado haciendo se quedó enormemente sorprendida.

—¡Oh, no podía imaginarlo! —exclamó—. ¡Eres un artista!

—Lo seré —replicó Mario—. Me voy a quedar aquí y trabajaré para llegar a serlo. Esto solamente es... bien... estoy tratando de...

—Hacer prácticas —dijo Angela.

—Sí, prácticas —repitió Mario guardándose en el bolsillo las hojas de papel.

—¡Pero esto es maravilloso! ¿Dónde estudiaste? ¿A qué Universidad fuiste?

—En Catania nadie va a la Universidad —dijo Mario.

—Mario —llamó Joseph DeLauria—. Mario, venga aquí un minuto. Quiero que conozca a una persona...

—No te levantes de aquí —dijo Angela.

—Me está llamando.

—No te levantes —dijo Angela.

Mario se encogió de hombros. Angela miró a DeLauria y luego miró hacia otro lado. Angela pensó en todo cuanto podía hacer para disgustar a DeLauria. Era el primer día que le conocía. Era un bastardo y además trabajaba para Baccala. Tampoco Angela conocía a Baccala. Pero sabía que Baccala era el nombre de la «familia» sobre el cual discutían tanto su hermano y su abuela.

—¿Por qué no vas a alguna parte donde puedas hacer lo que quieras? —preguntó Angela a Mario.

—¿No me quedo aquí?

—No, vámonos a alguna parte —replicó Angela.

La muchacha se puso en pie y comenzó a andar por entre las mesas. Mario se inclinó rápidamente. Soltó los cordones de sus zapatos. Luego se levantó y siguió a

Angela. Joseph DeLauria les observó cuando se retiraban.

—Agradable, muy inteligente y simpático —murmuró.

Una vez en la calle, Mario se puso las gafas de su tío. Dio un paso, tropezó con uno de los cordones de los zapatos y chocó con Angela.

—Perdón —se disculpó.

Comenzaron a caminar por la calle. Angela miró hacia abajo y dijo:

—Tienes los cordones de los zapatos sueltos.

—Esa es la forma en que los uso —respondió Mario.

—¡Oh!

Angela se fijó también en que Mario caminaba con los ojos cerrados.

—¿Por qué cierras los ojos? —preguntó nuevamente.

—Los ahorro para ver mejor los colores cálidos. Al pensar así en los colores me hacen sentirme mejor.

Mario iba sin abrigo.

—Te vas a congelar —comentó la muchacha.

—Si pienso en los colores cálidos me hacen sentir calor —respondió Mario—. Ahora mismo estoy sudando.

—¡Oh! —dijo la muchacha.

Mario se sentía a gusto. Estaba impresionando a aquella muchacha como si fuese un auténtico artista.

Tomaron el Metro hasta el centro de la ciudad y llegaron a las estrechas calles de la Pequeña Italia. En Mulberry Street, se oía música italiana procedente de una tienda de discos. Había quesos colgando en los escaparates de un almacén. Un camión de reparto de carne se hallaba aparcado frente a una carnicería italiana. El mozo, ataviado con chaquetilla blanca, estaba transportando al interior del establecimiento cabezas de cordero y algunos conejos ya despellejados. Las cabezas de los corderos mostraban un auténtico mapa de venas rojas y nervios. El agua goteaba por la parte trasera del camión para luego helarse en la acera. El carnicero estaba sacudiendo un saco de sal sobre la película de hielo formada en el exterior. Mario introdujo ambas manos en los bolsillos.

—¡Oh, te vas a quedar helado! —dijo Angela.

Mario cerró los ojos y murmuró:

—Pensaré en colores cálidos.

Angela llevó a Mario a un lugar llamado Raymond's, situado en una esquina. Raymond's tiene un bar en un lado y un mostrador de mariscos en el otro. Las mesas se hallan en el fondo del local. Tres hombres trabajan detrás del mostrador de la marisquería colocando camarones, colas de rape, y calamares rebozados en pan rallado, en pequeños cestos metálicos. Luego introducen estos cestos en grasa hirviendo. La grasa se encarga de proporcionar un color dorado al pescado empanado. Cuando han transcurrido aproximadamente un par de minutos, los hombres sacan los cestos y colocan el pescado así frito en bandejas. Después de

cubrirlo con salsa roja, dejan las bandejas sobre el mostrador. Allí hay unos carteles que advierten: «Salsas»: 1: Fuerte. 2: Mediana. 3: Suave.

Raymond's es uno de los lugares de Nueva York del que han oído hablar todos los turistas y hombres de negocios. Uno de los pasatiempos favoritos de aquella vecindad es tomar asiento en Raymond's y contemplar cómo los visitantes atacan a las salsas.

Angela tomó asiento sobre un taburete en la barra de la marisquería. Mario se sentó a su lado. Angela aplicó un suave codazo en un costado de Mario cuando un hombre con un sombrero de vaquero y acento del medio Oeste pidió salsa número uno para sus camarones. Un camarero puso un plato ante él. El hombre introdujo en su boca un camarón goteando salsa número uno. Cerró la boca y comenzó a mascar. Luego hizo un gesto como si acabara de recibir un balazo en las tripas. Abrió la boca y su garganta emitió un ruido parecido al de un trombón. El camarero del mostrador le tendió automáticamente un vaso de Coca-Cola, y el hombre se lo bebió en un par de tragos. Luego comenzó a bramar al sentir cómo la salsa todavía mordía su lengua. El camarero le entregó otro vaso de Coca-Cola. El hombre la bebió más calmadamente, pagó sus camarones y salió disparado por la puerta. Durante un momento se detuvo en la acera. Todo el mundo vio cómo ascendían y descendían sus hombros al tratar de aspirar aire fresco.

—Otro punto más para la casa —gritó el camarero del mostrador.

Todo el mundo se echó a reír.

Angela y Mario comieron calamares con la salsa número uno más una ración de *linguine*. Este último estaba lustroso con el aceite de oliva, y el fondo del cuenco abarrotado de almejas y perejil. Inmunes, como buenos italianos, a estas salsas, los dos jóvenes engulleron encantados los calamares. Luego el *barman* hizo la cuenta sobre un trozo de papel y lo dejó sobre el mostrador. Mario se llevó la mano al bolsillo donde guardaba la cartera. La mano de la muchacha le contuvo.

—Vamos... no seas tonto.

—¡No, no! —protestó él.

—He dicho que sí.

Angela se hizo cargo de la nota, abrió su bolso y pagó. Cuando salieron del establecimiento la muchacha guio a Mario tomándole por un codo para girar en la esquina de Ferrara's, establecimiento cuyos escaparates ocupan media manzana. Los escaparates están llenos de galletas espolvoreadas con azúcar, y pastelillos cilíndricos, que rebosan crema por ambos extremos. En el interior, la fuerte iluminación del techo se refleja en las paredes cubiertas de espejos para espaciarse luego por las blancas losas del pavimento y los brillantes mantelillos que cubren las mesas. Allí reina siempre el aroma de crema batida y de café. Los dos jóvenes pidieron *cappuccino*, fuerte crema de café con superficie escarchada, y *cannoli*, pasteles rellenos de espesa crema al ron.

—Ahora cuéntame cosas —dijo Angela.

—¿Sobre pintura?

—Sí.

—Creo que es cosa que me viene de aquí —dijo Mario llevándose las manos a su estómago—. Debe haber nacido conmigo. No hay manera de hacer nada si no me sale de dentro. Y no hay forma de que eso me ocurra en mi tierra. En Catania comemos ardillas. Hay que perder demasiado tiempo cazándolas y no se puede ser artista.

—¡Ardillas! ¿Todavía?

—Sí. Y dientes de león. Y otras hierbas comestibles.

—¡Qué barbaridad!

—Es la verdad —dijo Mario, que al ver cómo reaccionaba Angela, pensó en decirle que un hermano suyo había muerto por falta de comida.

—Ahora que estás aquí, ¿cuándo empezarás a pintar?

—Mañana, quizá.

—Me agradecería mucho ver lo que haces, pero mañana tengo clase todo el día. Y luego tengo que irme directamente a casa.

—Podrías venir otro día —sugirió Mario.

El cuadro de la habitación del hotel acudió de nuevo a la mente de Mario. Su instinto le advertía que había grandes recursos en el hecho de caerle simpático a alguien, y tal idea resultaba maravillosa. Pero la mente de Mario avanzaba solamente paso a paso y la visión de un futuro con Angela estaba formada por la presencia de la muchacha con él en la habitación del hotel.

—¿Qué otro día? —preguntó ella—. Ahora tenéis esa carrera.

Mario se encogió de hombros.

—Iré a verte correr y cuando hayas terminado iré a ver cómo pintas.

—¿Estarás presente en la carrera? —preguntó Mario.

—Todas las noches.

Angela se encargó de pagar la cuenta al salir y acompañó a Mario hasta el Metro. Luego le indicó el andén desde donde partiría hasta la parte alta de la ciudad. Comenzó a bajar la escalera del Metro que la conduciría a Brooklyn cuando de repente se volvió y preguntó:

—¿Tienes dinero suelto para el Metro?

Mario respondió afirmativamente.

Angela insistió:

—Enséñamelo para ver si tienes el cambio que necesitas.

Mario le mostró unas monedas de plata. Angela asintió con un movimiento de cabeza y se perdió muy pronto entre la gente que bajaba las escaleras del Metro. Mario se tocó el bolsillo donde guardaba la cartera y luego se puso a buscar un taxi. El billete de cien dólares aún estaba intacto. Decidió dejarlo tal y como estaba. Cuando el taxi le llevó hasta el hotel, el portero le sostuvo la puerta abierta. Mario sacó cambio de su bolsillo. No había bastante. Luego miró al portero.

—¿Pueden ponerlo en mi cuenta? —preguntó.

—Aquí no hacemos eso —respondió el hombre.

—En Italia sí —dijo Mario.

Mario mostró su llave al portero. Este y el chófer del taxi se miraron mutuamente. Mario se apeó del coche, atravesó el vestíbulo y se acercó hasta el ascensor. Cuando el portero entró en el hotel y pidió al encargado de recepción que anotara el importe del taxi en la cuenta de Mario Trantino, el hombre del mostrador movió la cabeza pensativamente y dijo:

—Sí, se trata de uno de los corredores ciclistas que se hospedan aquí. Esos bastardos tienen buen nervio, ¿verdad?

—Saben bien lo que hacen —murmuró el portero.

Cuando Angela llegó a casa, Gran Mama gritó desde la cocina:

—¿Lo has pasado bien?

—Sí.

—¿A quién conociste allí?

—A algunos muchachos.

—¿Italianos?

—Conocí a uno. Un joven italiano muy simpático.

—¿Joven?

—Es un crío —respondió Angela.

X

Varias semanas antes, cuando ya se habían iniciado las gestiones para celebrar un acontecimiento deportivo, Kid Sally Palumbo y Big Jelly llegaron al parque de artillería número 987 con dos carpinteros llamados Mulqueen y Keefe.

Los carpinteros gozaban de una reputación superior debida sobre todo al trabajo que realizaron en la capilla de la prisión de Attica, donde se habían pasado treinta meses a causa de haber empleado pobremente una pistola.

Big Jelly y los carpinteros se detuvieron a charlar con un obrero armero quien, tras haber sido puesto al corriente de lo que se habría de hacer como pista, les acompañó para realizar un examen general.

Kid Sally Palumbo se alejó. El sonido de los tacones de sus zapatos se oía en todo aquel triste parque artillero. Kid Sally alzaba los pies y luego pisaba fuerte con los talones. El sonido ascendía hasta las vigas de acero pintadas de verde de la enorme techumbre que brillaban extrañamente bajo la luz que se filtraba por las ventanas. Camiones y *jeeps*, con cañones del 105, se alineaban a lo largo de los muros. En el extremo más alejado del gran depósito había una puerta de metal ondulado que llegaba casi hasta la techumbre, la cual estaba a medio bajar; la zona situada detrás de aquella puerta era la destinada al equipo artillero almacenado allí. En aquellos momentos gran parte del equipo se encontraba aquí y allá, situado en forma un tanto anárquica, pero en realidad su lugar era el depósito señalado por aquella puerta. Kid Sally Palumbo no se molestó por nada de esto. Siguió caminando y escuchando el eco de sus propios pasos que resonaban en el edificio. Big Jelly y los carpinteros trabajaban en aquel momento sobre los planos. Los carpinteros tomaban nota y Big Jelly señalaba aquí y allá con un brazo en alto como si fuese un auténtico capataz. El empleado armero había regresado a su oficina. Dejó que Big Jelly y los carpinteros planearan por su cuenta el emplazamiento de la pista y de las gradas. Cuando dijeron a Kid Sally que habían terminado, Kid Sally ya se sentía muy fatigado por todo aquel trabajo minucioso y declaró que necesitaba dormir un poco. Los carpinteros, ya con las medidas anotadas en un bloc, anunciaron que se iban a buscar la madera y los obreros necesarios para comenzar la construcción de una pista para las bicicletas. Big Jelly consultó su reloj. Eran las 2,30. Le quedaba el tiempo justo para ir a buscar a su nueva amiguita.

«Sale dentro de media hora» dijo Big Jelly. Su nueva amiga era una muchacha que estudiaba tercer año en la escuela superior.

Tres días antes de la carrera se celebró una reunión final en el despacho de Baccala.

—No sé en realidad cómo estamos en esta situación —dijo Joseph DeLauria alzando ambas manos—; lo único que puedo decir es que hago las cosas bien todos los días.

—Ayer fui a un local —dijo Big Jelly— y dije al propietario: «Vamos, cómprame unas cuantas entradas», y él me preguntó: «¿Qué entradas?». Le dije que eran para la carrera y que debía animar también a los camareros para que fuesen a verla, pero el tipo me dijo: «Escucha, creo que preferirían recibir un balazo en las tripas que ir a una carrera de bicicletas».

—Eso es lo que dice todo el mundo —medió Kid Sally Palumbo—. Preguntas a todo el mundo y te responden lo mismo, que eso no les gusta nada.

—Vosotros tratad de conseguir dos o tres mil espectadores —dijo Baccala—. Llevarán dinero. Habrá suficiente para todos.

—¿Quién va a ganar la carrera? —preguntó Kid Sally.

—Cualquiera —replicó Izzy Cohén.

—¿Por qué? —preguntó Kid Sally.

—Por una razón que puede dividirse en varias. Porque tenemos seis carreras por noche. Los corredores actuarán en grupos y nosotros anunciamos por los altavoces las posibilidades que tiene cada corredor en aquel preciso momento, y luego vosotros recibís las apuestas en las taquillas. ¿Qué puede importarnos quién gane? Nosotros nos llevaremos la parte más fuerte de las apuestas. Es preciso, además, dar algo al público a cambio de su dinero. Si intentamos apretarles demasiado los tornillos, las cosas podrían salir mal.

—Está bien —dijo Kid Sally.

—Dime una cosa —intervino Baccala.

Este se inclinó hacia delante, enlazando sus regordetas manos, y preguntó:

—¿Y qué decís de los corredores que quieran robarnos a nosotros?

—¿Cómo podrían hacerlo? —preguntó Izzy Cohén.

—Bien... no tiene importancia —dijo Baccala entornando los ojos—. Vosotros confiad en un solo Cristo y en un solo San Antonio.

Baccala entornó aún más los ojos, luego añadió:

—Sin embargo, debemos asegurarnos. Los encerraremos en la jaula.

—¿Qué jaula? —interrogó Kid Sally.

—Las jaulas que tendremos. Jaulas con barrotes. Cuando el corredor no esté actuando con su bicicleta entonces entrará en la jaula. No podrá charlar con los demás corredores. Cuando le llegue la hora de salir a la pista, entonces... ¡fuera de la jaula!, y a correr.

—¿Y dónde conseguimos las jaulas? —preguntó Kid Sally.

—Eso es cosa tuya —respondió Baccala.

—Todo me cae a mí encima —protestó Kid Sally—. No me gusta ni este trabajo ni esta idea. La carrera no nos va a proporcionar más que molestias. Sacaríamos mucho más pidiendo limosna que con este asunto.

—Cierra el pico —dijo Baccala secamente.

—Digo lo que me da la gana —replicó Kid Sally.

—He dicho que cierres el pico.

—¡Vete al infierno!

El rostro de Baccala no cambió de expresión. Búfalo de Agua, que se hallaba junto a la puerta, captó inmediatamente la seña que acababa de hacerle Baccala. Su rostro tampoco varió de expresión. Izzy se encogió de hombros y se puso a mirar un periódico. Big Jelly guardaba silencio mirando a su alrededor a través de sus gafas, sin parpadear.

Kid Sally extrajo un cigarrillo del bolsillo. Luego hizo funcionar su encendedor con fuerte ruido. Dejó el encendedor sobre una mesita. Luego lanzó una profunda bocanada de humo hacia el frente al mismo tiempo que miraba a Baccala.

Se puso en pie, y dijo:

—Bien, que todo salga como deseamos, ¿qué más puedo decir?

Kid Sally y Big Jelly abandonaron la habitación, y al salir golpearon la puerta con violencia.

—*Ciciri* —gruñó Baccala.

Kid Sally y Big Jelly se pasaron la tarde en la oficina de la Vending, examinando las páginas amarillas de la guía telefónica en busca de alguien que tuviese jaulas. Big Jelly finalmente encontró dos lugares donde alquilaban equipo para teatro. Entre ambas casas reunieron once jaulas de circo que podían alquilar por dos semanas, ya que las empresas de alquiler las tenían comprometidas para el espectáculo de Ed Sullivan. Aún faltaba una jaula más. Había veinticuatro corredores divididos en equipos de dos hombres. Mientras un corredor pedaleaba en la pista, su compañero se hallaría en la jaula durmiendo sobre un catre.

La empleada de una de las agencias sugirió que llamasen a Thompson's, una gran empresa de Manhattan que suministraba toda clase de animales a los parques zoológicos del país. El hombre de Thompson's dijo que tenía una jaula para alquilar durante una sola semana. Sally y Big Jelly se acercaron en coche hasta Thompson's. Era un almacén. El jefe de la oficina llevó a Sally y a Jelly a través de un pasillo y luego atravesaron una puerta de acero con triple cerradura que daba a una gran estancia con piso de cemento. Allí reinaba una auténtica algarabía de gritos, cantos y chillidos de pájaros. En una jaula muy alta, situada al fondo de la estancia, una cebra se rascaba contra los barrotes. A su lado y en otra jaula, un antílope permanecía tan inmóvil como una estatua. Había muchas jaulas llenas de pájaros multicolores, amontonadas unas sobre otras. Junto a otro de los muros había una jaula montada sobre bloques de madera. Y al lado de esta, había una gran jaula de circo. Un bulto de color canela se hallaba acurrucado en uno de sus rincones.

—Esta es la jaula —dijo el hombre deteniéndose ante la más pequeña.

—No es bastante grande —dijo Big Jelly.

—Necesitamos una que sea lo suficientemente grande como para meter en ella a un tipo —añadió Kid Sally Palumbo.

—Volvemos a iniciar la esclavitud —ironizó Big Jelly.

—Pues, esto es todo lo que tengo por ahora —dijo el hombre—. Si traslado al

león la semana próxima, entonces podría disponer de la jaula.

—¿Qué león? —interrogó Kid Sally.

El hombre señaló a la jaula más grande.

—Ese que está ahí —dijo.

El bulto de color canela que se hallaba acurrucado en un rincón se movió y luego quedó sobre cuatro patas. En la cabeza mostraba una melena de color más oscuro que el resto de su piel. El animal se sostenía sobre cuatro patas de cachorro que eran demasiado largas. En cuanto a sus cuatro garras eran demasiado grandes para un cuerpo tan pequeño.

—Es un verdadero bebé —dijo el hombre—; No tiene más que cinco meses.

Kid Sally golpeó los barrotes de la jaula con una mano. El león saltó hacia delante y luego se refugió en otro rincón de la jaula.

—¿Qué le pasa? —preguntó Kid Sally.

—Tiene miedo. Solo es un bebé.

—Sin embargo, a mí me parece lo suficientemente grande como para tragarse una de mis piernas —comentó Big Jelly.

—Es necesario dejar carne delante de él —dijo el hombre—. Aún tendrá pánico de la gente durante unos cuantos meses más.

Kid Sally gritó al león. El animal tembló. El lado izquierdo de la boca de Kid Sally se alzó con gesto despectivo. Sus ojos se entornaron. Luego rio entre dientes. Tommy Udo le lanzó otro grito al animal.

—¿Lo vende? —preguntó Kid Sally.

—Seguro... a la venta está. Doscientos cincuenta dólares.

Kid Sally continuó riendo entre dientes sin apartar sus ojos del león.

—Dale ese dinero, Jelly —ordenó.

A las seis de la tarde se oyó un rugido y luego un grito que se extendieron por toda Marshall Street. La gente se asomó a las ventanas. Vieron a Kid Sally Palumbo, que, riendo alegremente, arrastraba a un regular cachorro de león sobre la acera tras haberle sacado por la parte trasera de un camión de transporte. El león, con la cabeza baja, y el pánico traduciéndose en gruñidos y rugidos, trataba de clavar sus garras en la acera para no moverse. Kid Sally Palumbo comenzó a gritar al animal y a tirar con fuerza de la soga. El león rugió unas cuantas veces más. Big Jelly se colocó detrás de él y le empujó. Por fin metieron al animal en las oficinas de la Vending Machine, abrieron luego la puerta del sótano y empujaron al león escaleras abajo.

Kid Sally cerró la puerta con fuerza, sin dejar de reír entre dientes. Big Jelly salió a la calle y al cabo de un rato regresó con una bolsa de papel. En su interior había un gran trozo de carne envuelto en papel de cera.

—Ocho libras de carne cortada en trozos que le llenarán la tripa —dijo Big Jelly.

Abrió nuevamente la puerta del sótano y rasgó la bolsa de papel que luego arrojó

hacia abajo. El olor de la carne, cuando aún se hallaba en el aire, llegó hasta el felino que alzó ambas patas delanteras y la atrapó en cuanto tocó el suelo.

—Mira eso —dijo Big Jelly.

—Pues espera a que lo alimentemos con «personas» —dijo Kid Sally Palumbo, riendo de nuevo entre dientes.

Kid Sally y Big Jelly cerraron la oficina y salieron a continuar su trabajo. En coche se acercaron hasta una serrería. Las luces estaban encendidas. Mulqueen y Keefe se hallaban clavando unos pernos en una sección de tablones que unían para formar una sección curva de la pista de carreras. Por toda la serrería se veían piezas como aquella, apoyadas contra los muros o sobre bancos de trabajo.

En el centro del taller se hallaba extendido el plano del parque de artillería.

—Ya hemos llegado hasta aquí —dijo Mulqueen colocando un dedo sobre determinado punto del plano.

El lugar se hallaba al mismo nivel de la puerta ondulada del depósito principal. Las líneas blancas sobre el plano, con largas flechas y números entre paréntesis, irritaban a Kid Sally. No tenía la menor idea de lo que significaban. Deseaba regresar a la oficina para jugar con el león.

—Tenemos que terminar esta curva —dijo Mulqueen golpeando con la yema del dedo sobre el punto donde se hallaba la puerta del parque principal—, tenemos que terminar esto que ya ha llegado aquí...

—Todo parece estar bien —dijo Kid Sally—. Adelante, muchachos.

Él y Big Jelly salieron y tomaron asiento en el coche.

—Todavía tenemos que hacer algunas cosas —dijo Kid Sally.

—¿Qué cosas?

—Pues... algunas cosas.

—Ya sé lo que tenemos que hacer —dijo Big Jelly—. Iremos a hacer cosas a un par de muchachas. Eso es... a hacer con ellas cosas buenas.

Y acto seguido puso el coche en marcha.

Izzy estuvo sentado en La Hora Encantada desde la medianoche hasta la 1,30 de la mañana. Tenía allí una cita importante con Kid Sally Palumbo. A la 1,30, dijo al camarero que le diese la cuenta. «Este muchacho, en lo sucesivo, va a tener más memoria», se dijo a sí mismo.

A las siete de la tarde del viernes día 23 de enero, solo faltaba una hora para que se celebrase el campeonato mundial de los Seis Días Ciclistas, apadrinado por la Comisión ítalo-americana de Nueva York.

Solo unas cuantas personas subían los escalones brillantemente iluminados del parque de artillería. Los encargados de despachar los billetes de entrada comenzaron

a sentirse inquietos. Cuando Izzy entró en el parque, preguntó al expendedor principal cuáles eran las ventas realizadas hasta aquel momento. El empleado respondió que unos 1100 dólares. Generalmente, el público asistente doblaba el número de dólares y aquello significaba la presencia de unas 2200 personas en la primera noche de la carrera. Más tarde todo marcharía sobre ruedas, igual que los ciclistas. El encargado de la recaudación rio ante la ridícula situación.

—No te rías, muchacho —comentó Izzy—. Ahora mismo no hay bastante dinero en caja para pagarte.

En el interior del parque, las banderas de las sociedades griegas, francesas y polacas, ondeaban en los balcones. Desde los asientos ascendió el primer humo de los negros cigarros DeNobili. Los viejos que fumaban aquellos cigarros evidentemente eran veteranos ciclistas. Mantenían los abrigos sobre sus hombros.

En el centro de la pista, directamente frente al lugar que ocupaban las principales tribunas, había doce jaulas de circo rojas, amarillas, y azules. Cada jaula disponía de un catre y una mesa plegable para comer. Un costado de cada jaula, orientado hacia las tribunas, estaba abierto. El otro lado, el orientado hacia el interior, se hallaba cubierto por tablonos. De esta manera los ciclistas de las jaulas no podían verse mutuamente a través de la parte posterior de las mismas.

Alrededor de las jaulas se extendía una hermosa pista de madera. La madera de pino barnizada brillaba bajo las luces. La pista trazaba unas finas curvas en forma de borde de plato. El borde quedaba bastante alto y alejado del público. Estas pendientes tenían por objeto crear escenas emocionantes de los ciclistas sobre sus máquinas corriendo casi acostados en el aire, pero protegidos por la velocidad que imprimían a sus bicicletas hasta que tomaban las rectas de la parte más baja de la pista.

El otro extremo de la pista aún no estaba terminado de montar. Los tablonos suavemente combados que formarían la curva se hallaban apilados unos sobre otros frente a la gran puerta de metal ondulado que en aquellos momentos estaba totalmente bajada, herméticamente cerrada.

Mulqueen y Keefe se hallaban en compañía de diez obreros.

—Suba esa puerta para que podamos terminar esto —dijo Mulqueen a un obrero del parque, vestido con «mono» de trabajo.

El obrero del parque de artillería oprimió un gran resorte. Unas cadenas negras, grandes, y muy engrasadas comenzaron a moverse produciendo un ruido ahogado. La gran puerta de metal ondulado, pintada de verde, gruñó un tanto al alzarse del pavimento. Fue elevándose poco a poco hasta dejar al descubierto, primero unos cañones del 105, cuidadosamente ordenados en fila, con sus bocas cubiertas por lonas. Los cañones se hallaban enganchados a camiones de cinco toneladas. Cuando la puerta ascendió más, quedó totalmente al descubierto el resto de la escena. Aparcados en ordenadas filas, brillando bajo las débiles luces del parque, estaban los *jeeps*, remolques, ambulancias, y camiones del 987 regimiento de artillería de la Guardia Nacional de Nueva York.

Mulqueen escupió unos cuantos juramentos y luego añadió:

—Mirad eso. ¡Costará media hora sacar de ahí toda esa chatarra!

—¿Sacar...? —interrogó el obrero del parque—. No moverán ustedes nada de lo que hay aquí. Este es un parque oficial del Ejército. No se puede tocar nada de lo que hay ahí.

—Bueno, creo que usted no acaba de entenderlo bien —dijo Mulqueen—. Necesitamos todo ese espacio para la pista de madera.

—Se trata del parque oficial —replicó el hombre—. No se moverá nada de nada.

En aquellos momentos eran las siete y cuarto de la tarde. Mulqueen recorrió apresuradamente la distancia que le separaba del vestíbulo. Allí vio a Joseph DeLauria vestido muy elegantemente, saludando a dos hombres que lucían unas fajas plegadas sobre sus hombros. Mulqueen trató de charlar con DeLauria. Este movió la cabeza y no quiso escucharle. Mulqueen vio a Izzy apoyado contra una pared.

—No soy el encargado de la obra de madera —murmuró Izzy.

Finalmente Mulqueen vio a Kid Sally Palumbo. Se hallaba de pie en medio de un círculo formado por sus hombres.

—No te preocupes... haz que esa gente saque de allí ese material —dijo Kid Sally y volviéndose de nuevo a su gente.

—No quieren hacerlo —respondió Mulqueen.

—¡Eh!..., ¡pero si eso no tiene la menor importancia! —exclamó Big Jelly—. Kid Sally, ve hasta la oficina y di al tipo de allí que lo ordene cuanto antes.

—Siempre me toca hacer a mí las cosas —dijo Kid Sally—. Tengo que hacerlo todo.

Kid Sally caminó por entre el público y entró en la oficina del parque de artillería.

—Tienen ustedes que quitar de allí esos cañones —dijo Kid Sally.

Había un hombre sentado ante una mesa de despacho.

—¿Adónde? —preguntó.

—A la calle, a cualquier parte... eso a mí no me importa. Lo único que quiero es que desaparezca aquello de allí.

—¿Trasladar el material del parque? Eso es propiedad del Gobierno de Estados Unidos. No podemos mover ni un solo *jeep*.

Kid Sally cerró los ojos y luego se pasó una mano por el rostro, haciendo un poderoso esfuerzo por contenerse. Luego preguntó:

—¿Quién es el jefe de este lugar?

—El coronel.

—¿Dónde está?

—En su casa.

—Llámenle por teléfono y arreglen esto pronto.

El hombre marcó un número en el teléfono.

—¡Oiga!... ¿está en casa el coronel Rudershan? ¡Oh!... *entendido*... sí, de acuerdo... *entendido*. Bien, gracias. Entonces trataré de verle mañana.

El hombre colgó y dijo:

—El coronel se ha ido al cine con su esposa, un hermano y su cuñada. Es el cumpleaños de la cuñada.

—Quite de ahí esos cañones —dijo Kid Sally.

—Es propiedad del Gobierno —replicó el hombre.

—¡Quiten de ahí esos cañones! —gritó Kid Sally.

—¡Hola!

Baccala se hallaba en el umbral de la puerta, con ojos brillantes, y el sombrero ladeado sobre su cabeza. Fumaba un DeNobili negro.

—¿Cómo es que no habéis medido bien esa pista? —preguntó.

—Este tipo no quiere sacar de allí el material —dijo Kid Sally.

—Si ellos no mueven de allí el material moved vosotros la pista —dijo Baccala—. Hacedla más pequeña.

Mulqueen el carpintero cerró los ojos desesperadamente.

—No se puede hacer eso. La cosa está medida para que se ajuste a todo esto.

—Hacedla más pequeña —dijo Baccala.

Baccala entornaba los ojos. Salió lentamente de la oficina.

Se formó una neblina en el interior de la cabeza de Kid Sally Palumbo. La niebla se solidificó y se convirtió en una especie de nudo que latía en el centro de su frente. Comenzó a aplicarse suaves golpes en la frente. No vio cómo se alejaba Baccala.

En un extremo del parque, Mulqueen y Keefe contemplaban la pista de madera.

—Ocho horas —murmuró Keefe—. Por lo menos ocho horas.

Eran exactamente las 8,17. Casi 2500 personas se hallaban sentadas en las gradas. En la era de los números, 2500 personas en un acontecimiento deportivo no significa nada sobre el papel. Pero cuando se tienen sentadas a 2500 personas esperando a que comience un espectáculo que no puede comenzar, y uno se halla en el centro de la pista contemplando a esas 2500 personas, entonces el número de cabezas que se ven se eleva al millón.

Una voz procedente de la parte más vacía de las gradas inició la cosa:

—¡Eh!..., ¿qué es lo que pasa?

Un profundo gruñido surgió de entre el resto del público. Un polaco se puso en pie en una de las gradas finales y gritó:

—¡Vamos ya..., ya está bien!

Los griegos que se hallaban sentados detrás de la bandera de su sociedad comenzaron a dar palmadas. Estas fueron extendiéndose, y al cabo de un rato todo el mundo batía palmas y golpeaba con los pies en el suelo. El ruido era muy parecido al de un edificio cuando se viene abajo. Kid Sally Palumbo se encontraba a un lado de la pista cerrando los ojos con fuerza. Su primo Albert Palumbo dijo que tenía una idea. Albert bajó a los vestuarios y llamó a todos los corredores que se hallaban sentados en bancos de madera, entre los roperos pintados de verde, mirando inquietos hacia el techo.

El tronar procedente de la parte alta les atemorizaba. Albert les hizo subir la escalera y salir a la pista. Entonces el batir de palmas y el golpear de pies cedió el paso a los vítores y aclamaciones que el público concedió a los corredores. Albert les condujo hasta un extremo de la pista y acto seguido al círculo interior de la misma.

—Vamos... ¡entrad en las jaulas! —gritó Albert.

Comenzó a hacer señas a los corredores. Estos miraron hacia las jaulas, pero no se movieron. Big Jelly, Carmine y Albert se vieron entonces obligados a ir empujando uno por uno a los hombres hacia sus respectivas jaulas. Gruñendo en varios idiomas, los corredores penetraron en las jaulas, y se cerraron las puertas.

Los ciclistas corren con suéteres y pantalones cortos de punto. A causa de tener que permanecer sobre el sillín de la máquina durante muchas horas seguidas, siempre rellenan con algo la parte baja y frontal de sus pantalones para protegerse contra el constante movimiento y roce del sillín de la bicicleta. En una carrera normal de seis días, los corredores, en el último día de la prueba, se han metido ya tantas cosas en los pantalones que parecen afectados de elefantiasis. Incluso se emplean las toallas como relleno. Muchos veteranos de la bicicleta empleaban hasta filetes de carne en tales casos. La grasa beneficiaba la cara interior de los muslos y, al fin y al cabo, aquellos filetes siempre se podían comer cuando la carrera ya había terminado.

Los corredores ya se hallaban en sus jaulas, pero la multitud comenzó, una vez más, a batir palmas. A las 9,30, uno de los corredores griegos encerrado en su jaula inició de nuevo la cosa. El corredor Constantino Caras, se volvió de espaldas al público y se metió entre los pantalones tres grandes toallas de baño. Orgullosamente, Caras se volvió hacia la gente con aquel enorme bulto entre las piernas.

—¡Yiiiip!... ¡Yiiiiip! —gritó el griego.

Se agarró a los barrotes de la jaula y comenzó a saltar en su encierro. Dejó de saltar y se rascó detrás del cuello durante unos segundos. Luego lo hizo en los sobacos. Tenía los brazos colgando a ambos lados del cuerpo, y ya iba a comenzar a rascarse la cintura cuando la multitud se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Estalló un tremendo ruido de carcajadas cuando el griego sacó la lengua por un lado de su boca y comenzó a rasgar el bulto que había entre sus piernas.

El compañero griego de Caras se hallaba sentado en el borde del camastro. Se acercó hasta los barrotes de la jaula arrastrándose sobre rodillas y manos, y, una vez allí, comenzó a ladrar como un perro. Luego levantó una pierna en el aire.

La multitud reía hasta reventar. La gente se hallaba en pie, inclinándose para golpearse los muslos a cada fuerte carcajada. Mario Trantino y Carlo Raffetto, que se hallaban en la jaula más próxima a la de los griegos, vieron cómo reía todo el público. Mario tomó la mesa plegable y comenzó a golpear con ella los barrotes de su jaula de la misma forma que lo había visto hacer en las películas americanas sobre prisiones. El ruido metálico tuvo muy pronto su eco. Uno de los polacos, en el otro extremo del círculo de jaulas, recogió, también, su mesa e hizo lo mismo que Mario. Muy pronto, el constante ritmo de las mesas golpeando contra los barrotes sonó por

todas partes y el público de las gradas batía palmas al unísono con el ruido que acababan de iniciar los corredores. Al fondo del parque, Mulqueen estaba desmontando secciones de pista y rascándose tras una oreja, intentando pensar en cómo arreglaría aquel problema. Al cabo de unos momentos el ruido de palmas fue cesando y las primeras personas comenzaron a desfilar hacia las salidas. A estas primeras les siguieron más. Hubo ciertos movimientos violentos en las mismas salidas, ya que algunas personas dieron allí media vuelta intentando volver al interior del parque. Todo el mundo se empujaba sin llegar a ninguna parte, y, entonces, un viejo italiano cuyas facciones temblaban de ira, arrojó su cigarro al aire, y extendiendo las manos como el Papa, gritó en italiano que la taquilla no le devolvería su dinero.

Una anciana ataviada con abrigo de paño negro fue la primera en salir de las gradas. Caminaba cojeando, llevando una bolsa con comida para toda la noche, en su mano derecha. La mujer atravesó la pista de madera con su leve cojear, y entonces vio a Joseph DeLauria vestido con su elegante traje. La anciana se fue directamente hacia este último y, una vez a su lado, volcó la bolsa de comida sobre la cabeza de DeLauria. El lugar quedó inmediatamente sembrado de bocadillos de salchichas con salsa.

Un hombre grueso, con gorra de conductor de camión, corrió atravesando la pista. Comenzó a mirar hacia uno y otro lado, la pierna derecha hacia atrás, calculando a quién debería atacar, cuando en aquel momento Albert Palumbo surgió por un lado de la jaula más cercana. El hombre de la gorra de camionero miró a Albert y acto seguido le aplicó un violento puntapié en un tobillo.

Un griego gordo y calvo llegó corriendo hasta la pista blandiendo una silla. Falló el golpe sobre Big Jelly. Pero como continuó haciéndola girar en el aire, al final acertó de lleno sobre Tony *el Indio* quien cayó al suelo como fulminado por un rayo. En aquellos instantes la gente llegaba desde todas partes, arrojando sillas y dando puñetazos a derecha e izquierda. Mientras tanto, los corredores ciclistas seguían mostrando sus grandes bultos entre las piernas y saltando como simios en el interior de sus jaulas.

Un viejo con gorra y abrigo se apoderó de una bicicleta que había junto a la jaula de los corredores polacos. El hombre llevó la máquina hasta la pista y allí montó. Comenzó a acercarse a la gran pista de madera y a ascender por ella velozmente. Luego giró hacia la izquierda y se lanzó cuesta abajo, volando sobre la pulida superficie de madera. Sonó un ruido en el extremo opuesto del parque. La gran puerta del depósito estaba descendiendo y los carpinteros y obreros se metieron por debajo de ella buscando la seguridad del almacén de vehículos y cañones. La puerta por fin tocó la superficie del pavimento. El viejo que montaba la bicicleta parecía sumido en éxtasis cuando volaba materialmente sobre la recta. Tras haber recorrido las tres cuartas partes de la misma buscó los frenos de la máquina. Trató de girar los pedales hacia atrás y no logró más que hacer un ruido suave con la cadena. Pero la máquina

no disminuyó su velocidad.

El viejo se excitó más y más, y, por equivocación, aún pedaleó más hacia delante. Cuando él y la bicicleta chocaron con era la gran puerta de hierro, el viejo salió por los aires como una mosca humana. Luego cayó a tierra como un saco de cemento.

La primera llamada que se hizo a la comisaría 91 fue obra del oficinista del parque. Cuando llegó un coche patrulla, el agente miró a la multitud que llenaba la pista, y entonces regresó al coche para hacer una llamada 16, lo que significaba llamada de disturbios en masa.

A la mañana siguiente, el alguacil del tribunal alzó la cabeza y vio que el juez estaba ya preparado. Con paso municipal lleno de calma, el hombre abrió la puerta de los detenidos, y estos penetraron en la sala de justicia. Un grupo de gente que gruñía saludó al alguacil. Kid Sally Palumbo caminaba al frente del grupo. Vestía una camisa de *sport*. La chaqueta del traje aparecía doblada sobre un brazo. Las rodilleras de sus pantalones estaban totalmente rasgadas. Tras él había un grupo de gentes vendadas, llenas de esparadrapos, procedentes de los disturbios habidos en la carrera.

—¿Qué es esto? —interrogó el juez al ver al grupo.

—Una compañía que regresa de su gira —replicó irónicamente el secretario.

Cuando todo el mundo fue puesto en libertad provisional, Kid Sally comenzó a hablar en voz baja, mirando a su alrededor, para hacer saber a su gente que tenían que reunirse, más tarde, en la calle.

Atravesaron las dobles puertas de la sala de justicia y salieron al vestíbulo exterior, un vestíbulo de techos muy altos, viejo y lleno de colillas, envolturas de dulces y papeles. Funcionaron luego las puertas giratorias, y, antes de salir, Kid Sally vio a los fotógrafos que se apiñaban para hacerle fotos saliendo de la sala de justicia. En general, las fotografías nunca estaban de más, porque incluso una vez Kid Sally trató de pagar 25 dólares a un cámara del *Daily News* para que le hiciera una foto en color y la publicara en el periódico del domingo. Pero Kid Sally no quería que la ciudad de Nueva York viese una fotografía suya con camisa de *sport* y los pantalones rotos. Kid Sally se detuvo y miró a su alrededor. Los dos viejos que limpiaban zapatos en el próximo quiosco le miraron.

—¿Limpieza? —preguntó uno de ellos.

—No —respondió Kid Sally—, nada de eso.

Se acercó hasta el mostrador y tomó una caja de betún negro. Empleando una de las ventanas de la sala de justicia como espejo, Kid Sally hundió los dedos en el betún de la caja y se escribió en la frente la palabra: «MARICONES».

Kid Sally salió por las puertas giratorias alzando su mano a guisa de saludo a los numerosos periodistas que había en el exterior, quienes al principio se echaron a reír y luego se quedaron inmóviles, como congelados, cuando se fijaron mejor en su frente.

XI

Mario había regresado al hotel a las tres de la madrugada. A las nueve, le despertó el administrador del establecimiento. Manifestó que la cuenta de la habitación estaba pagada, pero Mario solamente disponía hasta la una del mediodía para abandonarla, o continuar en ella abonando un nuevo depósito. Después de tal hora, las facturas serían total responsabilidad de todos los corredores. El administrador repitió una vez más que si Mario pensaba seguir en el hotel debía hacer un depósito.

Mario bajó al vestíbulo donde los demás corredores blandían sus billetes de la compañía de líneas aéreas y discutían sobre lo ocurrido. La muchacha al frente del mostrador de las líneas aéreas se ocupaba en reservar plazas en un avión para los vuelos de la tarde y noche con destino a Europa, a todos los corredores. Mario entregó su billete a la muchacha y le manifestó que deseaba hacerlo efectivo. La chica le entregó inmediatamente 311,35 dólares.

Mario tomó un taxi hasta la 10th Street. Se inclinó hacia delante sobre su asiento para extraer del bolsillo la fotografía que le había entregado el padre Marsalano, la mañana que había partido para América. Mario sintió un ligero calor de tranquilidad y alivio cuando su mano tocó el sobre. No importaba lo mal que las cosas pudieran ponerse en América, ya que él siempre tendría aquel sobre de su tierra.

Cuando el taxi se detuvo en la 10th Street, Mario se fijó en que el contador del coche marcaba un dólar con cuarenta y cinco centavos. Durante unos instantes permaneció inmóvil. Calmosamente entregó al conductor un billete de un dólar, dos monedas de diez centavos y una lira italiana que Mario esperaba pasara como una moneda de cuarto de dólar. La mano del chófer sopesó las monedas. Luego uno de sus dedos las acarició, esperando que alguna fuese de propina. No la encontró. El taxista quiso gritar algo, pero había enmudecido misteriosamente, y ya Mario cruzaba la acera cuando aquel pudo recobrar el habla.

—¡Podría entenderlo mejor si fueras portorriqueño! —le gritó desde el coche.

En la cabeza del taxista había venas en relieve inspiradas por la cólera. Dos manzanas de casas más adelante, el hombre mascullaba sus maldiciones cuando comenzó a colocar las monedas en su máquina de cambios. Cuando vio la moneda de lira sufrió un principio de infarto de miocardio.

Sidney tuvo una reacción más positiva cuando abrió la puerta y Mario penetró en el apartamento.

—¡Que el mismísimo diablo te lleve! —murmuró el viejo. Sidney estaba indignado porque no le agradaba Mario y también porque hasta aquel momento había estado viviendo sin *whisky*. Tras haberse presentado Mario en el hotel Plaza, Grant Monroe, encolerizado, había ido hasta el apartamento y «peinado» todo el lugar de su última gota de licor. Y de aquí que en aquellos momentos, Mario, el culpable de todo cuanto le ocurría a Sidney, se hallaba frente a él como pago por haberle descubierto la particular manera de robar de Grant Monroe, y, al parecer, esperando alguna ayuda.

—Grant dice que no tenemos sitio para ti, muchacho —dijo Sidney—. Te ayudaremos en lo que podamos, pero no tenemos ninguna habitación.

—Bien... entonces enséñeme usted cómo se hace eso... Mario pensaba que si podía aprender el truco, las demás cosas vendrían por sí solas.

—Bien..., ¿dónde te alojas, muchacho?

—En la ciudad —replicó Mario secamente.

—En la ciudad —repitió Sidney—. Bien... no sé qué podría decirte. Pero personalmente creo que tienes también espíritu de ladrón.

Sidney le describió su operación que en realidad era muy simple. Cinco años atrás, cuando Grant Monroe y Sidney se habían conocido y comenzaron a trabajar, la tendencia corriente en la falsificación de cuadros era copiar a Chagall o a Modigliani. Pero los apartamentos de la Quinta Avenida y de la Park Avenue estaban ya tan abarrotados de falsos Chagall y Modigliani como lo estaban, de gente, los vagones del Metro en las horas punta, que solo embobaban ya a unos cuantos idiotas ricos. Entonces se le ocurrió a Grant la idea de hallar obras hechas por artistas que hubiesen muerto prácticamente desconocidos. Sidney podría copiar sus obras y Grant Monroe firmarlas con su nombre. La personalidad de Grant como agente de ventas sería magnífica. Grant era maravilloso en seleccionar clientes que viviesen muy alejados unos de otros. Así podrían vender los mismos cuadros. Todo cuanto Sidney tenía que hacer era tomar asiento en el apartamento y trabajar como una máquina Xerox. El convenio resultaba perfecto. En lugar de fabricar Chagalls en busca de un dinero realmente peligroso, Grant Monroe vendería cuadros de Grant Monroe sobre una sólida base cuantitativa. Fueron, pues, en aumento los billetes de cien dólares. Por supuesto todo dependía de que Sidney permaneciese bien oculto. Esto le venía muy bien al viejo Sidney porque él no podía vender su propio trabajo. Su personalidad era tan mala que ni los chinos admitirían de él cohetes gratuitos. Además Sidney apreciaba mucho a Grant, y esto también era importante.

—Recuerda que solamente has de emplear artistas que hayan muerto —dijo Sidney a Mario—. Si pueden respirar, también podrán firmar denuncias.

Sidney abrió las puertas de un viejo armario. En el interior había reproducciones y originales un tanto deterioradas de trabajos hechos por artistas muertos y olvidados.

—Puedes elegir —dijo Sidney—. Lo que pienses que te va mejor. Y no te preocupes por lo que guste al público. Todos tienen gustos de cerdo. Podrás vender cualquier cosa, lo que se te antoje. Ten en cuenta que el mejor coleccionista de arte de esta ciudad tiene en su *living-room* un falso Picasso. Mario examinó el montón de obras.

—¿Cuál cree usted que debería usar? —preguntó.

Sidney respondió:

—¡Ah!... todavía no sé si eres capaz de trazar una línea en un papel. Grant dijo que se te ayudase. Eso es lo que estoy haciendo. Pero tienes que ser capaz de hacer esto por ti mismo. Si no eres ni medio artista, lo mejor será que escojas otra forma de

robar.

Mario alzó el mentón con ademán de orgullo.

—Puedo hacerlo yo solo —dijo.

Acto seguido mostró el original de un desnudo de muchacha que había en su departamento. Sobre la cara de la muchacha el material se había rasgado. El resto estaba intacto. Sidney dijo que aquello podría usarse con toda seguridad. El artista, llamado Peppis, se había arruinado con la Depresión y se vio obligado a pintar carteles para propaganda y otros rótulos en el Metro de la ciudad. Se emborrachaba constantemente y en cierta ocasión cayó desde el andamio donde pintaba, en una estación del Metro, y el ferrocarril de Broadway le destrozó. Sidney añadió finalmente:

—Incluso el maquinista que le aplastó también ha muerto.

Mario asintió con un movimiento de cabeza y a continuación atravesó la estancia. Sidney quiso seguirle en su silla de ruedas, pero ya Mario estaba tomando hojas de un montón de papel de dibujo.

—¡Que el diablo te lleve, muchacho! ¡Deja eso..., cada hoja vale un dólar y medio! —exclamó Sidney indignado.

Acto seguido, se apoderó de tubos de pintura, pinceles, y todo cuanto fue capaz de recoger en unos segundos.

—¡Bastardo ladrón! —le gritó Sidney cuando Mario abandonó apresuradamente la estancia.

Cuando Mario llegó al hotel había allí un mensaje de Angela. Estaría en el hotel a las 12,30. Mario estaba frente al hotel a las 12,15. Tenía la maleta entre ambos pies y el papel para trabajar enrollado bajo un brazo. El viento ese invierno barría un cielo gris, sin vida, y alzaba los trozos de periódico del suelo para hacerlos danzar sobre las aceras. Angela dobló la esquina, procedente del Metro. Hundía su barbilla en el cuello de un abrigo color azul marino.

No sonrió cuando vio a Mario. Entornaba los ojos contra el viento y parecía mostrar cansancio. La gente que no se ha acostado por la noche siempre lo exterioriza en sus facciones, cuando el tiempo es muy frío.

La muchacha miró a la maleta.

—¿Te vas a tu tierra? —preguntó.

—No. Me quedo aquí.

—¡Oh!, entonces... ¿para qué es esa maleta?

—El hotel cuesta mucho dinero. Tengo que encontrar otro lugar donde vivir.

—¿Tienes que irte ahora mismo?

—Si me quedo quieren una cantidad en depósito. Los ojos de Angela se entornaron.

—¡Quecottsadiablo!

Mario pensó que ya había oído pronunciar aquella misma palabra, pero luego opinó que no. Una mujer que no había hablado nunca de aquella manera desde que

María Magdalena se había reformado.

—DeLauria —añadió la muchacha—. ¡Pufff!

Y acto seguido escupió en el suelo.

El desprecio que se reflejaba en sus facciones sorprendió a Mario. No suponía que la chica fuese tan dura. Inmediatamente Mario abrió mucho los ojos y abrió la boca. Estaba completamente seguro de ser la viva estampa de un huérfano desamparado, con ojos llenos de tristeza.

Angela le miró y suspiró hondo.

—Vamos... tomaremos un poco de café y ya pensaremos en lo que se ha de hacer —dijo.

Angela compró un ejemplar del *Village Voice* en el puesto de periódicos del hotel y luego tomaron asiento en la cafetería donde Angela comenzó a leer la sección de anuncios. Luego se acercó hasta la cabina telefónica e hizo varias llamadas. Al cabo de unos minutos regresó sonriente.

—Hay un sitio en la 11th Street que es barato.

El apartamento se hallaba en el número 293 de la 11th Street. El encargado, un hombre de rostro enrojecido y camisa de lana muy sucia, les condujo por unas escaleras bastante desvencijadas hasta la última planta. La pálida luz de la tarde se filtraba por una claraboya. El hombre abrió la puerta del número 20. Había tres habitaciones dispuestas como si fueran un coche cama. También había una pequeña y polvorienta cocina y un cuarto de baño desconchado. El pavimento de madera crujía alarmanentemente. Sobre los muros se destacaban grandes espacios de yeso allí donde la pintura azul había desaparecido. El apartamento costaba 36 dólares mensuales. El hombre quiso un mes por adelantado y un mes de depósito. Mario hizo una mueca y extrajo el dinero de su bolsillo.

—¿Qué es lo que puedes hacer tú? —interrogó Angela—. Esto es lo menos que DeLauria podría haber hecho.

Y una vez más la muchacha escupió al aire. Mario pagó al hombre y este le entregó una llave y un recibo mal garrapateado.

—Ahora ya es suyo —dijo el hombre—. ¿Qué quiere que se ponga en el buzón de abajo... señor y señora de...?

—¿Qué le importa a usted eso? —preguntó Angela.

—A mí, nada en absoluto —respondió el hombre.

—Bien, pues entonces no haga preguntas estúpidas —replicó Angela.

En la planta baja, Angela consultó su reloj de pulsera. Tenía que irse.

—Buena suerte —dijo—. Tengo muchas cosas que hacer ahora.

La muchacha comenzó a bajar los últimos escalones de la calle, cuando repentinamente dio media vuelta. Miró hacia Mario para despedirse nuevamente y una vez más vio su rostro de huérfano de guerra. Angela preguntó:

—¿En qué vas a dormir?

Mario se encogió de hombros y aún puso cara más triste.

—Bueno, ven conmigo, no puedes dormir sobre el suelo —añadió la muchacha.

Mario bajó los escalones. Caminaron por la Quinta Avenida y pasaron por delante de cafeterías y bares abarrotados de muchachos y muchachas ataviados con pantalones vaqueros y luciendo peinados al estilo de San Juan Bautista. Dos manzanas más allá había un almacén llamado Cheap John's. Angela dejó a Mario esperándola en la acera. Entró en el establecimiento y al cabo de un rato salió con una almohada.

—Al menos... para la cabeza —dijo tendiendo a Mario la almohada.

Dos muchachos se detuvieron en la acera y uno de ellos comentó irónicamente:

—Esperamos que seáis muy felices juntos.

Angela ocultó su rostro en la almohada. Acababa de enrojecer hasta las orejas. Mario se sorprendió de que la muchacha reaccionara de aquella forma. Pero cuando el rostro de Angela surgió de la almohada, de nuevo era el de una muchacha fría y seria. Entregó la almohada a Mario.

—Bien... ya puedes cuidar de ti mismo —dijo.

—¿Cuándo volverás otra vez? —preguntó Mario.

—Dentro de un par de días.

Angela fruncía el ceño cuando bajó los escalones del Metro.

—¡No falles al disparar! —dijo Gran Mama a Tony *el Indio*, y este asintió con un movimiento de cabeza—. ¡No falles al disparar! —repitió Gran Mama dirigiéndose a Big Jelly—. ¡Que nadie falle al disparar! —exclamó por último dirigiéndose a todo el mundo.

Se hallaban todos en la cocina y en la sala de estar. Treinta en total con platos en la mano, y cuando se iban acercando a la cocina, Gran Mama hundía el cucharón en la gran olla que había en el fuego para servir a cada uno su ración de comida. Y cada vez que Gran Mama lo hacía murmuraba: «¡No falles al disparar, muchacho!».

Pensaban disparar sobre todo lo que pudiesen. Las dificultades habían estallado con suma facilidad. Kid Sally Palumbo, mascando un palillo de dientes, estaba apoyado contra la pared en el despacho de Baccala. Kid Sally había sido convocado allí a causa del fracaso de la carrera ciclista. Búfalo de Agua y dos individuos vestidos de negro se hallaban situados junto a la puerta. Baccala estaba sentado ante su mesa de despacho con los ojos clavados en las manos que descansaban sobre su regazo.

—Quiero almorzar —murmuró Baccala.

Kid Sally dijo:

—¿Quieres comer y charlar? Me parece bien.

Baccala no apartó los ojos de sus manos.

—Dije que quería almorzar, y no que almorzaras tú. De forma que..., ¡cierra el

pico!

—¡Escucha...! —exclamó Kid Sally.

—Cierra el pico —murmuró calmosamente Búfalo de Agua...

Los dos «trajes negros» se movieron y Kid Sally guardó silencio repentinamente.

Baccala alzó la cabeza. Entornaba tanto los ojos que parecía difícil pudiese ver algo.

—Lo que vas a hacer tú será lo siguiente —dijo a Kid Sally—, me llevarás en el coche a almorzar. Me esperarás fuera. Cuando yo termine me volverás a traer aquí...

Hubo un silencio y la voz de Baccala aumentó su volumen:

—... Todos los días vendrás aquí y llevarás a Baccala a comer.

Fríamente, casi con absoluta indiferencia, Baccala estaba perpetrando el peor de los crímenes contra un gánster. Estaba tratando de arruinar el «ego» de Kid Sally. Estaba diciendo a Kid Sally cara a cara... y, lo que aún era peor, delante de los demás... que a partir de aquel instante ya no era jefe de una facción de la «familia». Sería un chófer para Baccala. Chófer, chico de recados, lacayo, y todo cuanto deseara el amo. Y Kid Sally Palumbo, enrojeciendo violentamente, tenía que continuar apoyado contra la pared y aceptar todo aquello sin pronunciar una sola palabra. Búfalo de Agua y los dos «trajes negros» solamente se hallaban a unos cuantos pasos de él. Búfalo de Agua clavaba sus ojos en el techo de la estancia y estaba rezando a un santo cuyo nombre él conocía para que Kid Sally dijera alguna impertinencia y que entonces Baccala permitiese a Búfalo de Agua liquidar a Kid Sally Palumbo allí mismo, en el despacho.

El palillo de dientes de Kid Sally Palumbo se movió hacia varios lados. No dijo nada. Cuando salió de allí, respiró hondo por segunda vez.

Algún día volvería a aquel despacho con toda su gente y los periódicos publicarían grandes epígrafes describiendo la forma en que habrían muerto Baccala y Búfalo de Agua.

Kid Sally Palumbo se encontraba solo, mirando hacia el exterior por la ventana de la cocina. Temblaba un poco. Durante siglos, las rebeliones dentro de la Mafia habían sido acontecimientos duramente sancionados. Así como ningún político o legislador inteligente presenta su candidatura a menos que sepa por adelantado que contará con votos a su favor, así también actúa el mafioso que tiene ambición... Y casi todos la tienen.

Una rebelión normal consiste en que el ambicioso se siente incómodo con el viejo patrón, y luego, muy sutilmente, indaga en toda la organización para determinar si cuenta con algún apoyo. Si hay suficientes personas de influencia que le dicen: «A veces los viejos están mejor muertos», entonces el que se siente incómodo sabe que cuenta con alguna ayuda. Entonces invita a comer a su patrón, y en el camino de regreso hacia casa lo deja caer en alguna alcantarilla.

Pero en la rebelión que iniciaba Kid Sally Palumbo no había consentimiento oficial alguno. En lugar de esto, Kid Sally estaba sacudiendo la estructura de toda la organización. Él sabía que esto, normalmente, equivalía a «suicidarse» con tanta seguridad como si se arrojara desde la última planta del Empire State Building. Contaba con un grupo de, en total, 125 maleantes de Marshall Street y de algunas manzanas adyacentes. Se enfrentaban, por lo tanto, a una «familia» organizada de la Mafia, formada quizá por unos 1000 miembros leales. Pero el grupo de Kid Sally Palumbo poseía juventud y sed de dinero, y esto último Baccala siempre se lo había negado. Por otra parte, la «familia» de Baccala, al igual que cualquier otra institución del país, era vieja y estaba especialmente saturada por los éxitos. Un grupo pequeño, pero decidido, podría derribarla. La victoria requeriría un adecuado trabajo de equipo y mucho trabajo cerebral. Pero la recompensa podía ser increíble. Si Kid Sally ganaba el control del *gang* de Baccala, las otras «familias» de la Mafia en todo el país automáticamente le reconocerían como al nuevo jefe. Podría «tocar», entonces, millones de dólares. Y habría algo que era mucho más importante que el dinero. La venganza. Kid Sally Palumbo seguía mirando al exterior por la ventana de la cocina. El fuerte viento barría los muelles y hacía vibrar violentamente el tendido de las líneas telefónicas. Kid Sally también veía a Baccala colgado de aquellos cables, con la cabeza oscilando sobre su cuello fracturado, y el viento agitando su cuerpo como si fuese un trapo.

—¡No fallen al disparar! —estaba diciendo Gran Mama. Kid Sally sabía que Gran Mama tenía razón. No era cosa buena disparar sobre un elemento cualquiera y fallar. Algunas veces el tipo regresa y le encuentra a uno dormido en la cama. Kid Sally también sabía que no importa lo que se pueda hacer en la vida mientras se haga bien. La gente que dispara y falla es la que se mete en dificultades. En una ciudad como Nueva York, el fracaso es un auténtico crimen. Pero para todos aquellos que disparan derecho y hacen su trabajo, las recompensas son inmensas. La sociedad no solamente les aprueba sino que también les adula. Todavía se escribe sobre Lucky Luciano como si hubiese sido un magnífico alcalde de Nueva York. Sin embargo, Willie Moretti, que pudo ser tan grande como Luciano, pero que fracasó en un par de asesinatos clave, cuando murió quedó clasificado como un hampón barato.

—Cuando estás arruinado dejas de ser un tipo de cuidado —dijo Kid Sally.

Extrajo de su bolsillo un paquete de cigarrillos. Su encendedor sonó con deliberada fuerza. Kid Sally dio una larga chupada al cigarrillo. Todos los que se hallaban presentes le contemplaban: jóvenes con cabellos negros, rostros magros, y cigarrillos colgando de sus labios. Kid Sally expulsó una gran bocanada de humo, muy lentamente. Luego hizo una mueca de desprecio con los labios y comenzó a reír entre dientes. Los demás le imitaron. Todos los presentes rieron también entre dientes.

—Vieja bola de grasa... —murmuró Kid Sally.

—¡Malditos sean los ojos de su madre! —exclamó Big Jelly.

—Nunca me dio nada —dijo otro hombre—. Yo lo cogeré. Lo cogeré sobre su asqueroso cuerpo muerto.

Gran Mama se hallaba en el umbral de la cocina, secándose las manos con el delantal. Angela se apoyaba contra el quicio de la puerta. Gran Mama extendió una mano para alejar de allí a la muchacha, al mismo tiempo que decía:

—Bueno..., bueno..., vete a tu habitación.

Angela rechazó la mano de Gran Mama y dijo:

—Escupiré sobre sus tumbas.

Gran Mama enlazó ambas manos y miró hacia el techo de la estancia musitando:

—*¡Madre di Cristo!*

—Bien..., nada seguirá siendo nada..., hasta que les hagamos un regalo —dijo Kid Sally—. Les enviaremos como regalo la cabeza de alguien metida en una caja.

—Puede que eso no les guste y abandonen —comentó Big Jelly.

—Ya veremos qué clase de carne van a recibir —concluyó Kid Sally.

XII

Joey Miranda, un buen ladrón de coches, y su mejor amigo, Julie DiBiasi, que hace toda clase de canalladas desde su base como encargado de una estación de gasolina, se hallaban juntos recordando ciertas cosas. Esto de «recordar» resultaba para ambos tarea realmente hercúlea. Joey Miranda había dado un coeficiente de inteligencia de 67 en la escuela, y desde entonces había retrocedido hasta el punto de olvidar el número de teléfono de su casa. Y Julie DiBiasi siempre se burla del resto de la gente y dice: «Al menos yo sé que soy un leño».

Con las cabezas juntas, los dos cerebros latían con gran intensidad. El muy odiado Búfalo de Agua, primer lugarteniente de Baccala, siempre aparca su coche por la noche en el mismo lugar de la Bushwick Avenue. El lugar siempre está vacante para Búfalo de Agua porque allí hay un registro de agua para incendios. Los polizontes, cada noche, dejan en su coche una hoja de multa de 25 dólares. Búfalo de Agua usa las hojas para limpiarse los dientes. Cuando aparca su coche por la noche, Búfalo de Agua queda bien cubierto por otro coche que se detiene a su lado. La gente que ocupa la parte trasera de este vehículo siempre llevan las metralletas a punto. El Búfalo de Agua vive en una casa de dos plantas, situada en la vuelta de la esquina, cerca del registro de incendios. Cuando entra en su casa, el coche de escolta parte, y desde aquel momento es su mujer la que toma el relevo. La esposa atisba por la puerta sosteniendo un rifle entre sus manos.

Por la mañana, Búfalo de Agua carece de protección. Sin embargo, suele caminar por la calle muy cerca de los demás peatones. Generalmente elige a alguna señora que empuja un cochecito de bebé y camina a su lado. Si ve algún coche sospechoso, se inclina y besa al bebé: «¿Quién sería capaz de disparar si pensara que podría matar al niño?», dice Búfalo de Agua. «La única persona que sería capaz de hacer una cosa así soy yo».

—¿Y qué ocurriría —preguntó Julie DiBiasi— si una mañana sale en su coche, el coche se detiene y él tiene que apearse para ver qué le pasa a su cacharro?

Joey Miranda reflexionó.

—Podrían sucederte muchas cosas si tu coche se detuviera y te apearas a ver qué tripa se le ha roto al motor —dijo.

—Quizás... un estrangulamiento —sugirió Julie DiBiasi.

—¡Nada de eso! —adujo Gran Mama—. Se tarda demasiado tiempo. Todo el mundo pasaría a vuestro lado y vería lo que estabais haciendo. Podéis disparar sobre él.

—Búfalo de Agua recibirá plomo en su cabeza —dictaminó Kid Sally Palumbo.

Temprano, a la mañana siguiente, Julie DiBiasi, trabajando muy cariñosamente con un cuchillo, produjo un corte alrededor de la válvula de un neumático posterior del coche de Búfalo de Agua. A las 11,30, Búfalo de Agua salió por detrás de una dama que empujaba un cochecito con dos gemelos, subió a su coche, lo puso en

marcha, giró en la esquina y avanzó a lo largo de tres manzanas de edificios hasta llegar a otra esquina. Se dio cuenta de que el coche daba un tirón al girar en la esquina, redujo la marcha y se detuvo finalmente en la acera de una calle donde había garajes y una fábrica. El coche que le seguía estaba conducido por el mejor conductor de Marshall Street, Ezmo *el Chófer*. Era formidable para seguir a la gente sin que nadie se diera cuenta. Julie DiBiasi y Joey Miranda viajaban en la parte posterior del vehículo. Se apearon del coche y caminaron para atacar en nombre de la libertad.

Búfalo de Agua se hallaba en aquellos instantes agachado y examinando la cámara sin aire. Joey Miranda y Julie DiBiasi se lanzaron sobre él. Búfalo de Agua les vio a tiempo y se metió rápidamente bajo el coche saliendo por el otro lado. Joey Miranda y Julie DiBiasi se inclinaron para poder disparar sobre Búfalo de Agua cuando aún se hallaba bajo el vehículo. Pero todo cuanto fueron capaces de ver fueron los zapatos bostonianos de 110 dólares que ya pisaban sobre la acera al otro lado del coche. Dispararon dos veces sobre los bostonianos, pero los bostonianos en aquel momento se movían con tanta rapidez que las balas rebotaron sobre el cemento de la acera. Búfalo de Agua corría como un gamo por la acera desierta. Joey Miranda y Julie DiBiasi abandonaron el coche y corrieron también por el callejón. En el camino había un enorme charco de agua y barro. Búfalo de Agua, que bombeaba adrenalina porque se trataba de un caso de vida o muerte, había salvado el charco con un enorme salto, sin mojarse sus bostonianos de 110 dólares. Volaba por el callejón en aquellos momentos. Pero Joey Miranda se detuvo ante el charco con sus zapatos Footjoy de 120 dólares, y Julie DiBiasi también se detuvo allí calzado con Johnson Murphys de 115 dólares. Los dos hombres rodearon el charco caminando de puntillas. Luego iniciaron una furiosa carrera. Corriendo y corriendo, con las pistolas en la mano y la furia de siglos deslizándose por su sangre. El callejón era corto y Búfalo de Agua ya había alcanzado su final. En la curva derrapó sobre sus tacones de suela. Joey Miranda y Julie DiBiasi doblaron la esquina a toda velocidad con las pistolas extendidas al frente. Inmediatamente tropezaron con una desvencijada valla construida con podridos maderos. El vallado cerraba un espacio que se extendía entre dos edificios. Joey dio un pequeño salto y comprobó que al otro lado no había nadie.

—¿Qué hacemos? —preguntó Julie.

—Nos hemos metido en un lío —murmuró Joey.

—Sí —musitó Julie.

—Podríamos regresar allá y decir que le hemos liquidado y más tarde, por la noche, podríamos caer sobre él con más facilidad.

—¿Y qué me dices de Ezmo que espera en el coche? El sabe que no lo hemos liquidado —adujo Julie.

—Sé bien lo que hacer —dijo Joey.

Apuntó con su pistola hacia la valla de madera, cerró los ojos e hizo tres disparos seguidos.

—Ahora corramos como si hubiésemos hecho algo —dijo Joey.

Ambos retrocedieron, corriendo de nuevo por el callejón. Ezmo *el Chófer* ya había puesto el coche en marcha, lentamente, para que los dos hombres saltasen rápidamente al asiento posterior. Pisó el acelerador y el vehículo ya marcaba las sesenta millas cuando Julie cerraba la portezuela tras él.

—Justamente en la cabeza —dijo Joey.

—¡Muchacho! —exclamó Ezmo con admiración.

—Justamente entre ambas orejas —dijo Julie.

—¡Muchacho! —exclamó nuevamente Ezmo.

Aquella misma noche se celebró una gran fiesta aunque muy tranquila en casa de Gran Mama. Había quince muchachos sentados allí, como piratas, pero sin decir nada de nada, mientras Gran Mama guisaba almejas a la marinera, espaguetis a la Carbonara, y escalope de ternera a la romana. Sobre la mesa había pan tierno, y cuando el ágape terminó todo el mundo se fue a Bardolino. Brindaron a la salud de Joey Miranda y de Julie DiBiasi sin mencionar para nada sus nombres porque aquella era una de las cosas sobre las que no se podía hablar, y Joey y Julie se miraron mutuamente con nerviosas ojeadas, hasta que Julie decidió que la única forma de evitar ciertos detalles era ir a Bardolino con la cabeza ya pesada y así muy pronto Julie comenzó a oscilar sobre los espaguetis a la Carbonara y a murmurar para sí: «Yo soy Al Capone».

La noticia del asesinato de Búfalo de Agua no se publicaba en el *Daily News* cuando Beppo *el Enano* compró la primera edición de la noche, a las 9,30. Tampoco lo comunicaron en las noticias que daban por televisión a las once en punto. Gran Mama se hallaba en el umbral de la puerta, secando una olla y entornando mucho los ojos.

—¡Eh... Joey!, ¿qué haces?

Kid Sally Palumbo se acercó a Julie DiBiasi y le aplicó unas cuantas bofetadas, y luego hizo lo mismo con Joey Miranda.

—Bien..., ¿qué significa esto? —preguntó.

—El cuerpo estaba en un callejón y puede que aún no lo haya encontrado nadie —tartamudeó Julie.

—Sí..., claro —añadió Joey.

Kid Sally miró a ambos hombres.

—Puede que guarden silencio sobre esto para ver si hacemos algún falso movimiento.

—Eso podría ser —dijo Gran Mama mirando a Joey y a Julie—. Sería mejor.

—Hemos visto la sangre —murmuró Joey finalmente.

La fiesta terminó, y Joey Miranda estaba tan borracho que cuando subió al coche cayó inmediatamente dormido sobre el volante. Julie era incapaz de sentir nada y se tambaleó a lo largo de la calle tratando de respirar hondo para aclarar la cabeza, pero

el vino todavía subía desde su estómago y explotaba en su cabeza. Caminó hasta la estación de gasolina y allí, en una silla, quedó profundamente dormido ante su pequeña mesa de despacho. En aquel momento se podría haber atravesado a Julie con alfileres que sin duda alguna no se habría enterado de nada. Esto le vino muy bien, ya que a las 4,30 de la mañana, Búfalo de Agua y otros tres tipos entraron en la estación de gasolina y aquel arrastró a Julie hasta el foso de engrasado. Fue verdaderamente providencial que Julie no sintiera nada. La patrulla de la policía que le encontró comentó: «Drácula no hubiese hecho labor más fea que esta».

A las 9,30 de la noche, el *Daily News* publicaba noticias sobre la guerra entre los *gangs*. Decía:

Dibiasi, Julie. Muerto repentinamente. Muy amado hijo de Carmela y de Ralphie DiBiasi. Muy amado hermano de Frankie, Anthony, y de Salvatore DiBiasi. Querido hermano de la señora Laura Rocco. Que viva para siempre en todos los corazones. Reposa en Champion's Funeral Home, Inc, 56 Lockman Street, Brooklyn. El entierro se celebrará el jueves, a las 9 de la mañana. No se invita particularmente.

En todo el sur de Brooklyn, en cada piso o apartamento se podía oír el ruido de baúles que se abrían y cerraban cuando la gente extraía de su interior las mejores ropas de luto. Todo el mundo se preparaba para asistir a un buen funeral en el reino de los gánsteres, o al menos a un funeral tan bueno como el que Kid Sally Palumbo podría llevar a cabo bajo las circunstancias de no poseer mucho dinero para dedicar a los funerales con que todos los gánsteres sueñan.

Todos los funerales importantes de Nueva York, incluyendo los de algunas personas que hayan vivido una vida ejemplar, como por ejemplo un cardenal, básicamente son copias del funeral de Frankie Yale. Frankie Yale era un buen muchacho que vivió en Brooklyn hasta 1932, y entonces se hizo muy malo y alguien colocó una bomba en su coche. La bomba funcionó bien.

El funeral de Frankie Yale fue mucho más importante que la Convención Democrática Nacional. El gran momento llegó cuando Dominic Monzalulu, el hombre que había montado la bomba en el coche de Frankie Yale, estuvo ante el féretro y comenzó a llorar a la vez que extendía ambas manos y clamaba ante las flores que cubrían el ataúd: «No tenéis ni idea del respeto que yo sentía por este hombre que está aquí». El día del funeral hubo 21 coches abarrotados de flores, 103 limusinas, 225 automóviles particulares que siguieron al cuerpo de Frankie Yale, por si tienen la suerte de volver a hacerse con una rica víctima de otro bombardeo.

El funeral de Julie DiBiasi fue diferente. Usualmente, se da un asesinato en territorio de gánsteres como un factor más de la organización establecida. Cualquier hombre que se salga del tiesto es la víctima. La acción queda aprobada y se ejecuta por miembros de la organización. Todos asisten al funeral. Pero no había forma

humana de que la gente de Baccala asistiera al funeral. A nadie le gusta arrodillarse ante un féretro si sabe que alguien de la afligida familia allí presente probablemente abra fuego desde su silla plegable.

Campion, el empresario de pompas fúnebres, tuvo poco trabajo con el funeral. Normalmente tiene que invertir mucho tiempo en maquillar el rostro del muerto de turno para que todo el mundo pueda decir que tiene muy buen aspecto. Pero después de lo que Búfalo de Agua hizo a Julie DiBiasi, Campion hubiese necesitado a un Rembrandt para arreglarlo. Sería un ataúd cerrado. Campion tampoco necesitó discutir el problema de las ropas. Generalmente Campion presionaba sobre la familia para que comprasen un traje nuevo al difunto, y entonces Campion quitaba el traje al cadáver poco antes del entierro para venderlo o para usarlo él mismo. Pero con el ataúd cerrado, Julie DiBiasi podía ser enterrado con su ropa interior. También fue fácil resolver el problema de las flores. En casos como aquel no tenía nada de agradable la perspectiva de una bomba entre un gran ramo de flores. Pero aún no habría pasado una hora desde que Campion tenía el cuerpo a su cargo, cuando se detuvo en la calle una camioneta de entrega de una floristería y entró un hombre cargado con un ramo de veinte dólares. Campion ni siquiera tuvo necesidad de alzar los ojos de su trabajo, sentado ante su mesa de despacho, para comprender que se trataba de un puerco polizonte aquel tipo que entregaba las flores. Solamente los irlandeses serían capaces de enviar algo tan barato a un funeral. El hombre que entregó el ramo regresó al camión, pero este no se movió de su sitio. Aquello significaba también que había una cámara en la parte posterior de la camioneta, filmando a través de un orificio. Y esto también significaba que al funeral asistirían muchos extraños y más policías. Todo el que pertenecía al *gang* de Kid Sally Palumbo podría acudir al funeral. El grupo de Baccala sabía que los polizontes entrarían en escena. La gente de Baccala no sería capaz de hacer nada que pudiese herir a un polizonte.

El funeral de Julie DiBiasi comenzó oficialmente a las cuatro en punto de la tarde, cuando Ezmo *el Chófer* recogió a la esposa del viejo Toregressa frente a su casa en Marshall Street, y la llevó hasta Campion's. La esposa de Toregressa se llama señora Toregressa. Es la mejor plañidera de funeral de todo el sur de Brooklyn. La gente de todo el barrio incluso se pelea por tenerla en sus funerales.

En aquel instante, la señora Toregressa guardaba silencio en el coche mientras Ezmo *el Chófer* la llevaba hasta el funeral. La señora Toregressa se había echado sobre la cabeza un chal negro y retorció entre sus dedos las cuentas de un rosario. Se había pasado la noche en vela para poder tener unas buenas ojeras al día siguiente. Comenzó inmediatamente a enfervorizarse.

—¡*Gesü!* —exclamó suavemente.

—*Gesü.*

—¡*Gesü!* —exclamó nuevamente y con tono más fuerte.

Sus manos temblaban. Ya estaba preparada.

Penetró en *Campion's* justamente detrás del cuñado de Julie DiBiasi y dos cuñadas. En el funeral ya estaban presentes once primos de Julie. Cuando la esposa de Toregressa entró en la capilla, donde la temblorosa luz de las velas se reflejaba sobre el papel de la pared, lanzó un quejido que se inició en lo más profundo de su garganta y después fue haciéndose más y más agudo. Finalmente se convirtió en un magnífico alarido.

—¡*Gesü!*... ¡*Gesü!*

—¡*A bonom' Julie!*

La hermana de Julie DiBiasi se apoyó sobre una prima. Fallaron las piernas de las hermanas y ambas mujeres cayeron sobre el ataúd lanzando alaridos. La señora Toregressa se hallaba chillando tras ellas.

Los parientes más próximos, entre los que se incluían los cinco primos, se hallaban sentados en el lado derecho de la sala. El padre y la madre se hallaban sobre sillas tapizadas, casi frente a la puerta para poder percibir a los que entraban. El resto de la familia se hallaba en sillas de madera sobre cuyos respaldos se leía «Funeraria *Campion*». La esposa de Toregressa había tomado asiento a la izquierda del féretro, en la tercera fila, con el objeto de que sus lamentos fueran extendiéndose poco a poco a todos los presentes. Todo el mundo vestía de negro. La única persona que usase un traje gris en un funeral sin duda alguna sería algún piojoso polizonte. La conversación que se sostenía en la sala era tipo estándar. Entre lamento y grito de dolor, alguien observa que Dios se lleva a su seno al muerto. El fiambre tiene dentro de sí seis balas, o como en el caso de DiBiasi, sufre un estrangulamiento a manos de Búfalo de Agua, pero aun así Dios se lo lleva con Él. Luego hay alguien que con más suavidad dice: «Al menos no ha sufrido nada». Y al revisar la vida pasada del muerto basta con una sola frase: «Vivió bien». Nada más se dice. Si uno comienza a buscar cosas bonitas que decir sobre Julie DiBiasi, inmediatamente se tropieza con los tipos que él ayudó a asesinar.

El gran momento del funeral en *Campion's* llegó cuando entró Kid Sally Palumbo. La entrada en los funerales de un *gang* también se relaciona íntimamente con el rango. Un pez gordo no entra y se planta delante del ataúd como cualquier otro asistente. Un pez gordo forma en el vestíbulo exterior con sus gorilas y espera hasta que la parte delantera de la sala queda vacía y los demás asientos están llenos. Entonces es cuando entra. El volumen de las exclamaciones que suenan en el local atestiguará su categoría. Un «soldado^[3]» consigue abrir la boca, con gesto de admiración, un teniente consigue una exclamación en voz alta, y un capitán consigue lágrimas. Un *don beppe*, o generalísimo, consigue chillidos. Si uno entra en un funeral y solo consigue silencio ante el féretro, usualmente significa que uno ya está también casi camino del cementerio.

Kid Sally Palumbo entró en el vestíbulo de *Campion's* a las 9,15 de la noche para hacer después su triunfal entrada en la capilla. Kid Sally Palumbo era en aquellos momentos la persona de más alto rango en el funeral. Cuando Kid Sally Palumbo

atravesó el umbral de la funeraria iba acompañado de Big Jelly. Luego esperó en el vestíbulo mientras Big Jelly lo recorría para examinar cuidadosamente. Campion preguntó a Kid Sally si quería sentarse. Kid Sally respondió negativamente con un movimiento de cabeza. No deseaba arrugar la raya de sus negros pantalones de seda italiana recién planchados. Big Jelly asomó la cabeza por la puerta y le hizo una seña. Kid Sally atravesó el vestíbulo rozando al pasar los ornamentos florales. Big Jelly le detuvo en el vestíbulo durante un momento. Kid Sally permaneció inmóvil apretando y aflojando los puños, esperando entrar en escena. Big Jelly le aplicó una palmada sobre el hombro. Kid Sally Palumbo entró en la capilla como si fuera Maurice Evans.

Caminaba con la cabeza alta, el mentón saliente, y los hombros bien cuadrados. Luego se detuvo frente al ataúd con ambas manos enlazadas ante él. Tenía ambos pies bien separados.

—*¡Che peccat!* —chilló la esposa de Toregressa.

—*¡O Dio!* —gritó a su vez Kid Sally Palumbo.

Kid Sally Palumbo miró hacia el féretro y añadió en voz alta:

—*¡E con Dio!*

Una mujer desde el fondo de la capilla gritó:

—*¡Gesü!*

Un anciano sentado en el centro de la sala murmuró:

—*A bonom'Julie.*

—*¡Gesü!* —bramó de nuevo la esposa de Toregressa.

El padre y la madre del fiambre se acercaron y se arrojaron dando alaridos sobre el ataúd, y Kid Sally Palumbo les rodeó con sus brazos. Los rosarios funcionaban en todas las manos y los hombres lloriqueantes se besaban unos a otros en las mejillas, se mordían los nudillos, y las mujeres alzaban sus brazos con ademán de desesperación. El funeral del muy amado Julie DiBiasi, con tarjeta de identificación número B-765379 en el Departamento de Policía de Nueva York, número de expediente 129 368 742 en el FBI, y expediente número 112-20-7143 en el Departamento de Emigración y Nacionalización de Estados Unidos, acababa de ser en todo sentido, un auténtico éxito.

XIII

Después de la misa de funeral, Angela no fue al cementerio. Tomó el Metro para ir a clase. Subió los escalones del Metro con mala gana y luego alargó deliberadamente el tiempo al tomar una taza de café en un lugar de la cercana esquina. Luego comenzó a caminar hacia su clase y se detuvo. Tenía más ganas de pasear que de meterse en un aula. En aquellos instantes no valía la pena ir a clase alguna. Sus nervios no le permitirían concentrar la atención sobre ningún tema. Ni tampoco valdría la pena continuar asistiendo a clase mientras continuase aquel asunto. Angela comenzó a caminar por calles adoquinadas, destinadas solamente al paso de camiones pesados, dirigiéndose hacia el East Side. Sabía vagamente a dónde iba pero no lo pensó detenidamente hasta que llegó a la 11th Street, y caminó más apresuradamente hacia la casa de Mario. Se dijo a sí misma que podía visitarle. En aquella hora del día no podía ver a ninguna otra persona.

Había llegado casi al edificio donde vivía Mario cuando este salió por la puerta y durante un momento permaneció inmóvil en el rellano de los escalones exteriores. Mario había estado trabajando desde las siete en punto de la mañana en su obra. Como no tenía mesa ni caballete en su apartamento, trabajaba colocado sobre rodillas y manos con la cabeza colgando como la de un perro collie... Tras muchas horas de hacer esto, se acostumbró a que el interior de su cabeza estuviese lleno de sangre hasta el borde. Cuando ya no pudo trabajar más, se puso en pie y la sangre descendió tan rápidamente que los ojos rodaron en sus órbitas y tuvo que apoyar ambas manos en la pared para impedir caer al suelo. Y en aquellos instantes, sobre el último escalón de la calle aún se tambaleaba. Extendió ambas manos como si tratara de conservar el equilibrio.

—¿Qué estás haciendo..., ejercicios? —preguntó Angela.

Mario sintió que iba a caer a tierra. Hizo girar los brazos violentamente para evitarlo.

—Me duelen las rodillas —dijo.

—¡Oh! —exclamó Angela.

Mario bajó los escalones manteniendo las piernas casi rígidas. Se parecía mucho a Frankenstein.

Se acercaron hasta una cafetería próxima a la esquina de la calle y allí charlaron, tomando café. Mario se mostró vago en sus explicaciones sobre la clase de trabajo que estaba haciendo.

Angela le escuchó distraídamente. Todavía se sentía muy nerviosa a causa del funeral de DiBiasi. Mario sugirió que le agradaría mucho ver algunos de los museos de Nueva York.

—El de Arte Moderno solamente está a unos cuantos minutos de aquí —dijo Angela—. Tienes que aprender a ir solo hasta allí. Nos acercaremos ahora mismo en el Metro y te lo enseñaré.

Mario se puso en pie y salió ansiosamente de la cafetería. Angela tuvo que detenerse en el mostrador y pagar la cuenta. Cuando salieron por la boca del Metro de la 53rd Street, Mario se inclinó para soltarse los cordones de los zapatos. Luego extrajo de un bolsillo las gafas de su tío. Inmediatamente chocó violentamente con una mujer. Angela tuvo que tomarle por un brazo y guiarle para atravesar la calle, como si se tratara de un auténtico ciego.

El museo, para ser día de trabajo, estaba abarrotado de señoras mayores, en su mayor parte con más de sesenta años encima. Los pellejos de sus cuellos caían en diferentes pliegues sobre el visón o armiño de sus abrigos. También se veían unos cuantos estudiantes, y algunos hombres con el clásico uniforme de jubilados de Wall Street: abrigo Chesterfield negro, gafas montadas al aire, y el *Times* plegado por la página de las defunciones.

Dos mujeres se hallaban frente a una obra de Andrew Wyeth. Angela y Mario se situaron a su lado.

—Simplemente fascinante —dijo una de las mujeres.

—¡Dios..., qué talento! —exclamó la otra.

Sonó la voz de Sidney en los oídos de Mario: «Cerdos».

Mario dio un paso hacia delante y colocó su rostro a pocos centímetros de distancia de la obra.

—*Fromage* —murmuró—. *Fromage* —repitió al cabo de unos segundos.

Las dos mujeres dejaron de hablar.

Mario retrocedió. Alzó un brazo y casi gritó:

—¡*Fromage!*

Las mujeres observaron las gafas que cabalgaban en forma extraña sobre su nariz y se fijaron luego en los cordones sueltos de sus zapatos.

—Puede que, después de todo, no sea esta una de sus mejores obras —musitó una de las mujeres.

—Bien, a decir verdad..., no veo en ella nada de particular —dijo la otra.

Mario cogió el brazo de Angela y se alejaron. Sidney tenía razón; aquella gente no tenía idea de nada. Mario estaba seguro ya de que podría vender a alguien algunos de sus trabajos. Alzó la cabeza avanzó el mentón como Mussolini y gritó dirigiéndose a un grupo que contemplaba una obra de Picasso:

—¡*Fromage!*

En una de las salas había en la pared un lugar vacío del que recientemente se había quitado un cuadro. Aún había en el muro unas abrazaderas de madera que habían sujetado la pintura. Evidentemente, el cuadro retirado de aquel lugar había estado allí durante mucho tiempo, ya que sobre el muro había quedado una especie de recuadro lleno de polvo. Mario se detuvo. Aplicó un suave codazo a Angela.

Un hombre ataviado con negro abrigo Chesterfield, en compañía de su esposa, que vestía abrigo de visón, se acercaron lentamente.

Mario miró hacia el rectángulo polvoriento y comentó:

—Maravilloso.

El hombre y la mujer se detuvieron y comenzaron a inspeccionar el polvo.

—¡Fantástico! —casi rugió Mario.

La mujer suspiró hondo, y luego comentó:

—Me hubiese gustado que el marco fuera más bonito.

—A mí el marco me interesa muy poco —dijo el hombre.

—Hay algo, sin duda alguna, en esa obra —aventuró la mujer.

—¿No crees que quizá lo hayan colgado boca abajo? —preguntó el hombre.

Angela todavía reía a carcajadas cuando el Metro se detuvo en la parada de la Segunda Avenida, lugar donde debía apearse Mario. Angela señaló con una mano hacia la puerta. Angela comenzó a levantarse, pero luego volvió a dejarse caer sobre su asiento.

—Adiós..., ya nos veremos —dijo finalmente.

Mario salió rápidamente al andén y el tren arrancó de nuevo. Cuando dejó por fin la estación, la alegría del día se esfumó en Angela, y Brooklyn volvió a devorarla. Angela se ciñó más el abrigo.

Entre visita y visita de Angela, Mario vivía estrechamente. La situación era muy poco satisfactoria, pero él tenía ya la seguridad de que muy pronto llegaría el día en el que podría vender algo a una de aquellas ignorantes señoras del Plaza. Trabajaba por etapas de tres horas descansando dos, durante todo el día, y llevaba los resultados a Sidney para que le echara una mano o le diese su opinión. La mayor parte de las tardes, a última hora, se sentaba en la cafetería de la esquina y pedía lo más barato, un bocadillo de ensalada y huevo de 40 centavos. El lugar estaba frecuentado por gentes de paso que vivían en el East Village. Mario llegó a conocer allí a Simón Krass, un escritor especializado en artículos de erotismo. Simón Krass usualmente llegaba a la cafetería cargado con su gato «High Yellow», bajo un brazo. Tomaba asiento y hacía comentarios acerca de los últimos hábitos sexuales que imperaban en el mundo. «Los aireales son verdaderamente magníficos», dijo un día Simón Krass. Pensó que Mario, con sus extrañas gafas y sus cordones desatados, llegaría a interesarse.

Una mañana, el encargado de los apartamentos sorprendió a Mario anunciándole que estaba pendiente la renta de 36 dólares. Durante todo el día Mario estuvo de muy mal humor. Bajó unas cuantas veces hasta la puerta de la calle para esperar allí a Angela. Pero la muchacha no acudió. Mario se acostó muy preocupado por el pago de la renta. Por la mañana pagó al encargado los 36 dólares, se acercó hasta la cafetería, y tomó asiento en la cabina telefónica. Allí consultó los nombres que había anotado el padre Marsalano. El tercer hombre de la lista, Dominic Laviano parecía ser un pez gordo. La dirección era el Andrea Doria Club, 724 Knickerbocker Avenue, Brooklyn. Mario anotó el número aparte y llamó por teléfono. El anciano que respondió dijo que Dominic Laviano siempre estaba allí a las siete de la tarde. Mario consultó a

continuación las páginas amarillas de la guía y buscó establecimientos que vendiesen artículos religiosos. Casi todas las tiendas católicas se hallaban en Barclay Street. Luego solicitó de la camarera que le orientase mejor para llegar hasta allá.

Después de vivir un mes en el apartamento, Mario disponía aún de 159 dólares y sintió un poco de pánico cuando comenzó a pedir cosas en McGowan's, establecimiento de ornamentos y ropas religiosas del número 78, en Barclay Street. Mario pagó 85 dólares por un traje negro de sacerdote. Dijo al vendedor que el traje era para un hermano gemelo que era cura en Italia. El sastre ya arreglaría mejor aquellos puños que resultaban un poco largos, añadió Mario. También compró un alzacuello romano y una camisa negra para usarla con él. El vendedor insistía en enviarlo todo directamente a Italia.

—No nos agrada entregar estas cosas a no ser personalmente a un sacerdote — dijo— porque hay muchos impostores.

Mario envió al hombre a la trastienda, en busca de una capa negra, y acto seguido se esfumó por la puerta cargado con la caja. A las seis y media de la tarde, vestido de sacerdote, aun cuando los puños le estaban un poco grandes, Mario llegó a la Knickerbocker Avenue.

El Andrea Doria Club se hallaba cerca de los grandes almacenes de plantas de Dominic Laviano. Los almacenes mostraban numerosas canastas de fruta en la entrada. El club que había junto a los almacenes había sido almacén en otros tiempos. La mitad de sus ventanas, en su parte inferior, aparecían pintadas de verde y ribeteadas en negro y rojo. Cuando los alemanes habitaban en aquel barrio, el lugar había sido un establecimiento que expendía helados. Los italianos, que siguieron a los alemanes, suprimieron las heladerías y montaron magníficos clubs sociales que son tan importantes para una comunidad italiana como lo son los restaurantes y lecherías para una comunidad judía. El mostrador de mármol era perfecto para soportar una cafetera de 1500 dólares importada de Milán. Las sillas con respaldos de alambre y mesas redondas eran buenas para jugar a los naipes. Incluso los grandes depósitos mecánicos de la Coca-Cola tenían una utilidad. Se podían llenar con vino casero.

Había una docena de hombres jugando a las cartas en varias mesas cuando Mario entró en el club. Dominic Laviano se hallaba sentado ante el mostrador, junto a los depósitos del vino. Era un hombre calvo con pesados párpados. Mario le entregó la fotografía. Brillaron los ojos de Dominic Laviano. Mario le mostró luego el mensaje que el sacerdote había escrito en el dorso de la foto. Dominic Laviano entornó los ojos. Sufría en su interior un conflicto básico sobre materia religiosa.

Hacía algunos años, el cura de su iglesia en Brooklyn, la iglesia de Nuestra Señora del Monte Carmelo, había comenzado a sugerir que la imagen de la santa patrona no tenía corona. Las ancianas habían donado entonces todas sus sortijas para que se fundieran y se fabricara una corona. Sus diamantes también la adornarían. Cuando se terminó, la obra valía 250 000 dólares. La corona se expuso en una vitrina frente a la iglesia. Solamente el cura y el sacristán poseían las llaves de la vitrina. Un

dispositivo eléctrico haría sonar la alarma contra robos, con más fuerza que la sirena de alarma aérea, en el caso de que alguien tratara de romper la vitrina. Una noche, sin que se violentara la vitrina ni sonara la alarma, la corona desapareció. El sacerdote se arrodilló en la iglesia y dirigió una oración de vigilia en común para que la corona regresara a su sitio. Las ancianas de la vecindad se arrodillaron y rezaron con el cura. Los hombres, dirigidos por Dominic Laviano, actuaron de otra forma acudiendo a otra autoridad. Se acercaron hasta el despacho de Baccala. En aquella misma noche Baccala se presentó en la iglesia. Caminó hasta el centro de la nave principal y miró al sacerdote que estaba rezando. Luego miró también al sacristán que en aquel momento trataba de ocultarse tras una fila de velas encendidas.

—¡Eh! —gritó Baccala.

El sacristán salió de su escondite. Baccala murmuró algo en su oído. El sacristán se orinó automáticamente en los pantalones. Cuando las mujeres regresaron a la iglesia a la mañana siguiente para continuar sus rezos, la corona ya se hallaba otra vez en su vitrina. La corona se había metido en su lecho de raso sin que sonase la señal de alarma. Las mujeres comenzaron a darse golpes de pecho, y a gritar:

—¡*Mirac!*... ¡*Mirac!*

Dominic opinaba de diferente manera. Pero había habido otra ocasión en que la hermana de Dominic Laviano, de Poughkeepsie, señora Regina Barbella, había hecho un viaje a su tierra natal de Catania, y Dominic aún se hacía muchas preguntas sobre aquel acontecimiento.

Durante la visita de su hermana, el padre Marsalano le mostró las puertas de la iglesia que estaban casi podridas. La hermana de Dominic dijo que pagaría unas nuevas. Las puertas tardaron tanto tiempo en llegar y en ser montadas que ella perdió el billete de regreso en el *Andrea Doria* que navegaría desde Genova a Nueva York.

El *Andrea Doria* se hundió cerca de Nantucket. La señora Regina Barbella aún se da golpes de pecho y dice a todo el mundo: ¡*Mirac!*

Dominic Laviano no estaba demasiado seguro de que fuese un milagro. Bautizó a su club con el nombre del barco hundido. Al mirar aquella fotografía y leer la nota del dorso escrita por el padre Marsalano, Dominic discutía en su interior consigo mismo. Realmente, no tenía ninguna confianza en los sacerdotes. Pero también sufría, desde hacía unos meses, un agudo dolor que le atosigaba, en el lado izquierdo del pecho. ¿Quién sabía?

—Cuando yo era un muchacho en Catania, tenía allí mi propio caballo —dijo finalmente Dominic Laviano. Mario, en aquel momento, ya olía el dinero.

—Son muy bellas las puertas de la iglesia, las que regaló su hermana —comentó Mario.

—Le salvaron la vida —dijo Dominic.

Los dos tomaron asiento ante él mostrador y estuvieron charlando sobre la patria común durante una hora. Al otro lado de la calle, Big Jelly se agitaba incómodamente en el asiento de su aparcado coche. Él y Tony *el Indio* llevaban allí dos horas, bajo el

frío del exterior, esperando inútilmente que Baccala pudiera dejarse caer por el club para ver a su amigo Dominic. Cada diez días o así, Baccala aparecía por el club Andrea Doria a tomar café y recoger algunos mensajes.

—¿Qué estará haciendo ahí ese sacerdote durante tanto tiempo? —interrogó Tony *el Indio*.

—Estará robando al viejo Dominic, ¿qué otra cosa puede estar haciendo? —razonó Big Jelly—. Mírale bien. Hay en él más agudeza e hipocresía que en un ladrón legítimo.

A las nueve en punto terminó la conversación. Dominic lanzó una ojeada más a la fotografía. Tenía los ojos húmedos. Dominic dijo a don Mario, ya que así le llamaba desde hacía unos momentos, que a las cuatro de la tarde del día siguiente le entregaría su contribución personal. Mario le bendijo y partió de allí.

Atravesó la calle y casi había llegado a la altura del coche cuando recordó que la boca del Metro se hallaba en dirección opuesta, y entonces dio media vuelta.

Big Jelly miró a Mario más detenidamente y comentó:

—Un sacerdote joven. No creí que los curas jóvenes trataran con viejas bolas de grasa como ese Dominic.

—¿Por qué no? —interrogó Tony *el Indio*.

—Vámonos a casa —dijo Big Jelly.

Mario apenas pudo dormir. A la tarde siguiente ya se hallaba en el club a las 3,30. Dominic entró en el establecimiento cargado con una pila de sobres en los que se había estampado la dirección del padre Marsalano. Mostró el interior de los sobres a Mario. En cada uno de ellos, envuelto en papel, había un billete de diez dólares.

—Los enviaré por correo —dijo Dominic—. Si se pierde una carta así no se perderá todo.

Luego pidió a Mario la fotografía. Durante la noche Dominic había despertado con agudo dolor de pecho. Temía que se tratara de un aviso del Señor y no de la salsa *marinara*. En el dorso de la fotografía Dominic escribió el nombre de Baccala y la dirección de la compañía de camiones.

—Le dije que irías a verle —repuso Dominic.

Dominic en aquellos momentos se sentía mucho mejor del pecho. Estaba seguro de que acababa de salvar su alma.

—*Grazie* —murmuró Mario.

Extendió una mano y Dominic le entregó la fotografía. Mario continuó con la mano extendida esperando los sobres. Dominic resopló. Condujo a Mario al exterior del club, hasta un buzón de correos que había en la próxima esquina.

—Tú observa..., verás como todo esto va al correo —dijo Dominic.

Acto seguido introdujo los sobres en el buzón, uno por uno. Mario sonrió y luego le estrechó la mano a Dominic a la vez que le daba las gracias. Dominic regresó

inmediatamente a su almacén de frutas. Mario simuló dirigirse hacia la boca del Metro. Dominic penetró en su almacén y Mario se detuvo en el quicio de una puerta.

Hora y media más tarde se detuvo allí la camioneta de Correos, y el chófer comenzaba a llenar sus sacas cuando una mano pasó por delante de su nariz y comenzó a hurgar en el buzón.

—Perdone, por favor.

—¡Eh! —exclamó el empleado de Correos asiéndole la mano. Pero la soltó inmediatamente al comprobar que se trataba de un sacerdote.

—¡Oh, lo siento, padre...! ¿Puedo hacer algo por usted?

—Eché las cartas aquí y olvidé meter algo en ellas —dijo Mario—. Quiero recogerlas otra vez.

—Padre..., se supone que yo no puedo...

La mano de Mario continuó buscando entre el montón de correspondencia.

—¡Ah, aquí están! —exclamó, a la vez que cogía una pila de sobres de Dominic—. Vea usted..., dirigidas a mi párroco, don Giuseppe Marsalano..., se las eché pero había olvidado meter algo en los sobres.

—Está bien, padre —dijo el hombre—. Pero no diga que le he permitido hacer esto. Es una violación grave.

Mario contó los sobres en el Metro, de camino hacia casa. Había cincuenta sobres. Tomó cuarenta, extrajo los billetes de diez dólares y rasgó los sobres. En la parada de la Segunda Avenida dejó caer los diez restantes en el buzón de Correos. Luego caminó asiendo con su mano los 400 dólares que guardaba en un bolsillo. En la cafetería consultó la lista del padre Marsalano. Había en ella cierto número de mujeres. Sabía que las mujeres eran menos suspicaces que los hombres. Ni siquiera precisaría su traje de sacerdote para ellas. Confiarían en que él enviase los sobres personalmente. Mario pidió una cena compuesta de carne. El rótulo marcaba 1,65 dólares, la mayor cantidad de dinero que Mario había gastado en comida. Luego se dijo que pronto gastaría muchísimo más.

Kid Sally Palumbo se hallaba en la oficina. Un cigarrillo colgaba de su boca. El humo le hería los ojos. Angela abrió la puerta.

—¿Bien...? —preguntó la muchacha.

—Vete de aquí —respondió Kid Sally—. Estoy pensando.

—Piensa solo en una persona —dijo Angela, a la vez que alzaba un dedo—. Una sola es lo que se necesita. Liquida a Baccala y el resto será cosa de juego.

Angela cerró la puerta.

—Tiene razón —dijo Kid Sally—. Esto significa un solo atentado y todo quedará solucionado. No podemos andar por ahí detrás de todo el mundo..., debemos concentrarnos solo en el patrón.

—Lo que tú digas —respondió Big Jelly.

Este último recogió del suelo una bolsa con carne picada recién traída del carnicero. Abrió la puerta del sótano. El león, que se hallaba al pie de la escalera, lanzó un profundo rugido. Big Jelly le arrojó la bolsa de la carne. En el fondo de la escalera dos garras se apoderaron de ella. Big Jelly comenzó a cerrar la puerta. El fuerte olor a bravio del león ascendió por la escalera hasta llegar a su nariz. Big Jelly se tornó azul. Todo el mundo en la oficina se llevó una mano a la boca para toser después. Big Jelly logró cerrar la puerta antes de que el olor les hiciese perder el conocimiento.

—Alguien tendrá que encargarse de adiestrar a ese león —dijo Big Jelly.

—Jamás soñé que el león fuera al cuarto de baño —adujo Kid Sally.

—Podría matarte más rápidamente que cualquier cosa que se compre en la droguería —dijo Big Jelly.

—Escucha —añadió Kid Sally—, que alguien se preocupe de eso, del cuarto de baño. Yo tengo que reflexionar ahora sobre Baccala.

Y Kid Sally comenzó a aplicarse suaves golpes sobre la frente, quizá para obligar a pensar a su cerebro.

Al otro lado de Brooklyn, los manicurados dedos de Baccala tamborileaban sobre su mesa de despacho. Miraba hacia la superficie de la mesa como si allí viese ante él un perfecto despliegue de tácticas de guerra.

—Actuamos lentamente —murmuró—. Hasta ahora todo va bien. Esos tipos no hacen más que andar de un lado a otro. Piensan como vaqueros. Nosotros actuamos con lentitud pero cazamos uno por uno...

Baccala se inclinó hacia delante, y tras una breve pausa añadió:

—¡Y estrangularé a Kid Sally personalmente!

Se puso en pie para retirarse. Luego miró hacia el grupo de trajes negros que se hallaban en la oficina.

—Que alguien se dé un paseo por su calle. Con mucho cuidado. Solamente a echar una ojeada. Nunca se sabe lo que puede pasar. Todos esos tipos están locos. Puede que haya alguno de ellos por allí que os espere. Vamos..., ir a ver qué hay.

En Marshall Street, a la tarde siguiente, no había nadie por los alrededores. ¿Quién podía caer hecho un fiambre si no había nadie sobre quien disparar? El primo de Kid Sally, Carmine Palumbo y Beppo *el Enano* se hallaban de guardia en la oficina. Beppo ya había cumplido con sus obligaciones. Había robado dos matrículas de coche en Staten Island. Carmine Palumbo estaba esperando matar a alguien. Durante una hora permanecieron sentados. Entonces, Beppo *el Enano* arrugó la nariz como un conejo. La nariz de Carmine Palumbo parecía un saxofón. Carmine respiró hondo. Cuando finalmente el aire llegó hasta el tope de la nariz, se humedecieron los ojos de Carmine. El olor del león llegaba desde el sótano y en aquel momento invadía toda la oficina. Quinientos gatos en un día lluvioso no podrían hacer la competencia

al león que Kid Sally Palumbo guardaba en el sótano.

—No puedo soportar esto —dijo Carmine Palumbo.

Cogió una silla de playa y la llevó hasta la acera, delante de la oficina. Beppo *el Enano* también salió al exterior y tomó asiento sobre el último escalón de la salida.

—Mejor será tener los ojos bien abiertos —dijo Beppo—. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir?

—Yo los tengo bien abiertos —replicó Carmine Palumbo—. Y también deseo tener bien abiertas las narices. ¡Maldita sea!..., ese asqueroso león es muy capaz de largarle a uno al cementerio.

Puede que el hijo de perra aún no sepa morder bien, pero seguro como que hay infierno que sabe ir a su cuarto de baño particular.

Carmine Palumbo permaneció sentado con los ojos bien abiertos, vigilando todo lo que ocurría por los alrededores, durante un cuarto de hora. Como no era capaz de concentrar sus pensamientos en nada durante más de un cuarto de hora, Carmine Palumbo cerró los ojos.

Beppo *el Enano* se hallaba sentado sobre el último escalón de entrada contemplándose las uñas cuando de soslayo vio los dos coches que penetraban en la calle a toda velocidad, tras haber tomado la curva peligrosamente. Los parabrisas mostraban que ambos coches estaban llenos de cabezas. Beppo lanzó un grito y se arrojó de cabeza por encima de la balaustrada. Carmine Palumbo abrió los ojos, y ya estaba poniéndose en pie cuando los dos coches disminuyeron la velocidad. El primero de ellos llegó a la altura de la oficina cuando todavía Carmine Palumbo gozaba de la comodidad de su silla de playa. Carmine Palumbo vio durante una fracción de segundo los cañones de las metralletas que asomaban por las ventanillas laterales y posteriores. Estaba a punto ya de grabarse en su mente aquella escena, cuando las metralletas lanzaron violentamente a Carmine contra el respaldo de su silla de playa.

Palumbo, Carmine. *Fallecido inesperadamente. Muy amado hijo del difunto Joseph Palumbo y de Teresa Palumbo. Muy amado hermano de Alphonse, Anthony, Nicholas, Michael, Pasquale Palumbo y de la señora Loretta DeSalvio. Que San Miguel arcángel reconozca su gran fortaleza de espíritu. Reposo en Champion's Funeral Home, Inc. 56 Lockman Street, Brooklyn. El entierro tendrá lugar el martes a las 10 de la mañana. No se invita particularmente.*

En la segunda noche del funeral, cuando ya la esposa de Toregressa había cogido una laringitis de tanto aullar, Beppo *el Enano* quedó inmóvil durante un instante ante el féretro de Carmine Palumbo. Luego casi lloriqueó:

—Todo fue por culpa de ese asqueroso y bastardo león.

Por la tarde, después del funeral de Carmine Palumbo, Joe Mangoni conducía su coche por la Flatbush Avenue, tarareando y golpeando suavemente con una mano sobre el volante al compás de la música que emitía la radio del automóvil. Joe había sentido mucho la pérdida de su buen amigo Carmine, pero la música de su radio le estaba haciendo sentirse mucho mejor. Un terrible grito surgió del aparato de radio. Era James Brown que cantaba. Joe Mangoni comenzó a golpear con más fuerza sobre el volante. Consultó el reloj del salpicadero. Llegaba a tiempo. A las cuatro en punto de cada día Joe Mangoni llegaba al College Diner, local situado en el centro de la manzana del Colegio de San José, y allí tomaba café, media tostada y cobraba dinero.

Los clientes que debían pagos de usura entraban en el local, le entregaban el dinero y acto seguido se retiraban inmediatamente. A Joe Mangoni siempre le agradaba recoger dinero, aun cuando solo fuese dinero que luego tendría que entregar a otro. Pero en aquel día Joe Mangoni había llegado allí con una idea terrible. Normalmente recogía el dinero y se lo entregaba luego a uno de los mensajeros de Baccala. Pero en aquellos momentos, al estar junto a Kid Sally Palumbo y existiendo como existía aquel conflicto, Joe Mangoni no veía a ninguno de los mensajeros de Baccala. Aquello significaba, razonaba Joe Mangoni, que si no había mensajero a quien entregar el dinero, y si aún se recogía tal dinero, entonces tal dinero era de uno.

—Los tipos listos viven bien cuando hay río revuelto —dijo Joe Mangoni en voz alta dentro del coche. Luego se miró en el espejo y añadió—: Tienes muy buen aspecto, muchacho.

Joe aparcó su coche en una cercana bocacalle y caminó hasta el local situado en la avenida. Solamente había en el interior un par de personas.

—Hola, muchachos —saludó Joe a los empleados del mostrador cuando entró.

Los hombres le miraron sin decir nada y el *barman* estaba tan nervioso que casi se abrazó con la máquina al servirle café.

—¿Qué os pasa? ¿Os ponéis muy nerviosos al servir? —interrogó Joe.

Luego se echó a reír. Era una de sus preguntas favoritas. Dos sacerdotes entraron en el local después de atravesar la avenida, desde la manzana donde se hallaba el colegio.

Los sacerdotes se tocaban con sombrero negro y gafas oscuras. En la mano llevaban libros de oraciones. Penetraron en el local y se acercaron a sentarse ante el mostrador, junto a Joe Mangoni. Entonces los dos religiosos se detuvieron repentinamente y mostraron negras pistolas que salieron milagrosamente de los bolsillos de sus abrigo. Cada uno de ellos sostenía en una mano el libro de oraciones y en la otra una pistola. En verdad que el asunto fue como una blasfemia, pero altamente eficaz.

Mangoni, Joseph. *Muerto muy repentinamente. Muy amado hijo del difunto y bien amado Luigi y de la difunta y bienamada Rose Mangoni.*

Hermano de Dominic Mangoni. «Ojo por ojo, y diente por diente». Reposa en Champion's Funeral Home, 56 Lockman Street, Brooklyn. El entierro tendrá lugar el sábado a las 11 de la mañana y en privado.

—Tenemos que hacer algo —dijo Kid Sally cuando regresó del funeral—. Tenemos que cargarnos a alguno.

—Yo mencioné solamente a Baccala —dijo Angela.

—Hoy no tenemos tiempo para eso —replicó Kid Sally— y tenemos que eliminar a alguno hoy mismo.

—La chica tiene razón..., piensa en Baccala —añadió Gran Mama.

—No. Ha de ser otro cualquiera, hoy mismo. Ya han cazado a tres o cuatro de nosotros y aún seguimos con las manos vacías.

Al reflexionar sobre el tanteo de 3-0, Kid Sally estaba completamente decidido a igualar el resultado.

—¿Sabes quién es un buen amigo mío? —preguntó Big Jelly.

—¿Quién?

—Albie.

—¿En qué medida es buen amigo tuyo? —interrogó Kid Sally.

—La suficiente para venir a reunirse conmigo si yo le llamo.

Los dos se metieron en un coche en compañía de Tony *el Indio* y de Ezmo *el Chófer* y se fueron directamente al salón de Patrissy. El lugar estaba desierto exceptuando la presencia del portero. Eran las dos de la tarde y Patrissy no abre nunca hasta las nueve de la noche. Le dijeron al portero que se perdiera. Cuando el hombre se esfumó como por encanto, Big Jelly introdujo una mano entre sus ropas y extrajo una soga de nylon. Sally comenzó a probar la soga entre sus manos para comprobar que no se rompería cuando estrangularan a Albie.

Albie se encontraba en casa. Es hombre que jamás deja la cama antes del noticiario de las seis de la tarde. Albie es «inspector de aire». Se pasa toda la noche en la esquina de una calle próxima al puesto de periódicos de Coney Island Avenue y allí inhala y exhala aire. De vez en cuando Baccala le envía a buscar porque tiene algo para lo que es bueno Albie. Lo que mejor hace es manejar un bate de béisbol en un bar abarrotado de público. Albie padece una debilidad personal que es la razón de su amistad con Big Jelly. Es un hombre totalmente desamparado en el terreno de las muchachas.

—Me agradas —dijo a Big Jelly una noche—. Eres un verdadero degenerado. Igual que yo.

Toda la noche, mientras se encuentra en la esquina de la calle y respira el aire de allí, Albie lee las revistas del puesto que allí se alza. Albie lee *Sexología* y *Perversión* así como también devora *El Orgasmo Americano*. Su revista favorita es *Manual de Orgía*, pero tal publicación aparece al público solamente cuando su editor no tiene problemas con el Tribunal Supremo.

Así, Big Jelly sabía exactamente cómo estimular a Albie cuando en aquel momento le llamó a su casa, por teléfono.

—Estoy en Patrissy, ¿dónde estás tú? —preguntó Big Jelly.

—En casa —replicó Albie.

—¡Oh, estás en casa! —exclamó Big Jelly.

—¿Estás metido en alguna dificultad? —preguntó Albie.

—Sí, creo que sí.

—¿De que clase?

—Ya lo sabes —dijo Big Jelly.

Mientras Big Jelly hablaba, Kid Sally se hallaba en pie ante el teléfono, simulando «colgarse» con la soga. Big Jelly rio entre dientes al hablar.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Albie.

—Tengo una chica aquí en la cabina y me está haciendo cosas —dijo Big Jelly, riendo un poco más fuerte a continuación.

—¿Está en la cabina telefónica contigo? —interrogó Albie.

—Así es..., la oficina está cerrada y yo estoy aquí con ella. ¿Qué me importa lo que pueda ocurrir? Eso es cosa de Sally. Mi negocio es ser un degenerado con las chicas. Ya sabes a qué me refiero. ¡Vaya... muchacha... estate quieta... vas a terminar por volverme loco aquí dentro!

Y Big Jelly rio un poco entre dientes.

—No te muevas de ahí —dijo Albie—. Llegaré en seguida.

Mientras esperaban, Ezmo *el Chófer* enchufó la gramola automática con el volumen muy alto con el objeto de que cuando sonara ahogase todo ruido de lo que fuesen a hacer con Albie. Ezmo se sentía muy orgulloso de esta idea.

—A veces se me ocurren cosas inteligentes —dijo.

Albie llegó media hora después. Entró en el local, mostrando sudor sexual en su frente. Se dedicó con tanta ansia a buscar una muchacha en la desierta barra que nunca llegó a saber lo que le ocurrió en aquellos momentos. Kid Sally Palumbo saltó sobre su cabeza y Tony *el Indio* metió dos dedos en los ojos de Albie. Por otra parte, Ezmo y Big Jelly cayeron sobre él. Apareció la soga de nylon y la enrollaron al cuello de Albie. Iban a agarrotarle, la mejor forma del mundo para asesinar a alguien, particularmente si los ejecutores están locos. Ezmo *el Chófer* corrió hacia la gramola automática, con dos monedas de veinticinco centavos, para poner alguna música fuerte que ahogara los gritos de Albie. Los ojos de Ezmo recorrieron las selecciones y se fijó en los Beatles. *Rock-and-roll, The Beatles, Good and Loud kid stuff*. Ezmo introdujo el dinero en la ranura de la máquina y oprimió sobre la tecla de los Beatles, número B-6. Accionó la máquina para seis interpretaciones. Luego regresó corriendo a ayudar a sus compañeros en el garrote de Albie.

Albie se hallaba en el centro de la sala, con la soga alrededor del cuello y cuerpo y abría la boca para lanzar su primer grito cuando comenzó a sonar la música en la gramola automática. El disco era *Penny Lane* de los Beatles. Una melodía suave y de

tono bajo, el nuevo tipo de música que hacían los Beatles, música que para escucharla era preciso aumentar el volumen de los aparatos y aun así resultaba difícil entender la letra. El primer alarido de Albie ahogó la música de la gramola.

—¡Cambia esa música! —bramó Kid Sally Palumbo. Albie dejó escapar otro fuerte graznido.

Ezmo *el Chófer* se hallaba ya junto a la gramola automática aplicándole fuertes puntapiés para que se detuviese el disco y sonara otro más fuerte, pero los Beatles continuaban interpretando *Penny Lane*. Albie se hallaba en el suelo gritando con la sogá alrededor de su cuello, gritando por encima de la música, cuando unas ancianas comenzaron a mirar por los ventanales que daban a la calle.

Kid Sally Palumbo, pensando bajo una intensa presión, tuvo una idea tan terrorífica que no sabía por qué antes no lo habría probado alguien. Hizo que Big Jelly tomara un extremo de la sogá en sus manos y mirase hacia la puerta trasera del salón. Él y Tony *el Indio* tomaron el otro extremo de la sogá y se orientaron hacia la puerta principal. Esto dejaba a Albie en el centro con la sogá enrollada al cuello.

—Cuando yo diga ¡ya!..., corre tan rápido como puedas hasta la puerta tirando de la sogá —dijo Kid Sally.

—¡Ya!

Big Jelly asió bien la sogá y partió hacia la puerta del fondo. Kid Sally Palumbo y Tony *el Indio* corrieron en dirección opuesta. Cada parte que tiraba de la cuerda se daba la espalda. No vieron lo que sucedía en el centro donde Albie, desesperadamente, se puso en pie y pasó una pierna por encima de la parte de sogá que correspondía a Kid Sally y a Tony *el Indio*. Big Jelly se lanzaba hacia la puerta posterior. Kid Sally y Tony lo hacían hacia el lado opuesto. La pierna de Albie se enganchó en la sogá y esta se deslizó de las manos de Kid Sally y de Tony *el Indio*. Cuando la sogá se aflojó bruscamente en el extremo que sostenía Big Jelly, el hombre gordo golpeó directamente la puerta con su cabeza. Albie cayó al suelo como un saco vacío. Big Jelly se tambaleó en la calle totalmente aturdido. Kid Sally y Tony continuaron su vuelo yendo a chocar con el coche que ya ponía en marcha Ezmo *el Chófer*. Al cabo de unos segundos, Big Jelly subió al coche que ya avanzaba y desde el cual los demás apenas tuvieron tiempo de recogerle.

—¡Muchacho!..., eso fue terrible —dijo Big Jelly a Kid Sally en el coche—. Ha debido quedarse sin cabeza.

—Muy bueno..., muy bueno —dijo Tony *el Indio*—, tendremos que repetir eso otra vez.

Kid Sally Palumbo tenía los ojos medio cerrados cuando al expulsar una bocanada de humo de su cigarrillo declaró:

—Sé lo que estoy haciendo.

Cuando la policía llegó a Patrissy y trasladaron a Albie al hospital, no hubo forma de explicar lo que había ocurrido. Por supuesto, Albie no se lo pudo comunicar. La sogá de nylon había producido tanto daño en su cuello, que cuando la gente del

hospital le hizo revivir a base de cápsulas de amoníaco, Albie no pudo pronunciar una sola palabra. Tenía la garganta cerrada. Pasarían días antes de que de su garganta saliese algún sonido. Cuando un detective le entregó un bloc de papel y pluma, Albie escribió:

—Tengo una maldita tortícolis.

XIV

Tras una semana trabajando en la copia de la muchacha desnuda, Mario abandonó su postura de rodillas y llevó la obra a Sidney.

Inmediatamente se hizo evidente para Sidney que el rostro rasgado que aparecía en el cuadro que Mario copiaba le había impulsado a alejarse de aquella parte del cuerpo para invertir más tiempo y energía en otras.

—Aquí y allá parece que un cavernícola estuvo trabajando sobre el papel —dijo Sidney—. Pero, en general, te diré algo, muchacho, que aún tienes por delante un largo camino que recorrer, aun cuando es verdad que sabes cómo expresarte. ¡Oh, no creo que puedas todavía con esto! Aún tienes que comer mucho pan. Un detalle..., te concentras excesivamente aquí...

—¿Dónde?

—En la punta de la cosa.

—¿Qué cosa?

—¡En la punta del pezón, muchacho!

—¡Oh! —exclamó Mario.

—Esto denuncia inmediatamente que eres un principiante. Nunca es bueno detallar excesivamente. Lo que proporciona fuerza a una cosa es lo que sugieres y no pintas. ¿Acaso dibujas cada pestaña que hay en un ojo?

Cuando regresó Mario, Angela ya se encontraba frente a la casa. Mario corrió escaleras arriba para ocultar su trabajo. Cuando Angela solicitó verlo, Mario cambió de tema rápidamente.

Luego caminaron hasta la esquina. Bajo las primeras luces artificiales, las de la cafetería resultaban muy agradables y atractivas para Mario. No había comido nada desde por la mañana.

—Vamos a algún sitio que sea más agradable —propuso Angela—. ¿Has comido cosas chinas alguna vez? Mario negó con un movimiento de cabeza. —Hay un lugar muy cerca de aquí.

Tomaron asiento en un reservado abierto y la muchacha pidió la cena. Mario no preguntó ni una sola vez qué era lo que estaba comiendo. Agachó la cabeza y se tragó huevos, camarones y salsa de langosta, y más tarde cerdo dulce y amargo, sin saber lo que era. Angela se sentía muy cómoda en aquel lugar. Estaba desierto, y el agradable calor, la semioscuridad, los abiertos reservados y los blancos manteles de las mesas mantenían apartado de su mente el frío viento de Brooklyn. Alzó la taza de té para llevársela a los labios y contempló a Mario. Le gustaban sus abundantes cabellos. Y también sus ojos. Por otra parte, aquel muchacho siempre la miraba directamente, como si ella fuese algo importante. Cuando Angela se acercó hasta los servicios de señoras, se peinó cuidadosamente. Se preguntó cómo serían las cosas si Mario alcanzaba alguna vez aunque fuese un poco de éxito como artista. Angela se miró en el espejo y se encogió de hombros. Cuando regresó a la mesa, se sintió ansiosa de

aceptar la cuenta de manos del camarero. Después de todo, Mario no tenía nada.

Fuera del restaurante, Mario esperó a medias que Angela le acompañara hasta el Metro, pero la muchacha comenzó a pasear a su lado. «Bien —se dijo ella a sí misma—. ¿Quién sabe?».

Los escalones que conducían al apartamento de Mario les dejaron a los dos casi sin respiración cuando por fin alcanzaron la puerta. Mario la abrió y entró con Angela en plena oscuridad. Mario cerró la puerta con una mano y con la otra atrajo hacia sí a la muchacha y la besó con todo el romanticismo de Italia. Angela giró el cuello. No podía respirar a causa de la dura ascensión de las escaleras, y en aquel instante Mario presionando sobre ella, estaba a punto de perder el conocimiento.

Angela le empujó apartándole vivamente.

—Un minuto... —dijo jadeando todavía—. Dame un segundo. ¿Dónde está la luz?

Mario la encendió. Una sola y desnuda bombilla lucía en el techo. Angela abrió la boca asombrada. En el suelo y en el centro de la estancia estaba la almohada. Estaba cubierta con una toalla que Mario se había llevado del hotel. Junto a las ventanas estaban los utensilios de pintar, y en el pavimento se observaban algunas manchas de pintura. No había ninguna otra cosa en la habitación.

—¿Ni siquiera has comprado una cama? —preguntó Angela.

Mario, con ojos brillantes, le oprimió un brazo. Angela dio un paso hacia la almohada y luego retrocedió. Mario puso ambas manos sobre ella y trató de arrastrarla como si se tratara de un asno.

—¿Estás loco? —preguntó la muchacha.

Mario intentó empujarla nuevamente pero ella no se movió. No hacía más que contemplar el suelo desnudo. Una palabra se agrandaba en su mente: «¡Astillas!».

Se apartó de Mario y salió al vestíbulo exterior.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó Gran Mama cuando vio a Angela en la cocina al día siguiente.

—Revolviendo esto...

Hurgó entre los papeles que se amontonaban sobre la nevera. Cuando tocó su talonario de cheques, esperó hasta que su abuela no la mirase y entonces salió de la cocina con el talonario en la mano. «¡Al diablo! —se dijo a sí misma—. No hay nadie que pueda vivir tal y como lo hace él».

Una hora más tarde, Angela llamaba a la puerta de Mario. Luego permaneció en el vestíbulo exterior hasta que Mario se puso la chaqueta. Se pasaron el resto de la mañana encargando enviaran una cocina barata al apartamento de Mario, comprando un caballete de segunda mano y ordenando que lo trasladasen también al apartamento, y finalmente, en trasladarse a otro barrio de la ciudad para comprar un diván de estudio en un almacén de muebles que se anunciaba en el *Village Voice*.

Mario se pasó el día viendo escaparates, en todos los establecimientos, sobre todo cuando se mencionaba el precio de las cosas. En el almacén de muebles, la etiqueta del precio que colgaba en un lado del diván marcaba 219 dólares. Inmediatamente, Mario preguntó si podía ir un momento al servicio de caballeros. Cuando regresó Angela dijo:

—No puedes llevarlo allá hasta dentro de tres días.

Mario metió una mano bajo el diván y lo alzó. Era bastante ligero. Angela le imitó. El diván se alzó con facilidad. Entre los dos salieron a la acera y caminaron por entre la gente hasta bajar los escalones del Metro, cargados con el diván. Mario se detuvo en el fondo de las escaleras. Cronometró su tiempo con los movimientos del empleado que cambiaba el dinero. Cuando el empleado inclinó la cabeza para entregar cambio a alguien, Mario se lanzó hacia delante, empujando con el pie la portezuela donde se leía: No pasar. Cuando el tren llegó, Mario penetró de espaldas en uno de los vagones haciendo oscilar el diván hasta que lo situó en el centro del pasillo. Tomó asiento sobre él y Angela se sentó a su lado. En la 42nd Street, la primera oleada de gente de hora punta entró en el vagón. Algunas personas cayeron unas sobre otras al tratar de sortear el diván.

—¿Estás muy cómodo, muchacho? —gruñó un individuo a Mario.

—Sí —respondió Mario.

Una anciana con su bolsa de compra se revolvió y comenzó a sentarse en el diván. Mario trató de impedirselo con un codo. La vieja alzó la bolsa de la compra hasta tocar las narices de Mario y se acuñó entre él y Angela. A continuación la anciana extendió ambos brazos, sobresaliendo sus codos como si fuesen portezuelas. Estaba totalmente dispuesta a sostener su posición.

De repente la anciana comenzó a moverse y se puso en pie con enorme rapidez. Angela se llevó una mano a la boca para contener la carcajada.

Mario, sin embargo, se sentía orgulloso.

Mario y Angela trasladaron el diván hasta la casa. El encargado de los apartamentos salió hasta el vestíbulo de entrada para ver qué ruido era aquel. Angela le miró. El hombre masculló un juramento. Pero a continuación se hizo cargo de la parte de carga de la muchacha. Angela dio un tirón a los cabellos de Mario que colgaban sobre su nuca. No estaba nada mal la intervención del encargado. Luego dijo:

—Ya te veré. Espero que por una vez duermas bien.

Joe Quarequio es primo de Tony *el Indio*, y es, además, un tipo que tiene gran confianza en sí mismo. Su segundo apellido significa «muerte feliz», y Joe Quarequio siempre se dice a sí mismo: «Nada malo podría sucederme puesto que tendré una muerte feliz». Y en consecuencia, Joe Quarequio no teme hacer muchas cosas. Para satisfacer la curiosidad de un funcionario de libertad bajo palabra, Joe trabaja en el

ramo de la construcción. Cuando no está trabajando, entonces acepta cualquier propuesta. Un día, Joe se hallaba trabajando en Long Island, donde se estaban excavando unos profundos cimientos para construir un edificio para oficinas. El ingeniero ordenó se usara la dinamita y los obreros colocaron en varios lugares del terreno grandes paquetes metidos en unos tubos metálicos. Otro ingeniero hizo sonar un silbato y todo el mundo corrió hacia la acera. Joe vio cómo el ingeniero tomaba lo que parecía ser un selector de canales de televisión, que extrajo de un bolsillo del pecho. El ingeniero oprimió un pequeño botón y la dinamita explotó. El ruido quedó ahogado por unas esterillas de acero que se habían tendido sobre las cargas. El polvo y las rocas también quedaron retenidas por las esterillas. Todo funcionó maravillosamente bien. Joe se acercó hasta el ingeniero y le preguntó si aquel aparato era un selector de canales. El ingeniero respondió que se trataba de un detonador electrónico. En lugar de la antigua instalación de cables que era preciso tender desde la dinamita hasta un detonador de palanca, el detonador electrónico consta simplemente de un botón que es preciso oprimir y una señal hace explotar la dinamita.

—Es cosa parecida al cambiar de programas en la televisión, ¿no es así? —preguntó Joe Quarequio.

—Con resultados ligeramente más pesados —replicó el ingeniero sonriendo.

—¡Vaya..., nunca había visto tal cosa!

Joe Quarequio sí vio el barracón donde el ingeniero guardaba la dinamita y demás aparatos. Y cuando Joe Quarequio regresó a casa desde su trabajo aquella misma noche, tomó asiento en el tren apoyando la espalda contra una ventanilla y silbando en tono bajo las melodías de moda. En el bolsillo de la camisa de Joe viajaba también aquel dispositivo electrónico. Sobre el regazo de Joe, dentro de una bolsa de papel, había también suficiente dinamita como para terminar con toda la gente de las horas punta. Joe Quarequio ya estaba deseando mostrar todo aquello a Kid Sally Palumbo.

—¡In-cre-í-ble! —musitó asombrado Kid Sally cuando vio la perfecta disposición de cables color rosa y azul, baterías, conductores y varillas de dinamita que había en la bolsa de papel. Luego jugueteó con el detonador electrónico.

—Cambiamos los programas para Baccala —dijo—; de la vida a la muerte.

Kid Sally rio entre dientes. Big Jelly aplicó una fuerte palmada sobre la superficie de la mesa. Joe Quarequio se sentía muy orgulloso. Había hecho una cosa buena. La bomba les proporcionaría una buena ocasión para cazar a Baccala. No habría necesidad de trabajar bajo el capot del coche, empalmando cables desde la dinamita hasta el sistema del encendido. Era una labor lenta y por lo tanto muy peligrosa. Para cualquier tipo que fuese sorprendido jugueteando en el coche de Baccala mejor le hubiese valido que hubiera cometido cualquier delito grave en un país oriental. La nueva bomba simplemente requería que alguien se deslizase por el suelo y por la parte posterior del coche de Baccala, cosa que no se notaría, y luego permanecer a una manzana de distancia con el detonador electrónico en la mano y esperar

sencillamente a que Baccala subiera a su coche. Una simple presión de un dedo terminaría toda la operación.

Big Jelly acarició los paquetes de dinamita.

—Muy bonito —murmuró.

Luego miró hacia el pequeño dial. Sus gruesos dedos lo tocaron y preguntó:

—¿Para qué es esto?

Big Jelly hizo girar el dial.

—Funciona como las agujas de un reloj —comentó.

—¡Eh!..., ¡no juegues con estas cosas! —exclamó Kid Sally.

—Sí, será mejor no hacerlo —replicó Big Jelly volviendo a situar la aguja donde creía se hallaba antes.

Big Jelly y Joe Quarequio abandonaron la oficina y subieron a un coche a cuyo volante ya se hallaba Ezmo *el Chófer*. Durante tres días con sus noches, trataron de encontrar el coche de Baccala. Una noche le vieron vagamente, y Ezmo ya estaba a punto de pisar el acelerador para seguirle de cerca, cuando vieron que un segundo vehículo avanzaba velozmente tras el de Baccala. Ezmo sabía que aquel segundo coche era una especie de acorazado lleno de cañones. Redujo la velocidad.

El cuarto día, cansado ya de buscar por todas partes, Kid Sally Palumbo dijo que tenía ganas de ir a comer algo a un lugar llamado el Lercarafriddi, en Sackman Street. Cuando Ezmo penetró en Sackman Street, pisó el freno y dio marcha atrás rápidamente. El «Cadillac» de Baccala, con Búfalo de Agua armado con metralleta, estaba deteniéndose frente al Lercarafriddi. Se apearon Baccala y Búfalo de Agua. Luego penetraron en el restaurante. Un «traje negro» surgió del asiento posterior del coche y quedó de guardia en la entrada del local.

Kid Sally atisbo desde la esquina. Cualquier ladrón experimentado, creía él, podría deslizarse hasta el coche, colocar debajo de él la bomba y luego esfumarse sin que nadie lo notara. Después de todo, lo único que quedaba por hacer era esperar a que Baccala regresara a su automóvil. Una ligera presión sobre el botón del detonador haría volar la dinamita colocada bajo el coche. La parte trasera de un automóvil fabricado en Detroit no es tan fuerte como las rejillas usadas en las obras de construcción. La parte posterior del coche de Baccala no solamente no lograría camuflar el ruido de la dinamita sino que tampoco impediría que Baccala ocupara la horizontal en un lujoso ataúd.

—Os diré una cosa —repuso Kid Sally—. Hasta ahora hubo tantas equivocaciones que esto lo haré yo personalmente.

—¡Eh! —exclamó Joe Quarequio—, ¿y qué pasa conmigo? ¿Quién trajo la bomba?

Kid Sally jugueteó con el detonador. Luego murmuró:

—Está bien, Joe, coloca tú la bomba debajo del coche.

Joe Quarequio sostuvo ante sí la bolsa de papel como si estuviese haciendo un regalo a la reina. Caminando agachado para ocultarse entre los coches aparcados, Joe

Quarequio fue avanzando por el lado opuesto al restaurante. Respiró hondo y comenzó a cruzar la calle dirigiéndose hacia el coche de Baccala.

Dentro del restaurante, Baccala consultaba el menú. Búfalo de Agua vigilaba la acera para asegurarse de que el «traje negro» patrullaba debidamente. El «traje negro» miró arriba y abajo. Luego asintió con un movimiento de cabeza dirigiéndose a Búfalo de Agua. Todo marchaba bien.

En aquellos momentos, Joe Quarequio se hallaba en mitad de la calle, agachado, con la cabeza tan baja que era completamente imposible verle cuando se acercó hasta el coche de Baccala.

Kid Sally estaba apoyado contra la pared del edificio de la esquina. Temblaba de emoción. Era increíble que estuviese tan cerca de liquidar a Baccala. Había imaginado que la muerte de Baccala llegaría tras enconada lucha que se recordaría en Brooklyn durante muchos años. Kid Sally la veía con pistolas, sogas y gritos. Y sin embargo, allí estaba en su mano, y era una cosa sencilla de insignificante plástico, y un solo botón que había que oprimir.

—Hay invenciones que son increíbles —comentó Kid Sally con Ezmo.

Kid Sally casi acarició el detonador. Todas las películas de James Bond y todas las de espionaje en la televisión, cosas que Kid Sally creía firmemente eran puro cuento, en aquellos momentos eran para él la misma Biblia.

A una milla de distancia, en la comisaría de policía de Bergen, el inspector de guardia deseaba hablar con el agente de patrulla George Cusack que estaba de servicio en tráfico. Para poder hablar con Cusack, el teniente de guardia disponía de un sistema electrónico, instalado aquel mismo día, y solamente tenía que oprimir un botón en un tablero monitor. Este activaría un receptor de bolsillo que el agente llevaba y así charlarían. El emisor receptor del agente Cusack tenía una longitud de onda de 151 190.

Cuando el inspector de guardia oprimió el botón, sucedieron dos cosas: en el aparato que llevaba en su bolsillo el agente Cusack sonó un silbido muy agudo y prolongado y en Sackman Street, Joe Quarequio desapareció en medio de una formidable explosión.

Quarequio, Joseph. *Muerto con excesiva rapidez. Hijo de Thomas y de Donnette Quarequio. Muy amado hermano de George, Frank, Peter, Louise y del honorable Todo (Tommy Scrach). Quarequio. «¡El fuego y las cenizas descenderán sobre nuestros enemigos!».* La familia recibirá en *Campion's Funeral Home, Inc, 56 Lockman Street, Brooklyn. No se celebrará entierro.*

Kid Sally Palumbo se frotaba la frente con el puño con tal fuerza, que estaba arrancándose la piel. Arriba, su abuela se hallaba sentada sin hacer nada, mientras hervía el agua en dos grandes ollas para los macarrones del día. Con estos habría un poco de aceite y ajo, y esto sería todo. La langosta a las dos salsas y el pollo a la

cazadora ya eran cosas del pasado. La organización no solamente estaba experimentando dificultades en mantener vivos a todos sus miembros sino que también las tenía para alimentarse.

Había dos razones para esto. Primero, las rutas de suministro. Una mañana, Ezmo *el Chófer* y Tony *el Indio* decidieron que a las diez de la mañana nada podría sucederles. Caminaron hasta Columbia Avenue para comprar alguna carne y unos cuantos botes de pintura. Pensaron que si pintaban un poco las paredes de la oficina, no se notaría tanto allí el olor que despedía el león desde el sótano. Había dos puertas de distancia hasta el establecimiento de pinturas y caminaron bien ceñidos a la pared para que el resto de la gente se hallara entre ellos y la calle. Esto les concedía una especie de protección natural. La dificultad estaba en que Búfalo de Agua empleaba el mismo sistema de protección cada mañana y conocía muy bien cuál era su punto más débil.

El punto débil es que la gente que se encuentra entre uno y el peligro muestra fuerte tendencia a huir dejándole a uno solo ante el peligro. Y esto no tiene nada de bueno.

Búfalo de Agua conducía su coche lentamente a lo largo de Columbia Avenue, solo para comprobar si tenía un poco de suerte. Búfalo de Agua vio a Ezmo y a Tony, y entonces lanzó su coche hasta la curva. Inmediatamente blandió una pistola. Toda la gente que había en la acera echó a correr. Esto hizo que quedasen solos Tony *el Indio*, Ezmo *el Chófer* y Búfalo de Agua. Cuando Búfalo de Agua regresó a su coche y se alejó de allí a toda velocidad, mascullaba juramentos para sí mismo. Había tocado a Tony *el Indio* solo dos o tres veces. Y todo cuanto había hecho a Ezmo *el Chófer* había sido meterle una bala en un tobillo. Pero después de este episodio todo el que vivía en Marshall Street temía salir de allí a no ser en coche acorazado.

La otra razón que abonaba la falta de comida era a su vez la escasez de dinero en la organización de Palumbo. Los pagos de subsistencia (ascendían a poco más de lo normal para poder vivir) que Baccala pagaba a la organización de Palumbo habían quedado suprimidos. Las pocas cuentas de juego y usura que Kid Sally se había guardado para sí se mostraban muy frías para Kid Sally desde el comienzo de la rebelión.

—¿Qué haces, amigo? —preguntó Sally a Norton *el Jugador* por teléfono.

—¡Vaya..., me alegra mucho saber de ti! —respondió Norton *el Jugador*.

—¿Quieres verme para algo? —interrogó nuevamente Kid Sally.

—Ya sabes que no me gustaría morir asesinado en estos momentos.

—No temas nada en ese sentido —dijo Kid Sally—. ¿Para qué se supone has de verme?

Norton debía a Kid Sally 500 dólares de intereses sobre un préstamo de usura.

—¡Oh...! ¿Eso...? Se lo he entregado a James —dijo Norton.

James era uno de los mejores «trajes negros» de Baccala.

—¿Que se lo has dado a quién?

—A James..., ya le conoces —respondió Norton *el Jugador*—. Y si no está allí, pregunta por Baccala. Estoy seguro que se alegrará de charlar contigo.

Norton *el Jugador* colgó el teléfono. Kid Sally comenzó a golpearse la cabeza contra la puerta de la cabina telefónica que estaba usando.

Regresó hasta la oficina y allí tomó asiento. El puño comenzó nuevamente a frotar su frente. Luego respiró hondo. El olor a bravío que despedía el león hacía que las lágrimas acudiesen a sus ojos.

—¡San Antonio! —exclamó, al mismo tiempo que volvía a respirar hondo—. ¡Este puerco animal..., habrá que hacer algo con él!

Se llevó una mano a boca y narices, y abrió la puerta del sótano. El león se deslizó junto a las piernas de Kid Sally y penetró en la oficina. Los demás hombres se arrojaron de cabeza hacia la puerta principal. Big Jelly se subió a la mesa de despacho. Después de seis semanas en el sótano de Kid Sally, el león había crecido un palmo más, y habría ganado seguramente unos cincuenta kilos de peso, gran parte de él en su cabeza, que en aquellos momentos presentaba un aspecto terrible.

—¡Este asqueroso es capaz de devorarme! —gritó Big Jelly desde lo alto de su refugio.

La súbita inspiración acudió al cerebro de Kid Sally. Cogió una soga y se acercó al animal.

—¡Ven aquí... tú...!

El león agachó la cabeza. Todavía era demasiado joven. Pero los que no lo conocían no sabrían tal detalle.

—Producirá ataques de corazón —dijo Kid Sally a la vez que acariciaba la melena del animal.

Hubo un silencio y Kid Sally arrugó la nariz añadiendo:

—Necesita un baño.

Un poco más tarde hubo una verdadera estampida de coches, que chocaron unos con otros, y de gente que corría para salvar su vida, alejándose a toda costa del Clean-Brite Car Wash, un garaje de lavado de coches situado en Carroll Street. Un inmenso y prolongado rugido salió del foso donde se lavaban los coches. El animal estaba atado a un fuerte pivote de acero. Surgió el agua azotando al león por todas partes. El animal se alzó sobre los cuartos traseros luchando contra la soga que le sujetaba y sacudiendo la cabeza para evitar el agua. Al cabo de cinco minutos Kid Sally empujó al animal hacia la parte trasera de la camioneta. Ezmo *el Chófer* estaba al volante. Big Jelly se sentaba en el medio con una metralleta en la mano y Kid Sally tomó asiento a su lado, incómodamente, casi aplastado contra la portezuela.

Con el león en su parte posterior, gruñendo y sacudiéndose como un enorme perro mojado, la camioneta se alejó del desierto garaje.

XV

Casi toda la gente del sur de Brooklyn juega a la lotería. Y muy cerca del cuartel general de Kid Sally había un considerable número de sitios usados como depósito para los que jugaban. La lotería que se jugaba en todos estos lugares pertenecía técnicamente al *gang* de Baccala. Pero la lealtad se esfuma a medida que aumenta el peligro de muerte. Kid Sally sabía que existía la oportunidad, contando con la fuerza suficiente, para hacerse con el dinero de aquella lotería. Cada semana, la cantidad general ascendía lo suficiente como para prestar ayuda a un *gang* en guerra. Una vez a la semana, la gente entregaba a un corredor de apuestas desde 1,50 dólares, para cubrir un cuarto de apuesta, hasta 12 y 18 dólares para cubrir dos y tres apuestas por día. Kid Sally sabía que su presencia o la amenaza de su presencia no lograría derribar aquellas líneas de una forma permanente. La gente imaginaba correctamente que Kid Sally estaba tan ocupado defendiéndose contra la gente de Baccala, que no podría concentrar su atención sobre ellos. Kid Sally sabía que necesitaba algo que produjera un temor duradero.

El mayor depósito de dinero se hallaba siempre en el restaurante de Hermán de la Cuarta Avenida. Se hallaba cerca de la esquina, junto a dos grandes garajes de taxis. El lugar siempre estaba lleno de conductores que depositaban en Hermán sus apuestas. Hermán, el propietario, siempre estaba preparado para entregar sus números cada semana al «recaudador» que más le atemorizaba.

«Grita, chilla, pero procura que no te apliquen una buena paliza», decía constantemente Hermán. Hermán se hallaba en un extremo del mostrador, fumando un cigarrillo, cuando Kid Sally entró en el local con el león. Hermán no se movió. El cigarrillo colgaba de sus labios y abría mucho los ojos. Entonces no pudo contenerse y se orinó en los pantalones. Ida, la camarera, se hallaba vuelta de espaldas al mostrador. Buscaba en la nevera carne para unos bocadillos. El león arrugó el morro. Luego, saltó sobre el mostrador. Todos los clientes que se hallaban ante la barra, quedaron congelados por el espanto, mientras que el animal extendía una de sus garras para frotarla contra un hombro de Ida, a la vez que olisqueaba lo que había en el interior de la nevera. Ida vio al león y en el acto perdió el conocimiento. Hermán se hallaba excesivamente atemorizado para hablar, mirar, o dar un solo paso. El animal extendió otra garra y se hizo con una pierna entera de cordero que había en la nevera. Hermán oyó cómo el animal trituraba el hueso y la carne entre sus fauces. Luego vomitó. Supuso que el animal estaba destrozando a Ida, la camarera.

—¿Somos amigos? —preguntó Kid Sally a Hermán.

Hermán, temblando de arriba abajo, aún tuvo fuerzas para asentir con un movimiento de cabeza.

Kid Sally se pasó los dos días siguientes recogiendo dinero de las apuestas de lotería. En la pastelería de Jack Goldfarb, la señora Goldfarb se hallaba inclinada detrás del mostrador buscando una caja de «El Producto». Cuando la señora Goldfarb

se incorporó, vio cómo un león se comía unas barras de pan de viena. Aquel día, la señora de Jack Goldfarb se fue a casa tarde, y no volvió a salir de su domicilio en seis semanas. En el bar de Ackerman, el león calculó perfectamente la distancia, y saltando sobre la barra, comenzó a comer cacahuets. Mickey, el *barman*, rompió rápidamente una botella de soda y se quedó con el cuello en la mano para defender su vida. Luego se le aflojaron las piernas y se desmayó.

Al final de la semana, Kid Sally había arreglado bastantes cosas. El botín adquirido era lo suficientemente abundante como para ayudar a su equipo, pero aún era pequeño para aguantarse con seguridad durante unas cuantas semanas. Para el momento en que Baccala estuviese dispuesto a reaccionar ante la pérdida sufrida, dedicando a la lucha un buen número de pistoleros, Kid Sally contaba con haber liquidado ya a Baccala y haberse hecho el amo de toda la «familia». Kid Sally pensaba conseguir su mayor botín el lunes, día en que se hacía más negocio con las apuestas de la lotería. El lunes la gente depositaba el dinero para las apuestas de la semana.

Temprano, en la mañana del lunes, Kid Sally ya se sentía mejor. Estuvo un rato frente al espejo arreglándose la corbata y haciendo muecas.

—Desde ahora mismo voy a solucionar todos los problemas.

—Eso espero —dijo Big Jelly—. Ya estoy cansado de asistir a funerales.

Kid Sally metió al león en la parte posterior de la camioneta y partió en ella con Ezmo, Big Jelly, y Beppo *el Enano*. Beppo sostenía en su mano un rifle con el cañón serrado, y había tomado asiento sobre las rodillas de Kid Sally. Se detuvieron primero en el restaurante de Hermán. Kid Sally sostuvo abierta la puerta trasera de la furgoneta para que el león pudiera asomar la cabeza. Era todo cuanto Hermán necesitaba ver. Este último se agachó, durante un segundo, detrás del mostrador y salió rápidamente con una gran bolsa llena de tickets y dinero. La bolsa de la compra es el portafolios de los corredores de apuestas de la lotería. Hay muchas mujeres que ofician de corredores, y así la bolsa es su mejor disfraz. Kid Sally tomó la bolsa, luego sorbió una taza de café y abandonó el restaurante de Hermán.

En el bar Zu Zu y en Grill, Kid Sally tomó el dinero y lo guardó en la misma bolsa, luego bebió una cerveza. En el local de Ackerman entraron todos y bebieron *whisky*. Big Jelly se acercó hasta la tienda de al lado, una carnicería, y compró una bolsa de carne picada. Cuando regresó al bar bebió otro trago y partió. En el local de Zanetti todos volvieron a beber *whisky* y cerveza. Cuando llegaron al salón Carneó, tres horas después y tras haber visitado cinco locales, todos ellos estaban experimentando los efectos de la bebida.

El Carneó no es lugar al que la gente acude por las tardes. Tiene una camarera

que se llama Del.

—Hola, Del —saludó Beppo *el Enano*.

—Procura no hablarme..., ¿no te das cuenta de que eres demasiado pequeño para mí? —replicó Del.

—Pero tengo una lengua que mide doce centímetros y medio —dijo Beppo *el Enano*.

Ezmo *el Chófer* se asió a la barra y comenzó a dar saltos de beodo. Kid Sally sentó sobre el mostrador a Beppo. La camarera Del se orinó en las bragas. Beppo la besó en una oreja que luego acarició con la lengua. Big Jelly extendió una mano para apoderarse de una botella de *whisky* escocés. Todos rieron y bebieron, y aún reían una hora más tarde cuando Ezmo les llevó hasta Marshall Street. En la trasera del camión el león gruñía poderosamente. Kid Sally recordó que no le habían dado de comer.

—Dejé la carne ahí abajo —dijo Big Jelly, riendo entre dientes.

Kid Sally, también riendo a carcajadas, se agachó, encontró la bolsa de la carne y se la arrojó al animal por encima del hombro. El león cayó sobre ella rápidamente.

En Marshall Street todo el mundo se apeó de la camioneta riendo y Kid Sally se agachó para coger la «bolsa de la compra». Tanteó en busca de las asas. No las encontró. En su lugar los dedos tocaron papel encerado de la carnicería. En la parte trasera de la camioneta el león tosía para aclarar la garganta. Sin duda se le había pegado algún billete de diez dólares.

Kid Sally no recordaba haberse apeado de la camioneta. Se mostraba incapaz de respirar, oír o ver. Subió las escaleras como Stalin, y se encerró en su habitación durante dos días.

Big Jelly se sentó abajo cerrando los ojos.

—Calamares... —murmuró con voz ronca de perfecto borracho—. Estarían buenos... unos... unos mejillones.

—Estás haciendo que sienta hambre —dijo Tony *el Indio*...

—¡Cállate!..., estoy imaginando que estoy comiendo —dijo Big Jelly.

En aquella misma noche, Georgie, primo de Tony *el Indio* se sintió incómodo, quedándose en el barrio. Se sentía incómodo permaneciendo allí más tiempo porque razonaba: «Mi dama no sabe que estamos metidos en dificultades, todo cuanto ella sabe es que las cosas van bien y que yo siempre estoy dispuesto a complacerla».

A las 10,30 Georgie abandonó Marshall Street, tomó un taxi y se fue a casa de su amigo, en Bensonhurst. Bensonhurst era un mal lugar para Georgie. Era terreno de Baccala, pero esto no importaba a Georgie.

«Sé bien lo que hago —se dijo a sí mismo—; tengo confianza en ella».

Un tipo desconocido entró en el ascensor con él. Georgie se puso frente al hombre, por si acaso. En una situación apurada, Georgie era hombre que no temía nada. La muchacha de Georgie vivía en el quinto piso. El desconocido oprimió el

botón de la segunda planta. Georgie lanzó un simulado suspiro de alivio. Aquel tipo era de confianza. Cuando la puerta del ascensor se abrió en el segundo piso, Georgie solamente vio, durante un par de segundos, a los cuatro «trajes negros», antes de que le cazaran adecuadamente.

En aquellos momentos había seis muertos y la situación comenzaba a tener trascendencia más allá de la Brigada Criminal del sur de Brooklyn. El problema había captado la atención de M. E. Landsman, un periodista del *Times*. El señor Landsman está a cargo de la sección «Delincuencia Organizada» del *Times*. El primer apellido del señor Landsman es Morris, pero el *Times*, de paternidad germanojudía al parecer, no gusta que en sus nóminas figure ningún Morris ni Abraham. Todos los Landsman y todos los Abraham emplean en el periódico solamente sus iniciales, o de lo contrario se van a casa a descansar con los brazos cruzados.

El señor Landsman hace tres años que escribe artículos sobre el crimen organizado. Landsman nació en White Plains y vive en Larchmont. Los únicos italianos auténticos que ha visto en su vida son los del servicio de limpieza.

Sin embargo, como periodista está considerado como un experto en lo que se conoce como Geografía Italiana. Esta es práctica normal en el FBI, en varias unidades de los servicios de inteligencia, y también práctica entre algunos escritores. La llamada Geografía Italiana consiste en conocer una formidable información sobre los gánsteres: los precios que pagan por sus ropas, los restaurantes donde comen, los nombres de todos sus parientes hasta los primos en quinto grado, las direcciones de sus casas, y sus visibles movimientos durante el día. Toda esta información se archiva y aumenta constantemente. Nunca se usa para nada, y probablemente cualquier gánster continúa viviendo su vida... hasta morir. Pero la Geografía Italiana mantiene a mucha gente ocupada, paga salarios, y, por lo tanto, es una ocupación loable. M. E. Landsman, hurgando un poco en el armario que hay tras su mesa de despacho podría decirle a uno la dirección exacta de Baccala (55 Royal Street), el número de invitados que asistieron a la boda de Anthony (Tony Boy). Boirado (732), el lugar de nacimiento de Lucky Luciano (Lercara Friddi, Sicilia) y el lugar favorito para comer del «patrón» de los muelles Mike Rizzuto (Della Palma: allí come siempre ternera guisada). Todos estos pequeños factores no llegan a sumar nada en la mente del «geógrafo». Y cada noche, sentado ante un martini en el Oyster Bar de la Grand Central Station, M. E. Landsman espera su tren para Larchmont, y se dice a sí mismo: «Me pregunto qué es lo que realmente “hace” esta gente».

Sin embargo, en la seguridad de su oficina, era hombre que no albergaba dudas. Se sumergía en su geografía particular y escribía, con suma autoridad, artículos sobre la Mafia. En aquellos momentos, teniendo delante de sí los escuetos informes de la policía sobre los seis recientes asesinatos, M. E. Landsman se puso a trabajar.

Buscó en sus archivos la «M» y extrajo el expediente de Joe Mangoni. Mostraba

que Joe Mangoni tenía un primo casado con una sobrina de Carlo Gambino. La boda se había celebrado en Santa Fortunata, Bensonhurst. M. E. Landsman estudió esta información. Luego tomó el teléfono y llamó al sargento Paul DiNardo, a la Jefatura Central de Policía.

El sargento DiNardo había estado en la calle como agente de patrulla durante un mes de su primer año en la policía de la ciudad de Nueva York. Un inspector averiguó que DiNardo sabía escribir bien a máquina, y durante los diecisiete años siguientes DiNardo redactó los informes en el Departamento de Policía. A causa de la ola de comentarios, que había surgido sobre el crimen organizado, el inspector jefe George Glennon estudió un día a todo el personal del cuartel general y anunció que DiNardo sería el experto sobre la Mafia en el departamento.

—¿Por qué le eliges? —preguntó el comisionado Michael McGrady a Glennon.

—Porque es un mentecato con buena memoria —respondió Glennon—. Siempre se acuerda de todos los nombres y apellidos, como si fuese una guía telefónica.

DiNardo tomó el teléfono.

—Unidad Especial Crimen Organizado, sargento DiNardo al habla...

Algunas veces anunciaba Brigada de Investigación. Pero no importaba. Estaba solo en su oficina y todo lo que dijera estaba bien mientras el hombre recordara y registrara, bien escritos a máquina, todos los nombres.

—Aquí Meyer Landsman, del *Times*. Esos asesinatos de Brooklyn..., ¿puede usted decirme algo sobre ellos?

—¿Por ejemplo...? —interrogó DiNardo.

—Pues..., por ejemplo, sobre el asesinato de Mangoni.

DiNardo oprimió un botón. Inmediatamente giró un archivador. DiNardo detuvo el giro del dispositivo en la letra «M» y luego dijo:

—Bien, Mangoni tiene un primo casado con la hija de Carlo Gambino.

—Eso ya lo sé yo también —replicó el señor Landsman.

—¿Qué más puedo decirle?

—¿Qué opina sobre el crimen, sargento?

—Ya sabe que yo no puedo hablar —dijo DiNardo—. Se está llevando a cabo una investigación.

DiNardo colgó el teléfono y examinó un periódico por si se anunciaba alguna película que él pudiese ir a ver por la tarde. Meyer Landsman destapó la máquina de escribir, la colocó más cómodamente sobre su mesa de despacho y se puso a trabajar. Volvió la cabeza hacia otro lado, como siempre lo hacía, al escribir: «Por M. E. Landsman».

Su artículo decía en parte:

«En el día de hoy, altos funcionarios de la policía están investigando una serie de asesinatos cometidos en Brooklyn, para determinar si están relacionados con la organización criminal conocida bajo el nombre de “Cosa

Nostra” o Mafia. Los funcionarios de la policía han señalado que las víctimas, seis en el término de dos meses, todas tenían antecedentes policiales».

El artículo se publicó en la página primera bajo el epígrafe:

«LA POLICÍA INVESTIGA LOS SEIS ASESINATOS COMETIDOS EN BROOKLYN».

A la mañana siguiente, la pálida luz del sol atravesó los desnudos árboles que crecían en el césped de la Gracie Mansión. El viento agitaba las peladas ramas de los árboles haciendo que sus sombras danzaran sobre el periódico que el alcalde estaba leyendo en su desayuno.

El alcalde cerró los ojos. Los tenía enrojecidos e irritados. Había estado en pie hasta las tres de la madrugada a causa de una sesión de dos horas, celebrada con 250 personas en un centro judío de Flatbush. El alcalde abrió los ojos y leyó los epígrafes de primera página del *Times*. Había tres artículos de fuera de Washington, uno procedente de Tel Aviv, y otros de Tokio, Bombay, y París. El único artículo de Nueva York estaba firmado por M. E. Landsman y trataba de los asesinatos de *gang*.

—¡Vaya!... —suspiró hondo el alcalde—. ¿Y a quién diablos le interesan los gánsteres? Quiero decir... aquí estoy yo toda la noche discutiendo el problema de la vivienda..., ¿y qué es lo que publican en primera página?, gánsteres..., ¡vaya!

Harold Downing, su ayudante jefe, se hallaba sentado frente a él.

—El articulista habla sobre seis asesinatos, y, además es un experto en gánsteres. Puede que quiera inflar esta cuestión.

—¡Maldita sea! —exclamó el alcalde—. En esta ciudad hay cosas mucho más importantes que los gánsteres. La principal de todas es mi reelección...

El alcalde tomó un teléfono y pidió:

—Póngame con el comisionado McGrady.

Esperó un momento, masculló una maldición, y luego habló:

—Michael..., ¿eres tú?..., exactamente, para esto te llamo. Sí..., sí..., sí..., bien, verás, me importaría tres cominos si se mataran entre sí hasta que no quedara ninguno. Pero hay un proyecto de ley sobre viviendas en el candelero de la votación y no puedo tener gánsteres en las primeras páginas de la Prensa. Ya lo sabes... ¡Oh, está bien!, gracias, Michael.

El comisionado McGrady colgó el teléfono. Se puso en pie y caminó alrededor de la inmensa mesa de despacho de Teddy Roosevelt, cuando este había sido comisionado de policía de Nueva York. Durante unos instantes clavó sus ojos sobre la espesa alfombra. Luego oprimió un botón. Acto seguido, su secretario privado, un detective, entró en la estancia.

—Diga a Gallagher que se reúna conmigo en Emil's —ordenó.

Emil's es un antiguo restaurante alemán de oscuras paredes, situado a escasa distancia del Ayuntamiento y del cuartel general de la policía neoyorquina. Hay una mesa situada al fondo de la sala que siempre está reservada para el comisionado.

El lugar estaba desierto. Solamente eran las 9,30. McGrady ya se había bebido su segundo *whisky* cuando Gallagher entró en el comedor.

—Ya sé de lo que se trata —dijo Gallagher inmediatamente—. Ese maldito artículo publicado en un periódico.

—Quería felicitarte por tus cobayas muertas —dijo McGrady.

—Gracias —respondió Gallagher—. Pero aún habría muchos más si yo tuviese las manos libres.

—Puedes hacer dos cosas por mí —dijo McGrady—. Primera, tomar un trago, y segunda puedes enviar a toda esa gentuza a donde quieras con todos sus problemas..., ten en cuenta que esta mañana no hice más que llegar al despacho y ya tenía en el teléfono al alcalde.

El camarero sirvió más *whisky* con agua.

—Verás —dijo Gallagher, al mismo tiempo que bebía al estilo irlandés, es decir, asomando la lengua dentro del vaso—. Se trata de ese tipejo de Kid Sally Palumbo... está dando qué hacer:

—¿Y qué es lo que dice Baccala sobre todo eso? —interrogó McGrady.

—Bien, ¿a quién crees que se debe todo ese jaleo?

—Bueno, pues métele mano —dijo McGrady.

—Lo que haré será meterle mano a ese Palumbo... sí, eso es lo que haré.

—No me importa lo que hagas, pero hazlo y pronto —dijo McGrady—. Haz el favor de apartar de mi espalda al alcalde.

A las tres de la mañana, todas las estancias de la brigada y todas las oficinas de la comisaría 79 estaban llenas de agentes interrogando a la gente de Kid Sally Palumbo. Gallagher, con los ojos inyectados en sangre, iba desde una oficina a otra conferenciando con los agentes en los diferentes vestíbulos. A Gallagher le agradaba cómo iban las cosas. Sus hombres habían detenido al grupo de Palumbo, después de la medianoche. Cuando los abogados pudiesen llegar desde Long Island, para clamar por los derechos y libertades civiles, ya tendría él a los Palumbo agotados y bien exprimidos. Gallagher ordenó a sus agentes que abusaran con ellos.

—Les cuesta una semana recuperarse cuando se les trata como a limpiabotas —dijo—. Sufre su «ego» de conejo de Indias.

Una semana sería tiempo suficiente para él. Entonces podría tratar con Baccala para ver si se podía poner fin a todo aquello. Pero habría que dejar tal detalle para más tarde. Lo que importaba en aquel momento era presionar sobre aquellos tipos a toda costa.

En cada oficina Gallagher oía decir las mismas cosas:

—¿Qué es lo que yo podría decir? —estaba diciendo Kid Sally Palumbo a dos agentes.

—¿Qué es lo que yo podría decir? —interrogaba a su vez Big Jelly.

—¿Qué podría decir yo? —preguntaba Gran Mama.

Cuando la mujer vio a Gallagher, alzó una mano para hacer un gesto con dos dedos, llamándole cornudo.

Gallagher sonrió.

—Lo que más me agrada son los conejos de Indias y los negros —dijo—. Sí..., cuantos más cobayas y negros vea muertos mucho mejor.

Luego asomó la cabeza a otra oficina pequeña. Esbozó una ligera sonrisa y entró.

—Buenas noches —dijo.

Angela se hallaba sentada en una silla con un cigarrillo entre los labios y sin ningún maquillaje en su rostro. La muchacha inhaló una bocanada de humo y dejó el cigarrillo sobre un cenicero con movimientos cuidadosos. Luego expulsó lentamente el humo por la nariz.

—Que le abrase un cáncer —dijo Angela calmadamente.

—Bien..., ¿qué hay, muchacha? —preguntó Gallagher.

—¿Qué es lo que yo podría decirle? —preguntó también Angela.

—La última vez que te vi no te comportabas de esta manera.

El joven detective que la había estado interrogando se hallaba sentado al otro lado de la mesa. Gallagher le hizo una señal con la cabeza para que el hombre se levantara y tomara asiento junto a la muchacha. El joven agente frunció el ceño. No sabía lo que Gallagher quería decir.

Gallagher sonrió una vez más.

—Sé amable con ella... es una colegiala muy simpática —dijo.

Angela permaneció inmóvil clavando sus ojos en el cenicero, sin decir una sola palabra. Estaba recordando que en cuanto se decía algo más que... «¿Y qué podría decirle yo?», entonces era preciso seguir la conversación.

Las cámaras se hallaban en el fondo de las escaleras, y las puertas que había tras ellas estaban abiertas a la lluvia de la mañana. Angela alzó la cabeza valientemente y comenzó a bajar la escalera. Miró por encima de todas las cabezas hacia la lluvia del exterior, pero sus ojos captaron las cámaras que la enfocaban. Un brazo metálico sostenía en alto un potente foco de televisión por encima de las cabezas de los cámaras. Angela se hallaba a medio camino de la escalera cuando el potente foco se encendió. Era una luz fortísima que ponía de relieve el polvo de la balaustrada, las colillas que había en los escalones, las envolturas de las pastillas de chicle, e incluso el olor a comisaría que expelen todos los puestos policíacos del mundo entero. Angela mantenía la cabeza alta dándose perfecta cuenta de los escalones que iba pisando, hasta que ya no hubo más y las cámaras la rodearon por todas partes

filmándola, hasta que al cabo de unos momentos no hubo nadie en derredor suyo y se encontró sola bajo la lluvia de la mañana en los escalones exteriores de la comisaría de policía. La lluvia era de invierno. El viento la convertía en sábanas de color agrisado. El frío contacto del agua llegó hasta sus cabellos y cuero cabelludo.

—¡Señorita Palumbo!... ¡Señorita Palumbo! —gritó una voz.

Angela continuó caminando con la cabeza alta y descendió los escalones hasta la acera. Escuchó pasos detrás de ella.

—Señorita Palumbo, ¿va usted ahora a sus clases del colegio?

Quienquiera que fuese se hallaba a su izquierda. El hombro izquierdo de Angela se alzó en instintivo movimiento de defensa.

—Señorita Palumbo, yo mismo he acudido a la Universidad de Nueva York y me preguntaba...

Angela continuó caminando, dominándose perfectamente, erecta bajo la lluvia que se deslizaba por su rostro y empapaba los hombros de su abrigo de paño. Sintió que aquella persona que se hallaba a su izquierda se alejaba. Descendió el hombro izquierdo de Angela.

—Artie... no; esta muchacha no quiere soltar prenda —exclamó la voz de varón ya muy lejos de ella y a su espalda.

Permitieron salir primero a Angela. Eran las 7,30 de la mañana. La muchacha caminó hasta la esquina de la calle y luego tomó una avenida por la que discurría mucha gente que se dirigía a su trabajo. La calle era un verdadero muro de camiones con remolque y autobuses con ventanillas empañadas. El rótulo que colgaba sobre el *drugstore* de la esquina crujió bajo la fuerza del viento. Cambió la luz de los semáforos y el tráfico de la calle comenzó a moverse. Los camiones *Diesel* y los autobuses se pusieron en marcha acelerando sus potentes motores, y al ruido que estos hacían se mezcló el chillido de extraño pájaro que producía el rótulo del *drugstore* al oscilar de nuevo bajo una racha de viento. Angela siguió caminando bajo la lluvia. Encorvaba un poco la espalda bajo la impresión de la mano que la tocaría, la mano de un polizonte, la mano de un *cameraman*, la mano de alguien..., y unas náuseas se iniciaron en la parte posterior de su cabeza para alcanzar el estómago. Angela tragó saliva y continuó caminando erecta, dominándose perfectamente. La gente comenzó a chocar ligeramente con ella al correr hacia la boca del Metro, huyendo de la lluvia. Angela se deslizó por entre la multitud que bajaba las escaleras del Metro. El tren estaba abarrotado y caliente, y era espeso y picante el olor a ropas mojadas. La gente, vestida con impermeables y gabardinas, miró a Angela. No llovía cuando los agentes les habían ido a buscar la noche anterior, de manera que ella no estaba vestida para hacer frente al agua. Su abrigo azul había oscurecido con la lluvia, las medias se adherían en forma muy molesta a sus piernas y goteaban sus cabellos. Angela miró por la ventanilla hacia la nada y permaneció inmóvil durante todo el viaje hasta Manhattan. No se dio cuenta de las estaciones que pasaban ni de la gente que salía y entraba en los vagones. No pensaba en nada. Estaba congelada. De una

manera totalmente automática, se apeó en la Segunda Avenida y comenzó a caminar de nuevo bajo la lluvia. En la esquina de la calle de Mario, una cañería estaba rota y se había formado un gran charco de agua en el centro de la calle. Pasó un taxi velozmente y lanzó agua embarrada hacia ambos lados. Alcanzó en el rostro a Angela, pero la muchacha continuó caminando impasible.

Mario estaba vestido con una camisa de punto, de manga corta y *shorts* cuando ella abrió la puerta. Dijo algo a Angela, pero la muchacha no le oyó. Solamente dijo:

—Estoy empapada...

Pasó de largo a su lado y añadió:

—Quiero secarme.

Angela recogió la toalla del hotel que colgaba sobre la manilla de la puerta. Avanzó hacia el cuarto de baño, pero se detuvo para recoger de una silla el impermeable de Mario. En el cuarto de baño se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero adosado a la puerta. También estaba mojado su vestido. Angela se lo quitó y lo colgó sobre la barra de la cortina de la ducha. Hizo lo mismo con el sostén que estaba muy húmedo. Se inclinó y comenzó a quitarse las medias, pero sus dedos temblaban. Con rápido movimiento se desembarazó de todo el conjunto sujetaligas y medias, y las dejó también sobre la barra metálica de la ducha. Luego se puso el impermeable y comenzó a frotarse los cabellos con la toalla. Sintió un escalofrío repentino, cayó de rodillas y vomitó en el water. Temblaba de arriba abajo. Cuando comenzó a chillar, Mario entró en el cuarto de baño.

La ayudó a ir hasta el diván-cama y la muchacha hundió el rostro en la almohada. Mario percibió cómo todo su cuerpo temblaba. Acarició su espalda afectuosamente, tratando de tranquilizarla en silencio. Angela yacía boca abajo. Durante una media hora permaneció en la misma posición sollozando. Luego dio media vuelta y miró a Mario. La boca de Angela temblaba. Mario se inclinó y la besó. Angela se quejaba suavemente, y entonces todo el dolor que la muchacha experimentaba en su interior lo expulsó repentinamente en una ola de necesidad. Ciñó su boca contra la del muchacho, y estiró las piernas para agitarlas espasmódicamente a la vez que hundía las uñas en la espalda de Mario mientras respiraba agitadamente aspirando aire por entre sus apretados dientes.

Angela escuchó durante unos momentos la lluvia que azotaba los cristales de la ventana. Extendió un brazo y comprobó que eran las 2,30 de la tarde. Mario se hallaba ante el caballete que había montado frente a las ventanas. La muchacha bajó la cabeza y subió la manta hasta sus hombros.

—No me digas que has salido a comprar una manta —dijo.

—La gente me ayuda —replicó Mario.

Sonrió. Deseaba que Sidney escuchara aquello. Se había hecho con aquella manta un día mientras esperaba, hasta que Sidney fue al cuarto de baño y luego Mario la quitó de la cama del inválido. Sidney había oído el movimiento y sabía que le estaban robando, pero nada podía hacer excepto chillar desde el cuarto de baño:

—¡Maldito ladrón!

Angela apoyó la cabeza más cómodamente sobre la almohada y se estiró. La comisaría se revolvió en su estómago. Cerró los ojos para evitarlo.

—¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó.

Mario gruñó algo ininteligible. Llevaba trabajando cinco horas, empleando el rostro de Angela para arreglar un tanto el rasgado rostro del cuadro que copiaba.

—Has trabajado ya demasiado —comentó Angela.

La muchacha movió la cabeza bajo la luz. Mario se puso en pie y se desperezó. «Ahora todo cuanto tengo que hacer es terminar esto y encontrar alguna vieja que me lo compre», se dijo a sí mismo. Tenía ya todo cuanto necesitaba. Luego se acercó lentamente hacia el diván.

Despertaron en plena oscuridad. Angela dio un respingo.

—¡Dios del cielo! —exclamó—. ¿Qué hora es?

Mario se levantó y encendió la luz. La muchacha parpadeó bajo la bombilla del techo que se hallaba directamente sobre su cabeza.

—¡Oh, las cinco en punto! —dijo.

Luego se echó hacia atrás añadiendo:

—Creí que era más tarde..., no sabía la hora que era. Tengo que llamar a casa. Se volverán locos si no lo hago.

Angela bostezó y tras un breve silencio dijo a continuación:

—La luz..., esa luz..., no tengas una bombilla en una habitación como esta. Procura comprar una lámpara. Te sorprendería ver lo que puede hacer una lámpara en tu favor..., tenemos que comprar una. Pero ahora mismo estoy muerta de hambre.

Angela tomó asiento rápidamente sobre el sofá-cama.

—¡Oh...!, no sé lo que tengo en el bolso —dijo.

Se envolvió en la manta y se levantó para acercarse hasta la mesa de la cocina y hurgar en el interior del bolso. La manta se deslizó de uno de sus hombros. Los ojos de Mario siguieron con avidez la curva que su cuerpo trazaba desde el hombro hasta llegar a la parte superior de una larga pierna.

—Espero que tengas tú algún dinero, porque yo tengo exactamente dos dólares con algún cambio.

—Nada, no tengo nada —respondió Mario.

Abandonó también el sofá-cama y se puso los pantalones. Se los puso muy cuidadosamente, para que no sonaran las monedas sueltas que tenía en el bolsillo.

Angela se pasó una mano por los cabellos.

—Bien, ¿de qué piensas vivir? Quiero decir que tienes que comer —razonó.

—No tengo dinero —respondió Mario al mismo tiempo que introducía una mano en el bolsillo que lo guardaba.

Angela penetró en el cuarto de baño y se vistió. Estaba peinándose cuando dijo:

—Vístete.

—Me quedaré aquí —dijo Mario.

—Haz el favor de vestirte —añadió Angela—. No puedo dejarte aquí de esta manera.

—¿Para ir adónde?

La muchacha salió del cuarto de baño y le besó.

—Ven a casa conmigo y comerás algo. Y si alguien te pregunta, di que te conocí al salir de clase.

XVI

En la ciudad de Nueva York, durante los noventa minutos que median entre las seis y las siete y media, cada noche, estalla el globo de la más formidable información dirigida al hombre en la historia del mundo. En los principales canales de televisión, un grupo de hombres que más bien parecen hallarse o bien estudiando o dedicándose a la enseñanza, se presentan en la pequeña pantalla con las noticias del día en palabras o en imágenes.

Las imágenes que van desde las cabezas que charlan en un vestíbulo del Ministerio de Sanidad hasta las de los aviones «F-4» lanzando botes de napalm sobre los árboles, penetran en cada casa, apartamento, taberna, cafetería y oficina de la ciudad.

Y casi cada tarde, estas noticias de televisión, mediante la simple exposición de un tema, pueden llegar a aumentar el nivel de molestias o preocupación sobre un asunto pequeño hasta concederle tonos de crisis graves.

Y esto fue exactamente lo que ocurrió cuando después de algunos comentarios políticos y de unos cuantos anuncios comerciales, el primer grupo de graves locutores apareció en la pantalla para proporcionar a toda la ciudad la principal noticia del día.

—Buenas noches. Esta mañana temprano, la policía realizó una redada de hampones en Brooklyn, los cuales, al parecer, estaban relacionados con una serie de asesinatos de la Cosa Nostra, asesinatos que han tenido lugar en recientes semanas. Sesenta y tres hombres y dos mujeres fueron trasladados a la comisaría 91 para ser sujetos a un interrogatorio de varias horas por parte de los agentes de la Brigada Criminal bajo las órdenes de...

El alcalde aplicó un puntapié a su cesto de los papeles vertiendo su contenido sobre la alfombra roja de su despacho en el Ayuntamiento.

—¡Otra vez! —exclamó indignado.

—... *Gang* que opera en Brooklyn y que al parecer está bajo el mando directo de Salvatore (Kid Sally). Palumbo.

Harold Downing se puso en pie. Luego sonrió antes de decir:

—Me gustaría ser alcalde para que todo el mundo hiciese exactamente lo que yo ordenase.

—Les he pedido que me libren de todo eso... ¿Y qué es lo que han hecho? ¿Qué es lo que he logrado? —interrogó el alcalde—. La policía dando publicidad a un par de piojosos granujas.

En el despacho de Baccala los hombres rodeaban a su patrón, quien, sentado en un sillón, contemplaba la pantalla de un televisor en color que había colocado cerca de la estatua de San Antonio. En el noticiario había unas imágenes en las que aparecía Angela bajando las escaleras con rostro muy serio bajo la luz de los potentes focos de

las cámaras.

—Esa es la hermana —comentó uno de los «trajes negros».

—¿De quién? —preguntó Baccala.

—De Kid Sally —dijo Búfalo de Agua.

—Bien..., tendré que pensar en eso —murmuró Baccala.

A continuación la película mostró a Kid Sally comenzando a bajar las escaleras. Ante la cámara, Kid Sally alzó un brazo en rápido movimiento, y ya estaba a punto de hacer con él un gesto obsceno cuando la película se cortó.

—¡Cerdo! —exclamó Baccala.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un escupitajo hacia la pantalla.

—¡Puerco! —exclamó a continuación con voz profunda.

Búfalo de Agua saltó hacia delante y escupió también sobre el televisor. Los «trajes negros» aclararon la garganta para escupir también.

En la sala delantera de la casa de Kid Sally Palumbo veinte hombres se apretujaban para contemplar el espectáculo en la misma forma que los equipos de rugby lo hacen cuando contemplan y estudian alguna película deportiva relacionada con algún partido de otro equipo contrario.

—Ahí estoy yo —dijo Kid Sally mirándose en la pequeña pantalla.

Todo el mundo lanzó un gruñido de desagrado cuando la película se cortó antes de que Kid Sally hiciese su gesto. Luego apareció Big Jelly.

—Fijaos en eso... —murmuró Big Jelly.

En la pantalla bajaba las escaleras casi a saltos, asomando la lengua por una comisura de la boca. Apoyaba una mano sobre la cadera. La otra mano cerró el puño. El puño estaba a punto de iniciar un movimiento de arriba hacia abajo cuando la película también se cortó en aquel momento.

Hubo gran ruido en la sala de la casa de Kid Sally Palumbo. Hubo un pequeño ruido en el despacho de Baccala cuando una vez más, llamó cerdo a Kid Sally, pero donde sonó el ruido más peligroso fue en el despacho del alcalde: el silencio.

El alcalde permaneció inmóvil durante unos momentos. Luego extendió una mano para tomar un antiguo teléfono de color negro que le conectaba directamente con el despacho del comisario de policía.

—¿Sabes? Estaba aquí pensando. Esta noche tenemos una reunión con las fuerzas urbanas y pensé que al final podríamos charlar un rato. ¿Cuándo?... veamos, déjame pensar... bien, pues alrededor de las once en la mansión.

En la Jefatura Superior de Policía, McGrady extendió una mano hacia el dispositivo de comunicación interior a la vez que colgaba tras charlar con el alcalde.

«Este bastardo protestante me tendrá toda la noche en pie por culpa de esos cobayas...», pensó para sí.

Luego dijo en voz alta:

—Sí..., póngame con el jefe Gallagher, de Brooklyn, zona sur, por favor.

Las operadoras del cuadro de las oficinas del fiscal del distrito de Brooklyn ya

habían dejado de trabajar. El agente del mostrador de recepción respondió por la línea de la noche.

—¿Señor Rogin?...

El agente consultó la lista que tenía delante y respondió luego:

—No, lo siento, ya se ha ido. ¿Quiere usted dejar algún mensaje? ¡Oh, perdóneme...! ¿La oficina del alcalde? Si espera usted un minuto, localizaré al señor Goodman.

Benjamín Goodman, ayudante del fiscal de distrito, se hallaba sentado e inclinado ante su mesa de despacho de color verdoso. Un espejo redondo y pequeño, como el que usan las señoras cuando viajan, se hallaba colocado sobre una pila de expedientes de juicios. Benjamín Goodman se miraba en el espejo mientras se peinaba sus rojos cabellos.

—Oficina del alcalde —anunció el agente.

Benjamín Goodman se puso en pie rápidamente. Salió apresuradamente del despacho. En el vestíbulo exterior aún se apresuró más. Luego tomó el teléfono.

—¿Rogin? —preguntó Goodman hablando ya con Harold Downing—. Bien, sí, está trabajando sobre este asunto de los gánsteres. Pero...

Goodman respiró hondo. No necesitaba hacer ninguna pausa. Sabía muy bien lo que iba a decir sin precisar de reflexión alguna. Luego añadió:

—Simplemente, es algo que se le asignó..., pero en vista de que la situación empeora, creo que sería mejor que atendiera yo personalmente este caso. ¿Cuándo?... ¿En Gracie Mansión, a las once de esta noche? Por supuesto...

En la sala «urbana» del *Times* sonó una voz por el altavoz:

—Señor Landsman, por favor, preséntese en el despacho metropolitano, señor Landsman...

M. E. Landsman caminó por entre las largas filas de mesas de trabajo hasta la parte delantera de la sala, donde tres hombres en mangas de camisa dijeron:

—Acaban de aparecer en televisión. ¡Dios, qué tipos más viles!

—¡Oh...!, ya estoy encargándome de ellos —dijo M. E. Landsman.

—Bien, nos gustaría que la cosa fuese fuerte —dijo el hombre—, ¿cuándo podemos ver esa cosa?

—¡Oh!... inmediatamente —replicó M. E. Landsman.

Regresó a su mesa de trabajo experimentando cierta depresión de ánimo. Había proyectado escribir aquel artículo para la mañana siguiente. Y en aquel momento iba a perder su tren de a diario para Larchmont. Tomó asiento ante su mesa, y estudió los artículos de la Associated Press sobre las detenciones. Luego comenzó a hacer un refrito de las mismas noticias. No valía la pena probar a hacer otra cosa diferente. No tenía en sus archivos nada sobre Kid Sally Palumbo... Y a hora más temprana del día había hablado con el sargento DiNardo, y este le había asegurado que Kid Sally

Palumbo era un «soldado» en la familia mafiosa de Youngstown, Ohio.

El artículo de Landsman apareció en el fondo de la página primera. A las 10,45 de la noche, el alcalde y su secretario trazaban un círculo rojo sobre el artículo, en cada ejemplar de Prensa que había sobre la larga mesa de conferencias en la planta baja de Gracie Mansión. A las once en punto, el alcalde tomaba asiento a la cabecera de la mesa. Saludó a todo el mundo con leve movimiento de cabeza y entonces cogió uno de los periódicos. El alcalde usaba una camisa de punto, de *sport*, color azul marino. Esto hizo que todo el mundo que se hallaba ante la mesa pensara inmediatamente en una sola palabra: protestante.

—Bien, caballeros, quiero darles las gracias por haber venido —dijo el alcalde—. El propósito de esta reunión es dar más amplitud a la coordinación de nuestros esfuerzos con respecto a este desagradable asunto de Brooklyn.

Benjamín Goodman tomó un lápiz y comenzó a garabatear sobre el bloc de papel que tenía delante. Pensó: «¿Por qué se preocupará tanto este tipo por unos cuantos homicidios entre conejos de Indias?». Con pereza, Goodman escribió sobre el bloc: «2%».

El alcalde, defendiendo una candidatura de unión, había derrotado al candidato demócrata a causa de una desviación del dos por ciento de los votantes demócratas. Goodman, al igual que cualquier otro demócrata de cincuenta y un años de edad, podía citar de memoria los nombres de los desertores del partido.

—Escuchen —dijo el alcalde—, no tengo necesidad de decirles que si hay una cosa ante la que reacciona la gente en estos días, es ante los asesinos. ¡Diablos, sí, amigos míos!, ante cualquier cosa que tenga que ver con la sangre. Me paso casi las noches en vela preocupado por los delitos callejeros y por los robos. No podría importarme menos de lo que me importa que los gánsteres se maten entre sí. Pero coloquen ustedes un cadáver sobre una acera y el público reaccionará en seguida. Ciertamente es algo difícil, caballeros.

El lápiz de Goodman golpeó suave y rítmicamente sobre el bloc. Goodman comenzó a dibujar columnas de «2%». Luego arrancó la hoja de papel y la guardó cuidadosamente en un bolsillo. A continuación anotó un epígrafe de Prensa:

Goodman de Brooklyn emprende una intensa campaña en contra de la Mafia.

Goodman miró a Gallagher. Los protuberantes ojos del inspector de policía le devolvieron la mirada. «Puede ser —pensó Benjamín Goodman—; este tipo que parece un leño podría servir de ayuda a un avisado judío demócrata para recuperar el dos por ciento de los votos. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe nada de nada?».

—Tengo entendido que el jefe Gallagher se encargará de esto en el departamento de policía, ¿no es así? —interrogó Goodman.

—Sí —respondió McGrady.

—Espero que con un poco menos de ruido que en el pasado —dijo el alcalde con tono seco.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Goodman—. Me parece muy bien.

Más tarde, la esposa del alcalde sirvió café en su alojamiento. Benjamín Goodman se hallaba en pie junto a las ventanas del *living-room*, mirando hacia el oscuro césped que se extendía hacia el East River. En aquellos momentos la esposa del alcalde le estaba llevando crema y azúcar y le oyó musitar para sí mismo, sin que Goodman supiese que lo estaba recitando audiblemente: «Aquí viviré yo maravillosamente bien».

Poco antes de dormirse, en aquella misma noche, la esposa del alcalde dijo a este último:

—Ese Goodman es un repugnante gusano, ¿lo sabes?

—¿Porqué?

—Porque es un repugnante gusano, eso es todo —respondió su esposa.

Mario y Angela acababan de llegar al apartamento de Palumbo cuando se inició el noticiario en la televisión. Los dos permanecieron inmóviles en la puerta entre la cocina y la sala de estar, y miraron hacia la pequeña pantalla, la muchacha en silencio, y Mario emitiendo pequeños ruidos con su garganta cuando se dio cuenta de que tenía tanto pánico que le costaba trabajo respirar cómodamente. Cuando el locutor cambió de tema, Kid Sally apagó el aparato. Todo el mundo miró a Mario.

—Este es Mario Trantino, uno de los muchachos que vino de Italia para tomar parte en la carrera de los Seis Días Ciclistas —explicó Angela.

—¿Cómo estás...? Me alegro de conocerte, muchacho —dijo Kid Sally.

—¿Cómo estás? —preguntó a su vez Gran Mama.

Todos se acercaron y estrecharon la mano de Mario. Gran Mama se lo llevó a la cocina.

—Quiero cambiarme de ropa —dijo Angela.

La muchacha atravesó el vestíbulo para dirigirse a su habitación.

Inmediatamente Big Jelly cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Tony *el Indio* tomó asiento y colocó ambas manos sobre su cabeza. Luego comenzó a rascarse el cuero cabelludo. Sabía que muchas personas hacían aquello cuando trataban de pensar, y él en aquel momento deseaba hacerlo así. Big Jelly abrió los ojos. Cuando vio que Tony *el Indio* también estaba intentando pensar, se acordó repentinamente.

—¡Ese tipo es un asqueroso cura que anda detrás de tu hermana! —gruñó.

Kid Sally Palumbo alzó la cabeza.

—¿Quién es un asqueroso cura? —interrogó.

—Yo y Tony le hemos visto... —dijo Big Jelly.

—Le visteis..., ¿dónde?

—Vestido con traje de cura —dijo Tony *el Indio*.

—Al lado de Dominic, cuando estábamos vigilando aquella noche —dijo Big Jelly.

—Casi pude tocarle... —añadió Tony *el Indio*.

—... Es el mismo tipo.

—... Un cura podrido.

—... No tengo por qué jurarlo, tengo ojos en la cara, y le vi con claridad...

—... Es el mismo elemento...

Mario, sentado ante la mesa de la cocina, escuchó unas cuantas palabras de las que se pronunciaban en la sala de estar. Por lo tanto, ya sabía demasiado como para apoyar la barbilla sobre el pecho cuando Kid Sally irrumpió como un huracán en la cocina. Con el mentón bajo, Kid Sally no podía poner sus manos sobre la garganta de Mario. Big Jelly agarró a Mario por una oreja con objeto de obligarle a alzar la cabeza y Kid Sally le estrangulara más cómodamente. Gran Mama sostenía en la mano un cuchillo de cortar el pan. Con la otra mano trató de que Mario estirase los dedos de la mano derecha sobre la mesa de cocina. Gran Mama intentaba cortar el pulgar y el índice de la mano del muchacho porque aquellos eran los dedos que se ungen cuando se ordena un sacerdote. Mario cerró el puño para no estirar los dedos. Gran Mama le clavó suavemente la punta del cuchillo en el puño. Mario gritó. Estiró los dedos a causa del agudo dolor. Gran Mama intentó de nuevo colocárselos sobre la mesa para poder empezar a cortar como si fuesen salchichas. Mario una vez más los recogió hacia la palma. Gran Mama le hirió nuevamente con la punta del afilado cuchillo.

—Al diablo... —gruñó Big Jelly.

Se inclinó y mordió una oreja de Mario. Mario lanzó un horripilante alarido.

Cuando Angela oyó gritar a Mario, salió corriendo desde su habitación. En la puerta de la cocina comenzó a chillar, pero en lugar de continuar se llevó ambas manos a la boca y permaneció inmóvil. Siglos de sangre siciliana obligaban a las mujeres a alejarse de una cosa como aquella, aun cuando su gran amor estuviese a punto de ser asesinado. Llorar por su alma sí..., pero jamás mezclarse en el necesario rito de su asesinato.

Beppo *el Enano* introdujo una mano en el bolsillo de Mario y extrajo la fotografía. Le dio la vuelta y vio el escrito del dorso. Sostuvo luego la foto ante las narices de Kid Sally. Luego la hizo girar para que Kid Sally también viera el dorso.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Beppo *el Enano*.

Las manos de Kid Sally abandonaron la barbilla de Mario. Apartó el cuchillo de Gran Mama y golpeó la cabeza de Big Jelly para que dejase de morder la oreja de Mario.

—Hablemos un poco —dijo a Mario.

—¡Jamás la he tocado! —gritó el muchacho señalando a Angela—. ¡Por la tumba de mi madre que jamás le puse la mano encima!

—¡Eso significa que sí la ha tocado! —gruñó Gran Mama blandiendo el cuchillo.

Kid Sally extendió un brazo para mantener alejada a la mujer. Luego tomó asiento ante la mesa, frente a Mario.

—¿Vas en el macho con traje de cura? —interrogó Kid Sally, alzando una mano para moverla como si fuese una barca sobre las olas.

Aquella era una señal internacional para el timo. Mario asintió con un movimiento de cabeza. Con unas cuantas palabras más y varias señales de la mano, Kid Sally inmediatamente se enteró del curso que seguía la vida del muchacho en América.

Luego alzó la foto en el aire.

—Este nombre que hay aquí, al final... ¿le camelas?

Mario no lo entendió.

—«Camelar» significa varias cosas, entre ellas conocer a alguien a fondo o atraerle de alguna manera. ¿Le conoces?

—Aún no le he visto —declaró Mario.

—¿Sabes quién es? —interrogó Kid Sally.

Mario negó con un movimiento de cabeza.

—Tipo peligroso —comentó en voz baja Kid Sally—. Si averigua lo tuyo te cortará el cuello.

Mario se llevó una mano al pecho y dijo:

—Entonces le borraré de la lista.

—Tiene dinero —razonó Kid Sally.

Mario apartó su mano del pecho y preguntó:

—¿Cuánto dinero?

—Toda una habitación llena de dinero hasta el techo.

—Entonces le borraré de la lista.

—Tienes que conocerle —dijo Kid Sally—. Nos haremos con él y con su dinero. Te dejaré contar su dinero mientras yo le arranco el corazón...

Kid Sally comenzó a reír entre dientes. Luego añadió con sonrisa cínica:

—A menos que temas raptar a un viejo.

Mario cerró los ojos para demostrar temor.

Gran Mama y los demás tomaron asiento ante sendos platos de espaguetis con aceite de oliva. Nadie gruñó más. Al menos, parecía presentarse alguna perspectiva. Angela comía en silencio. Luego dijo que necesitaba respirar aire fresco. Ella y Mario caminaron por la acera hasta Nunzio's. Un viejo coche con el parachoques abollado estaba aparcado a poca distancia de Nunzio's. El coche se hallaba aparcado en dirección contraria, orientando el morro hacia los muelles. Cuatro de los hombres de Kid Sally, con los cuellos de las chaquetas de cuero subidos hasta los pómulos, se hallaban en el coche. Su trabajo consistía en disparar contra cualquier cosa o contra cualquiera que apareciese por la parte de los muelles. Otro coche se hallaba montando parecida guardia al otro extremo de la manzana.

Nunzio se hallaba detrás del mostrador, limpiándose los dientes con un cuchillo de caza. En la gramola automática sonaba su canción favorita «Mala femmina». El título significaba «Mala mujer». Nunzio siempre ponía aquel disco para pensar en la muchacha que le había robado. Mientras el café goteaba de la máquina exprés, Nunzio tarareaba las palabras que más le gustaban de aquella letra.

—... Zorra puerca... —musitó Nunzio suavemente.

A medida que una parte de la canción aumentaba su volumen de sonido, la imagen de la muchacha que le había hecho una fea faena también se hizo mucho más clara en sus recuerdos. La mano de Nunzio cayó con fuerza sobre la superficie del mostrador y casi gritó:

—¡Zorra asquerosa!

Angela y Mario miraron por la ventana, hacia el exterior sin hablar. El muelle se hallaba al otro lado de la calle, cerca del almacén. El agua mostraba un color negro y parecía una masa inerte. Al final del muelle, en el canal, la fuerte marea de la noche creaba remolinos. La luz de una luna muy pálida se reflejaba sobre el agua negra, y los remolinos convertían la luz en una ondulada bandeja de diamantes.

—Mi paleta... —murmuró Angela—. Sabe Dios las cosas que tú sabes.

Mario quedó sorprendido por el tono de la muchacha.

—¿Trajiste contigo desde Italia esas ropas de sacerdote? —preguntó la muchacha.

Mario negó con un movimiento de cabeza.

—Bien...

—Vine aquí para una carrera y ya no hay carrera —dijo Mario—. ¿Qué hago entonces? Ya sabes lo que me gusta hacer. Pintar.

—Bien, esa es una cosa.

Angela extendió una mano para coger la taza y luego se detuvo. El coche debía hallarse a unas tres manzanas de distancia, pero se acercaba tan velozmente que su ruido era claro. Procedía de la izquierda, avanzando por la desierta calle frente a los muelles. Nunzio se metió detrás del horno de la *pizza*. El coche, expulsando humo por los tubos gemelos de escape, abandonó la calle de los muelles y cruzó Marshall Street sin detenerse. Los cuatro hombres de Kid Sally se apearon del coche aparcado para correr hacia el paquete de ropas arrojado desde el coche que acababa de pasar. El paquete estaba formado por la nueva chaqueta de *sport* de Ezmo *el Chófer* y sus pantalones. La corbata de Ezmo ataba el bulto. Uno de los cuatro hombres desató el paquete. La luz del rótulo de neón de Nunzio iluminó el blanco vientre de una anguila de mar.

—Colocaron a Ezmo en el fondo del agua —gritó uno de los hombres del coche.

Angela volvió la cabeza y comenzó a caminar rápidamente. Mario pronto la alcanzó y los dos siguieron andando en silencio. La muchacha se detuvo un momento frente a la casa y miró hacia arriba, enlazó un brazo de Mario y le obligó a seguir adelante. El detective Donald Jenkins, vestido con una bata blanca de mozo de entrega de leche, salió del quicio de una puerta, en Columbia Avenue, y les siguió

hasta el Metro. Al llegar el tren a Manhattan, Jenkins notó que Angela tenía cogida apretadamente una mano de Mario. El inspector esperaba que fueran a algún hotel. Así la vigilancia se haría más fácil. Veinte minutos más tarde, cuando Angela y Mario entraron en el edificio de la 11th Street, Jenkins les observó desde la esquina. Luego murmuró:

—Ni siquiera sé el nombre del tipejo que va con ella.

En la cama, Angela ocultó el rostro en el pecho de Mario. La muchacha temblaba e intentaba apartar de su mente el recuerdo de aquel repugnante pez. Sus desnudas piernas tocaron las de Mario.

En el vacío de las horas de dos días desde que había dejado de ir a clase y comenzado a vivir con funerales y constantes maldiciones a su alrededor y repugnantes peces en la calle, Mario, simplemente con estar allí, se había convertido en la única cosa real que había en la vida de Angela.

Mario no se dio cuenta de aquella carne suave y cálida que le tocaba. Estaba pensando en cómo sería aquello de ahogarse: en el agua negra, con los ojos saltando de las órbitas, y el cuerpo tratando de moverse entre las cadenas que le rodeaban, y bajando más y más, dándose cuenta de que jamás volvería a subir, abriendo la boca para gritar y tragar agua en el acto. Grandes cantidades de agua.

Desde el fondo de la garganta de Mario surgió un ruido extraño.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Angela mirándole directamente a los ojos.

Mario los cerró. Lenta y graciosamente se deslizó hacia su mente otro pensamiento. Una habitación llena de dinero de arriba abajo. El temor se esfumó, abrió los ojos y sonrió a la muchacha.

Sus manos la ciñeron más contra sí, y poco a poco comenzó a colocarse más cómodamente, de costado, junto a ella.

La besó cariñosamente tratando de tranquilizarla, quizás intentando decirle que allí estaba él y que no tenía por qué temer nunca nada malo.

—Tú solo recuerda decir que nos fuimos a un cine que estaba abierto toda la noche —murmuró Angela en su oído.

XVII

Angela durmió hasta muy tarde por la mañana. Mario se levantó temprano y se acercó hasta el cuadro que mantenía cuidadosamente cubierto, cuando Angela andaba por allí. Movié un poco las ropas de la cama para dejar al descubierto los pómulos de Angela y dar al cuadro los últimos toques.

A las 10,30, el ruido que hizo Mario al vestirse despertó a la muchacha. Mario señaló al trabajo que llevaba bajo el brazo.

—Regresaré dentro de una o dos horas —dijo.

Angela tomó asiento en la cama.

—¡Oh, déjame verlo! —rogó.

Mario se alejó un poco del lecho.

—Cuando esté acabado —dijo.

Evidentemente, no deseaba que ella viese que había copiado el trabajo de otro pintando solamente su rostro, o al menos aquellos graciosos pómulos. Mario se aseguró de que bajo el brazo también llevaba el original que tenía el rostro rasgado. Tampoco quería dejar aquello allí para que Angela lo viese.

—Saldré a tomar un poco de café —dijo la muchacha.

—Bien...

—Pero regresaré en seguida. No quiero estar fuera y tenerte luego aquí esperándome.

Mario bajó las escaleras pensando si deseaba toda aquella dependencia y condescendencia que Angela le estaba mostrando.

Una vez más Mario despertó a Sidney. El viejo se pasó ambas manos por el rostro para alejar al sueño. Miró el trabajo de Mario y exhaló a continuación un profundo suspiro.

—Creo que sí —dijo.

—¿Sí? —interrogó Mario.

Sus manos, sin darse cuenta, agitaban a Sidney por ambos hombros.

—He dicho que creo que sí —dijo Sidney—. No sé cómo diablos lo has conseguido. Ahí tienes un rostro y no un rostro dibujado con detalle.

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—Dejar de chillarme en los oídos —replicó Sidney—. Ver a Grant a partir de este momento. El próximo trabajo tienes que hacerlo más aprisa. Haz diez como este, y descárgalos sobre diez personas y así tendrás desde ahora un medio de vida. Y, por favor, vete ya al infierno y apártate de mi vida.

Mario temblaba de emoción cuando llegó al pequeño restaurante de la esquina y marcó el número de Dominic Laviano.

—Don Mario —dijo Laviano—. Me alegro mucho de que me llame. Hablé con mi amiga. ¿Tiene usted ahí a mano un papel para anotar algo?

Mario rasgó una hoja de la parte delantera de la guía y escribió en sus márgenes

lo que le decía Dominic.

—Mañana es miércoles. Ven el jueves. El jueves veremos a mi amiga. Ahora tengo que ir hasta el mercado del Bronx. De manera que yo te doy la dirección, preguntas, y te acercas al lugar por ti mismo. Yo estaré allí a las tres en punto. Mi amiga también estará allí a las tres. De manera que espero que tú también estés allí a las tres, don Mario.

Dominic le dio la dirección de un restaurante llamado Della Palma, situado en Queens Boulevard, en Queens.

Finalmente el hombre dijo:

—Que Dios te bendiga, don Mario. Hasta el jueves.

Y acto seguido colgó.

Mario sabía que estaba ya muy cerca del dinero.

Su arte daría resultado. Algún día quizá llegaría incluso a ser un buen pintor. Todo cuanto tenía ahora en su camino era un poco de riesgo.

Mario pensaba en Catanzia al regresar al apartamento. El olor a vaca y a orines de cabra que inundaba cada casa llegó a sus narices. Pensó en el blanco vientre del pez metido en aquellas ropas de la Marshall Street. Pensó una vez más en el olor a orines. Era algo que no se apartaba de su nariz. Temía más regresar a aquel olor a orines que volver a ver el blanco vientre de un pez.

A las siete de la tarde, Mario cogió una pera de una bandeja en la mesa de la cocina, en Marshall Street. Con gesto de indiferencia, sacó el trozo de guía telefónica donde había escrito la dirección. Luego leyó las señas del restaurante.

—¿Y a qué hora del jueves tendrás esa reunión, muchacho? —preguntó Gran Mama.

—A las tres —dijo Mario.

Angela se levantó de la mesa y abandonó la cocina. No quería escuchar nada. Mario se guardó en el bolsillo el trozo de papel. Luego cogió otra vez la pera y le aplicó un gran mordisco.

Todos los años pasados en las calles desfilaron por la mente de Kid Sally Palumbo. Se hallaba sentado en la oficina de la Vending Machine frotando el puño contra su frente, pensando calmosamente, paso por paso, en cómo debía realizar la operación de raptar y torturar hasta la muerte a Baccala. Todos los errores, disparos inútiles, y funerales, debían llegar a ser algo sin importancia ante una última y decisiva operación.

La gente que en aquellos momentos juraba por las tumbas de sus madres matar a Kid Sally en cuanto le pusieran la vista encima tendría que ponerse de rodillas y besar la mano de Kid Sally si este alguna vez cazaba a Baccala. La policía no llamaría en la puerta y llevaría a la gente a la comisaría para interrogarla. En lugar de hacer tal cosa, en realidad lo que ya habían hecho, los agentes procurarían ponerse en contacto con

Kid Sally por medio de su abogado.

No habría presiones por parte de nadie y llegaría el dinero desde todas partes.

—La camioneta —dijo Kid Sally.

—¿Qué hay con la camioneta? —interrogó Beppo *el Enano*.

—Cuélgale un rótulo que diga «pescado».

Una camioneta de reparto de pescado situada cerca de un restaurante parecería cosa normal.

—También necesitamos un coche cualquiera —dijo Kid Sally.

Beppo asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Lo conseguiré.

Gran Mama alzó una mano y dijo:

—Procura eliminar la matrícula.

Beppo *el Enano* asintió nuevamente. El arte de robar coches con propósitos de cometer un asesinato requiere, además del coche robado, disponer de una matrícula también robada a otro coche. Esta matrícula robada se coloca en el coche robado. La matrícula del coche robado, la legítima, se arroja al río. Esto se debe a que la policía, cuando busca coches robados, como es lógico comprueba primero los números de la matrícula. Por otra parte, aquellas personas a las que se les haya robado una matrícula de su coche jamás denuncian el caso a la policía porque generalmente lo achacan a la gamberrada de algún grupo de golfos o de algún chico que se aburría. Y así, tales personas luego hacen cola ante el Bureau de vehículos a motor, para adquirir matrículas nuevas. Por eso la policía nunca busca un coche que ruede con matrícula perteneciente a otro vehículo. Se tardan por lo menos seis meses para que el Bureau de vehículos a motor ponga de nuevo en circulación los números de matrículas robadas. Debido a esta circunstancia un buen asesino que use un coche robado que esté en razonables condiciones, en seis meses puede llenar de gente todo un cementerio.

—También será mejor que nos hagamos con un par de piezas de artillería —dijo Kid Sally.

Un joven llamado Junior y su amigo Jerry se pusieron en pie para desperezarse. El robo de armas era su especialidad. Todo asesinato necesita un arma a la que no se le puede seguir la pista. Si uno dispara sobre alguien con una pistola cuyo rastro puede ser seguido hasta la mano de uno, es casi seguro que los miembros del jurado voten «culpable». Por lo tanto, son más que necesarias las armas robadas.

La reunión terminó. Kid Sally, Big Jelly, Tony *el Indio* y Big Lollipop, salieron para tomar el coche.

—Necesito descansar un poco para poder pensar con claridad —dijo Kid Sally.

El coche partió. Beppo *el Enano* salió también para robar un coche y matrículas falsas. Y Junior y Jerry se acercaron hasta los muelles para robar armas y munición.

Este era uno de los trabajos más duros de todos. No se trataba de que tanto Junior como Jerry no fueran capaces de penetrar en los muelles. Esto era cosa sencilla para dos bien probados ladrones. El problema estaba en hallar las armas más adecuadas y munición que pudiese usar el *gang*. La zona más grande del muelle del sur de Brooklyn es la Brooklyn Army Terminal, un complejo de grises y tétricos tinglados de almacenamiento, propiedad del Gobierno, con muchos muelles que se adentran en la aceitosa agua. Grandes buques cargueros reciben su mercancía en estos muelles y más tarde salen de allí aprovechando la marea alta. Estos barcos transportan todas las exportaciones básicas americanas, lo que constituía evidentemente una gran dificultad para Junior y Jerry puesto que debían encontrar el muelle que correspondiese a las armas que ellos trataban de robar.

El primer muelle que examinaron se hallaba abarrotado de enormes embalajes que contenía proyectiles del 122 para su envío a Haifa, Israel. En el segundo muelle había piezas de artillería del 10,5 con destino a Beirut, Líbano. Junior y Jerry no imaginaban poder sorprender a Baccala con aquella clase de equipo. Se pasaron la noche trabajando entre embalajes de napalm destinados a la India y morteros para el Pakistán. Finalmente en una zona marcada para el empleo de una compañía exportadora de fruta, Jerry encontró embalajes de revólveres «Smith» y «Wesson» del calibre 32, con destino a Guatemala. Junior, por su parte, encontró algunos embalajes de munición. En el exterior de estos últimos cajones se decía que era munición para automáticas «Savage» del 32.

Junior miró bien el número. Sin duda alguna era el calibre 32.

—¿Encontraste algo del 32? —preguntó a Jerry.

—Sí.

—Yo también —replicó Junior.

Rompió uno de los embalajes y comenzó a meter cajas de munición en la bolsa de lona que llevaba.

Kid Sally y su grupo estaban arriesgándose al salir del barrio. Si Baccala se enteraba, enviaría a cuatrocientos de sus hombres tras ellos. Pero Kid Sally iba a un lugar donde nadie esperaría que fuese, a una discoteca oscura, ruidosa, llamada el Dream Lounge, en la Bedford Avenue. Para reducir el riesgo en mayor medida había en el coche tres metralletas. Kid Sally comenzó a mecerse hacia atrás y hacia delante en su asiento cuando el coche se detuvo frente al Dream Lounge.

—Esto es lo que necesitaba. Necesito un lugar para pensar —estaba diciendo.

Tony *el Indio* y Big Lollipop se apearon los primeros del coche con las metralletas ocultas bajo los abrigo para penetrar en el local. Tony *el Indio* asomó la cabeza por la puerta, examinó de una ojeada el local y luego alzó una mano. Kid Sally se apeó del coche y se alisó la parte posterior de la chaqueta con ambas manos. Estiró el cuello y se ajustó el nudo de la corbata. Luego colocó un cigarrillo en los labios y lo encendió lentamente. Desde hacía semanas no se sentía tan bien. Sabía que cualquiera que le viese desde el interior del local sabría que estaba contemplando

a un verdadero gánster. A un gánster de categoría. Se balancearon los hombros de Kid Sally cuando entró en el local.

Big Jelly no caminó directamente hacia el salón. Primero se acercó hasta un *drugstore* que había en la esquina. Un hombre de baja estatura y de cabellos negros, con gafas de gruesos cristales, se hallaba detrás del mostrador. Conocía a Big Jelly.

—¡Hola, amiguete! —exclamó Big Jelly—. ¿No hay algo por ahí que me anime un poco?

—¿Por ejemplo? —interrogó el hombre.

—Un puñado de pájaros colorados —respondió Big Jelly.

El hombre llenó un pequeño, sobre con unas tabletas rojas de forma triangular. Se las entregó a Big Jelly y a continuación se alejó hacia otro lugar del mostrador donde inmediatamente comenzó a colocar en artístico orden una serie de envases metálicos. No valía la pena esperar a que le pagaran algo que vendía ilegalmente, sin receta. Big Jelly salió del establecimiento y se acercó hasta el Dream Lounge. En el interior parpadeó bajo la semipenumbra y a causa del humo del tabaco. Tony *el Indio* y Big Lollipop se hallaban en pie junto al guardarropa, bajo sus abrigos abultaban las armas. Desde allí veían la calle claramente. Kid Sally estaba en el otro lado del bar. Big Jelly unió dos taburetes y subió a ellos.

—Uno para cada mejilla, muñeco —comentó dirigiéndose al *barman*—. Y ahora danos dos vasos de agua, muñeco.

Big Jelly extendió sobre el mostrador las tabletas rojas. Cogió tres y a continuación las tragó con agua. Kid Sally expulsó una bocanada de humo sobre las tabletas que había sobre la barra. Rio entre dientes, cogió tres, las sopesó en una mano y acto seguido las introdujo en la boca como si se tratara de cacahuetes.

—Bien —dijo Big Jelly, a la vez que daba una fuerte palmada—. Y ahora probemos alguna cosa, muñeco.

—¿Qué va a ser? —preguntó el *barman*.

—Un doble escocés y un doble de sauterne al lado.

Kid Sally se echó a reír y dijo:

—Lo mismo.

—Eso está bueno —murmuró Big Jelly con ojos brillantes.

Sonó un ruido extraño en el sistema de altavoces, y después estalló repentinamente otro ruido mucho más fuerte producido por un cuarteto que en una tarima hacía sonar guitarras eléctricas y batería. El grupo se llamaba *Looney and the Birds*, e interpretaban una partitura cuya letra se repetía constantemente: *¡Tu gordo trasero!*

La música animó a Kid Sally.

—¡Yiahhhhhhhh! —gritó.

Y acto seguido se bebió de un solo sorbo el contenido de su vaso. Luego golpeó con él sobre la barra para que le sirviesen más. El *barman* vertió más *whisky* en su vaso y luego se volvió, tomó un lápiz prendido en una oreja y anotó en una hoja de

papel el segundo servicio.

Un gran rótulo en la caja registradora decía: SOLAMENTE CONCEDEMOS CRÉDITO A UN VERDADERO CADÁVER. El *barman* sabía perfectamente cuándo debía conceder crédito a un cadáver o a un ser viviente. Kid Sally se llevó el vaso a los labios, echó la cabeza hacia atrás, fue vertiendo poco a poco el licor en su garganta hasta liquidarlo del todo. Luego dio dos pasos vacilantes hacia el mostrador, cogió el vaso de sauterne e hizo la misma operación. Una vez más lanzó un alarido indio y golpeó el mostrador con el vaso, al mismo tiempo que miraba hacia arriba parpadeando bajo las luces psicodélicas.

—¿Puedes imaginar lo que harán esos tipos cuando se enteren de lo que hemos hecho con esa vieja bola de grasa? —preguntó a Big Jelly.

—Habrás cola de tipejos ansiando besarme el culo —respondió Big Jelly.

—¡Sí! —exclamó Kid Sally.

—Y a ti... —añadió Big Jelly—, a ti te encenderán velas para rezar a tus pies..., ¿me oyes?..., para rezar «a» tus pies.

—¡Sí! —repitió Kid Sally.

—Probemos algo, muñeco —casi gritó Big Jelly al *barman*.

En la tarima del salón, el conjunto musical bramaba: ¡*Tu grueso trasero!*... y Kid Sally y Big Jelly continuaron tragando *whisky*. Las tabletas rojas estaban colocando cristales ante sus ojos. Una muchacha con peluca cruzó por delante de la barra para dirigirse hacia los servicios de señoras. Kid Sally la cogió por un brazo y la atrajo hacia sí.

—¡Ehhh! —exclamó ella.

—¿Eh... qué? —interrogó Kid Sally.

—Invita a tu bebé a un trago —respondió la muchacha.

Mascaba goma metódicamente y su cabeza se movía siguiendo el ritmo de la música.

Big Jelly dejó caer sobre la barra más tabletas. Cogió dos y Kid Sally hizo lo mismo. La muchacha las miró, hizo una mueca y dijo:

—¡Oh!..., ¿medicina? Está bien, cariño, tu bebé se traga su medicina.

Introdujo en su boca las tabletas y luego bebió un poco de *whisky* para regarlas. Kid Sally comenzó a dar palmadas siguiendo el compás de la música. Big Jelly asió el borde de la falda de la chica y la alzó.

—Tú me enseñas lo tuyo y yo te enseñaré lo mío —dijo.

—¡Qué delicado! —exclamó la muchacha golpeándole la mano.

—Y yo..., ¿qué? ¿Es que no puedo enseñar mis cosas a nadie? —preguntó Kid Sally.

Los tres comenzaron a dar fuertes palmadas sobre el mostrador, pidiendo a gritos algo de beber. La chica continuaba mascando chicle y siguiendo el compás de la música con movimientos de cabeza. Big Jelly estaba experimentando dificultades para ver bien y cuando Kid Sally echó la cabeza hacia atrás para trasegar otro doble

de *whisky* parte del licor se deslizó por las comisuras de su boca. Se veía con absoluta claridad trasladándose en un coche abierto al funeral de Baccala con las aceras del sur de Brooklyn completamente llenas de gente que aplaudían al nuevo «baranda» del grupo.

La señora Maxine Finestone estaba diciendo a la señora Lucille mientras tomaban té y unas pastas en el Plaza:

—¿Sabes? Nosotros jamás iríamos a Lauderdale, pero la barca estaba allí, y como comprenderás no nos quedaba otra alternativa. Ahora bien, para subir a la embarcación había que cruzar por una delgada pasarela, algo que realmente no era más que una astilla, y en la oscuridad, ¡cielo santo!, no se veía nada de nada a no ser toda aquella agua allí abajo, ¿y quién sabía la profundidad que allí había? De manera que allí estaba aquella delgadísima pasarela de madera. Y ¿sabes lo que dijo Jack?; me dijo: «Maxine, pasa tú primero», y yo respondí: «¿Yo? ¿Por qué he de ser yo?». Y Jack respondió: «Porque quiero estar seguro de que estas tablas no se romperán». ¡Bueno!... y allí tenías que haberme visto comenzando a cruzar la peligrosa pasarela y a mi marido extendiendo una mano para decirme: «Maxine, primero dame esos diamantes...».

—¡Oh, eso es muy típico de tu marido! —exclamó Lucille Goldman.

—Y que lo digas —repuso Maxine Finestone—. ¡Vaya!... ¡hola!... ¡Qué casualidad! ¿Cómo está usted, Grant?

Grant Monroe estaba a punto de responder al saludo cuando Mario, saliendo por detrás de él, dio un traspies sobre uno de los cordones sueltos de sus zapatos y empujó a Grant sobre el regazo de Maxine Finestone.

—Maxine —dijo Grant Monroe—, este joven es italiano, y... ¡Oh, Maxine! ¡Qué broche más maravilloso trae usted hoy!... Bien, este joven, como decía, es italiano. Se llama Mario Trantino. Esta es su primera obra y yo estuve pensando. «¿Quién podría echar una ojeada a esto?». Y, por supuesto, solo pude pensar en una persona.

—¡Vaya..., muchas gracias!

Mario se inclinó para besar la mano de Maxine Finestone pero a causa de las gafas de su tío no pudo ver con exactitud dónde se hallaba la mano. Sacó un poco la lengua y, de pasada, lamió la mano como si fuese un perro.

Luego se dejó caer sobre una silla. Grant Monroe comenzó a retroceder. Grant movió la cabeza al observar huellas de pintura en los cabellos de Mario. Estaba seguro de que el muchacho había retorcido allí un pincel, para limpiarlo antes de ir al Plaza.

Grant no se sentía muy satisfecho en alejarse de Mario. Adoptó una expresión *ángel en éxtasis* y guardó silencio.

—Es una obra de bajo precio porque es la primera que hago —explicó Mario a Maxine Finestone—. Pero algún día, cuando sea famoso, creo que valdrá la pena que

usted tenga este cuadro en su casa...

Mario había ensayado la escena con Grant en el vestíbulo. Es el truco que todos los artistas han empleado con los clientes desde que Miguel Ángel lo probó con el Papa. Maxine Finestone sonrió cuando escuchó las palabras del muchacho. Las virtudes de la dama, como uno de los principales mecenas de la ciudad para los artistas jóvenes, consistían en un gusto adquirido a través de los cursos comerciales hechos en el Instituto George Washington, un año tras el mostrador de la lechería de su familia, y en tener un marido llamado Jack que dirigía un gran negocio de chatarra.

A Jack le agradaba cualquier cuadro que se le explicara en términos económicos. En lo que se refería al terreno artístico, Jack Finestone colgaba en sus paredes cartelones que anunciaban las baterías Delco.

—Bien —dijo Maxine Finestone—; el rostro, en verdad, es muy interesante.

—Piense en lo que valdrá esto cuando yo sea famoso —razonó Mario.

Maxine Finestone asintió con un movimiento de cabeza.

Mario salió del hotel abombando el pecho. Maxine Finestone se había llevado el cuadro a su casa de la Quinta Avenida. Dijo a Mario que a la tarde siguiente decidiría. Mario casi esperó oírla decir que pagaría 300 dólares por el cuadro. Si él pudiese colocar otros diez cuadros iguales en el mercado y de prisa, dispondría del comienzo de una carrera que algún día podría ser honrada del todo.

—De manera que si lo compra —dijo Angela más tarde— eso significará que yo no veré jamás el primer cuadro que has pintado.

—Ya verás el siguiente —dijo Mario.

—Pero no será la misma cosa —dijo Angela.

—Siempre será igual —respondió Mario lacónicamente.

Mario cambió de conversación antes de verse en apuros. Entraron en la casa de Marshall Street y Beppo *el Enano* asomó la cabeza por la puerta de la oficina de la Vending Machine y llamó a Mario. Angela continuó subiendo. No quería escuchar nada de lo que se hablase allí entre hombres.

En la oficina, Kid Sally se hallaba echado hacia atrás en su silla, de forma que la parte posterior de su cabeza tocaba la pared. Esto le aliviaba un poco la resaca que el *whisky* y las tabletas estimulantes le habían dejado. La última cosa que recordaba de la noche anterior era que había estado en el apartamento de alguien contemplando a Big Jelly que hacía algo sobre una silla de cocina en la que se hallaba con una muchacha desnuda. Big Jelly aún estaba en el apartamento.

—La cosa sigue siendo todavía mañana, ¿no? —preguntó Kid Sally.

Mario asintió con un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿por qué hemos de estar aquí todo el día con los brazos cruzados? ¿Por qué no has venido más temprano?

—Olvida eso —dijo Gran Mama, de pie junto a la puerta—. Es preciso hablar de

algo más importante.

Y acto seguido hizo una seña a Mario para que tomara asiento.

—Veamos cómo se hace esto —dijo Kid Sally.

Sus ojos, un tanto hinchados, se cerraron.

Gran Mama gruñó algo ininteligible. Luego señaló a Mario. Dijo:

—Tú te sientas en un restaurante. Cuando entren dos hombres a entregar pescado, dejas tu asiento y sales disparado.

Kid Sally abrió los ojos. Luego alzó dos dedos, dirigiéndose a Mario.

—Serán dos tipos con chaquetilla blanca los que llevarán cestas de hielo y pescado. Entrarán allí como si fueran a llevarlo todo a la cocina. Tú te levantas como si fueras con dirección a los servicios... pero sigues andando.

—¿Hacia dónde? —preguntó Mario.

—Hasta el Metro. Vete a casa y te estás allí hasta que tengas noticias de alguno de nosotros —dijo Kid Sally.

—¡Sin detenerte para nada! —advirtió Gran Mama.

—Así es... sin detenerte para nada —añadió Kid Sally—. Tienes que estar seguro de que no estarás ya dentro del restaurante cuando los dos repartidores de pescado lleguen a la mesa.

—Kid Sally —dijo Beppo *el Enano*—, cuando traigamos al viejo aquí, ¡cómo le vamos a sacar su dinero! No lo llevará todo encima.

El labio superior de Kid Sally ascendió en gesto despreciativo y rio entre dientes.

—Nosotros traeremos aquí a Baccala y todo cuanto habrá que hacer será preguntarle: «Querido Baccala, simpático puerco, ¿dónde tienes escondido tu dinero?».

—Pero él no lo dirá —adujo Gran Mama—. No nos enfadaremos con él. Le quitaremos un zapato solamente. Frotaremos el pie. Un buen masaje. ¡Y luego le cortaremos el dedo meñique!

Kid Sally miró orgullosamente a su abuela.

—Pero supongamos que todavía no nos dice nada. ¿Qué haremos entonces? Estaremos en un callejón, sin salida. El hombre no querrá hablar. Nosotros le decimos: «Viejo, ya puedes irte a casa». Pero claro está, no podemos dejarle ir tal y como estará. Caminará cojeando porque le faltará un dedo en un pie. Pero para equilibrar las cosas lo que haremos será quitarle el otro zapato y cortarle otro dedo. Así podrá caminar derecho.

—Eso no le gustará nada —comentó Gran Mama.

—Nos dirá dónde tiene su dinero —aseguró Kid Sally—. Nos lo dirá porque tiene diez dedos en los pies y otros diez en las manos. O conseguimos el dinero por las buenas o lo conseguimos por las malas. De cualquier forma lo lograremos. De todas maneras podemos seguir cortando dedos hasta que nos lo diga.

—Y más tarde, cuando tengamos la pasta, regresaremos aquí, arrancaremos el corazón a Baccala y se lo echaremos al león —dijo Gran Mama.

Gran Mama cloqueó con la garganta. Beppo aplaudió. Kid Sally rio sin poder contenerse hasta que su risa se convirtió en una gran carcajada.

Mario no estaba muy seguro de si durante la conversación se había desmayado o no. Tampoco estaba seguro de que no le doliesen intensamente los dedos de los pies. Vagamente oyó decir algo a Gran Mama sobre el hecho de que debía dormir toda una noche para estar más fresco al día siguiente. Abandonó la oficina y caminó por la calle como si fuera un autómata. Oyó cómo Angela corría tras él y que Gran Mama llamaba a la muchacha:

—¿Adónde vas? —le gritó.

Y se dio cuenta también que Angela apoyaba una mano en su brazo y respondía:

—Salgo de casa, eso es todo.

Durante todo el camino hasta el Metro, Mario luchó desesperadamente por respirar con más comodidad.

—Una habitación llena de dinero de arriba abajo —no hacía más que repetirse a sí mismo.

Imaginaba también escuchar la voz de la señora Finestone por teléfono explicándole lo bella que era su obra y que se acercara a cobrarla cuando le pareciese bien. Los dos pensamientos le mantuvieron en pie hasta llegar a casa. Cayó en la cama e inmediatamente se sumió en un profundo sueño. Angela le tapó con la manta. Mientras dormía, el agotamiento producido por el miedo hizo que su rostro se inundara de sudor.

XVIII

El restaurante Della Palma se encontraba en Queens Boulevard, en la sección llamada Queens de Nueva York. Para llegar allí es preciso cruzar el puente Queensboro, una masa de telarañas de color gris que surge del East Side de Manhattan y cruza el East River.

Se comienza el viaje contemplando cómo una doncella limpia la ventana de un apartamento del Sutton Place de 2000 dólares al mes. Cuando se llega al otro lado hay un obrero mirando por la ventana de una fábrica y comiéndose un bocadillo como almuerzo. Queens Boulevard se inicia allí, entre un punto industrial llamado Long Island City. Queens Boulevard se convierte luego en una avenida ancha y abarrotada de gente que se desliza a lo largo de muchos bares irlandeses de Sunnyside, por los muros de los edificios de apartamentos de Regó Park y Forest Hills, hasta terminar en una última casa de apartamentos, una estación de gasolina, un supermercado, y en un edificio de una sola planta construido originalmente para almacén pero que se llama restaurante Della Palma.

A continuación Queens Boulevard se esfuma en una autopista que va hasta el Aeropuerto Kennedy, a dos millas de distancia. El Della Palma siempre ha sido un restaurante tranquilo, casi soporífero, cuyo negocio se debe a los cercanos apartamentos.

Se convirtió en lugar favorito de Baccala porque se halla muy cerca del aeropuerto. Los peces gordos que llegan allí desde otros lugares comen camarones y almejas con Baccala y luego se esfuman por vía aérea sin que nadie les haya visto.

A las diez de la mañana del jueves, un tipo de ojos y pelo negro, que contaría aproximadamente unos veinticinco años de edad, se hallaba sentado ante una ventana del Empress Diner, a tres bloques de distancia de Della Palma. Miraba cómo las amas de casa charlaban bajo la brillante y ventosa mañana en Queens Boulevard. Jackie Dunne pertenece a la sección Horseshoe Bend, de Jersey City, que es quizá la mejor proveedora de pistoleros irlandeses del mundo entero. Jackie Dunne es tan moreno que emplea nombres italianos, particularmente el que había elegido para aquel día en particular, Vincent Scuderi. La única cosa que denunciaba la ascendencia irlandesa de Jackie Dunne, y era preciso ser irlandés para darse cuenta de ello, era la forma en que se sentaba en su abierto reservado y tomaba café. El café estaba excesivamente caliente, lo vertía en pequeñas cantidades sobre el platillo y soplabla para enfriarlo. Luego lo sorbía en el mismo plato. Lo hacía muy cuidadosamente, sosteniendo el pequeño plato sobre la mesa y alargando el cuello para llegar a él. Cuando dejó el plato sobre la mesa, se pasó por debajo de ambas solapas de la chaqueta su dedo pulgar, en mecánico gesto de inútil alisamiento, y luego comenzó a jugar con una corbata inmaculadamente anudada.

Un informe sobre libertad vigilada había dedicado en cierta ocasión tres páginas a lo molesto que resultaba ser Jackie Dunne. El informe aseguraba que el hombre debía

ser enviado con toda urgencia a un lugar donde pudiesen estudiarle jóvenes psiquiatras. Y el informe concluía asegurando: «Es el perfecto pistolero psicópata». El juez, de sesenta y siete años de edad y producto de cabildeos políticos, detestaba a los psiquiatras. Arrojó el documento a la cesta de los papeles y envió a la cárcel de Attica a Jackie Dunne, para que veraneara allí durante siete años y medio.

Jackie Dunne, durante tres años, fue el medio defensa estrella del equipo de rugby del Bloque D, equipo en el que jugaba de delantero Kid Sally. Jackie, durante el último año, había visto varias veces a Kid Sally. Hacía dos días Kid Sally había enviado un mensajero, Joe *el Jeque*, a un parque de automóviles de Jersey City para hacer una oferta a Jackie Dunne. Kid Sally pagaría 1,500 dólares por los servicios de Jackie, el jueves. El pago se realizaría al cabo de tres días. Tendría que servir la barra del restaurante Della Palma y verter algo en las bebidas de los «gorilas» de Baccala que llegasen con él. Jackie Dunne sentía una enorme indiferencia hacia la gente de Baccala. Cuando los «gorilas» no estorbasen ya, Jackie Dunne también podría esfumarse.

—¿Y qué si los elementos de Baccala no beben nada? —preguntó Jackie Dunne.

—¡Eh, no me lo preguntes a mí... ve y pregúntaselo al presidente Eisenhower! —respondió Joe *el Jeque*.

Jackie Dunne opinó que la oferta era pobre, pero aun así la aceptó. Por 1500 dólares Jackie Dunne era capaz de luchar con una manada de tigres.

En aquellos momentos, y sujetándose al programa establecido, Jackie Dunne se hallaba sentado ante aquella mesa con sobres de hidrato de cloral en el bolsillo y una automática del 38 bien sujeta en el cinturón.

Diez manzanas más abajo, en Queens Boulevard, Tony Lombardo salió del ascensor y empujó la puerta del garaje situado en los bajos del edificio donde vivía. Tony no tenía que ir a trabajar al Della Palma hasta las once. Pero le agradaba llegar temprano, tararear una canción bebiendo de vez en cuando un sorbo de café caliente y arreglar el pequeño bar para poder hacer frente más tarde a la hora punta de las comidas sin tener necesidad de buscar botellas, en lugares equivocados. A Tony le gustaba el trabajo en Della Palma. La hora del almuerzo era muy agitada, pero a las dos de la tarde se había terminado normalmente la faena y el restaurante prácticamente estaba desierto hasta las cinco.

Tony Lombardo acababa de abrir la puerta del garaje y ya penetraba en su interior cuando alguien apoyó una pistola en su oreja izquierda.

—Eres un fiambre —murmuró Big Jelly—. Respira un poco fuerte y te conviertes en fiambre.

Minutos más tarde, una camioneta azul, de reparto de pescado, pasó por delante del Empress Diner, en Queens Boulevard. Beppo *el Enano* sacó una mano por la ventanilla de la camioneta e hizo una señal. Jackie Dunne, sentado junto a la ventana, asintió con un movimiento de cabeza.

Big Jelly se enjugó el rostro mientras conducía la camioneta.

—Tenía que haberme ido a los baños turcos —dijo a Beppo *el Enano*—, todavía estoy como pera podrida de la otra noche.

En la trasera de la camioneta Tony Lombardo estaba atado como un pollo. El pánico había sido tan grande que se había quedado profundamente dormido.

Uno de los camareros en el Della Palma estaba poniendo las mesas en la parte delantera del comedor y contestó al teléfono cuando sonó.

—Aquí Sailor, el agente del sindicato quince —dijo Kid Sally enronqueciendo un tanto la voz—. Su *barman* Tony no acudirá hoy al trabajo. Está enfermo. Llamó hace una media hora. Por lo tanto le enviamos a un elemento muy bueno. Se llama Scuderi. Creo que llegará ahí dentro de un cuarto de hora.

El camarero respondió que le parecía muy bien y colgó. Luego se acercó hasta la cocina y se lo comunicó a Nick, el propietario. Nick comentó que esperaba que Tony estuviera pronto bien. Exactamente diez minutos más tarde Jackie Dunne penetraba en el restaurante.

—¿Está ya la cafetera caliente? —preguntó a un camarero.

Jackie colgó su chaqueta en el guardarropa y se puso la chaquetilla roja de *barman* que allí mismo colgaba de un clavo. Comprobó que la chaquetilla cubría bien la pistola que llevaba en la cintura. Luego se metió detrás del mostrador, moviendo los hombros dentro de la chaquetilla roja. Se dijo a sí mismo que aquellos iban a ser los 1,500 dólares más fácilmente ganados en toda su vida.

Por un lado, Della Palma está separado del supermercado mediante un aparcamiento grande. Por el otro hay un solar desierto. El restaurante está situado en un edificio largo y estrecho. Se entra en un pequeño vestíbulo donde hay una máquina automática de cigarrillos y dos teléfonos públicos en la pared. Se da un paso hacia la izquierda y se entra en la zona del bar. Usado principalmente para servicio, es un pequeño bar que se ve inmediatamente cuando uno deja el vestíbulo. En un extremo la barra termina en una ventana de cristal medio cubierta con gruesas cortinas. Frente al bar está el guardarropa y una estrecha escalera que desciende hasta los servicios de señoras y caballeros. El bar termina luego en un largo tabique con puerta de comunicación. A otro lado está el restaurante, largo y estrecho, que se extiende hasta la cocina. Las entregas al restaurante se realizan a través de la puerta principal, para ahorrar a los mozos de reparto el fastidioso trabajo de acercarse hasta la puerta posterior del almacén. No hay espacio detrás de Della Palma para aparcar. El Della Palma mantiene su puerta trasera cerrada y atrancada. Lo cual es otra de las razones por las que a Baccala le agradó el restaurante.

A las 10,30 estaban sentados ante una mesa, muy juntos, Mario y Angela, en la cafetería que había en la esquina, cerca del piso del muchacho. Los ventanales del establecimiento aparecían empañados por el frío y el viento. A través de los ventanales se filtraba el brillo de un sol invisible que hacía destacar el aluminio y la

formica de la cafetería. Angela tenía ambas piernas encogidas bajo su silla y se apoyaba en Mario. La muchacha depositó sobre una tostada un poco de mermelada y luego la alzó en el aire, hacia Mario. El muchacho le aplicó un mordisco. Mario y Angela se sonrieron mutuamente. Mario se sentía muy a gusto tomando allí su café bajo el agradable y cálido contacto del cuerpo de la muchacha.

Eran cerca de las 2,15 de la tarde cuando los camareros en el Della Palma se movieron por el restaurante cambiando manteles y sacando la cubertería de plata, vasos y copas de agua para preparar las mesas. Tres comisionistas de comercio, sentados ante unas tazas de café, parecían ser los últimos clientes. Uno de los hombres bebió su último trago de café y preguntó a otro si deseaba más. Luego pidieron la cuenta. Cuando los tres comisionistas se pusieron los abrigos en el guardarropa y pasaron de largo por el bar para salir a la calle, Jackie Dunne deslizó una mano bajo su chaquetilla y tocó la pistola: «Estoy preparado», se dijo a sí mismo.

Dominic Laviano entró a las tres menos cuarto. Movió la cabeza en mecánico saludo dirigido a Jackie Dunne y luego permaneció junto a la puerta del restaurante hasta que llegó un camarero para ayudarle a quitarse el abrigo.

—Seremos tres o cuatro —advirtió Dominic.

El camarero le condujo hasta una mesa situada en el centro del comedor.

Diez minutos más tarde, un «Cadillac» negro se detuvo frente al restaurante. Entraron rápidamente dos «trajes negros». Saludaron con una mano a Dominic y regresaron al coche. Baccala, flanqueado por los «trajes negros», entró a continuación en el Della Palma. Pasó de largo por el bar sin mirar a Jackie Dunne. Tampoco prestó la menor atención al camarero que le ayudó a quitarse el abrigo. Si la realeza tuviera que fijarse en la servidumbre que la rodea, la realeza sería cosa muy dura de soportar.

Baccala caminó hacia la mesa. Los dos «trajes negros» ocuparon posiciones en el bar.

—¿Os sirvo algo, amigos? —preguntó Jackie Dunne.

—Dame monedas para el contador de aparcamiento —respondió uno de ellos dejando un dólar sobre el mostrador.

—¿Algo para beber, también? —insistió Jackie Dunne.

—Dije monedas para el contador —repitió el «traje negro».

Jackie le entregó diez monedas. Los «trajes negros» se acercaron hasta el coche. Búfalo de Agua ya había almorzado. No deseaba sostener en aquel momento una conversación con un sacerdote. Si Baccala deseaba hacerlo y comprar su billete para el cielo, eso era cosa suya. Pero a Búfalo de Agua no le interesaba tal cosa.

—Me voy a dar una vuelta por ahí media hora o así —dijo Búfalo de Agua.

Los «trajes negros» le pidieron que les devolviese las monedas del contador. Búfalo de Agua escupió hacia ellos y puso el coche en marcha.

—¿Es que acaso soy un primo? —preguntó uno de los «trajes negros». ¡Este

tipo cree que va a pisparme ese dólar!

Los «trajes negros» entraron de nuevo en el Della Palma y tomaron asiento en el bar. Desde allí vigilaban la calle. Jackie Dunne distinguió perfectamente el bulto de las armas que llevaban en sus sobaqueras, bajo las chaquetas.

Temblaron las rodillas de Mario cuando entró en el Della Palma. Los dos «trajes negros» dieron un respingo y se llevaron la mano hacia el sobaco. Mario abrió el impermeable para mostrar el alzacuello de sacerdote. Dominic Laviano, que estaba esperando su llegada, alzó una mano al verle y Mario se acercó a la mesa, deshecho por el pánico que le abrumaba por lo que había tras él, y a la vez impulsado por la tremenda codicia que en él despertaba el hambre que tenía delante. Baccala estaba partiendo diminutos trozos de pan para mascarlos con su vino. Tanto el mantel como el suelo, junto a sus pies, estaban llenos de cortezas de pan. Dominic Laviano presentó a don Mario Trantino a Baccala. Baccala gruñó algo ininteligible. Si se tratara de un cardenal, Baccala extendería una mano y probablemente se levantaría.

—Bendigo esta mesa y a todos cuantos en ella se alimentan —murmuró Mario.

—*Grazie* —respondió Baccala.

Mario alzó una mano y murmuró un latinajo.

—¿Acaso reza usted algo? —preguntó Baccala.

—Desde luego —dijo Mario.

—Pues rece para que a todos aquellos que odian a Baccala les entre cáncer.

Mario pretendió no haber escuchado las últimas palabras de Baccala.

Dominic Laviano alzó una mano llamando a un camarero. Todos los camareros se hallaban en la cocina leyendo periódicos y escuchando la radio. Ninguno de ellos se levantó. Dominic continuó moviendo la mano sobre su cabeza como si fuese un helicóptero.

Baccala respiró hondo y gritó:

—¡Ehhh!

Los camareros salieron disparados de la cocina, con las servilletas sobre el brazo. Corriendo se acercaron a la mesa.

Mario miró el menú. Estaba a punto de hablar al camarero cuando Dominic Laviano le silenció mediante un suave codazo aplicado en las costillas.

—¿Quieres unos camarones y almejas con salsa? —preguntó Baccala a Dominic.

—Sí.

—Y usted..., ¿lo mismo? —preguntó Baccala a Mario.

Dominic le aplicó otro codazo.

—Sí.

Baccala sonrió.

—Luego comeremos espagueti a la Carbonara, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —replicó Dominic.

—Y ternera a la milanese.

—Muy bien —dijo Dominic.

De nuevo tocó a Mario con el codo y Mario sonrió significando que todo aquello era maravilloso.

Mario esperó hasta que Baccala terminó de mojar un trozo de pan en la última salsa de las almejas y camarones, antes de sacar del bolsillo la fotografía. Luego la entregó a Baccala.

—¿Cuándo dejó usted Catania? —preguntó a Baccala.

—Soy de Sicilia —respondió Baccala.

A Mario se le secó repentinamente la garganta. Baccala estudió la fotografía. Le dio la vuelta y leyó la nota. Luego miró la fotografía nuevamente.

—*Che peccat* —dijo Dominic Laviano— y la gente de Catania que está aquí no tiene mucho dinero.

Baccala seguía contemplando la fotografía. Parecía mostrarse indiferente. La dejó sobre la mesa y luego se inclinó hacia adelante.

—¿Me escuchará en confesión? —preguntó.

—Sí —dijo Mario.

—Y cuando haya escuchado mi confesión, ¿me dará la absolución?

—¡Oh!, ¡desde luego! —repuso Mario.

—¿Me garantiza usted que iré al cielo?

Mario asintió vigorosamente con un repetido movimiento de cabeza.

Baccala se recostó en su silla. Avanzó ambos labios pensativamente. Luego dijo:

—¿Y si no le digo todo en esta confesión? ¿Todavía iré al cielo?

—¿Cómo sería posible que un hombre como usted no dijese la verdad? —interrogó Mario con mueca de jesuita.

—No miento —dijo Baccala—. Solamente no lo diré todo.

—Bien, si hay una cosa que usted no me dice en confesión, significará que la ha olvidado —dijo Mario—. Esto no significa que la oculte o mienta. Solo que la ha olvidado.

Baccala tocó con el codo a Dominic.

—Los sacerdotes jóvenes son lo mejor de lo mejor —dijo—. Esos otros viejos hipócritas se sentarían aquí y dirían: «Baccala, vete de aquí».

Baccala se inclinó nuevamente hacia delante tocando casi con el mentón sobre la mesa y musitó:

—Además..., solamente levanté el vestido de la pequeña. Pero no la toqué.

—¡Oh, usted es un hombre de honor! —exclamó Mario.

Baccala alzó su vaso de vino.

—¡Salud! —dijo.

En el bar, Jackie Dunne se estaba poniendo un poco nervioso. Los dos «trajes negros» no habían pedido nada. Jackie jugueteó con los sobres de hidrato que tenía en el bolsillo.

—Es hora de beber, muchachos —dijo.

—¡Vete al infierno! —exclamó uno de los «trajes negros».

Jackie vio cómo en aquel momento se detenía en el exterior la furgoneta de reparto de pescado.

Big Jelly aparcó el coche en el mismo lugar de donde había salido hacía unos momentos Búfalo de Agua.

Kid Sally se hallaba sentado a su lado. Ambos vestían largas batas blancas de mozos de entrega, gorras grises de conductor y grandes gafas de sol.

—No mires, pero hay dos gorilas ahí mismo en el ventanal —murmuró Bill Jelly.

—¿Y qué diablos está haciendo ahí dentro Jackie? —gruñó Kid Sally.

—Tendremos que esperar, ¿qué es lo que puedo decirte?

Beppo *el Enano* se hallaba agazapado en la trasera de la camioneta. Sobre el suelo había dos cestas de hielo desmenuzado con bacalao. Tony Lombardo estaba dormido con la cabeza apoyada contra una de las cestas. El agua del hielo humedecía sus cabellos. Estaba soñando seguramente con la Antártida. Beppo estaba sentado junto a un rollo de soga de nylon, cuatro juegos de esposas y un rollo de cinta adhesiva marca Johnson & Johnson. Tenía que estar preparado para actuar rápidamente. El plan consistía en cargar a Baccala en la camioneta, arrojar al exterior a Tony Lombardo y luego atar bien a Baccala a medida que la camioneta cobraría velocidad.

Beppo también tenía que hacer otra cosa. Introdujo la mano en una bolsa de papel y extrajo las tres automáticas «Savage» robadas. Abrió una caja de munición. Luego le costó un poco de trabajo cargar las armas.

—Aquí tenéis... —dijo Beppo.

Tendió las dos automáticas ya cargadas. Kid Sally tomó dos y Beppo se quedó con una tercera.

Cerca de Della Palma, frente al supermercado, la señora Rosalind Séneca Wiggins, conocida para sus amigos como Roz, caminaba ataviada con su nuevo uniforme gris, talla 46, de empleada de contadores de aparcamiento. Roz era lo suficientemente fuerte como para figurar en cualquier cartel de lucha libre femenina si esta existiese. Hacía tres días que disfrutaba del empleo. La ciudad de Nueva York le pagaba 75 dólares semanales y su trabajo consistía en patrullar por una sección de seis manzanas de Queens Boulevard y depositar multas en todos aquellos vehículos que estuviesen mal aparcados. El aparcamiento ilegal incluye a todos aquellos coches aparcados frente a contadores que muestren la bandera roja indicadora de que la media hora ha expirado.

A Roz le gustaba su nuevo trabajo. En lugar de fregar suelos para la gente blanca, podía acercarse a los blancos y ponerles multas de 15 dólares. Se detuvo durante un momento frente al supermercado. Tenía que comprobar unos cuantos contadores. Luego podría comenzar su labor en la otra acera del bulevar. Consultó el reloj del supermercado. Eran casi las 3,30. Roz terminaba su turno a las 4.

Desde el ventanal, junto al bar, los dos «trajes negros» no podían distinguir quién se hallaba sentado ante el volante de la camioneta de pescado. Los «trajes negros» comenzaron a murmurar sobre aquel vehículo allí aparcado del que no se apeaba

nadie. Jackie Dunne les oyó, recogió dos vasos y comenzó a mezclar jugo de naranja, vodka y hielo, procurando hacer mucho ruido. Preparó dos vasos y los colocó sobre el fregadero de aluminio, bajo la barra. Luego se llevó una mano al bolsillo en busca del hidrato de cloral. Los cristales se disolvieron rápidamente en el jugo de naranja. Se disolvieron produciendo un terrible olor a cloro, mucho más fuerte que el que despediría una piscina. Jackie esperó un momento. Tenía la esperanza de que aquella peste desapareciese. En aquellos momentos se estaba poniendo muy nervioso. Nunca había empleado métodos como aquel. Todo cuanto había hecho era oír cosas sobre otras cosas que se vertían en las bebidas pero nada más. Todo el mundo decía que se vertían polvillos o cristales en el vaso y que ya estaba. Luego el tipo que bebía aquello ni siquiera se enteraba porque al cabo de un par de segundos se encontraba tendido en el suelo. Como la mayor parte de todas aquellas cosas, el procedimiento era una tontería. Jackie Dunne se inclinó y olió de nuevo los dos vasos. Sintió unas terribles náuseas. El olor aún era más fuerte que antes. Nadie que no estuviese demente sería capaz de tocar una bebida como aquella. Jackie se echó sobre el brazo un paño de limpiar vasos y se hizo con la pistola. Después, empleando la otra mano dejó ambos vasos sobre la mesa a la vez que decía:

—Muchachos...

Los dos «trajes negros» se volvieron. Cogieron los vasos. Inmediatamente el olor llegó hasta sus narices.

La mano de Jackie salió desde debajo del paño mostrando la negra pistola.

—¡Quietos! —ordenó Jackie.

Las manos estaban tensas y temblaban un poco. Los hombres permanecieron inmóviles sosteniendo los vasos, pero Jackie sabía que solamente disponía de unos segundos para dominar la situación.

Jackie se aseguró de que su pistola no se moviese ni una fracción de pulgada. Cualquier muestra de emoción, cualquier movimiento mal hecho, enviaría a aquellos dos tipos al suelo donde sacarían sus automáticas para comenzar a disparar. Jackie se asentó firmemente sobre sus talones con el objeto de oscilar con rapidez si uno de aquellos tipejos le arrojaba el vaso.

—Muy despacio, amigos, abrid la boca y tragaos eso. Y pronto.

Los dos «trajes negros» se inclinaron un poco y abrieron mucho los ojos para mirarle de la misma manera que lo hace un perro cuando tiene un hueso en la boca. «Cuidado, cuidado con estos tipos», se dijo a sí mismo Jackie.

—Repito que os bebáis eso hasta la última gota —ordenó nuevamente Jackie con tono calmoso.

Bajo la tensión y el pánico los dos «trajes negros» sabían que el olor estaba allí, pero en realidad ni se daban cuenta de él. La única palabra que se grababa en sus mentes era «veneno».

Jackie Dunne alzó un poco más la pistola y los dos hombres dieron un respingo.

—¡Bebed! —dijo.

Cada uno de los «trajes negros» bebió un trago.

—¡He dicho bebed! —repitió Jackie.

Los nervios de Jackie estaban comenzando a dominar a su voz y a su cuerpo. La voz era tensa, y la pistola comenzaba a moverse.

Los dos «trajes negros» aún le estaban mirando, y comenzaron a tragar. Cuando casi ya habían bebido todo el líquido, Jackie alzó de nuevo la pistola.

—Está bien. Despacio..., vasos abajo. Las dos manos sobre la barra..., despacio, amiguitos.

Los dos hombres se apoyaron sobre la barra y Jackie continuó cubriéndoles con el arma. Tres pares de manos ya se crispaban nerviosamente y tres bocas temblaban. Jackie sabía que la cosa iba a comenzar al cabo de una fracción de segundo. El dedo que apoyaba en el gatillo estaba lleno de sudor.

Uno de los «trajes negros» tuvo la impresión de que todo su interior caía en sus calzoncillos. Se llevó una mano a la boca y metió dos dedos en la garganta. El otro «traje negro» explotó por cada abertura de su cuerpo exceptuando los oídos, sin necesidad de ayudas.

Los dos hombres tosían y se retorcían. Jackie aprovechó aquellos momentos para arrebatárselas las pistolas. Luego las dejó caer en el fregadero. Se guardó la suya en la cintura nuevamente. Respirando hondo y lleno de alivio abandonó la barra y cogió por el brazo a cada uno de los hombres empujándoles hacia la escalera que conducía a los servicios para caballeros. Jackie miró hacia el comedor. A través de la puerta de comunicación vio los tres que charlaban animadamente en la mesa. Empujó a los dos «trajes negros» sobre el borde de la escalera y vomitando y quejándose los dos hombres bajaron los escalones tambaleándose.

Jackie penetró rápidamente en el guardarropa. Se quitó la chaquetilla roja, cogió la suya y abandonó el guardarropa también. En dos o tres rápidos pasos se encontró en la calle donde apurando más el paso se dirigió hacia la más próxima boca del Metro.

Kid Sally dio un respingo en la camioneta.

—Ahí está —dijo.

Abrió la portezuela y saltó a la calle. Big Jelly, enjugándose el sudor de su resaca saltó también a la acera. Cuando se dirigía a la parte trasera del vehículo creyó que algo serio iba a estallar dentro de su cabeza. Luego chocó contra algo.

—Por favor..., mire usted por dónde va —dijo Roz.

La mujer se hallaba consultando su libro de contadores, justamente frente al aparato donde estaba aparcada la camioneta. El contador de aparcamiento mostraba la bandera roja.

En la trasera del vehículo, Kid Sally y Big Jelly se ocupaban en coger las cestas de pescado que les entregaba Beppo *el Enano*. Cada uno de ellos apoyaron una cesta sobre el hombro y comenzaron a caminar hacia el restaurante.

—¿Qué es eso? —preguntó Kid Sally.

Roz estaba anotando la matrícula de la camioneta en la parte delantera.

—Procura que se largue de aquí —dijo Kid Sally a Big Jelly sin dejar de andar.

—Vamos, muchacha... —dijo Big Jelly a Roz.

—Tan pronto como acabe mi trabajo —respondió ella.

Kid Sally se hallaba ya en el vestíbulo del Della Palma. Apoyado contra la máquina automática de los cigarrillos. El agua del hielo se deslizaba por su brazo hasta una mano. Temía que la mano estuviese resbaladiza cuando empuñara la pistola. «¡Vamos, Jelly!», se dijo a sí mismo.

Big Jelly se encontraba frente a frente de Roz.

—¡En, muchacha..., estamos trabajando, de manera que vete a molestar a otros!

—Cuando termine —repitió Roz.

La mujer lo dijo lentamente y sin apartar los ojos del bloc de papel sobre el que escribía.

—¡Vamos! —exclamó Big Jelly.

Roz no contestó.

—¡Oh, vamos ya..., puerca negra! —exclamó Big Jelly.

Roz colocó calmadamente la capucha de su pluma estilográfica sin pronunciar una sola palabra.

—Sucia negra... —gruñó nuevamente Big Jelly.

Roz cortó cuidadosamente la hoja de papel después de prender la pluma en el bolsillo del uniforme, caminó lentamente hasta la camioneta y comenzó a colocar la hoja de papel en el parabrisas del vehículo.

—Negra piojosa —continuó gruñendo Big Jelly.

—¿Sabes una cosa? —dijo Roz suavemente y con enorme calma—. Tú tenías que haber sido polizonte. ¿No lo sabes aún? Tenías que haber sido polizonte, porque tu padre era un perro policía y tu asquerosa madre una zorra.

Big Jelly sostuvo la cesta de pescado sobre su cabeza como si fuese King Kong. Luego la dejó caer con fuerza sobre la cabeza de Roz. A continuación le lanzó un puntapié hacia los tobillos. Roz esquivó el pie de Big Jelly. Con una mano apartó la cesta de su cabeza. La otra la extendió tratando de agarrarse a algo desesperadamente. Tropezó con la mejilla de Big Jelly. Big Jelly lanzó un directo con la derecha hacia la cabeza de Roz. La señora Rosalind Séneca Wiggins que poseía una cabeza que había roto muchas botellas, encajó el golpe, parpadeó y a continuación extendió una mano buscando las partes de Big Jelly. Tuvo que hundir mucho la mano en la bata blanca de reparto pero por fin las encontró. Big Jelly lanzó un agudo alarido de dolor. Alzó la rodilla izquierda hasta el pecho.

Kid Sally se apartó de la máquina automática de cigarrillos a la vez que desesperadamente se golpeaba la cabeza contra la pared. Dejó caer la cesta al suelo y sacó la automática. Ya no había ni planes ni tiempo. En aquel instante solo podía hacer una cosa. Entrar en el restaurante y matar a Baccala al estilo vaquero y salir de allí corriendo. Kid Sally alzó el labio superior y comenzó a reír entre dientes. Con la

pistola en la mano, y riendo cada vez más fuerte, entró en el restaurante Della Palma para disparar..., un acto que dejaría pequeña la muerte de Albert Anastasia en una barbería, al igual que la de Vincent Coll en una cabina telefónica o la de Willie Moretti en una marisquería.

El camarero y Mario vieron a Kid Sally al mismo tiempo. El camarero salía en aquel momento de la cocina con una gran fuente de espagueti a la Carbonara para servir la mesa. La fuente salió por los aires y el camarero se refugió bajo una mesa. Mario vio a Kid Sally porque durante los últimos quince minutos Mario había estado vigilando la puerta, de soslayo, para poder correr en el momento en que viera entrar al primer repartidor de pescado.

En aquel instante, cuando Mario vio a Kid Sally con la pistola en la mano, sintió un terrible rugido en sus oídos. Se levantó extendiendo ambas manos y gritó:

—¡Gesü!

Dominic Laviano se lanzó de cabeza hacia su izquierda. Baccala, con la boca abierta, y mirada extraviada trató de abandonar su silla. No pudo moverse.

Kid Sally avanzó por entre un par de mesas extendiendo más la pistola y Mario cayó sobre él.

La mano izquierda de Kid Sally apartó a Mario. La risa de Kid Sally se convirtió en un auténtico alarido. Kid Sally apoyó el cañón de la pistola en la sien de Baccala. Baccala cerró los ojos. Sus facciones se retorcieron. Kid Sally escuchó a Gran Mama mentalmente, que le gritaba: «¡No falles!». Kid Sally apretó el gatillo, la explosión fue tremenda y Baccala cayó de su silla al suelo. Kid Sally hubiera deseado vaciar su automática en la cabeza de Baccala, pero no pudo hacerlo porque la munición, de calibre erróneo, acababa de reventar la pistola. En una décima de segundo la mano de Kid Sally quedó gravemente herida y sus sueños y esperanzas esfumados. Se sintió totalmente aturdido a la vez que la sangre de la mano se extendía por su brazo y cuerpo. Se volvió y no recordaba haber corrido desesperadamente fuera de aquel lugar hacia la luz del día, bajo el frío viento del exterior donde Big Jelly chillaba en la acera.

Ardía el lado de la cabeza de Baccala. Tenía la impresión de que en su cabeza había un enorme agujero. Cerró los ojos con más fuerza. Temía abrirlos y tener que mirar al Sagrado Corazón. Su corazón latía con tanta fuerza que no oía nada más. Entonces comenzó a dolerle su pierna de tenerla encogida bajo su cuerpo. Los latidos del corazón de Baccala redujeron su fuerza. ¿Por qué le dolía aquella pierna si estaba muerto? Baccala abrió los ojos. Vio el suelo del Della Palma y el trasero de Dominic Laviano. Lentamente Baccala se llevó una mano a la sien. No había agujero alguno. Sus dedos tocaron el cabello, sobre la oreja. Estaba un poco quemado por la explosión de la pólvora. Sus dedos recorrieron luego todo su rostro. Ni siquiera había sangre.

Baccala se puso en pie. Miró directamente hacia los ojos de Mario. Baccala enlazó ambas manos e inclinó la cabeza.

—*Mirac* —murmuró Baccala suavemente.

Alzó la cabeza nuevamente y de nuevo se encontró con los ojos de Mario.

—*Mirac* —repitió con terrible tono de admiración.

Baccala miró hacia el techo y gritó:

—*¡Mirac!*

Baccala abrazó a Mario repentinamente y comenzó a lamerle el rostro con la lengua sin dejar de repetir lloriqueante:

—*¡Mirac!... ¡Mirac!...*

XIX

Búfalo de Agua giró lentamente en la esquina para entrar nuevamente en Queens Boulevard. Como estaba pensando intensamente en ciertas prendas íntimas de mujer, el impacto de lo que estaba sucediendo no le alcanzó inmediatamente. Primero sus ojos enfocaron lo que había más adelante y tres cuartos de segundo después su mente registró a Beppo *el Enano* saltando al exterior desde la parte trasera de una camioneta, frente al restaurante. «¡Cerdos!», gritó la mente de Búfalo de Agua. Pisó el acelerador. El coche saltó hacia el enano, pero Beppo lo esquivó saltando hacia la acera. Búfalo de Agua tuvo que girar el volante y meter los frenos. La cabeza de Búfalo de Agua casi atravesó el cristal del parabrisas. Cuando Búfalo de Agua se recuperó, vio cómo las manos de Kid Sally Palumbo ceñían su estómago saltando frente al restaurante como si fuera un pollo. Búfalo de Agua no vio las manos de Big Jelly que golpeaban sobre la cabeza de Roz. Esto lo hacía con objeto de que la mujer soltara una de sus orejas que tenía prendida entre los dientes. Big Jelly sangraba abundantemente por la nariz. Roz le había mordido allí primero.

Y así, Búfalo de Agua, medio envarado ante el volante del coche, comenzó a buscar la metralleta que estaba en la parte posterior del vehículo. Pensaba solamente en Kid Sally y no llegó a ver a Big Jelly que saltó rápidamente hacia el coche. Big Jelly introdujo el brazo por la ventanilla y apoyó una pistola en su nuca, Beppo *el Enano* abrió la portezuela trasera, se apoderó de la metralleta de Búfalo de Agua y al mismo tiempo apoyó otra automática en su mejilla. Kid Sally Palumbo, intentando suprimir el dolor que sentía en su sanguinolenta mano, se dejó caer en el asiento posterior del coche. Big Jelly ya había puesto el coche de Baccala a 65 millas por hora cuando alcanzó la esquina.

Búfalo de Agua viajaba sentado en el asiento posterior completamente aturdido. Kid Sally Palumbo, riendo entre dientes a pesar del dolor, sostenía el cañón de la metralleta exactamente bajo la barbilla de Búfalo de Agua.

Había tanto tráfico en el bulevar, de camino hacia Brooklyn, que Kid Sally y Big Jelly se pusieron de acuerdo sobre el hecho de que sería una locura eliminar a Búfalo de Agua y arrojarlo fuera del coche.

—Además quiero divertirme un poco con este puerco —dijo Kid Sally.

Y para dar más énfasis a sus palabras golpeó con el cañón de la metralleta sobre la boca del hombre. En Marshall Street empujaron a Búfalo de Agua hacia el interior de la oficina de la Vending Machine. Beppo abrió un cajón y sacó un par de esposas y un rollo de su cinta adhesiva Johnson & Johnson. Esposaron a Búfalo de Agua, colocándole ambas manos en la espalda, le silenciaron mediante la cinta adhesiva de doce centímetros de anchura, y a continuación emplearon casi todo el rollo de cinta en sujetarle bien los pies. Beppo abrió la puerta del sótano y Big Jelly alzó a medias el cuerpo de Búfalo de Agua para aplicarle luego un empujón con el pie y hacerle rodar los escalones hasta el fondo.

—Dame alguna sogá —dijo Kid Sally a Beppo.

Beppo aplaudió históricamente.

—¡Ehhh! —exclamó—. ¿Un garrote...?

—Voy a conseguir algo de este asqueroso día —dijo Kid Sally.

Búfalo de Agua descendió los escalones saltando sobre ellos como una pelota, en plena oscuridad. Inmediatamente su olfato captó el terrible olor a orines. Búfalo de Agua quedó tendido boca abajo al pie de los escalones del sótano. Oyó un ruido a su derecha. Sus ojos miraron hacia todas partes. A cinco o seis pasos de distancia, recortándose contra la media luz que se filtraba por la ventana del sótano vio una aparición terrible, un león de abundante melena. Búfalo de Agua quedó congelado por el espanto. Cuando la aparición comenzó a moverse, Búfalo de Agua instintivamente trató de alejarse de ella. Rodó hacia un lado. Esto hizo sobre el león el mismo efecto que haría con un gato el rodar de una bola de lana. El león saltó y extendió una garra hacia Búfalo de Agua. Este se hallaba aún rodando y cuando quedó boca arriba se encontró mirando directamente hacia la cara del animal. Fue la última cosa que vio Búfalo de Agua. Esta vez no le congeló el pánico. Le falló el corazón y murió instantáneamente.

—¡Vamos..., vamos! —estaba diciendo Kid Sally unos minutos después.

Pinchó una mejilla de Búfalo de Agua. No hubo respuesta. Luego le retorció una oreja. No ocurrió nada. Kid Sally se inclinó y estudió calmamente al hombre.

—¡Ese puerco animal le ha matado! —gritó.

Kid Sally se puso en pie y corrió hacia el león. El gran cachorro se escurrió atemorizado para ocultarse en un agujero formado por las pilas de trastos que había en el sótano.

—Justamente cuando íbamos a decirle algo —comentó Big Jelly.

—Esta rata bastarda —dijo Beppo aplicando un puntapié al cuerpo de Búfalo de Agua—, ese tipo jamás se divirtió en toda su vida. Acaba de demostrarlo.

—Tenemos que salir de aquí en seguida —dijo Kid Sally—. Cuando los polizontes lleguen aquí sospecho que se quedarán bastante tiempo.

Big Jelly golpeó con una mano sobre la pared tanteando en dos o tres sitios. Luego se acercó hasta la caja de herramientas que se hallaba bajo las escaleras y extrajo de ella un grueso martillo y un formón de acero.

A las 5,45 los tres salieron bajo la temprana oscuridad invernal con el cuerpo de Búfalo de Agua. Tenía bien sujeto al cuello un bloque de cemento y otro bien atado a los tobillos. La oficina de la Vending Machine estaba abarrotada de gente.

—¿Qué es lo que hacéis aquí? —preguntó Kid Sally luchando con la puerta—. ¿Sabéis cuántos polizontes se presentarán aquí?

—¿Dispararán sobre nosotros los polizontes? —preguntó un hombre.

—No, pero...

—Entonces nos quedamos aquí —respondió el hombre.

Arrojaron el cuerpo en el asiento trasero del coche de Baccala. Big Jelly se puso

al volante. Tenían que matar algunas horas antes de que la calle quedara desierta y pudieran deshacerse del cadáver sin público a la vista. Big Jelly llevó el coche hasta la consulta del doctor Lambert. Lambert estaba temblando. Había oído rumores y en aquel momento al mirar la mano de Kid Sally estaba contemplando la prueba material. Limpió la mano y luego le aplicó siete puntos. A cada punto que aplicaba, el doctor temblaba más. Cuando atendió a Big Jelly, Lambert parecía un epiléptico. El más grave mordisco de Roz se había producido en la nariz de Big Jelly. Lambert trabajó mordiéndose la lengua, y finalmente, acompañado de un tremendo alarido de Big Jelly, pudo coser perfectamente las narices de este último. Big Jelly salió de la consulta con las narices cubiertas por esparadrapo y la boca bien abierta para poder respirar. La mano de Kid Sally desaparecía entre vendajes pero aún podía usar el dedo que se apoyaba en el gatillo. Beppo *el Enano* les abrió la portezuela del coche y este partió velozmente.

A una milla de distancia, en el edificio municipal de Brooklyn, Benjamín Goodman se hallaba sentado en su despacho con el inspector Gallagher y un detective de la 103 brigada de Queens que había acudido al desastre del Della Palma.

—Bien..., bien —decía Goodman—, a ver si entiendo esto mejor. En el interior estaban Baccala, un hombre llamado Laviano y un sacerdote.

—Eso es lo que sabemos. Aparte de la ayuda, claro está.

—Está bien. Y fuera, ¿quién estaba?

—Catalano...

—¿Ese tipo gordo? —preguntó Goodman.

—Sí. Y el enano. Y estamos seguros de que había uno o dos más en un coche preparado para escapar..., en algún sitio. Pero no aparecieron por ninguna parte. Quizá sintieron pánico.

—Y Kid Sally, por supuesto —dijo Goodman.

—¿Qué más? —interrogó Gallagher.

—¿Y ahora mismo están aquí Baccala, Laviano y el sacerdote?

—Bueno..., vienen conmigo —dijo Gallagher—. Quiero decir que no hay razones para, bien..., ya me entiendes.

Goodman sonrió.

—Lo entiendo, lo entiendo. Puedes decir al señor Baccala que se lleve consigo a su sacerdote, que se vaya a casa y que puede rezar por seguir viviendo. No nos interesa Baccala. Luego ven aquí, y charlaremos para dar a este Palumbo algo en que pensar durante un par de años.

Gallagher hizo que uno de sus hombres sacara a Baccala por la parte posterior del edificio para evitar a los periodistas que se agolpaban en el vestíbulo principal. Baccala ciñó fuertemente un brazo de Mario. Dominic Laviano caminaba tras ellos.

—¿Es este tu primer milagro? —preguntó Baccala en voz baja.

—Es la primera vez que recibo tal bendición —respondió Mario.

El agente Donald Jenkins estaba sentado en un banco de madera junto a la puerta que daba paso a la escalera. El suelo, a su alrededor, estaba lleno de colillas. Desde hacía tres horas Jenkins esperaba a que saliese el inspector Gallagher para recibir instrucciones.

Jenkins decidió mirar a Baccala. «Es lo máximo que se le podrá hacer a este viejo granuja, mirarle con mala leche», se dijo Jenkins a sí mismo. Jenkins ciñó el cigarrillo entre sus dientes. Brillaron sus ojos cuando miró a Baccala. Pero cuando Baccala no le miró a él y continuó hablando con el tipo que le acompañaba, Jenkins se irritó. Luego observó al que acompañaba a Baccala. Inmediatamente, Jenkins apartó su mano del cigarrillo. Luego lo apartó de su rostro para que el humo no le impidiese ver bien. Observó al sacerdote. Era el mismo sacerdote que había visto vestido con traje de paisano y acompañando a Angela Palumbo en el Metro y en la 11th Street de Manhattan.

Jenkins se puso en pie y salió disparado hacia el despacho de Benjamín Goodman sobre cuya puerta llamó rápidamente.

Big Jelly y Kid Sally condujeron el coche a través de las calles de Brooklyn, escuchando la radio. Big Jelly conducía con la mano derecha y su cabeza colgaba fuera de la ventanilla como la de un perro policía para que el viento se introdujera por cualquier diminuto pasaje de su nariz dejado por los puntos de sutura. A medianoche aún no había noticias del incidente habido en el Della Palma. La policía parecía desear taparlo. No había noticias de Red D'Orio tampoco. Esto no se debía a ninguna repugnancia de tipo oficial. La demora era simplemente el resultado del lento escribir a máquina en la Brigada Criminal del sur de Brooklyn.

A primeras horas de la noche, Red D'Orio se había aburrido de vagar por la oficina de la Vending Machine. Decidió entonces salir a echar un trago. «Seré un objetivo en movimiento», dijo. Y efectivamente lo era. Tomó cuatro whiskys en Esposito's, en Carroll Street. Luego se acercó hasta Busceglia's en Williamsburg. Bebió cuatro whiskys más en Busceglia's y después fue hasta Caprice, en la Cuarta Avenida. Una hora más tarde se hallaba en el Showboat Bar de la Atlantic Avenue. «Magnífico —se dijo Red D'Orio a sí mismo—. ¿Cómo pueden cazarme si nunca me ven? Es preciso caminar, caminar y seguir caminando». Extendió el vaso para que le sirvieran más licor. Nada ocurrió. Con cierta dificultad Red D'Orio miró hacia la barra. No había *barman*. Esto se debía a que el *barman* acababa de recibir una llamada telefónica advirtiéndole que se metiese en el retrete o de lo contrario correría el peligro de perder el pellejo. El resto del lugar estaba vacío.

—¿Adónde habrán ido todos estos tipos? —preguntó Red D'Orio en voz alta.

Se abrió la puerta del Showboat.

Red D'Orio se animó repentinamente y sus ojos brillaron. Necesitaba compañía.

Se volvió hacia la puerta.

—¡Hola, muchachos! —saludó.

—Hola —respondió uno de ellos.

Los otros dos no hablaron porque en aquel preciso instante ya estaban muy ocupados disparando.

La lluvia comenzó a caer a medianoche. Rápidamente se convirtió en un aguacero que el fuerte viento a veces convertía en auténticas olas de agua. La lluvia dejó desiertas las calles. Kid Sally, sentado en el asiento delantero del coche, comenzó a aplicarse suaves golpes sobre la frente. Era hora de pensar en un buen lugar donde arrojar aquel cuerpo. Decidió realizarlo en el barrio industrial de la bahía, en el extremo más alejado de Staten Island. Por aquellos alrededores no habría ningún ser humano en una noche como aquella. Big Jelly metió el coche por la avenida que se extendía hasta el puente Verrazano. El puente cruza los estrechos del puerto de Nueva York a Staten Island. Cuando llegaron a la rampa de aproximación, la lluvia era tan densa que Big Jelly se vio obligado a conducir lentamente. El parabrisas aparecía cubierto por una gruesa cortina de agua. El reflejo de las luces del puente sobre el agua hizo parpadear a Big Jelly. El coche penetró finalmente en el ancho y bien iluminado puente. Kid Sally miraba hacia el exterior por la ventanilla, con mal humor.

Bajó el cristal y asomó la cabeza bajo la lluvia. Luego volvió la cabeza para mirar hacia atrás.

—No se ve a nadie en todo el puente —dijo.

—Parece que todo el mundo se muestra muy amable y la gente haya desaparecido de las calzadas —comentó Big Jelly.

Kid Sally rio entre dientes.

—Para el coche en el medio —dijo.

—¿En el medio? —interrogó Big Jelly.

—Sí, para en el medio del puente —repitió Kid Sally.

Alzó su labio superior y comenzó a reír suavemente.

Big Jelly se desvió un poco hacia la derecha y frenó.

—¡Lo más grande! —exclamó Kid Sally.

—¿Qué es lo más grande? —preguntó Big Jelly.

—Vamos allá —añadió Kid Sally, abriendo la portezuela del coche.

—Ir..., ¿adónde? —preguntó Beppo.

—Ir a ver cómo por vez primera un hombre salta desde este puente —respondió Kid Sally.

—¡Bueno! —exclamó Beppo.

—Eso ya es otra cosa —dijo Big Jelly—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Y tras pronunciar estas últimas palabras, abrió también la portezuela de su lado.

Kid Sally aguantó firmemente la lluvia que caía sobre él mientras tiraba de los hombros de Búfalo de Agua, tendido en la trasera del coche. Beppo se puso de pie sobre el asiento posterior y aplicó un fuerte puntapié al cadáver. Big Jelly se inclinó para cogerlo por las piernas. Gruñendo, malhumorados, a causa del peso del cuerpo y de los bloques de cemento que a él se hallaban sujetos, y gruñendo también por culpa de la lluvia que les azotaba con fuerza, los tres hombres se acercaron con el cuerpo hasta la gris balaustrada que más bien parecía el puente de un buque de guerra. A mucha altura, sobre ellos, el amasijo de cables, torres y luces del puente se extendía hacia lo lejos perdiéndose en la distancia. Más abajo de ellos, solo se veía una profunda oscuridad que azotaba la lluvia. Alzaron el cuerpo de Búfalo de Agua hasta la barandilla. Los tres retrocedieron un par de pasos.

—¡Ahora! —gritó Kid Sally.

Los tres se lanzaron hacia delante con los brazos extendidos como en el rugby. Empujaron con violencia el cuerpo de Búfalo de Agua y este se perdió en la oscuridad. Bajo la calzada del puente sobresalía una gran viga de acero. Los bloques de cemento ligados al cuerpo de Búfalo de Agua golpearon el borde de la viga y rebotaron en el aire negro. El cuerpo de Búfalo de Agua los siguió. El puente tiene una altura de setenta y cinco metros. El agua que se desliza bajo el puente tiene una profundidad de sesenta metros. Los iniciales vacíos de aire produjeron oscilaciones y los bloques de cemento como asimismo el cuerpo, se desviaron un poco en su caída, como sucede con las bombas cuando inician su descenso desde un avión. Luego, Búfalo de Agua con sus bloques cayó recta y limpiamente hacia abajo, desapareciendo en el aire negro.

Los tres hombres regresaron al coche. Reían y se dieron palmadas en la espalda a la vez que Big Jelly ponía el coche en marcha.

En las aguas del puerto, bajo el puente, y en aquellos precisos momentos, se hallaba el remolcador *Grace Moran* que avanzaba contra corriente navegando hacia su destino en la cuenca del Erie. También se hallaba bajo el puente, en aquellos momentos, el buque de carga griego *Olympic Zenith*, que navegaba hacia el océano. El *Olympic Zenith*, mandado por Theodore Kritzalis, transportaba una carga de turbinas de vapor a Atenas y también correo y libros para Lisboa, Nápoles y Chipre. Todo el buque tembló de proa a popa cuando el cuerpo de Búfalo de Agua cayó sobre la escotilla de proa.

Un marinero, llamado Peter Chingos, que se hallaba de servicio en proa, perdió inmediatamente el conocimiento. El capitán Kritzalis, criado bajo los bombardeos de los alemanes, instintivamente se arrojó boca abajo sobre la cubierta del puente. Al no sonar una inmediata explosión, el capitán Kritzalis se arrastró hacia el dispositivo de comunicación interior y ordenó a la tripulación que corriese hacia la popa del buque. El capitán Kritzalis ya había visto antes aquellas bombas de explosión retardada. El práctico americano, George Edmundson, trató de decir algo, pero de su garganta no salió ningún sonido. Garrapateó en una hoja de papel: «¡Llame al servicio de

guardacostas!».

Al cabo de unos minutos, el buque guardacostas *Lawson* salía del puerto a toda velocidad, navegando hacia el *Olympic Zenith*. Asimismo, dirigiéndose hacia el buque de carga, partieron el buque del servicio de incendios del puerto *John F. Kennedy* y la lancha patrullera de la policía del puerto de Nueva York número 7. El *Olympic Zenith* se hallaba parado en las aguas y los reflectores pronto atravesaron las tinieblas y la espesa lluvia para iluminar la proa. Los reflectores del exterior intensificaron la iluminación de los focos de trabajo de los cabrestantes que había sobre la escotilla de proa. En aquellos momentos podía verse el daño que acababa de producirse. Sobresaliendo por la cubierta de la escotilla, completamente destrozada, se veían los magníficos zapatos de piel de cocodrilo de Búfalo de Agua, unos zapatos que por lo menos debían haber costado 110 dólares. El resto de Búfalo de Agua colgaba en el aire, sobre la bodega.

Los informes preliminares llegaron a todos los lugares adecuados. Louis Samuels, vigilante nocturno en el despacho del alcalde, en el Ayuntamiento, garrapateó rápidamente sobre un bloc de papel amarillo mientras que el agente de servicio del cuartel general de la policía leía su informe por teléfono.

—¡Ufff! —exclamó Samuels, como si se sintiera muy agotado por la labor realizada.

Luego pulsó otro botón situado en el cuadro de distribución, y una luz comenzó a funcionar intermitentemente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alcalde con voz soñolienta.

—Señor alcalde, la policía dice que un gánster ha sido arrojado desde el puente Verrazano y que el cuerpo cayó sobre un carguero griego.

Los oídos de Samuels recibieron un tremendo impacto ruidoso al caer el teléfono desde la mesita de noche del alcalde, quedar colgado en el aire unos momentos y luego al ser recogido para que alguien hablase de nuevo.

—¡Oiga... oiga! —dijo la esposa del alcalde—. No sé de lo que se trata, pero tendrá que hablar con usted de nuevo. Perdone, pero ha tenido que ir aprisa al cuarto de baño.

En Brooklyn, Benjamín Goodman se inclinó sobre un lavamanos situado en un rincón de su oficina. Goodman dejó correr el agua fría durante unos segundos y luego se humedeció sus enrojecidos ojos. La oficina estaba abarrotada de gente. En aquel momento y tras haberse enjugado el rostro con una toalla de papel, su aspecto era mejor.

—Está bien —dijo dirigiéndose a un numeroso grupo de agentes—. Veamos esto otra vez. Quiero que se compruebe minuto a minuto todo lo sucedido, paso por paso.

Quiero que todo esto se lleve adelante con suavidad, con calma, y no quiero perder ni a uno solo de esos animales.

Eran las ocho de la mañana en Londres. Georges Pappajohn, con una bata de seda envolviendo su cuerpo de metro cincuenta de estatura y ciento veinte kilos de peso, se hallaba junto a la ventana del *living-room* de su *suite* en el Dorchester. Miró hacia el tráfico de la mañana que discurría en Hyde Park, y gruñó impacientemente mientras la telefonista le ponía con Washington. Pappajohn, de setenta y un años de edad, es conocido bajo el nombre de El Griego Flotante, a causa de los buques que posee.

—¡Vamos..., vamos! —gruñó Georges Pappajohn a la telefonista—. De lo contrario compraré su compañía y la despediré.

—¿Qué es lo que ocurre, Georgie?

Su esposa, Roña, dieciocho años sin cumplir, se hallaba en el umbral de la puerta, ataviada con un camisón Baby Dolí.

—Estoy ocupado..., ¿es que no lo ves? —respondió Pappajohn malhumorado.

—¡Oh, Georgie..., siempre los negocios! —dijo Roña Pappajohn con tono semillorón—. Tú me prometiste...

—¡Oiga, telefonista...!

—Georgie, prometiste comprarle hoy una pulsera a tu pequeña Roña, para que no se enfade contigo por no tener tinta en tu pluma.

—¡Oiga... oiga! —gritó Pappajohn—. ¡Ah..., señor secretario adjunto de Estado! ¿Cómo está usted, señor secretario adjunto? No me gusta despertarle a estas horas, pero debo hacerle una pregunta. Señor secretario adjunto... ¿Qué significa todo ese jaleo con uno de mis barcos?

En Washington, y en su casa de Georgetown, McGregor Wallingford escuchó pacientemente mientras el primer magnate naviero del mundo entero gruñía acerca de un accidente habido en Brooklyn y en el que, al parecer, se implicaba la actuación de gánsteres. Wallingford ignoraba de qué se trataba. Cuando Pappajohn colgó el teléfono, Wallingford oprimió un botón y dijo a la telefonista del Departamento de Estado que le pusiera con la casa del fiscal general.

XX

Por la mañana, después de la lluvia, las brisas que barren la calle no alcanzan los usuales trozos de papel sobre las aceras de la 11th Street. Las calles aparecen bien lavadas, el aire está limpio y frío, y hasta parece que el sol brilla mucho más. En la estación del Metro, las luces de las escaleras hacen que incluso las máquinas de cambio tengan un aspecto más alegre.

Angela y Mario descendieron los escalones cogidos de la mano. Se detuvieron bajo la fuerte luz de la máquina de cambios.

—Regresaré pronto —dijo Mario.

—Bien, no sé..., pero tengo que ir a casa —murmuró Angela.

—¿Por qué ir allí?

—Porque tengo que ir.

Mario soltó su mano y reflexionó durante un momento. Luego extrajo del bolsillo la llave de su apartamento.

—Ve allá y espérame. No tardaré mucho.

—Tengo que ir a casa a ver... me temo que habrá allí mucho jaleo.

—No vayas más a casa. No quiero que estés cerca de eso.

—No sé... no lo sé —murmuró nuevamente Angela mordiéndose el labio inferior.

Angela le miró. Luego tomó la llave del apartamento, alzó el rostro y le besó. Mario volvió a coger su mano.

—Tengo que ir a ver a la dama que está interesada por mi cuadro, y pronto regresaré —dijo.

A continuación sacó veinte dólares del bolsillo. Se sintió enormemente extraño cuando tendió el billete a la muchacha. Jamás había dado nada a nadie en su vida.

—Cómprate algo si lo necesitas —dijo.

La muchacha le besó nuevamente. Mario se acercó hasta la máquina de cambios. Angela dio media vuelta y subió las escaleras alegremente. Mantenía la cabeza baja diciéndose algo a sí misma y no vio a los dos hombres que se hallaban en la parte superior de la escalera hasta que uno de ellos la cogió por un brazo. El otro sacó de su bolsillo una orden de detención.

Mario llegó a la fuente que había frente al hotel Plaza a las 11,15. Su cita con Maxine Finestone era a mediodía. La noche anterior, y por teléfono, ella le había asegurado que su esposo estaba encantado con el cuadro. Aquello significaba dinero. Mario estaba seguro, Tomó asiento en uno de los bancos que había alrededor de la fuente, Temblaba algo, como todos los veteranos después de la batalla. Pero la proximidad del éxito le calmaba. La mujer pagaría el cuadro, y Baccala, entre innumerables besos de agradecimiento, le había dado un número privado de teléfono. Podría sacar tantos

miles de dólares a Baccala que parecían aseguradas ya dos cosas: un subsidio para una carrera artística y también el comienzo de las obras del orfanato de Catania. Mario pensó que sería buena cosa tener que robar al padre Marsalano solamente la tercera parte de su dinero en lugar de quedarse con la mitad.

Se inclinó y soltó los cordones de los zapatos. Luego extrajo de un bolsillo las gafas de su tío. Después se levantó y comenzó a caminar, tropezando aquí y allá, hacia los escalones del Plaza.

El detective Jenkins abandonó el banco que ocupaba al otro lado de la fuente.

—Y ahora, ¿adónde va? —interrogó Jenkins.

—Fíjate en esa forma de caminar —dijo el detective que le acompañaba.

—Es un tipo raro —dijo Jenkins.

—¿Qué diablos está haciendo? —preguntó el otro agente.

—No lo sé. Un día es sacerdote, y ahora supongo que está ciego. ¡Al diablo con todo esto!..., vamos a saber ahora mismo qué es lo que hace este hijo de perra.

Los dos detectives se situaron a ambos lados de Mario. Luego le guiaron hasta un negro Plymouth que se había detenido ante el hotel minutos antes.

La redada en Marshall Street tuvo lugar aproximadamente a las 10,15. Tenía que haberse realizado mucho más temprano, pero Benjamín Goodman, al llamar a las agencias de noticias, supo que dos de los canales de la televisión local carecían de personal para trabajar antes de las nueve de la mañana, y no había forma humana de llegar antes hasta ellos. Goodman demoró la redada hasta que los cámaras se presentaron a trabajar, recogieron locutores y luego se acercaron hasta Brooklyn.

La redada se llevó a cabo suavemente. Los polizontes atacaron militarmente, en orden de aproximación. Nadie ofreció la menor resistencia. Detuvieron a Kid Sally Palumbo y a otros cincuenta y nueve hombres sin que estallara el menor incidente. El único accidente del día ocurrió cuando Benjamín Goodman cargando contra la oficina de la Vending Machine en beneficio de las cámaras de la televisión, abrió la puerta del sótano y el león casi saltó sobre él. Esto produjo que Benjamín Goodman se desmayara, pero su reputación de hombre sin miedo quedó salvada por los cámaras de la televisión que también huyeron cuando vieron al animal.

El alguacil del Tribunal de Brooklyn necesitó administrarse unas gotas para la irritación de garganta al final de la tarde, para poder terminar de llamar a los numerosos testigos de cargo contra los sesenta acusados. Las acusaciones se iniciaban con la de homicidio e intento de homicidio, y llegaban hasta la conspiración para asesinar, ataques criminales, posesión de armas automáticas, posesión ilegal de un león, y como última acusación, en el expediente de Big Jelly figuraba la de posesión ilegal de narcóticos.

—Era solamente marihuana. Se me permite tenerla —alegó Big Jelly.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —interrogó el juez.

—Soy estudiante de segunda enseñanza —respondió Big Jelly.

Había sesenta personas en la sala de justicia. Se fijó la libertad bajo fianza en 100,000 dólares para cada acusado. El total ascendía a 6,000,000 de dólares, la fianza más alta que se hubiese señalado en cualquier tribunal de justicia. Benjamín Goodman corrió hacia los servicios de caballeros y comenzó a peinarse. Cuando salió de allí posó bajo las luces de la televisión y concedió entrevistas por espacio de una hora. Eran más de las seis cuando regresó a su despacho. Gallagher estaba golpeando suavemente sobre la mesa de despacho con el pasaporte de Mario.

—¿Qué es lo que supone hemos de hacer con la muchacha? —preguntó Goodman.

—Pues hacer lo que se supone hemos de hacer —respondió Gallagher.

—¿Sobre qué base puedo retenerla?

—Lo que tienes en la mano es suficiente. Testigo material.

—¿Y adonde nos llevará eso?

—Directamente aquí —respondió Gallagher.

Depositó el pasaporte sobre la mesa con un golpe más fuerte que los anteriores, y añadió:

—Él nos dará todo lo que necesitamos.

—Está bien. Aloja a esa chica en un hotel, como a cualquier otro testigo material —dijo Goodman—. Luego trae aquí a este individuo tuyo y charlaremos con él.

—¿Cómo opinas que se le ha de trabajar?

—Hay que presentarle ante un gran jurado con inmunidad, y cuando hayan acabado con él, tu encantadora muchacha italiana ya no será un testigo material. Será un acusado más. Y así yo dispondré de una especie de póliza de seguros para el caso de que todos estos granujas quieran ir a juicio con esto.

Jenkins estaba sentado con Mario en una desvencijada estancia situada en el extremo más alejado del vestíbulo. Al cabo de unos momentos, el detective hizo pasar a Mario al despacho de Goodman.

—¿Le ha hecho usted las advertencias de rigor sobre sus derechos? —preguntó Goodman.

Jenkins asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien, puede retirarse —dijo Goodman.

Luego se recostó cómodamente en su sillón.

—¿Quieres un abogado? —preguntó a Mario.

—No conozco a ninguno —respondió el muchacho.

—Será mejor que busques uno. Estás metido en un buen lío.

—Irás a la cárcel —dijo Gallagher.

—¿Has estado alguna vez encerrado con margaritos?

Mario no comprendía aquella jerga.

Goodman sonrió.

—¿Un hombre de mundo como tú no sabe lo que harían con él los margaritos en la prisión? —preguntó.

Gallagher añadió por su cuenta:

—No sé lo que hacen en Italia, pero en este país hacen cola en la cárcel para violarte.

Mario se llevó, angustiado, una mano al pecho. Pero no dijo nada.

Goodman hojeó el pasaporte.

—Sí —murmuró—, el asunto es bastante grave... uso indebido de ropas religiosas, conspiración para asesinar.

Goodman movió la cabeza y reinó luego un silencio.

Al cabo de un minuto, Goodman preguntó:

—¿Por qué has venido a este país?

—Yo creo más bien que la gran pregunta es, ¿te gusta estar aquí? O quizá, ¿te gustaría regresar a tu tierra?

Mario lo entendió perfectamente. En aquel momento los dos hombres aclaraban lo que estaban pensando.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Mario.

Goodman y Gallagher se sonrieron mutuamente.

—¿Sabes una cosa, muchacho? Eres muy inteligente —dijo Goodman.

—Entrarás en una sala sin que nadie te vea —dijo Gallagher—, y allí dirás a un gran jurado, llamamos gran jurado a un jurado privado, allí, dirás lo que has visto y oído.

—¿Nadie me verá? —preguntó Mario.

—Nadie.

—¿Quién sabrá lo que yo diga?

—Nadie —respondió Goodman. Yo estaré allí, y el jurado también. Nadie más. ¿Lo comprendes? Nadie más. Las declaraciones que se prestan ante un gran jurado son secretas.

—¿Qué tengo que decir?

—Solamente todo cuanto hayas visto y escuchado.

Mario asintió en silencio, con leve movimiento de cabeza.

—Si no lo haces así, te enviarán a tu tierra. De vuelta a tu soleada Italia. Directamente a la ciudad de donde partiste.

—Está bien —dijo Mario.

—¿Solía la chica tomar asiento con ellos y hablar sobre lo que iban a hacer? —interrogó suavemente Gallagher.

Mario respiró hondo.

—¿Lo hacía...? —interrogó nuevamente Gallagher.

Mario observó cuidadosamente los dos rostros y preguntó a su vez:

—¿Está..., está ella en peligro?

—Te enviarán directamente a tu tierra —dijo Gallagher.

—Yo no he dicho eso —observó Goodman—. Nunca dije que olvidásemos una acusación criminal antes de llevarse a cabo una deportación.

Era una cosa fácil de hacer para Mario. Simplemente asintió con otro movimiento de cabeza. Luego se puso en pie, y entró el detective Jenkins que le sacó inmediatamente del edificio para llevarle a un nuevo motel orientado hacia los muelles de pesca de Sheepshead Bay.

Los dos cenaron en la habitación y luego tomaron asiento para ver la televisión.

A la mañana siguiente, Mario volvió a sentarse en el despacho de Benjamín Goodman y repasaron lo que tendría que decir ante el gran jurado.

—¿Y quién entró en el restaurante? —preguntó Goodman.

—Kid Sally Palumbo —respondió Mario.

—¿Y qué tenía el señor Palumbo en la mano?

—Una pistola.

—Está bien —dijo Goodman—. Ahora volvamos atrás. Cuando te sentaste en la cocina, en el numero 51 de Marshall Street, ¿en qué compañía lo hiciste?

—Con la abuela, el hermano, el hombre pequeño a quien ustedes llaman el Enano, el gordo Jelly, y la hermana.

—¿Cómo se llama la hermana?

—Angela.

—Y durante la conversación, ¿contribuyó Angela Palumbo con alguna cosa?

—¿Contribuir?

—Sí, decir algo... ¿dijo ella algo?

—Sí.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Dijo: «No olvidar de robar matrículas para la camioneta».

Goodman se echó hacia atrás en su asiento. Gallagher sonrió.

—Complicidad antes del intento de homicidio —dijo Goodman.

Hubo un silencio, y luego añadió dirigiéndose a Mario:

—Muy bien..., mañana es tu gran día.

Mario se sentía muy bien a la mañana siguiente. Uno de los detectives le había comprado una camisa nueva. Mario silbó alegremente mientras se la abotonaba. Todo cuanto tenía que hacer era entrar en aquella habitación donde nadie le vería, decir lo que le habían dicho que dijese, y luego salir de la estancia y regresar a su apartamento de la 11th Street. Cuando pensó en el apartamento, Mario casi sintió a su lado la presencia de Angela. Cogió la corbata y comenzó a anudársela. Pensó que quizás habría sido mucho mejor no entrevistarse con la señora Finestone en el Plaza. La falta a la cita le haría aparecer ante sus ojos como más independiente, como un auténtico artista.

Los pasillos y vestíbulos del despacho del fiscal de distrito estaban abarrotados por la mañana; los ayudantes entraban y salían de sus oficinas para ir a las salas de

justicia. Jenkins llevó a Mario hasta el despacho de Goodman, y este último, hojeando un expediente, dijo a Jenkins que llevase a Mario hasta la sala del gran jurado. Él iría a continuación. Jenkins condujo de nuevo a Mario por un largo pasillo hacia los ascensores posteriores. Una mujer policía se hallaba al final del pasillo.

—Hola —saludó a Jenkins.

—¿Quién está ahí? —preguntó Jenkins.

—Ya te lo puedes imaginar —dijo el agente femenino a la vez que lanzaba una ojeada al interior de la oficina.

—¡Eh! —exclamó Jenkins extendiendo un brazo para detener a Mario.

La mujer policía trató de penetrar en la oficina y cerrar la puerta. Pero Mario se hallaba en aquel momento frente al umbral de la puerta y vio a Angela sentada en el interior. Se hallaba en una silla junto a la ventana. Tenía el abrigo puesto y las manos metidas en los bolsillos. Su rostro estaba muy pálido y en aquel momento parecía una mujer muy pequeña y muy joven. Mario la miró sin que en su rostro se reflejara ninguna expresión. La mano de Jenkins le empujó suavemente y continuaron su camino por el pasillo. Mientras esperaban el ascensor, Mario se preguntó si la señora Finestone pagaría 300 dólares por su cuadro.

Las veintitrés personas que formaban el gran jurado se agitaron sobre sus asientos de cuero cuando Mario entró en la sala. Luego tomó asiento frente a todas ellas. Después entró Goodman cargado con un paquete de blocs de papel amarillo y varios folios de papel cebolla escritos a máquina. Dejó todo sobre la mesa y comenzó su trabajo.

Mario, desde su silla, miró en derredor suyo. Las luces fluorescentes parecían jugar con el artesonado de madera oscura de la sala. No había ventanas. Las personas del gran jurado eran hombres, casi todos ya ancianos, con pellejo de pollo colgando sobre los cuellos de sus camisas. La mayoría usaba nudos muy pequeños en sus corbatas oscuras.

—Buenos días, señores —dijo Goodman.

La luz blanca arrancaba reflejos extraños en sus rojos cabellos.

Luego se volvió hacia Mario.

—Bien, y ahora, por favor, diga usted a estos caballeros si conoce a Angela Palumbo.

—*Parlo solo italiano* —dijo Mario.

Goodman sonrió.

—No, no, tranquilo, tranquilo..., conteste usted en inglés.

—*Parlo solo italiano*.

—¿Qué es lo que dice usted? —interrogó Goodman.

—*Io no sache*.

—¿No sabe hablar inglés? —preguntó el presidente del gran jurado, un funcionario de banca ya retirado, llamado Everett Cashman.

—*Tu pari ca ti chiavi a mammata*^[4]

—¿Qué ha dicho? —interrogó el presidente.

—Una de las palabras se traduce por «tu madre». Es lo único que sé —dijo un hombre que se sentaba al lado del presidente.

Mario sonrió y asintió con un movimiento de cabeza.

—*Sorita sa appaura di te la notte*^[5] —añadió a continuación.

Benjamín Goodman abrió enormemente los ojos. Sus labios avanzaron en mueca de sorpresa y reflexión. Luego señaló con un dedo a Mario y dijo:

—Ahora... tú, escúchame...

Mario se puso en pie, se inclinó ligeramente ante el gran jurado y cuando terminó su reverencia, se incorporó con el dedo medio de su mano derecha alzado, exclamando:

—¡Para todos vosotros!

Mario nunca se detuvo a pensar lo que había hecho. Luego permaneció sentado en una oficina mientras los demás chillaban y maldecían a su alrededor, dirigiéndose a él. Más tarde fue a otro edificio llamado Federal Court Building, donde otros dos hombres que tenían aspecto de detectives le metieron en una oficina, y alguien le trajo un bocadillo y una taza de café. Más tarde, y en el mismo día, le hicieron entrar en una sala enorme artesonada en madera de nogal. Allí había un hombre del Consulado italiano. Mario escuchó discusiones sobre el hecho de si él deseaba o no se celebrase una audiencia, y cuando el juez le miró, Mario dijo:

—*Tu si nu porco grasso*^[6].

El hombre del Consulado habló con Mario en italiano. Le dijo que podría disponer de una audiencia sobre inmigración en fecha futura, pero que tendría que esperarla en la cárcel. Y existiría la posibilidad de tener que enfrentarse con acusaciones de tipo criminal. Por otra parte, Mario podía firmar un documento de renuncia y ser enviado inmediatamente a Italia.

Mario se encogió de hombros. Cualquier cosa menos la cárcel.

Al oscurecer, dos hombres, que también tenían aspecto de detectives, condujeron a Mario en coche, a través de un abundante tráfico, hasta el aeropuerto Kennedy. En la terminal de Alitalia se les concedió una pequeña oficina para esperar.

—Todavía quedan dos horas antes de que salga el avión —dijo uno de los hombres a Mario.

Mario se cruzó de brazos y cerró sus ojos. Se preguntó si la señora Finestone habría pagado 350 dólares por su cuadro.

En la oficina del fiscal de distrito de Brooklyn había tanto jaleo y conmoción en los pasillos, que la mujer policía temía asomar la cabeza al exterior para preguntar algo. Finalmente, cuando se estaba haciendo oscuro y tuvo que encender la luz, decidió

echar una ojeada al exterior y preguntar.

—¡Eh! —exclamó dirigiéndose a un detective—, ¿qué hago con ella?

—¿Con quién?

—Tengo aquí a la hermana de Palumbo. La he tenido todo el día conmigo. Nadie me ha dicho lo que he de hacer con ella.

—Espera un momento y preguntaré yo —respondió el detective.

El hombre se acercó hasta el despacho de Goodman. Goodman se pasó una mano por los ojos.

—Echarla de ahí —murmuró—, ya no me sirve para nada.

—¿La enviamos a su casa? —preguntó el detective.

—No me importa adonde vaya, lo único que quiero es que se largue de aquí sin que yo la vea —dijo Goodman—. Y también ese viejo saco de abuela. Está detenida. Pónganla en libertad. Ahora ya no puedo retenerla. Procure usted que nadie las vea cuando salgan de aquí.

—Puedes irte a casa —dijo la mujer policía a Angela.

Angela todavía permanecía inmóvil, con las manos en los bolsillos del abrigo, junto a la ventana. Alzó la cabeza y preguntó:

—¿A casa?

—Así es, querida, puedes irte a tu casa.

Angela se puso en pie lentamente. La mujer uniformada le abrió la puerta. Luego dijo:

—Si yo me encontrase en tu lugar, y esto de mujer a mujer, me iría directamente a casa y escribiría una nota a tu amiguito, dándole las gracias.

—¿Una nota? —interrogó Angela extrañada.

—Sí, querida. Creo que muy pronto sabrás que a tu buen amigo le han dado una patada en el trasero y lo han enviado a su tierra.

—¿Eso sucedió hoy?

—Hoy mismo..., ¡bang!..., un buen puntapié y fuera del país.

—¿Cuándo se fue de aquí?

—A mí no me preguntes. Ahora vete a casa para poder hacer yo lo mismo. Ni siquiera he almorzado hoy.

En el vestíbulo, Angela preguntó a un detective si sabía algo sobre Mario Trantino.

—¿Quién...? —interrogó el polizonte.

Angela miró a los rostros que pasaban a su lado en el vestíbulo y abandonó el edificio. Caía ya la noche y estaba a punto de alzar un brazo para llamar a un taxi, cuando dos abogados se adelantaron y lo tomaron ellos.

Angela permaneció inmóvil en la calle, alzando el brazo. Todos los taxis circulaban llenos. Al cabo de un cuarto de hora, se volvió y echó a correr hacia el Metro.

El tren iba hasta la estación de New Lots Avenue, en la zona este de Nueva York,

cercana al aeropuerto Kennedy. Angela entró en un vagón y viajó con el rostro materialmente pegado a la chaqueta de un obrero que olía a diablos. El tren paraba en todas las estaciones y la gente empujaba fuerte con los hombros para poder salir de los abarrotados vagones. Algunas personas quedaban sujetas entre las puertas cuando estas se cerraban para emprender de nuevo la marcha, y el conductor tenía que volver a abrirlas para tratar de cerrarlas mejor de nuevo. En la estación de Kingston Throop, un hombre bloqueó las puertas con los hombros. El tren no se movió mientras la puerta estuvo parcialmente abierta. Al cabo de unos cinco minutos el inspector se presentó apresuradamente y dio un empujón a los hombros del hombre, para que las puertas pudieran cerrarse. El inspector regresó a su puesto entre los vagones y oprimió un botón. El tren avanzó nuevamente.

Angela salió a la calle en New Lots Avenue, a las 6,40 de la tarde. Había tres taxis parados en una esquina. El viaje hasta Kennedy duró veinte minutos.

—¿Qué líneas aéreas son? —preguntó el taxista, al penetrar con el coche entre la masa de luces amarillas, azules y rojas de la terminal.

El primer edificio terminal de vuelos transoceánicos era el de la Pan American. Angela se apeó del coche entre el cegador brillo de las luces, uniformados mozos de equipajes y esbeltas azafatas de tierra. Corrió hacia la abarrotada terminal, tomó un ancho pasillo y vio un rótulo que indicaba el lugar de «Información». Un hombre, delante de ella, deseaba información sobre un vuelo a Karachi. La muchacha que trabajaba en el mostrador abrió pacientemente un libro para consultarlo. Había otra muchacha desocupada, y mirando a Angela asintió con ligero movimiento de cabeza.

—¿Roma? —interrogó la empleada—. Vuelo 101, que sale a las 8,30.

Angela dio el nombre de Mario. La muchacha tomó un teléfono blanco y marcó un número.

—Oye... ¿vuelo 101?... sí, el pasajero Mario Trantino, ¿está en la lista?... bien..., está bien.

La muchacha colgó y dijo:

—No, no figura en la lista de pasajeros. ¿Está usted segura que era este vuelo?

—No lo estoy —dijo Angela.

—Alitalia tiene otro vuelo a las 7,40.

Angela salió corriendo de la terminal y luego atravesó la circular calzada de coches. Corrió después sobre una extensión de hierba muerta y penetró en la calzada de la próxima terminal, para avanzar por la larga acera brillantemente iluminada de la terminal internacional. La terminal de Alitalia se hallaba en el centro del largo edificio.

—¿Trantino? —interrogó el empleado consultando una hoja escrita a máquina.

Al cabo de unos segundos, miró a Angela.

—Espere un momento —dijo.

El hombre se alejó del mostrador y llamó a una puerta.

Uno de los agentes del Servicio de Inmigración y Nacionalización de Estados

Unidos, que se sentaba junto a Mario, abrió la puerta de la pequeña oficina.

—¿Sí? —interrogó mirando al empleado.

Este último musitó unas palabras y el agente movió la cabeza.

—¡Al diablo con esas tonterías! No —exclamó el agente cerrando la puerta.

El empleado regresó al mostrador. Ya se acercaba a Angela cuando un hombre que se hallaba sentado ante una mesa de despacho le cogió por un brazo y le alargó un teléfono. El empleado lo tomó y comenzó a hablar. Lo hizo durante unos minutos. La gente estaba entrando apresuradamente en el vestíbulo, y una familia que escoltaba a un sacerdote se acercó al mostrador, apartando a Angela hacia un lado. Cuando el empleado dejó el teléfono y volvió a su mostrador, tenía la cabeza baja, como buscando algo, y un hombre de la familia recién llegada extendía el billete de vuelo del sacerdote hacia el empleado. Las páginas rosas brillaban bajo la luz, los altavoces llamaban a los pasajeros para que embarcasen, la gente se apretujaba, y Angela trataba de no alejarse del mostrador, gritando algo de vez en cuando y golpeando sobre el mostrador con la palma de la mano. Algunas personas la miraron con sorpresa.

El empleado se inclinó sobre el mostrador.

—Lo siento..., lo siento..., todo este trabajo que me ha venido encima de repente...

El hombre se detuvo y añadió luego:

—¿Por qué no se acerca hasta la terraza de observación? Se sube por esas escaleras que están ahí..., no diga que yo se lo dije...

La terraza de observación del aeropuerto Kennedy ocupa un nivel superior al de los aviones en la pista. Hay una larga barandilla y uno puede apoyarse en ella y ver a la gente que camina hacia su aparato, llamar desde allí arriba a alguien y saludar alzando la mano. En el verano siempre está abarrotada de gente, pero hay muy pocas personas allí en invierno.

Angela era la única persona que en aquel momento se hallaba en la terraza de observación de Alitalia. Crispó ambas manos sobre la barandilla y clavó sus ojos en el pie de las escaleras que conducían al avión. Un mecánico vestido con un «mono» blanco y una gorra azul, de béisbol, bajó las escaleras. Al pie de la rampa había un funcionario de las líneas aéreas con uniforme azul marino y gorra blanca. Un suave zumbido partió de uno de los motores.

Un tractor de color azul se apartó del morro del aparato, llevándose varios carritos de equipaje vacíos. Otro motor comenzó a funcionar. El zumbido de los motores iba haciéndose cada vez más fuerte.

Muy rápidamente, y custodiado por dos hombres, Mario atravesó el breve espacio de terreno que le separaba del aparato. Los dos hombres le sostenían por los codos. Mario subió las escalerillas casi corriendo y entró en la iluminada cabina. Los dos hombres que le acompañaban estuvieron en el umbral de la puerta durante unos momentos. Luego retrocedieron, y el funcionario de uniforme de las líneas aéreas

subió la escalerilla rápidamente y cerró la portezuela del aparato.

El avión se hallaba aparcado en ángulo con la terraza de observación, de manera que cuando se trataba de mirar hacia las ventanillas del aparato todas ellas parecían formar una línea continua.

Angela trataba de observar cada una de ellas. Sus ojos se esforzaban terriblemente, pero no pudo ver a Mario. El ruido de los cuatro motores era ensordecedor. Los cabellos de Angela se revolviéron bajo el empuje del aire de escape del aparato. Los motores hicieron mucho más ruido, los cabellos de Angela le azotaban los hombros, la parte inferior de su abrigo parecía querer volar, el avión estaba moviéndose, y Angela Palumbo se llevó ambas manos a los oídos y gritó. Fue un grito que se mezcló en forma insignificante con el potente zumbido de los motores del avión, con el escape de los humos que llegaba hasta ella, y con las luces y la noche que se extendía más allá...

Dos meses más tarde, tras considerables maniobras legales, la gente de Kid Sally Palumbo convino en declararse culpable por la acusación de conspirar para asesinar aproximadamente a cada ciudadano del distrito de Brooklyn. Por esta intención de suprimir de la calle a sesenta hampones sin realizar gastos de juicio, el Estado tuvo la amabilidad de condenar a todos a un año de prisión. Un año no parece gran cosa sobre el papel, pero en la cárcel resulta ser muy largo. Todas las autoridades convinieron también en que sería tiempo suficiente para terminar con aquella guerra entre *gangs* y suprimir a la vez en los miembros del grupo de Palumbo toda ambición orientada hacia el futuro.

Solamente hubo una insignificante demora en el trato. Poco antes de dictarse sentencia, y hallándose los sesenta acusados en el banquillo, Kid Sally Palumbo miró a su alrededor y vio a su hermana y a su abuela. Luego murmuró algo en el oído de su abogado. El abogado solicitó un breve descanso antes de que se dictara sentencia. Kid Sally hizo una seña a su hermana y la muchacha se acercó hasta la barandilla. Kid Sally le gritó algo y Angela miró hacia el cielo. Los labios de Angela se movieron en breve oración. Luego abandonó la sala de justicia. Regresó al cabo de cinco minutos con una bolsa de papel adquirida en el *drugstore* cercano a la manzana donde se hallaba el edificio judicial.

—¿Qué es lo que lleva usted ahí? —preguntó el alguacil de la sala.

—Olvidó un cepillo de dientes —respondió Angela.

A las 11,30, en Beachhaven, Long Island, la señora Baccala puso en marcha el coche. Cuando el vehículo no voló por los aires, a causa quizá de la colocación de alguna bomba, Baccala salió por la puerta de la cocina y caminó sobre la calzada de coches. Acarició la cabeza de la señora Baccala cuando esta se apeó del coche, subió a él, y

acto seguido abandonó velozmente el lugar para iniciar otro día como principalísimo jefe de la delincuencia organizada americana.



JIMMY BRESLIN, James Earl Breslin (17-octubre-1929, Jamaica, Nueva York, N. Y., EE. UU.). Columnista y novelista estadounidense. Durante su larga trayectoria como columnista. Breslin se hizo conocido como la voz dura que representaba la comunidad de Queens, municipio donde nació y en el que se concentra parte de la clase trabajadora de Nueva York. Comenzó como copista, para luego consolidarse como periodista deportivo y, más tarde, como columnista y colaborador en varias publicaciones. Escribió con pasión, se involucró personalmente en temas políticos y sociales y denunció sin cesar la injusticia y la corrupción. En 1986 ganó el Premio Pulitzer por su defensa de los ciudadanos comunes y corrientes en sus columnas en periódicos.

NOTAS

[1] Alusión del autor al príncipe Felipe y familia. (*Nota del traductor.*). <<

[2] Sacerdote apóstol del Bronx. (*Nota del traductor.*). <<

[3] «Buttonman» en el original americano. Su traducción en este caso concreto es la de «soldado». A grandes rasgos, la Mafia americana se divide en veinticuatro «familias» o sectores regionales, cada una de ellas al mando de un «capo» que es el jefe supremo y puede estar asistido por uno o más «consejeros». El capo o «cabera» es secundado por un «sotocapo» o teniente, asistido a su vez por varios «caporegimes» que llenan las funciones que comporta su nombre: jefes de «reginas» (escuadras). Las escuadras se componen de «button men» o soldados. Estos últimos, aunque ocupan el escalón más bajo de la Mafia, están muy lejos de ser simples miembros. Son ciertamente los que más exponen y están en contacto directo y constante con las personas y los grupos de los que la Mafia obtiene sus réditos. Pero pueden encontrarse a la cabeza de importantes «gangs» o dentro de empresas legales cuyos miembros no saben muchas veces que trabajan indirectamente para la Mafia. Es de advertir que casi la mayor parte de los llamados «soldados» son por lo menos millonarios. (*Nota del traductor.*) <<

[4] Parece que te has acostado con tu madre. <<

[5] Por la noche tu hermana debe tenerte. <<

[6] Gueso cerdo. <<